

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

**HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN**

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 187

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

Depósito Legal: M. 33086-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.

ISBN 84-249-1629-8. Tomo VII.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6598.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen ha tenido como base el texto latino de la edición de W. Weissenborn y M. Mueller (Teubner, 1959). Las discrepancias van siempre indicadas en nota a pie de página. Se ha tenido a la vista, entre otras, la edición de J. Briscoe de 1991, de la misma editorial.

LIBRO XXXVI

SINOPSIS

AÑO 191 a. C.

Roma: preparativos para la guerra contra Antíoco.
Asignación de provincias (1 - 4).

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal (5 - 7).

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania (8 - 12).

Contraofensiva en Tesalia (13 - 14).

La batalla de las Termópilas (15 - 19).

Episodios posteriores a la batalla (20 - 21, 5).

Roma: Escipión y Catón informan al senado (21, 6 - 21, 11).

Grecia: asedio de Heraclea (22 - 24).

Rendición de Lamia. Embajada etolia a Antíoco (25 - 26).

Negociaciones con los etolios (27 - 29).

Naupacto, Mesene, Zacinto (30 - 32).

Conquistas de Filipo. Tregua para los etolios.
Congreso aqueo en Egio (33 - 35, 10).

Roma: embajadas, juegos, templos, prodigios (35, 11 - 37).

La guerra en el Norte. Discutido triunfo de Escipión Nasica (38 - 40).

Oriente: la guerra en el mar. Batalla de Córico (41 - 45, 8).

Roma: elecciones (45, 9).

*Roma; preparativos para la guerra contra Antíoco.
Asignación de provincias*

[1] Cuando los cónsules¹ Publio Cornelio Escipión², hijo de Gneo, y Manio Acilio [2] Glabrión³ entraron en funciones, recibieron orden del senado de cumplir con el ceremonial

religioso, antes de tratar la cuestión de las provincias, sacrificando víctimas adultas en todos los santuarios en que ordinariamente se celebra el lectisternio la mayor parte del año, para pedir que el proyecto de una nueva guerra que el senado tenía en la mente fuese para bien y prosperidad del senado [3] y el pueblo romano. Todos aquellos sacrificios fueron favorables y se obtuvieron buenos presagios desde las primeras víctimas, y así los arúspices respondieron que con aquella guerra se ampliaban las fronteras del pueblo romano, [4] que se manifestaba una victoria y un triunfo. Cuando se recibió esta respuesta, libres ya los ánimos de preocupaciones religiosas, los senadores dispusieron que se sometiese [5] al pueblo la cuestión de si quería y mandaba que se entrase en guerra contra el rey Antíoco y contra quienes lo secundasen; en caso de ser aprobada esta proposición, entonces los cónsules se servirían someter todo el asunto [6] a la consideración del senado. Publio Cornelio consiguió la aprobación del proyecto de ley. Entonces el senado decretó que los cónsules sortearan entre ellos las provincias de Italia y Grecia. Aquel a quien correspondiese Grecia, aparte de los efectivos que había alistado o exigido⁴ para dicha provincia el cónsul Lucio Quincio⁵ en virtud de una decisión del senado, recibiría el ejército que el pretor [7] Marco Bebio⁶ había trasladado a Macedonia el año anterior en conformidad con un decreto del senado; además, [8] quedó autorizado para recibir tropas auxiliares de los aliados fuera de Italia, si las circunstancias lo requerían, sin rebasar la cifra de los cinco mil hombres. Se acordó nombrar legado para aquella campaña a Lucio Quincio, el cónsul del año anterior. Al otro cónsul, al que le correspondiera [9] como provincia Italia, se le daba orden de hacer la guerra a los boyos con el ejército que prefiriera de los dos que habían tenido a sus órdenes los cónsules precedentes; el otro ejército lo enviaría a Roma, y esas legiones urbanas estarían dispuestas para acudir a donde decidiese el senado.

Adoptadas estas decisiones por el senado, que aún no [2] sabía cuál sería la provincia de cada uno, se acordó por fin que se hiciera el sorteo entre los cónsules. A Acilio le correspondió Grecia, y a Cornelio, Italia. Luego, definida [2] ya la suerte, se

aprobó un decreto del senado disponiendo que, en vista de que el pueblo romano, en aquellos momentos, había mandado que hubiera guerra contra el rey Antíoco y los que estaban bajo su autoridad, por tal motivo los cónsules ordenarían una plegaria pública y asimismo el cónsul Manio Acilio prometería con voto unos Grandes Juegos en honor de Júpiter y ofrendas en todos los altares. El cónsul, siguiendo el dictado del pontífice [3] máximo Publio Licinio, formuló el voto con estos términos: «Si la guerra que el pueblo ha mandado emprender contra el rey Antíoco finaliza conforme a los deseos del [4] senado y el pueblo romano, entonces el pueblo romano celebrará en tu honor, Júpiter, unos Grandes Juegos durante diez días consecutivos, y se presentarán ofrendas en todos los altares por la suma de dinero que el senado decidiera. [5] Quienquiera que sea el magistrado que celebre dichos juegos en el momento y el lugar que fuere, estos juegos se darán por celebrados en debida forma y las ofrendas por presentadas debidamente.» La rogativa decretada a continuación por los dos cónsules duró dos días.

[6] Inmediatamente después de sortear los cónsules sus provincias, también los pretores hicieron su sorteo. A Marco Junio Bruto le correspondieron las dos jurisdicciones^{6bis}; a Aulo Cornelio Mámula, el Brucio; a Marco Emilio Lépido, Sicilia; Cerdeña, a Lucio Opio Salinátor; a Gayo Livio Salinátor, la armada; y a Lucio Emilio Paulo, la Hispania [7] ulterior. La asignación de tropas fue como sigue: los nuevos reclutas, enrolados el año anterior por el cónsul Lucio Quincio en virtud de un senadoconsulto⁷, fueron asignados a Aulo Cornelio, con instrucciones de vigilar todo [8] el litoral en torno a Tarento y Brundisio. En cuanto a Lucio Emilio Paulo⁸, aparte del ejército que iba a recibir del procónsul Marco Fulvio⁹, se dispuso mediante un decreto que llevase a la Hispania ulterior tres mil reclutas y trescientos jinetes, de forma que las dos terceras partes fuesen aliados latinos y una tercera parte ciudadanos romanos. El mismo complemento se le envió a Gayo Flaminio, [9] cuyo mando había sido prorrogado para la Hispania citerior. Marco Emilio Lépido recibió orden de hacerse [10] cargo tanto de la provincia como del ejército de Lucio Valerio¹⁰, al que iba a suceder, y de

mantener en la provincia [11] a Lucio Valerio, si lo creía oportuno, en calidad de proprator, dividiendo la provincia en dos partes, una desde Agrigento hasta el Paquino y la otra desde el Paquino hasta el Tindáreo¹¹; Lucio Valerio vigilaría el litoral correspondiente con veinte navíos de guerra. Se encargó [12] a este mismo pretor de recaudar dos diezmos de trigo; él se ocuparía de su traslado hasta la costa y su transporte a Grecia. Idénticas instrucciones recibió Lucio Opio con [13] relación al nuevo diezmo que debía ser recaudado en Cerdeña; pero se decidió que ese trigo no fuese enviado a Grecia sino a Roma. El pretor Gayo Livio, al que había [14] correspondido la flota en el sorteo, recibió orden de trasladarse a Grecia cuanto antes con treinta navíos equipados y hacerse cargo de las naves de Atilio¹². Se encomendó [15] al pretor Marco Junio la tarea de carenar y armar las naves viejas que había en los astilleros, así como de reclutar entre los libertos marineros para esta flota.

Se enviaron a África tres comisarios a los cartagineses [3] y tres a Numidia a comprar trigo para mandar a Grecia, corriendo el pueblo romano con los costes. La ciudad se [2] entregó a los preparativos de aquella guerra con tal empeño [3] que el cónsul Publio Cornelio publicó un edicto prohibiendo a quienes eran senadores, a quienes estaban facultados para exponer su opinión en el senado¹³ y a quienes desempeñaban magistraturas menores¹⁴, alejarse de Roma tanto que no pudieran volver el mismo día, así como ausentarse de Roma cinco senadores simultáneamente. [4] Una disputa que se originó con los colonos de la costa¹⁵ interrumpió durante algún tiempo la actividad que estaba desplegando el pretor Gayo Livio para preparar la flota. [5] En efecto, al ser llamados para su incorporación a la flota, apelaron a los tribunos de la plebe, y éstos los remitieron al senado. El senado, sin una sola voz en contra, dictaminó que aquellos colonos no tenían motivo de exención del [6] servicio a la marina. Ostia, Fregenas, Castro Nuevo, Pirgos, Ancio, Tarracina, Minturnas y Sinuesa fueron las colonias que discutieron con el pretor la cuestión de la exención¹⁶. [7] Después el cónsul Manio Acilio, a tenor de un decreto del senado, formuló a los feciales unas consultas: si era obligado

declarar la guerra al rey Antíoco en persona o bastaba con comunicárselo a alguna de sus guarniciones, [8] y además, si se les debía declarar la guerra por separado también a los etolios, y si antes de declararles la guerra era preciso romper las relaciones de alianza y amistad. Los feciales respondieron que ya anteriormente, al ser [9] consultados en el caso de Filipo, habían manifestado que lo mismo daba que se le hiciera la comunicación a él personalmente o a una guarnición suya; la ruptura de las [10] relaciones de amistad parecía que ya se había producido, puesto que los etolios, a pesar de las reiteradas reclamaciones de los embajadores, habían considerado justo no restituir ni dar explicaciones; eran ellos quienes se habían adelantado [11] a declarar la guerra cuando habían ocupado por la fuerza Demetríade¹⁷, una ciudad aliada, y cuando habían [12] ido a asediar Cálcide¹⁸ por tierra y mar, y cuando habían hecho que el rey Antíoco pasara a Europa para hacerle la guerra al pueblo romano. Una vez que todo [13] estuvo ya suficientemente preparado, el cónsul Manio Acilio publicó un edicto disponiendo que el quince de mayo se concentraran en Brundisio los soldados que había reclutado Lucio Quincio y los que había exigido a los aliados y latinos, que debían ir con él a su provincia, así como los tribunos militares de las legiones primera y tercera. Él mismo salió de la ciudad vestido de uniforme el día [14] tres de mayo. Por las mismas fechas salieron también los pretores hacia sus provincias.

Por la misma época llegaron a Roma los embajadores [4] de dos reyes, Filipo y Tolomeo. Filipo se comprometía a enviar tropas, dinero y trigo para la guerra; Tolomeo [2] también enviaba mil libras de oro y veinte mil de plata. Nada de esto fue aceptado; se les dieron las gracias a los reyes, y como ambos se ofrecían a ir a Etolia con todas [3] sus tropas e intervenir en la guerra, se declinó el ofrecimiento de Tolomeo y se respondió a los embajadores de [4] Filipo que si no dejaba desasistido al cónsul Manio Acilio se ganaría el reconocimiento del senado y el pueblo romano. [5] Igualmente, llegaron embajadores de los cartagineses y del rey Masinisa. Los cartagineses prometían quinientos mil^{18bis} modios de trigo y quinientos mil de cebada para el ejército,

estando dispuestos a mandar a Roma la mitad de ese [6] contingente; pedían a los romanos que lo aceptaran como [7] un regalo de su parte, y se mostraban dispuestos a armar una flota a sus expensas, y a entregar en el acto y de una vez el tributo que debían abonar durante muchos años en [8] muchos plazos. Los embajadores de Masinisa prometieron que el rey enviaría a Grecia quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército, y a Roma, al cónsul Manio Acilio, trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada, y quinientos jinetes [9] y veinte elefantes. Con respecto al trigo, se respondió a unos y otros que el pueblo romano haría uso de él a condición de que aceptasen su abono. En cuanto a la flota, no se aceptó¹⁹ el ofrecimiento de los cartagineses, salvo que debieran algún navío en virtud del tratado. Igualmente, con respecto al dinero se respondió que no se aceptaría nada antes del vencimiento del plazo.

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal

[5] Mientras en Roma tenían lugar estos acontecimientos, Antíoco, en Cálcide, para mantener la actividad durante la permanencia en los cuarteles de invierno, unas veces recababa él los apoyos de las ciudades enviando embajadores, y otras acudían a él por propia iniciativa, como los epirotas, por acuerdo unánime de su nación, y los eleos, que vinieron desde el Peloponeso. Los eleos pedían ayuda contra los [2] aqueos, pues estaban convencidos de que éstos atacarían su ciudad la primera después de su desacuerdo con la declaración de guerra a Antíoco. Se les enviaron mil soldados [3] de infantería capitaneados por el cretense Eufanes. La actitud de la embajada epirota no era en modo alguno abierta y franca en ningún sentido; querían ganarse las simpatías del rey teniendo buen cuidado de evitar roces con los romanos. Pedían, en efecto, que no los comprometiera [4] innecesariamente con su causa, situados como estaban frente a Italia como avanzadilla de Grecia entera, expuestos a recibir los primeros ataques de los romanos; pero si él era [5] capaz de cubrir el Epiro con sus fuerzas terrestres y navales, todos los epirotas lo acogerían con agrado en sus ciudades y puertos; ahora bien, si no era capaz de hacerlo, le suplicaban que no los lanzase indefensos e

inermes a una guerra contra Roma. Lo que se pretendía con esta [6] embajada era evidente: si Antíoco no entraba en el Epiro, que les parecía lo más probable, ellos seguirían en la misma situación con respecto a los ejércitos romanos pero se habrían ganado el reconocimiento del rey por haberse mostrado dispuestos a recibirlo si venía; y si se presentaba, [7] aun en ese caso podrían esperar el perdón de los romanos porque habrían sucumbido ante las fuerzas de quien se encontraba presente al no contar con una ayuda que estaba lejos. Como no tenía pronta una respuesta para esta [8] embajada tan ambigua, dijo que les enviaría delegados para hablar de las cuestiones que concernían a ambas partes.

Él partió hacia Beocia, que tenía los motivos aparentes [6] de resentimiento contra los romanos a los que me he referido anteriormente²⁰: el asesinato de Braquiles y la ofensiva desencadenada por Quincio contra Coronea a causa de [2] la matanza de soldados romanos²¹; pero la razón verdadera era que llevaba ya muchos siglos deteriorándose privada y públicamente la en otro tiempo famosa disciplina de aquel pueblo, y muchos se encontraban en una situación que no podía mantenerse mucho tiempo sin cambios [3] bruscos. Llegó a Tebas, saliendo a su encuentro desde todas partes los dirigentes de Beocia. A pesar de que había iniciado la guerra con acciones importantes e inequívocas en Delio, con el ataque a la guarnición romana, y en Cálcid²², [4] sin embargo en la asamblea nacional comenzó un discurso en la misma línea del que había pronunciado en la primera conferencia²³ de Cálcid y por boca de sus representantes en la asamblea de los aqueos²⁴: pidiendo no una declaración de guerra a los romanos sino el establecimiento de relaciones de amistad con él. A nadie se le [5] ocultaba lo que se pretendía; sin embargo, se aprobó un decreto envuelto en palabras suaves a favor del rey y en contra de los romanos.

[6] Incorporado también este pueblo a su causa, regresó a Cálcid, desde donde previamente había enviado cartas convocando a los dirigentes etolios a una reunión en Demetriad^e para discutir con ellos la situación en su conjunto, y llegó con sus naves el día señalado para esta asamblea. [7] En ella estuvieron presentes tanto Aminandro, al que se hizo

venir a consulta desde Atamania, como Aníbal el cartaginés, al que se había mantenido al margen desde hacía [8] tiempo. Se debatió la cuestión del pueblo tesalio. A todos los presentes les parecía que había que sondear sus intenciones. Sólo en un punto había diversidad de criterios: unos [9] opinaban que se debía actuar inmediatamente, y otros que se debía esperar a que pasase el invierno, que estaba entonces a mediados aproximadamente, y dejarlo para el comienzo de la primavera; y unos opinaban que solamente se debían mandar emisarios, y otros que se debía marchar [10] con todas las tropas y amedrentarlos si se mostraban vacilantes.

Cuando el debate estaba centrado casi por completo [7] en torno a esta cuestión, Aníbal, al que se preguntó expresamente su opinión, llevó al rey y a los que estaban presentes a pensar en la guerra en su conjunto, con el siguiente discurso: «Si desde que pasamos a Grecia se me hubiera [2] invitado al consejo, cuando se debatiera acerca de Eubea y de los aqueos y Beocia, yo habría expuesto el mismo criterio que voy a expresar ahora que se trata de los tesalios. En primer lugar, pienso que es preciso impulsar [3] hacia una alianza militar a Filipo y los macedonios por cualquier medio. Pues en lo concerniente a Eubea y [4] a los beocios y tesalios, ¿quién pone en duda que al no tener fuerzas propias siempre adulan a los que están allí, y para obtener el perdón utilizan como recurso ese mismo temor que muestran para tomar una decisión, y que, en [5] cuanto hayan visto en Grecia un ejército romano, se volverán hacia el poder imperial al que están acostumbrados, y no se les considerará culpables de no haber querido experimentar la fuerza de tu presencia y de tu ejército estando los romanos lejos como estaban? Por consiguiente, ¿no [6] es mucho más urgente y más importante que se una a nosotros Filipo y no ellos? Una vez que éste se una a nuestra causa no tendrá más opción en el futuro y aportará unas fuerzas que por sí solas fueron capaces recientemente de contener a los romanos, y que no serán sólo un refuerzo [7] en la guerra contra Roma. Si él se une a nosotros, y que no se tomen a mal mis palabras, ¿cómo puedo dudar del resultado cuando veo que los romanos van a ser atacados ahora precisamente por los mismos que constituyeron [8] su fuerza en contra de Filipo? Los etolios, que vencieron a Filipo, como

todos admiten, combatirán al lado de Filipo [9] frente a los romanos; Aminandro y el pueblo de los atamanes, cuya colaboración en aquella guerra fue la segunda en importancia después de los etolios, formarán a [10] nuestro lado. Entonces tú no intervenías y Filipo llevaba todo el peso de la guerra; ahora vais a hacer la guerra dos poderosísimos reyes con las fuerzas de Asia y Europa frente a un pueblo solo que, por no hablar de mi buena y mala fortuna, ciertamente en la época de nuestros padres no estuvo a la altura de uno solo de los reyes del Epiro, el cual, por otra parte, en nada era comparable a vosotros. [11] Y bien, ¿qué razones tengo para confiar en la posibilidad de que Filipo se una a nosotros? La primera, la comunidad de intereses, que es el vínculo más sólido de una alianza; [12] y la segunda, vosotros la avaláis, etolios. En efecto, vuestro delegado Toante, aquí presente, entre los demás argumentos habitualmente aducidos para traer a Antíoco a Grecia siempre ha afirmado ante todo que Filipo protestaba y no se resignaba a que se le hubieran impuesto unas condiciones de esclavitud bajo la apariencia de condiciones [13] de paz. En sus intervenciones incluso comparaba la rabia del rey a la de una fiera encadenada o enjaulada ansiosa de romper los barrotes. Si éstos son sus sentimientos, desatemos nosotros sus ataduras y rompamos sus barrotes para que su cólera, largo tiempo represada, pueda desbordarse [14] contra los enemigos comunes. Y si nuestra embajada no produce ningún efecto en él, pongamos por nuestra parte los medios para evitar al menos que pueda unirse a nuestros enemigos si no somos capaces de conseguir que se una a nosotros. Tu hijo Seleuco está en Lisimaquia. Si él, [15] con el ejército que tiene a su mando, atraviesa Tracia y comienza a devastar los confines de Macedonia, conseguirá fácilmente que Filipo deje de prestar apoyo a los romanos para defender sus posesiones por encima de todo. Tienes mi opinión en lo que respecta a Filipo; lo que yo [16] pensaba acerca de la estrategia general de la guerra lo has sabido desde el principio. Si se me hubiera escuchado entonces, los romanos hubieran oído hablar no de la toma de Cálcidé en Eubea y del asalto a una posición fortificada del Epiro²⁵, sino de una conflagración bélica en Etruria y en las costas de Liguria y de la Galia Cisalpina, y de que Aníbal estaba en Italia, cosa que temen por encima de

todo. Todavía ahora, mi criterio es que se haga venir [17] a todas las fuerzas navales y terrestres, y que sigan a la flota las naves de carga con los suministros, pues así como somos pocos aquí para las tareas de la guerra, también somos demasiados en proporción a la escasez de aprovisionamientos. Una vez que hayas reunido todas tus fuerzas, [18] divide la flota, y que una parte permanezca fondeada en Corcira para evitar que los romanos tengan el paso franco [19] y seguro; haz que la otra parte se traslade a las costas de Italia que dan a Cerdeña y África; tú, con todas las fuerzas de tierra, avanza hasta el territorio de Bulis²⁶; desde allí dominarás Grecia haciendo creer a los romanos [20] que pretendes cruzar, y estarás dispuesto para hacerlo si la situación lo requiere. Esto es lo que te aconsejo, y aunque no soy un experto en cualquier clase de guerras, lo cierto es que a costa de mis propios éxitos y fracasos aprendí [21] a hacer la guerra contra los romanos. Para lo que yo he aconsejado prometo mi colaboración leal y sin reservas. Que los dioses den su aprobación a la propuesta que te pareciere la mejor.»

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania

[8] Así fue, poco más o menos, el discurso de Aníbal. Los presentes lo aplaudieron en aquel momento pero no lo llevaron a la práctica en la misma medida, pues no se ejecutó ninguna de sus propuestas si se exceptúa el hecho de enviar a Polixénidas para traer [2] de Asia una flota y tropas. Se enviaron delegados a Larisa a la asamblea de los tesalios y se les señaló una fecha a los etolios y a Aminandro para que se concentrara el ejército en Feras, adonde acudió también sin demora el rey [3] con sus tropas. Mientras esperaba allí a Aminandro y a los etolios envió a Filipo de Megalópolis con dos mil hombres a recoger los restos de los macedonios caídos en Cinoscéfalas, donde había llegado a su fin la guerra con [4] Filipo; o se lo aconsejó el propio Filipo de Megalópolis, que buscaría el reconocimiento del pueblo macedonio y la ojeriza contra el rey por haber dejado insepultos a sus soldados, o le impulsó a hacerlo la vanidad innata en los reyes, dedicando su atención a un gesto aparentemente magnánimo [5] y en realidad vacío. Amontonando los restos que estaban diseminados por todas partes se levantó un túmulo que no

suscitó gratitud alguna por parte de los macedonios [6] y sí engendró un profundo resentimiento en Filipo. Por eso, éste, que hasta entonces estaba dispuesto a que la fortuna guiara sus decisiones, inmediatamente mandó aviso al propretor Marco Bebio de que Antíoco había lanzado una ofensiva contra Tesalia; que, si lo consideraba oportuno, abandonase los cuarteles de invierno y él iría a su encuentro para discutir juntos lo que procedía hacer.

Cuando Antíoco estaba ya acampado cerca de Feras, [9] donde se le unieron los etolios y Aminandro, se presentaron unos delegados de Larisa preguntando qué habían hecho o qué habían dicho los tesalios para que lanzara una ofensiva bélica contra ellos, y rogándole, al mismo tiempo, [2] que retirara su ejército y discutiera con ellos por medio de embajadores cualquier cuestión que le pareciera. Simultáneamente, [3] enviaron a Feras una guarnición de quinientos hombres mandados por Hipóloco²⁷; éstos no pudieron pasar, pues las tropas del rey tenían ya bloqueados todos los caminos, y se retiraron a Escotusa. El rey respondió de [4] buenas maneras a los enviados de los lariseos que él había penetrado en Tesalia no para hacer la guerra sino para defender y asegurar la libertad de los tesalios. Mandó un [5] emisario a dar a los fereos una explicación parecida; éstos no dieron ninguna respuesta, y a su vez le enviaron al rey a Pausanias, su primer ciudadano, como interlocutor. Éste utilizó unos términos parecidos, pues la situación era [6] similar, a los empleados en favor de los calcidenses en la entrevista del estrecho del Euripo, y algunos incluso más duros; el rey los invitó a reflexionar una y otra vez antes [7] de tomar una decisión de la que, por ser demasiado cautos y previsores para el futuro, fueran a arrepentirse inmediatamente, y los despidió. Cuando informaron del resultado [8] de esta embajada a los fereos, lo cierto es que no dudaron ni un momento en afrontar, por lealtad hacia los romanos, cualquier cosa que acarrase la suerte de la guerra. Y así, [9] mientras que ellos se disponían a defender la ciudad con el mayor empeño, el rey iniciaba el ataque a las murallas por todos los lados a la vez; y como comprendía perfectamente, [10] pues ello no ofrecía dudas, que de la suerte de la primera ciudad que atacase dependía el

que en adelante todo el pueblo tesalio le menospreciase o le temiese, infundió pánico a los sitiados por todas partes y de todas las [11] maneras. Al principio aguantaron con bastante firmeza la acometida de los asaltantes; después, como caían o eran heridos muchos de los que defendían en primera línea, su [12] moral comenzó a flaquear. Llamados luego a persistir en el empeño por las reconvenciones de sus jefes, abandonaron el exterior del recinto amurallado, pues sus tropas eran ya insuficientes, y se replegaron a la zona central de la ciudad, que estaba rodeada por una línea defensiva más reducida; por último, superados por las dificultades y temerosos de que el enemigo no tuviera ninguna clemencia [13] si los tomaba por la fuerza, se rindieron. Después, el rey, sin perder ni un instante mientras el pánico estaba aún vivo envió cuatro mil hombres a Escotusa. También aquí se produjo la rendición sin demora, a la vista del reciente [14] ejemplo de los fereos que, doblegados por la adversidad, habían acabado por hacer aquello a lo que en un principio se habían negado empecinadamente; con la propia ciudad se rindieron Hipóloto y la guarnición de lariseos. [15] El rey les dejó marchar indemnes a todos ellos, porque estaba convencido de que este gesto tendría mucha importancia con vistas a granjearse las simpatías de los lariseos.

[10] Llevadas a cabo estas operaciones en los diez días siguientes a su llegada a Feras, marchó con todo su ejército [2] a Cranón²⁸, que tomó nada más llegar. A continuación se le rindieron Cierio y Metrópolis y los enclaves fortificados de sus alrededores. En esos momentos tenía en su poder toda la comarca a excepción de Atrake y Girtón²⁹. Entonces decidió atacar Larisa, persuadido de que [3] el terror producido por la toma de las demás ciudades, la gratitud por haber dejado marchar a su guarnición, o el ejemplo de tantas ciudades que se rendían, harían que no siguiera obstinándose en su actitud. Mandó llevar los [4] elefantes delante de las enseñas para sembrar el pánico y avanzó hacia la ciudad en formación cerrada, de forma que una gran parte de los lariseos se debatía entre el temor a los enemigos presentes y la vergüenza ante los aliados ausentes. Por aquellos mismos días Aminandro con los [5] jóvenes atamanes ocupó el Pelineo³⁰, y Menipo, con tres

mil etolios de a pie y doscientos de a caballo partió hacia Perrebia, tomó por asalto Malea y Cirecias y saqueó el territorio de Trípolis³¹. Tras llevar a cabo con gran rapidez [6] estas acciones regresaron junto al rey, a Larisa, y llegaron cuando estaba deliberando acerca de lo que convendría hacer con esta ciudad. En este caso las opiniones [7] estaban divididas; unos sostenían que se debía emplear la violencia y no dejar pasar el tiempo, atacando con máquinas y obras de asedio por todos los lados a la vez las murallas de la ciudad situada en el llano, con accesos abiertos y sin pendiente por todas partes. Otros hacían hincapié [8] por un lado en que las fuerzas de la ciudad no se podían comparar en absoluto con las de Feras, y por otro en que la estación invernal no era nada propicia para ninguna clase de operación militar y mucho menos para el asedio o [9] el asalto a una ciudad. Cuando el rey estaba indeciso entre el miedo y la esperanza, su moral se fortaleció al coincidir que llegaron a entregar su ciudad unos enviados [10] de Fársalo. Entretanto Marco Bebio, tras un encuentro con Filipo en Dasarecia, puesto de acuerdo con él envió a defender Larisa a Apio Claudio; éste atravesó Macedonia a marchas forzadas y llegó hasta la cima de las montañas [11] que dominan Gonos. Esta ciudad está situada a veinte millas de Larisa, a la entrada misma³² del desfiladero llamado Tempe. Allí, tomando medidas para un campamento mayor de lo que correspondía al número de sus tropas y encendiendo más hogueras de las que se precisaban, hizo que el enemigo creyera, como él pretendía, que se encontraba allí todo el ejército romano junto con el rey Filipo. [12] Por ello, el rey, poniendo ante los suyos como excusa la inminencia del invierno, se detuvo sólo un día y se alejó de Larisa regresando a Demetriade; los etolios y los atamanes [13] se retiraron a su territorio. Apio, aun viendo que se había levantado el asedio, que era el objetivo con que había sido enviado, descendió sin embargo hasta Larisa con el objeto de fortalecer la moral de los aliados con vistas [14] al futuro. Éstos tenían un doble motivo de satisfacción, porque habían salido los enemigos de su territorio y porque veían una guarnición romana dentro de sus murallas.

[11] El rey marchó³³ de Demetriadé a Cálcida. Enamorado de una joven calcidense hija de Cleoptólemo, por mediación de terceros en un principio y personalmente después [2] agobió con sus ruegos al padre, que se resistía a entrar en relación con un nivel social demasiado gravoso para su fortuna; al fin consiguió su propósito, celebró la boda como si se estuviera en plena paz y, olvidándose de los dos grandes proyectos que había emprendido simultáneamente, la guerra contra Roma y la liberación de Grecia, y dejando a un lado cualquier otra preocupación, pasó el resto del invierno en banquetes, en los placeres que siguen a la bebida, y en el sueño que viene después más por hartazgo que por satisfacción. Igualmente, la molicie [3] se adueñó en todas partes de todos los prefectos del rey que habían quedado al mando de los campamentos de invierno, pero sobre todo en Beocia; a ella se entregaron también los soldados, y ninguno de ellos se ponía la armadura ni hacía las guardias y centinelas ni hacía nada que [4] tuviese que ver con tareas u obligaciones militares. Y así, [5] cuando a principios de la primavera atravesó la Fócide y llegó a Queronea, donde había dado orden de que viniera a concentrarse todo el ejército desde todas partes, fácilmente se dio cuenta de que los soldados habían pasado el invierno bajo una disciplina tan poco estricta como la de su jefe. Ordenó a Alejandro de Acarnania y a Menipo [6] de Macedonia que condujeran las tropas desde allí a Estrato³⁴, en Etolia, y él, después de ofrecer en Delfos un sacrificio a Apolo avanzó hasta Naupacto. Tras celebrar un [7] consejo con los dirigentes etolios, siguiendo la carretera que lleva a Estrato pasando por Calidón³⁵ y Lisimaquia se fue al encuentro de los suyos que venían por el golfo Malíaco. En Estrato un jefe de los acarnanios llamado [8] Mnasíloco, comprado con multitud de regalos, se dedicaba personalmente a ganar a la gente para la causa del rey, e incluso había atraído a su proyecto al pretor Clito³⁶, [9] que ejercía entonces la máxima autoridad. Viendo éste que no le era fácil poder arrastrar a la defección a los habitantes de Léucade, la principal ciudad de Acarnania, debido a su temor a la flota romana que mandaba Atilio y que estaba en las cercanías de Cefalania, los abordó a [10] base de astucia. En efecto, cuando dijo en la asamblea que era preciso defender la Acarnania del interior y que todos los que podían

portar armas debían partir hacia Medi3n y Tirreo³⁷ para evitar que las ocupasen Ant3oco o [11] los etolios, hubo quienes se3alaban que no ten3a ning3n sentido movilizar precipitadamente a todo el mundo, que bastaba con un destacamento de quinientos hombres. Conseguido este contingente situ3 trescientos hombres en Medi3n y doscientos en Tirreo, y lo hizo con el prop3sito de que cayeran en poder del rey para utilizarlos como rehenes m3s adelante.

[12] Por la misma 3poca llegaron a Medi3n unos emisarios del rey. Despu3s de escucharlos se debati3 en una asamblea [2] qu3 respuesta dar al rey. Como unos sosten3an que se deb3a despreciar la amistad del rey, se estim3 que la propuesta de Clito era una soluci3n intermedia y por eso [3] fue aceptada: enviar embajadores al rey y pedirle que permitiera a los medionios debatir tan importante cuesti3n [4] en la asamblea de los acarnanes. Mnas3loco y sus partidarios, incluidos con toda intenci3n en aquella embajada, enviaron en secreto mensajeros al rey para indicarle que acercara sus tropas mientras ellos trataban de ganar tiempo. [5] Y as3, apenas hab3an salido 3stos cuando Ant3oco se encontraba ya en el territorio y muy pronto ante las puertas, y mientras los que no estaban al tanto de la traici3n eran presa del p3nico y llamaban atropelladamente a las armas a la juventud, Clito y Mnas3loco lo introdujeron en la ciudad. Y en tanto unos aflu3an por su propia voluntad, [6] incluso los que no estaban de acuerdo se congregaron en torno al rey empujados por el miedo. Con palabras calm3 sus temores, y algunos pueblos de Acarnania, esperanzados por lo que se comentaba acerca de su clemencia, se pasaron a 3l. Desde Medi3n march3 a Tirreo, adonde [7] mand3 por delante a Mnas3loco y los embajadores. Por otra parte, el descubrimiento de la trampa utilizada en Medi3n hizo a los tirrenses m3s cautos, no m3s medrosos, pues sin la menor ambigüedad respondieron que no aceptar3an [8] ninguna nueva alianza sin el consentimiento de los generales romanos y despu3s cerraron las puertas y situaron hombres armados sobre las murallas. En un momento [9] muy oportuno para fortalecer la moral de los acarnanes, Gneo Octavio, que hab3a sido enviado por Quincio y se hab3a hecho cargo del destacamento y las pocas naves de Aulo Postumio³⁸, a quien el

legado Atilio había puesto al mando de Cefalania, llegó a Léucade y llenó de esperanza [10] a los aliados con la noticia de que el cónsul Manio Acilio había cruzado ya el mar con sus legiones y que había un campamento en Tesalia. Como la época del año, propicia [11] ya para la navegación, hacía verosímil esta noticia, el rey dejó un destacamento en Medión y en algunas otras plazas de Acarnania, se retiró de Tirreo y retornó a Cálcide pasando por las ciudades de Etolia y de la Fócide.

Contraofensiva en Tesalia

[13] Hacia la misma época, Marco Bebio y el rey Filipo, que ya se habían reunido antes durante el invierno en el territorio de los dasarecios, tras haber enviado a Tesalia a Apio Claudio para liberar Larisa [2] del asedio, regresaron a los cuarteles de invierno porque la estación no era propicia para el desarrollo de operaciones militares, y al inicio de la primavera reunieron [3] sus tropas y bajaron a Tesalia. Antíoco se encontraba entonces en Acarnania. Al llegar, Filipo atacó Malea, en Perrebia, y Bebio, Facio, que tomó casi al primer asalto, [4] conquistando después Festo³⁹ con la misma rapidez. Luego se retiró a Atrace y desde allí ocupó Cirecias y Ericio⁴⁰, dejó guarniciones en las plazas ocupadas y se reunió de [5] nuevo con Filipo, que estaba asediando Malea. A la llegada del ejército romano se rindieron los sitiados, bien por temor a estas fuerzas o bien porque esperaban clemencia; ellos, con sus tropas reunidas, marcharon a reconquistar [6] las plazas que habían ocupado los atamanes, que eran éstas: Eginio, Ericinio, Gonfos, Silana⁴¹, Trica, Melibea [7] y Faloria. A continuación pusieron cerco a Pelineo, donde se encontraba Filipo de Megalópolis con una guarnición de quinientos hombres de infantería y cuarenta de caballería, y antes de lanzar el asalto enviaron mensajeros a Filipo para aconsejarle que no intentase probar su fuerza hasta [8] el final. Él les respondió con bastante altivez que se habría fiado de los romanos o de los tesalios, pero que [9] no se pondría en manos de Filipo. Una vez que quedó patente que habría que recurrir a la fuerza, como parecía que se podía atacar también Limneo⁴² simultáneamente, se acordó que el rey fuese a Limneo y Bebio se quedó para sitiar Pelineo.

Casualmente, por aquellas fechas el cónsul Manio [14] Acilio había cruzado ya el mar con veinte mil soldados de infantería, dos mil jinetes y quince elefantes; dio orden a los tribunos militares de marchar con la infantería a Larisa, y él, con la caballería, fue a reunirse con Filipo en Limneo. A la llegada del cónsul se produjo la rendición [2] sin dudarlo, siendo entregada la guarnición real y los atamanes junto con ella. De Limneo, el cónsul marchó a [3] Pelineo. Allí se rindieron primero los atamanes y después también Filipo de Megalópolis. Dio la coincidencia de [4] que al dejar éste la guarnición se encontró con él el rey Filipo y en son de burla dio orden de saludarlo como rey; luego, personalmente se dirigió a él llamándolo hermano, una broma nada acorde con su majestad^{42bis}. Conducido [5] más tarde a presencia del cónsul, éste dio orden de ponerlo bajo custodia y poco después lo envió a Roma encadenado. El resto de los atamanes y los soldados del rey Antíoco que habían formado parte de las guarniciones de las plazas rendidas durante aquellos días fueron entregados al rey Filipo; eran cuatro mil hombres aproximadamente. El cónsul [6] marchó a Larisa, con la intención de discutir allí las líneas generales de la guerra. Durante la marcha, salieron a su encuentro enviados de Cierio y Metrópolis para entregarle sus ciudades. Filipo trató con especial indulgencia a los [7] prisioneros atamanes para ganarse a su pueblo a través de ellos, y como abrigaba esperanzas de apoderarse de Atamania llevó su ejército en aquella dirección enviando por [8] delante a los prisioneros a sus respectivas ciudades. Por un lado, éstos influyeron mucho entre sus paisanos al resaltar la clemencia y la generosidad del rey para con ellos, [9] y por otro, Aminandro, que con su majestad hubiera mantenido leales a algunos de haber estado presente, temiendo ser entregado a Filipo, su antiguo enemigo, y a los romanos, justamente irritados entonces con él a causa de su traición, abandonó el reino con su mujer y sus hijos y se trasladó a Ambracia. De esta forma toda Atamania cayó [10] bajo la autoridad y el dominio de Filipo. El cónsul se detuvo en Larisa algunos días principalmente para dar descanso a los animales de carga, agotados por la travesía marítima y las marchas posteriores, y con un ejército como nuevo gracias al breve descanso siguió la marcha hasta [11] Cranón. A su paso

se rindieron Fársalo, Escotusa y Feras, así como los soldados de Antíoco que se encontraban allí de guarnición. Preguntó quiénes de ellos querían quedarse con él, entregó a Filipo los mil que quisieron y envió a [12] los demás a Demetriade desarmados. A continuación recuperó Proerna⁴³ y las posiciones fortificadas de sus alrededores, y después inició la marcha directamente hacia el golfo Malíaco. Cuando se acercaba a las gargantas sobre las que está situada Táumacos, toda la juventud tomó las armas, abandonó la ciudad, se apostó en los bosques y caminos, y desde las alturas lanzó sus ataques contra la columna [13] romana. El cónsul mandó primero hombres para hablar con ellos de cerca y disuadirlos de semejante locura; después, en vista de que persistían en su actitud, destacó a un tribuno con los soldados de dos manípulos, cortó a los hombres armados el acceso a la ciudad y la tomó vacía. [14] Entonces, al oír a su espalda los gritos que provenían de la ciudad ocupada, los que estaban emboscados salieron de todas partes y se produjo una matanza. Al día siguiente [15] marchó de Táumacos el cónsul hasta el río Esperqueo y desde allí saqueó los campos de los hipateos⁴⁴.

La batalla de las Termópilas

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, [15] Antíoco se encontraba en Cálcide, percatándose al fin de que no había conseguido nada en Grecia aparte de unos agradables cuarteles de invierno en Cálcide y un humillante casamiento. Comenzó entonces [2] a lamentarse de las vanas promesas de los etolios y a acusar a Toante, mientras que a Aníbal lo admiraba no sólo como hombre previsor sino casi como vaticinador de todo lo que estaba ocurriendo. No obstante, para no acabar de arruinar con la falta de acción una empresa en la que se había metido precipitadamente, envió mensajeros a los etolios para que movilizaran a toda la juventud y se concentraran en Lamia. También él mismo marchó allí al frente [3] de diez mil soldados de infantería, cifra que completó con los que habían llegado de Asia después, y quinientos jinetes. Pero el número de los reunidos allí era bastante inferior [4] al de todas las ocasiones anteriores; estaban sólo los dirigentes con unos pocos clientes, y decían

que habían puesto todo el cuidado en hacer que acudiese el mayor número posible de sus ciudades, pero que ni su autoridad [5] ni su influencia ni su poder habían pesado frente a los que rechazaban el servicio militar. Falto de apoyos por todos lados tanto por parte de los suyos, reacios a salir de Asia, como de sus aliados, que no proporcionaban aquello que habían prometido cuando lo habían llamado, se retiró [6] al desfiladero de las Termópilas⁴⁵. Esta cadena montañosa divide Grecia en dos, como hace con Italia la cordillera [7] de los Apeninos. Frente al desfiladero de las Termópilas, mirando al norte, se encuentran el Epiro, Perrebia, Magnesia, Tesalia, la Ftiótide de Acaya y el golfo Malíaco; [8] al otro lado del desfiladero, mirando hacia el sur, están la mayor parte de Etolia. Acarnania, la Fócida junto con la Lócride, Beocia y unida a ella la isla de Eubea, y la tierra del Ática adentrándose en el mar como un promontorio; [9] y situado a la espalda, el Peloponeso. Esta cordillera, que se extiende desde Léucade⁴⁶ y el mar que queda a occidente, atravesando Etolia, hasta el otro mar situado a oriente, tiene tramos tan abruptos y obstáculos rocosos tales que no resulta fácil encontrar ningún sendero por donde pasar no ya los ejércitos sino incluso los soldados [10] de equipo ligero. En el extremo oriental están los montes llamados Eta⁴⁷; el más alto de ellos se llama Calídromo⁴⁸, y en la depresión que hay al pie del mismo, en dirección al golfo Malíaco, hay un camino de no más de [11] sesenta pasos de ancho⁴⁹. Ésta es la única senda militar por donde puede pasar un ejército si no hay nadie para [12] impedirselo. Por eso unos llaman Pilas⁵⁰ a este lugar, y otros, debido a que hay aguas termales en el propio desfiladero, Termópilas, y es famoso por la muerte de los lacedemonios frente a los persas, más memorable que la batalla.

Bien distinto era el estado de ánimo de Antíoco en [16] esta ocasión cuando, después de establecer el campamento entrada adentro de dicho lugar, añadía defensas para obstaculizar el paso: lo fortificó todo con doble empalizada y foso e incluso con un muro donde la situación lo requería, empleando las piedras que había tiradas en gran abundancia [2] por todas partes; después, plenamente confiado en [3] que el ejército romano jamás atacaría por allí, envió una parte de

los cuatro mil etolios —pues esa era la cifra que se había reunido— a ocupar, como guarnición, Heraclea⁵¹, que está situada justo antes del desfiladero, y otra parte [4] la envió a Hípata, pues estaba convencido de que el cónsul atacaría Heraclea, y por otro lado estaban llegando ya muchas noticias de que estaban siendo devastados totalmente los alrededores de Hípata. El cónsul devastó primero el [5] territorio de Hípata y luego el de Heraclea, resultando ineficaz en ambos casos la ayuda de los etolios, y después acampó en el desfiladero mismo, junto a las fuentes termales, enfrente del rey. Los dos destacamentos de etolios se encerraron en Heraclea. Antíoco, que antes de ver al [6] enemigo consideraba suficientemente fortificados y cubiertos por tropas todos los puntos de su posición, cogió miedo a que el romano descubriera entre las crestas que se alzaban en torno algún sendero por donde pasar; se decía, [7] en efecto, que en otra ocasión los lacedemonios habían sido rebasados así por los persas, y más recientemente, Filipo por los propios romanos⁵². Por eso envió a Heraclea [8] un mensaje a los etolios para que le proporcionasen en aquella guerra cuando menos la ayuda de ocupar y bloquear las cimas de los montes de alrededor, de suerte que [9] los romanos no pudiesen pasar por ningún sitio. Cuando los etolios oyeron este mensaje, surgieron disensiones entre ellos. Unos estimaban que se debía obedecer la orden del [10] rey y acudir, y otros, que había que permanecer en Heraclea a la espera de cualquiera de los dos resultados, para tener dispuestas tropas frescas con que prestar ayuda a sus ciudades vecinas si el rey era vencido por el cónsul, y si él resultaba vencedor, para perseguir a los romanos cuando [11] huyesen en desbandada. Unos y otros mantuvieron su criterio e incluso pusieron en práctica su propuesta: dos mil se quedaron en Heraclea, y los otros dos mil, repartidos en tres grupos, ocuparon el Calídro, el Roduncia y el Tiquiunte, que así se llaman las crestas.

[17] Cuando el cónsul vio que estaban ocupadas por los etolios las alturas, envió a los legados consulares⁵³ Marco Porcio Catón y Lucio Valerio Flaco con dos mil hombres escogidos de infantería cada uno a los puntos fuertes de los etolios: Flaco al Roduncia y al Tiquiunte, y Catón al [2]

Calídro. Él, antes de hacer avanzar las tropas contra el enemigo, convocó a los soldados a una asamblea y les dirigió una breve arenga: «Veo, soldados, que hay entre vosotros muchos, de todas las graduaciones, que han militado en esta misma provincia bajo el mando y los auspicios [3] de Tito Quincio. Durante la guerra macedónica, el desfiladero del río Áo era más difícil de salvar que éste; [4] efectivamente esto es una puerta, y es la única vía de acceso digamos natural entre los dos mares, todas las demás están cerradas. Entonces había defensas en puntos más estratégicos y además más sólidas; aquel ejército enemigo era más numeroso y bastante superior por la calidad de sus hombres; en aquel caso había, en efecto, macedones, [5] tracios e ilirios, pueblos muy belicosos todos ellos; aquí hay sirios y griegos asiáticos, gentes de ínfima categoría nacidas para la esclavitud. Aquél era un rey muy aguerrido, [6] experimentado ya desde su juventud en guerras con sus vecinos de Tracia y de Iliria y de todo el entorno; éste, por no hablar del resto de su vida, es el hombre que [7] pasó de Asia a Europa para hacer la guerra al pueblo romano, y lo más memorable que hizo durante todo un invierno fue enamorarse y casarse con una mujer de una casa privada, de familia desconocida incluso entre sus compatriotas, y que estando recién casado y digiriendo aún, por decirlo así, el banquete de bodas, salió a combatir; su mayor fuerza y sus mayores esperanzas eran los etolios, [8] el pueblo más irresponsable y más desagradecido, como comprobasteis primero vosotros y ahora Antíoco. En efecto, [9] ni fueron muchos los que acudieron, ni fueron capaces de mantenerse dentro del campamento, están enfrentados entre sí, y después de reclamar con insistencia la defensa de Hípata y Heraclea no defendieron ninguna de las dos, se han refugiado en la cima de las montañas y una parte de ellos se ha encerrado en Heraclea. El propio rey ha reconocido [10] que no se atrevía no ya a medirse en una batalla en campo abierto en ninguna parte sino ni siquiera a establecer su campamento en lugar descubierto, y dejando ante sí toda la zona que se jactaba de habernos arrebatado a nosotros y a Filipo, se escondió entre las rocas; ni siquiera situó el campamento a la entrada del desfiladero, como [11] hicieron en otro tiempo los lacedemonios, según cuentan, sino que lo retiró bien adentro. ¿Qué diferencia hay,

como manifestación de miedo, entre esto y encerrarse tras los [12] muros de una ciudad para sufrir un asedio? Pero no les van a servir de protección ni a Antíoco las quebradas ni a los etolios las cumbres que han ocupado. Se han tomado medidas y precauciones suficientes en todos los sentidos para que durante la batalla sólo tengáis en contra al enemigo. [13] Debéis tener presente la idea de que no combatís únicamente por la libertad de Grecia —aunque también sería un brillante título liberarla ahora de los etolios y de Antíoco después de haberla liberado anteriormente de Filipo—, y que no sólo pasará a ser recompensa vuestra [14] lo que hay ahora en el campamento del rey, sino que será también botín todo ese material que se espera de Éfeso de un día para otro; y después abriréis al dominio de Roma, Asia y Siria y todos los riquísimos reinos que [15] hay hasta donde nace el sol. ¿Qué faltará a partir de entonces para que desde Cádiz hasta el Mar Rojo⁵⁴ tengamos como límite el Océano que abraza y delimita el orbe entero, y para que todo el género humano reverencie, después [16] de los dioses, el nombre de Roma? Preparaos mentalmente para ser dignos de estas recompensas tan importantes, a fin de que mañana, con la ayuda benevolente de los dioses, libremos la batalla decisiva.»

[18] Los soldados, al marchar de esta asamblea, prepararon sus armas defensivas y ofensivas antes de reponer fuerzas. Al despuntar el día se izó la señal de combate y el cónsul formó al ejército en orden de batalla con un frente poco abierto, a tenor de la configuración y la estrechez del terreno. [2] El rey, nada más avistar las enseñas del enemigo, sacó también él sus tropas. Colocó parte de la infantería ligera en primera posición, delante de la empalizada; a continuación, como bastión alrededor mismo de las defensas, situó lo mejor de los macedonios, los llamados sarisóforos⁵⁵. Junto a éstos, en el flanco izquierdo, al pie mismo [3] de la montaña colocó una unidad de lanzadores de venablos, arqueros y honderos, con la misión de hostigar el flanco descubierto del enemigo desde su posición más elevada. Desde la derecha de los macedonios hasta el final [4] mismo de las fortificaciones, donde el fango pantanoso y las arenas movedizas cierran una zona intransitable hasta el mar, colocó los elefantes con la

habitual protección armada; detrás de ellos, la caballería, y a continuación, dejando un breve espacio, el resto de las tropas en la segunda línea. Los macedonios situados delante de la empalizada, [5] al principio contenían sin dificultad a los romanos que intentaban la penetración por todas partes, y contaban con la valiosa ayuda de los que, desde su posición más elevada, disparaban con sus hondas una lluvia de proyectiles así como flechas y venablos; luego, cuando la presión de [6] los enemigos fue a más y se hizo incontenible, fueron desalojados de su posición y retrocedieron, conservando la formación, hasta dentro de las fortificaciones, y desde el vallado formaron una especie de segunda empalizada tendiendo por delante sus picas. Además, la altura de la [7] empalizada era tan reducida que de una parte proporcionaba a los suyos una posición de combate más elevada, y de otra, debido a la longitud de las lanzas, mantenía al enemigo debajo a su merced. Muchos fueron atravesados [8] al escalar temerariamente la empalizada; y se habrían retirado tras fracasar en su intento o habrían sido más los caídos si no hubiera aparecido sobre la colina que dominaba el campamento Marco Porcio, que venía de la cima del Calídroso tras desalojar de ella a los etolios y dar muerte a la mayor parte, pues los había cogido desprevenidos cuando muchos de ellos estaban dormidos.

[19] Flaco no había tenido la misma suerte en el Tiquiunte y el Roduncia, posiciones a las que había intentado en vano [2] llegar. Los macedonios y los demás que se encontraban en el campamento del rey, al principio, mientras sólo se distinguía a lo lejos una masa en movimiento, creyeron que los etolios habían visto a distancia la batalla y venían [3] en su ayuda; pero cuando se percataron de su equivocación al identificar desde cerca las enseñas y las armas, les entró de repente tal pánico que arrojaron las armas y huyeron. [4] Los perseguidores se vieron obstaculizados por las fortificaciones, por la angostura del valle que era preciso atravesar en la persecución, y sobre todo porque al final de la columna iban los elefantes, y resultaba difícil para los de a pie e imposible para los de a caballo rebasarlos, pues los caballos se espantaban y provocaban entre ellos una [5] confusión mayor que en un combate. Además, el saqueo del campamento llevó

su tiempo. A pesar de todo, aquel [6] día persiguieron al enemigo hasta Escarfea. Aparte de dar muerte o capturar a muchos hombres y caballos durante la propia persecución, también mataron a los elefantes que no habían podido capturar, y después regresaron [7] al campamento. Éste había sido atacado aquel día, justamente durante la batalla, por los etolios de la guarnición que ocupaba Heraclea, sin que el intento, de una osadía [8] considerable, diera el menor resultado. Durante el tercer relevo de la guardia de la noche siguiente el cónsul envió por delante a la caballería en persecución del enemigo, y al amanecer puso en movimiento las enseñas de las legiones. [9] El rey llevaba bastante ventaja, pues hasta llegar a Elacia no detuvo su desenfrenada carrera; allí reagrupó a los supervivientes de la batalla y de la huida, y con un reducidísimo grupo de hombres casi desarmados se refugió en Cálcide. La caballería romana, por cierto, no dio [10] alcance al rey mismo en Elacia, pero cayó sobre gran parte de sus hombres cuando se detenían extenuados o se dispersaban y extraviaban, cosa lógica ya que huían sin guías por rutas que no conocían. Y de todo el ejército sólo se [11] salvaron los quinientos que acompañaron al rey, cifra bien exigua incluso en el caso de que fueran diez mil los hombres con que el rey pasó a Grecia como hemos escrito siguiendo a Polibio. ¿Qué decir si creemos a Valerio Anciate [12] cuando escribe que había sesenta mil soldados en el ejército del rey, que cayeron cuarenta mil de ellos y que fueron capturados más de quince mil junto con doscientas treinta enseñas militares? Los romanos tuvieron ciento cincuenta bajas en la batalla propiamente dicha y no más de cincuenta en la defensa contra el asalto de los etolios.

Episodios posteriores a la batalla

Cuando el cónsul marchaba al frente [20] de su ejército a través de la Fócide y de Beocia, los habitantes de las ciudades que se sentían culpables de rebelión estaban de pie ante las puertas con ramos de suplicantes por miedo a ser saqueados como si fueran enemigos. Pero durante todos aquellos días siguió su marcha [2] la columna sin causar ningún daño, como si se tratara de un territorio pacificado, hasta llegar al territorio de Coronea. Allí provocó sus iras una estatua del rey Antíoco

[3] erigida en el templo de Minerva Itonia⁵⁶, y se dio permiso a los soldados para devastar las tierras de alrededor del templo. Después se pensó que al haber sido erigida la estatua por una decisión tomada por todos los beocios no estaba bien ensañarse únicamente con el territorio de Coronea. [4] Inmediatamente se hizo volver a los soldados y se puso fin al saqueo. Los beocios sólo fueron reprendidos de palabra por su ingratitud hacia los romanos cuando les habían prestado tantos y tan recientes servicios.

[5] Justamente durante el transcurso de la batalla había diez naves reales, mandadas por el prefecto Isidoro, fondeadas cerca de Tronio, en el golfo Malíaco. En ellas se había refugiado gravemente herido Alejandro de Acarnania, portador de la noticia de la derrota; en la primera reacción de pánico, los navíos se dirigieron de allí a Ceneo⁵⁷, en Eubea. Allí murió y recibió sepultura Alejandro. [6] Tres naves que habían salido de Asia con rumbo a aquel mismo puerto retornaron a Éfeso al enterarse de la derrota de su ejército. Isidoro hizo la travesía de Ceneo a Demetriadé, por si acaso la huida llevaba al rey en aquella [7] dirección. Por las mismas fechas, el prefecto de la flota romana Aulo Atilio interceptó un importante convoy real cuando había rebasado ya el estrecho que está junto a la isla de Andros; hundió parte de las naves, y otras [8] las capturó; las que iban al final viraron poniendo rumbo a Asia. Atilio regresó a su punto de partida, el Pireo, con el convoy de las naves capturadas y repartió trigo en gran cantidad entre los atenienses y otros aliados de la misma comarca.

Roma: Escipión y Catón informan al senado

[21] Antíoco partió de Cálcidé cuando el cónsul estaba al llegar, poniendo rumbo a Teno⁵⁸ primeramente y cruzando [2] después a Éfeso. A la llegada del cónsul a Cálcidé se le abrieron las puertas, pues Aristóteles, el prefecto del rey, había abandonado la ciudad cuando él se acercaba. Las [3] demás ciudades de Eubea se rindieron también sin oponer resistencia, y pocos días después, con toda la zona pacificada por completo sin daño para ninguna ciudad, el ejército fue conducido de nuevo a las Termópilas, siendo más digno de elogio por su moderación después de la victoria que por la

victoria misma. Luego, el cónsul envió a Roma [4] a Marco Catón con el objeto de que el senado y el pueblo romano pudiesen conocer a través de un testigo autorizado las acciones llevadas a cabo. Éste, desde Creúsa⁵⁹, centro [5] mercantil de los tespienses retirado al fondo del golfo de Corinto, se dirigió a Patras⁶⁰, en Acaya; desde Patras bordeó las costas de Etolia y Acarnania hasta Corcira, y así cruzó a Hidrunto⁶¹, en Italia. Desde allí, en una rapidísima [6] marcha por tierra, llegó a Roma al quinto día. Entró en la ciudad antes del alba, y desde la puerta se fue directamente al encuentro del pretor Marco Junio⁶². Éste convocó al senado al amanecer. [7] Lucio Cornelio Escipión, enviado por el cónsul algunos días antes, se enteró al llegar de que Catón se le había adelantado y estaba en el senado, y allá se presentó cuando aquél estaba haciendo una exposición de los hechos llevados a cabo. Posteriormente, los dos delegados se presentaron [8] ante la asamblea del pueblo por indicación del senado y le expusieron lo mismo que al senado acerca de las operaciones desarrolladas en Etolia. Se decretó un triduo [9] de acción de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas adultas que el pretor ofrecería a los dioses que estimase [10] oportuno. Por las mismas fechas también hizo su entrada en Roma recibiendo los honores de la ovación Marco Fulvio Nobílior, que había marchado a Hispania hacía dos [11] años como pretor. Desfiló llevando ante sí ciento treinta mil monedas de plata acuñada con la *biga* y, además de las monedas, doce mil libras de plata y ciento veintisiete de oro.

Grecia: asedio de Heraclea

[22] El cónsul Acilio, desde las Termópilas, mandó un mensaje a los etolios, a Heraclea, diciéndoles que al menos ahora que habían comprobado la poca seriedad del rey, recapacitasen, entregasen Heraclea y pensasen en pedir perdón al senado por su desatino o [2] por su error; que también las demás ciudades de Grecia durante aquella guerra habían abandonado la causa de los romanos, que tanto habían hecho por ellos, pero en vista de que después de la huida del rey, en el que habían depositado su confianza faltando a su deber, no habían añadido el empecinamiento a su falta, habían sido acogidas de [3] nuevo bajo la protección de Roma; incluso los

etolios, aunque no habían secundado al rey, mas lo habían llamado y habían sido no aliados pero sí promotores de la guerra, si eran capaces de arrepentirse, podían salir indemnes. [4] Estas consideraciones no recibieron una respuesta de paz, y estaba claro que habría que decidir la cuestión con las armas y que una vez vencido el rey quedaba por hacer del todo la guerra con los etolios; entonces el cónsul trasladó de las Termópilas a Heraclea su campamento y aquel mismo día dio una vuelta completa en torno a las murallas [5] de la ciudad para estudiar su emplazamiento. Heraclea está situada en la base del monte Eta, en la llanura, y tiene una ciudadela que se alza sobre una altura cortada a pico por todos lados. Después de observar atentamente todo [6] lo que era preciso conocer, decidió atacar la ciudad por cuatro puntos simultáneamente. Por el lado del río Asopo⁶³, [7] donde se encuentra el gimnasio, puso a Lucio Valerio al frente de los trabajos del asedio. Encomendó a Tiberio Sempronio Longo el ataque a la parte situada fuera de las murallas, casi más poblada que la propia ciudad. En la dirección del golfo Malíaco, por donde no era [8] fácil el acceso, situó a Marco Bebio; y en dirección a otro riachuelo que llaman Mélana, enfrente del templo de Diana, situó a Apio Claudio. Gracias al empeño que éstos [9] pusieron, las torres, los arietes y todos los demás ingenios de asedio de las ciudades estuvieron listos en pocos días. Por una parte, el suelo de Heraclea, pantanoso todo él [10] y cubierto de grandes árboles, proporcionaba abundancia de madera para toda clase de trabajos, y por otra, las [11] casas que había en los arrabales de la ciudad, abandonadas al haberse refugiado los etolios en el interior del recinto amurallado, proporcionaban para diversos usos tantos maderos y tablas como ladrillo y piedras de diferentes tamaños talladas y sin tallar.

De hecho los romanos recurrían a los trabajos de [23] asedio más que a las armas para atacar la ciudad, y los etolios, por el contrario, se defendían con las armas. En efecto, cuando el ariete batía los muros, no lo enganchaban [2] con lazos para desviar los golpes, como es habitual, sino que salían armados muchos a la vez, y algunos incluso portaban teas para arrojarlas sobre las rampas. Además había poternas en la

muralla apropiadas para hacer [3] las salidas, y cuando levantaban de nuevo los muros tras los derrumbes, dejaban mayor número de huecos para [4] saltar contra el enemigo por más sitios. Esto lo hicieron frecuente e incansablemente durante los primeros días, mientras sus fuerzas estaban intactas. Luego, con el paso de [5] los días, la frecuencia y la actividad eran menores. Y es que, entre las muchas circunstancias que los agobiaban, nada los agotaba tanto como las vigiliass; los romanos, al contar con un gran número de soldados, se relevaban unos a otros en las guardias, mientras que los etolios, debido a su reducido número, eran consumidos por los trabajos [6] continuos, día y noche, y siempre los mismos. Durante veinticuatro días el esfuerzo nocturno sucedió al diurno de forma que no había ni un instante de reposo en la lucha frente a un enemigo que atacaba por cuatro puntos a la [7] vez. El cónsul, por el tiempo transcurrido y porque así lo aseguraban los desertores, sabía que los etolios estaban [8] ya extenuados, y adoptó la táctica siguiente. A media noche dio la señal de retirada, se llevó del asedio a todos los hombres al mismo tiempo y los tuvo quietos en el campamento [9] hasta la hora tercera del día; en ese momento recomenzó un ataque que se prolongó hasta la media noche una vez más, interrumpiéndose a continuación hasta [10] la tercera hora del día. Pensando que la causa de que no continuara el ataque era el mismo cansancio que los afectaba a ellos, los etolios, cuando se les daba a los romanos la señal de retirada, abandonaban cada uno su puesto por propia iniciativa como si la señal fuera también para ellos, y antes de la tercera hora del día no se veían sobre las murallas hombres armados.

[24] El cónsul, después de interrumpir el ataque a media noche, durante el cuarto relevo de la guardia atacó de nuevo [2] con la mayor violencia desde tres puntos y ordenó a Tiberio Sempronio que mantuviera a sus hombres alerta en el otro a la espera de la señal, pues estaba plenamente convencido de que, con la confusión nocturna, los enemigos acudirían corriendo a los puntos donde se originara el griterío. En cuanto a los etolios, unos estaban dormidos [3] y trataban de arrancar del sueño sus cuerpos quebrantados por el trabajo y las vigiliass, y otros, aún despiertos, corrieron en la oscuridad en dirección al fragor de los combatientes. Los enemigos se

esfuerzan, unos, por pasar a través [4] de los derrumbes de la muralla, e intentan, otros, encaramarse por medio de escalas, y para hacerles frente corren a colaborar los etolios desde todas partes. Sólo la [5] zona donde estaban los edificios de fuera de la ciudad no es defendida ni atacada; pero quienes iban a atacarla estaban esperando atentamente la señal; defensores no había ninguno. Despuntaba ya el día cuando el cónsul dio la [6] señal, y sin encontrar la menor resistencia pasaron adentro unos por los muros semiderruidos y otros salvando por medio de escalas los muros enteros. Simultáneamente, se escuchó el grito indicador de la toma de una ciudad; los etolios, abandonando sus puestos, huyen a la ciudadela desde todas partes. Los vencedores saquean la ciudad autorizados [7] por el cónsul no tanto por rabia o por odio como para que los soldados, contenidos en el caso de tantas ciudades recuperadas del poder del enemigo, saboreasen al fin en algún sitio el fruto de la victoria. A eso del mediodía [8] llamó a los soldados y los dividió en dos grupos, y ordenó a uno de ellos que rodeara la falda de las montañas hasta llegar a una roca situada a la misma altura que la ciudadela y separada de ésta por el valle que había en medio. Pero las cimas gemelas de los dos montes están [9] tan próximas que desde la otra se puede alcanzar la ciudadela con armas arrojadizas. Con la otra mitad de los hombres, el cónsul se disponía a escalar la ciudadela desde la ciudad, y estaba a la espera de la señal de los que iban [10] a ganar la roca por la parte de atrás. Los etolios que se encontraban en la ciudadela no pudieron resistir primeramente el grito de guerra de los que habían ocupado la roca, y después el ataque de los romanos desde la ciudad, pues su moral estaba ya quebrantada y además allí no había ningún recurso preparado para soportar un asedio de [11] cierta duración; y ello debido a que se habían aglomerado mujeres, niños y toda la masa de no combatientes en una ciudadela que apenas podía dar cabida, no ya proteger, a semejante multitud; de modo que al primer asalto arrojaron [12] las armas y se rindieron. Entre otros dirigentes etolios se entregó Damócrito, el que al principio de la guerra, cuando Tito Quincio le pidió el decreto por el que los etolios habían acordado que se hiciese venir a Antíoco, había contestado que se lo entregaría en Italia cuando los etolios estableciesen allí su campamento. A causa de esta

arrogancia, su rendición supuso una satisfacción mayor para los vencedores.

Rendición de Lamia. Embajada etolia a Antíoco

[25] Al mismo tiempo que los romanos atacaban Heraclea, Filipo según lo convenido, atacaba Lamia. Se había encontrado cerca de las Termópilas con el cónsul, a su regreso de Beocia, para felicitarlo a él y al pueblo romano por la victoria y para disculparse por no haber participado en la batalla debido a que se [2] encontraba enfermo. Luego se habían separado marchando en distintas direcciones a atacar simultáneamente las [3] dos ciudades. Distan éstas entre sí unas siete millas, y como Lamia está situada sobre una loma y además está orientada sobre todo hacia la parte del Eta, la distancia [4] parece muy corta y la visibilidad es completa. Romanos y macedonios, como si de una competición se tratara, estaban día y noche entregados a los trabajos de asedio y a los combates, pero las dificultades eran mayores para los macedonios, ya que los romanos contribuían al asedio con el terraplén, los manteletes y todas sus máquinas en la superficie, mientras que los macedonios lo hacían bajo tierra con galerías, y en los tramos rocosos el hierro se encontraba con piedra casi impenetrable. Como la empresa progresaba [5] despacio, el rey, por medio de conversaciones con los dirigentes, tanteaba a los habitantes de la plaza con miras a su rendición, seguro de que si caía primero Heraclea, [6] se entregarían a los romanos de mejor grado que a él mismo, y el cónsul se ganaría su reconocimiento por liberarla del asedio. Y no se equivocó en su previsión, [7] ya que inmediatamente después de la toma de Heraclea llegó un mensajero a decirle que levantara el asedio, que era más justo que se llevaran la recompensa de la victoria los soldados romanos que se habían enfrentado en batalla campal a los etolios. Se produjo así la retirada de Lamia, [8] y gracias al desastre de la ciudad vecina, sus habitantes se libraron de padecer ellos algo parecido.

Pocos días antes de la toma de Heraclea los etolios [26] convocaron asamblea en Hípata y enviaron embajadores a Antíoco; entre ellos se encontraba el mismo Toante que [2] había sido enviado anteriormente. Llevaban instrucciones de pedir al rey en primer lugar que reuniera de nuevo sus fuerzas

de tierra y mar y viniera a Grecia, y en segundo [3] lugar, que, si lo retenía algún asunto, enviara dinero y tropas de apoyo; ello afectaba por una parte a su dignidad y su crédito —no abandonar a unos aliados— y por otra a la seguridad de su reino, no fuera a dejar que los romanos, enteramente libres después de quitar de en medio a la [4] nación etolia, pasaran a Asia con todas sus tropas. Lo que [5] decían era cierto, y por ello surtió mayor efecto en el rey; así que entregó en el acto a los embajadores el dinero que era necesario para los gastos de la guerra, y aseguró que [6] enviaría tropas auxiliares terrestres y navales. Únicamente retuvo a uno de los embajadores, Toante, que, por otra parte, se quedó de buen grado, para impulsar con su presencia el cumplimiento de lo prometido.

Negociaciones cos los etolios

[27] Por otra parte, la toma de Heraclea acabó de quebrar la moral de los etolios, [2] y a los pocos días de enviar embajadores a Asia para dar un nuevo impulso a la guerra y pedir al rey que viniera, renunciaron a sus planes bélicos y enviaron parlamentarios [3] al cónsul para pedir la paz. Cuando comenzaron a hablar, el cónsul los interrumpió, les dijo que antes tenía que ocuparse de otros asuntos, y les mandó volver a Hípata, concediéndoles una tregua de diez días; con ellos envió a Lucio Valerio Flaco, y les dijo que le expusieran a éste lo que iban a tratar con él y, si querían, alguna otra cosa. [4] Cuando éstos llegaron a Hípata, los dirigentes etolios celebraron consejo, con Flaco presente, en el que debatieron sobre qué actitud adoptar en presencia del cónsul. 5 Se aprestaban a basar su discurso en los derechos de sus antiguos tratados y en los servicios prestados al pueblo romano, [6] y entonces Flaco les aconsejó que no mencionasen aquello que ellos mismos habían violado o roto, que les sería más provechoso reconocer su culpa y orientar por entero su discurso hacia las súplicas, pues sus esperanzas de salvación dependían no de su causa sino de la clemencia [7] del pueblo romano; si adoptaban una actitud suplicante, él mismo los apoyaría tanto ante el cónsul como ante el senado en Roma, pues también allí habría que enviar embajadores. [8] A todos les pareció que la única vía de salvación era ésta, ponerse a disposición de los romanos, pues así los colocarían en la

alternativa de tener que avergonzarse por maltratar a unos suplicantes, y ellos seguirían siendo igualmente dueños de su destino si la fortuna les ofrecía algo mejor.

Cuando llegaron a presencia del cónsul, Feneas, el [28] jefe de la delegación, finalizó su largo discurso, elaborado con diferentes recursos para mitigar las iras del vencedor, diciendo que los etolios sometían sus personas y todo cuanto poseían a la discreción del pueblo romano. Cuando el [2] cónsul oyó esto, dijo: «Mirad bien lo que hacéis, etolios, entregándoos en esas condiciones». Entonces Feneas mostró el decreto en el que ello constaba por escrito detalladamente. «Pues ya que os entregáis en esos términos», dijo [3] el cónsul, «exijo que me entreguéis sin dilación a vuestro compatriota Dicearco y a Menestas del Epiro —éste había entrado en Naupacto con un destacamento armado y había incitado a la defección—, así como a Aminandro y a los jefes de los atamanes, por cuyos consejos rompisteis con nosotros». Feneas, interrumpiendo casi al romano, [4] intervino para decir: «No nos hemos entregado a la esclavitud sino a tu protección, y estoy seguro de que incurres inadvertidamente en un error al exigirnos algo que no forma parte de los hábitos de comportamiento de los griegos». A esto replicó el cónsul: «Tampoco me preocupa ahora [5] mayormente, ¡por Hércules!, qué consideran los etolios que se hace de acuerdo con las costumbres de los griegos, siempre y cuando ejerza mi autoridad al uso romano sobre quienes acaban de rendirse por decisión propia después de haber sido vencidos con las armas; por consiguiente, si no [6] se cumple al instante lo que estoy ordenando, ahora mismo mandaré que os encadenen». Ordenó que se trajeran cadenas y que los lictores se situaran en torno a ellos. Entonces se quebró la arrogancia de Feneas y de los demás etolios y comprendieron por fin cuál era la situación en [7] que se encontraban, y Feneas declaró que él y los etolios presentes se daban cuenta, sin duda, de la necesidad de cumplir lo que se les exigía, pero que era necesaria una asamblea de los etolios para tomar una decisión así; para [8] ello solicitaba la concesión de diez días de tregua. Intervino Flaco en favor de los etolios, se les concedió la tregua y retornaron a Hípata. Cuando Feneas, en el consejo restringido de los que llaman apocletas, dio cuenta de las condiciones que se les imponían y

de lo que a ellos mismos [9] había estado a punto de ocurrirles, los principales deploraron su situación, es cierto, pero sin embargo sostenían el criterio de que se debía obedecer al vencedor y convocar a una asamblea a los etolios de todas las ciudades.

[29] Pero cuando toda la multitud reunida escuchó aquel mismo informe se exasperaron los ánimos de tal forma por lo duro y humillante de la imposición que de haber estado en tiempos de paz podían haberse visto empujados a la [2] guerra en aquel arrebató de cólera. A la rabia se añadían por una parte la dificultad de cumplir lo exigido —en efecto, ¿cómo, en todo caso, podían ellos entregar al rey Aminandro?—, [3] y por otra la posibilidad que por suerte se había abierto, porque Nicandro, que precisamente entonces regresaba de junto al rey Antíoco colmó a la multitud con la vana esperanza de que se estaba preparando una [4] guerra de grandes proporciones por tierra y mar. Volviendo de Etolia una vez cumplida su misión, once días después de embarcar hizo escala en Fálara, en el golfo Malíaco. [5] Cuando, después de expedir desde allí a Lamia el dinero, se dirigía a Hípata con una escolta ligera por senderos conocidos, por la zona intermedia entre los campamentos macedonio y romano, a primera hora de la tarde se tropezó con un puesto de vigilancia macedonio y fue conducido a presencia del rey cuando aún no había terminado de comer. Cuando se anunció su llegada, Filippo, reaccionando [6] como si fuera un huésped y no un enemigo quien llegaba, lo invitó a sentarse a la mesa y participar de la comida, y más tarde despidió a los demás y lo retuvo a él solo; [7] le aseguró personalmente que no tenía nada que temer de él, y echó la culpa a las descaminadas decisiones de los [8] etolios, que siempre se volvían contra ellos mismos, los cuales habían llevado a Grecia primero a los romanos y después a Antíoco; pero él se olvidaba del pasado, que [9] es más fácil de criticar que de cambiar, y no pensaba reaccionar ensañándose en su desgracia; también los etolios [10] debían deponer por fin sus odios contra él, y particularmente Nicandro debía acordarse del día en que él lo había salvado. A continuación le asignó una escolta para que [11] lo acompañara hasta que no corriera peligro, y Nicandro se presentó en Hípata cuando se estaba deliberando acerca de la paz con los romanos.

Naupacto, Mesene, Zacinto

Después de poner en venta o dejar a [30] los soldados el botín cogido en torno a Heraclea, Manio Acilio, enterado de que en Hípata no había planes de paz y de que los etolios se habían concentrado en Naupacto para resistir desde allí todo el peso de la guerra, envió a Apio Claudio por delante con cuatro mil [2] hombres para ocupar las cumbres en los puntos donde los pasos montañosos eran difíciles; él subió al Eta y ofreció [3] un sacrificio a Hércules en un paraje llamado Pira⁶⁴ debido a que allí tuvo lugar la cremación del cuerpo mortal de este dios. A continuación se puso en camino con todo el ejército e hizo el resto del trayecto con una marcha bastante [4] expedita. Al llegar al Córace, un monte muy alto situado entre Calípolis y Naupacto, muchas acémilas de la reata se despeñaron con sus cargas y los hombres sufrieron [5] mucho. Resultaba evidente que era muy torpe el enemigo con el que tenían que vérselas, pues no había bloqueado con ningún destacamento armado una travesía tan [6] llena de obstáculos, para cortar el paso. Entonces, aun con el ejército maltrecho, descendió hacia Naupacto, estableció un fuerte frente a la ciudadela y rodeó el resto de la ciudad distribuyendo sus tropas de acuerdo con la situación de las murallas. Y este asedio requirió tantas obras y esfuerzos como el de Heraclea.

[31] Al mismo tiempo comenzaron también los aqueos el asedio de Mesene, en el Peloponeso, porque se negaba a [2] pertenecer a su confederación. Estaban fuera de la Liga Aquea dos ciudades, Mesene y Élide, alineadas con los etolios. [3] No obstante, los eleos, una vez expulsado Antíoco de Grecia, habían dado una respuesta bastante moderada a los emisarios de los aqueos: cuando se hubiera marchado [4] la guarnición del rey pensarían lo que debían hacer. Los mesenios habían despedido a los diputados sin una respuesta [5] y habían roto las hostilidades; pero, inquietos por su situación, como ya se había esparcido un ejército por su territorio pasándolo a fuego por doquier y veían que se instalaba un campamento cerca de la ciudad, mandaron emisarios a Cálcide, a Tito Quincio, el garante de su libertad, para hacerle saber que los mesenios estaban dispuestos a abrir sus puertas y entregar su ciudad a los romanos, [6] no a los aqueos. Después de oír a los

emisarios, Quincio partió de Megalópolis inmediatamente y envió un mensajero al pretor de los aqueos Diófanes⁶⁵ ordenándole que retirase al instante el ejército de Mesene y se reuniera con él. Diófanes obedeció la orden y, levantando el asedio, se [7] adelantó sin impedimenta al ejército y se encontró con Quincio cerca de Andania, pequeña población situada entre Megalópolis y Mesene. Cuando estaba explicando las razones [8] del asedio, Quincio lo reprendió en buen tono por haber intentado una operación tan importante sin su autorización y le dio orden de licenciar a su ejército y no perturbar la paz conseguida para bien de todos. A los mesenios les [9] mandó que llamasen a los exiliados y se integrasen en la Liga Aquea; si tenían algo sobre lo que quisieran presentar objeciones o exigir garantías para el futuro, que acudieran a él en Corinto. A Diófanes le pidió que convocara para [10] él, inmediatamente, una reunión de la Liga Aquea. En ella se quejó de la ocupación fraudulenta de la isla de Zacinto y pidió su devolución a los romanos. Zacinto había pertenecido [11] a Filipo, rey de Macedonia; se la había dado a Aminandro como compensación por permitir que pasara con su ejército por Atamania hacia la parte norte de Etolia, expedición con la que quebró la moral de los etolios empujándolos a pedir la paz. Aminandro puso a Filipo [12] de Megalópolis al frente de la isla; después, durante la guerra en que se alió con Antíoco contra los romanos, llamó al tal Filipo para responsabilidades bélicas y envió para sucederle a Hierocles de Agrigento.

Este último, después de que Antíoco huyó de las Termópilas [32] y Aminandro fue expulsado de Atamania por Filipo, por cuenta propia envió mensajeros a Diófanes, pretor de los aqueos, y por una suma convenida entregó la isla a los aqueos. A los romanos les parecía justo que la isla [2] fuese una recompensa de guerra para ellos, pues Manio Acilio y las legiones romanas no habían combatido en las Termópilas por Diófanes y los aqueos. Ante este argumento [3] Diófanes tan pronto se justificaba a sí mismo y a su pueblo como hacía una disertación sobre los aspectos legales [4] del hecho. Algunos aqueos aseveraban que ellos habían desaprobado aquella operación desde el principio y ahora recriminaban al pretor por su empecinamiento; a propuesta suya se acordó someter la

cuestión a Tito Quincio. [5] Quincio era tan benévolo con los que cedían como inflexible con los que le hacían frente. Distendiendo el tono de voz y el semblante, dijo: «Si yo considerara que la posesión de la isla es provechosa para los aqueos, propondría al senado y al pueblo romano que os permitieran quedaros [6] con ella; pero veo que, lo mismo que la tortuga cuando se mete dentro de su caparazón está a cubierto de toda clase de golpes y cuando saca alguno de sus miembros está [7] sin defensa y débil lo que deja al descubierto, de la misma manera a vosotros, aqueos, encerrados por el mar por todas partes, os resulta fácil anexionar lo que queda dentro de los límites del Peloponeso y defenderlo después de la [8] anexión, pero en cuanto el afán de abarcar más y más os lleva a salir de esos límites, todo lo que queda fuera [9] está desprotegido y expuesto a todos los golpes». Con el consentimiento de toda la asamblea, y sin que Diófanos se atreviera a insistir, Zacinto fue entregada a los romanos.

Conquistas de Filipo. Tregua para los etolios. Congreso aqueo en Egio

[33] Por la misma época, el rey Filipo preguntó al cónsul, que partía hacia Naupacto, si quería que él, mientras tanto, reconquistase las ciudades que habían abandonado [2] la alianza con Roma. Obtenida la autorización, avanzó con sus tropas hacia Demetriad, a sabiendas de la gran confusión que [3] allí reinaba. Sus habitantes, en efecto, perdida toda esperanza, viendo que habían sido abandonados por Antíoco y que no podían esperar nada de los etolios, estaban día y noche a la espera de la llegada de Filipo, su enemigo, o de los romanos, más temibles aún porque tenían más razones para estar irritados. Había en la ciudad una masa [4] desorganizada de hombres del rey; los pocos que habían quedado al principio en la guarnición, y otros, más numerosos, que habían llegado más tarde, sin armas la mayor parte, en la huida siguiente a la derrota, y no tenían ni fuerzas ni moral suficiente para soportar el asedio; por eso, [5] cuando Filipo les mandó los emisarios que dejaban entrever la esperanza de conseguir el perdón, respondieron que sus puertas estaban abiertas para el rey. En cuanto hizo [6] su entrada, algunos principales abandonaron la

ciudad; Euríloco se suicidó. Los soldados de Antíoco, tal como se había convenido, fueron conducidos a Lisimaquia a través de Macedonia y Tracia escoltados por macedonios para que nadie los maltratara. Había también en Demetriad [7] algunas naves comandadas por Isidoro, y también se dejó que marcharan junto con su prefecto. A continuación Filipo recuperó Dolopia y Aperancia⁶⁶ y algunas ciudades de Perrebia.

Mientras Filipo realizaba estas operaciones, Tito Quincio, [34] después de serle entregada Zacinto, se marchó de la asamblea aquea cruzando a Naupacto, cuyo asedio duraba [2] ya dos meses —la caída era inminente—, y en caso de ser tomada por asalto daba la impresión de que toda la nación etolia sería exterminada allí. Estaba resentido, y con razón, [3] contra los etolios, porque no había olvidado que habían sido los únicos en poner peros a su gloria cuando estaba liberando Grecia y habían sido insensibles a su autoridad cuando trató de disuadirlos de su desatinado proyecto advirtiéndoles que iba a ocurrir lo que precisamente ahora [4] estaba ocurriendo; ello no obstante, pensando que era misión suya especialísima evitar que fuera aniquilado por completo ninguno de los pueblos de la Grecia que él había libertado, comenzó a caminar por delante de las murallas [5] para que los etolios lo reconocieran sin dificultad. Enseguida fue identificado desde los puestos más avanzados, y se propagó por todas las filas la noticia de la presencia de Quincio. Así pues, corrieron hacia las murallas desde todas partes tendiendo todos las manos, y gritaban al unísono pronunciando el nombre de Quincio y le pedían que [6] acudiera en su ayuda y los salvara. Y lo cierto es que en esos momentos, a pesar de la impresión que le producirían estos gritos, hizo un gesto con la mano indicando que [7] él no podía hacer nada. Pero cuando llegó ante el cónsul dijo: «¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo, Manio Acilio, o a pesar de verlo bastante claro consideras que no afecta mucho al planteamiento general?». Despertó [8] la curiosidad del cónsul, que preguntó: «¿Por qué no aclaras de qué se trata?». Quincio, entonces, dijo: «¿Es que no ves que después de haber derrotado a Antíoco estás malgastando el tiempo en el asedio de un par de ciudades cuando está a punto de finalizar el año

de tu mandato? [9] En cambio Filippo, que no ha visto el ejército ni las enseñas del enemigo, se ha anexionado ya no sólo ciudades sino un gran número de pueblos: Atamania, Perrebia, Aperancia, Dolopia; y como recompensa por tu victoria, tú y tus hombres aún no tenéis dos ciudades, mientras que [10] Filippo es dueño de tantos pueblos de Grecia. Ahora bien, lo que nos interesa no es tanto que se debilite el poder y la fuerza de los etolios sino que Filippo no crezca de forma desmedida».

[35] El cónsul estaba de acuerdo con estas apreciaciones, pero su amor propio se resistía a la idea de levantar el asedio sin haber cumplido su objetivo; dejó, pues, todo el asunto en manos de Quincio. Éste se dirigió de nuevo [2] hacia aquella parte de la muralla donde poco antes habían dado los gritos los etolios. Allí le suplicaron con mayor insistencia que se compadeciera del pueblo etolio, y entonces les dijo que salieran algunos a reunirse con él. Inmediatamente [3] salieron el propio Feneas y otros dirigentes. Cuando éstos se echaron a sus pies, les dijo: «Vuestro infortunio me lleva a contener mi cólera y moderar mis palabras. Ha ocurrido lo que yo predije que iba a ocurrir, [4] y ni siquiera os queda el consuelo de que parezca que les ha ocurrido a quienes no se lo merecían; yo, sin embargo, predestinado, por decirlo así, para velar por la prosperidad de Grecia, no dejaré de hacer el bien incluso a quienes no lo agradecen. Enviad parlamentarios al cónsul para [5] solicitar una tregua lo bastante larga como para poder enviar embajadores a Roma por cuya mediación os entreguéis a la discreción del senado; yo os apoyaré ante el cónsul como intercesor y defensor». Actuaron según el criterio [6] de Quincio, y el cónsul no rechazó su embajada; tras concedérseles una tregua hasta una determinada fecha en la que pudiese estar de vuelta de Roma una delegación con la respuesta, se levantó el asedio y se envió el ejército a la Fócide.

Roma: embajadas, juegos, templos, prodigios

El cónsul, acompañado por Tito Quincio, se trasladó [7] por mar a Egio, a la asamblea aquea. En ella se trató la cuestión de los eleos y de la repatriación de los exiliados lacedemonios. No se llegó a una conclusión en ninguno de los

dos temas, porque los aqueos quisieron reservarse el caso de los exiliados para ganar crédito ellos, y los eleos prefirieron entrar en la Liga Aquea por iniciativa propia antes que por mediación de los romanos. Acudieron al [8] cónsul unos diputados de los epirotas; había constancia de que éstos no habían sido totalmente leales al tratado de amistad; sin embargo, no habían proporcionado a Antíoco ningún soldado; se les acusaba de haberle ayudado económicamente, y ni siquiera ellos mismos negaban haber enviado [9] embajadores al rey. A su petición de que se les permitiera mantener las antiguas relaciones de amistad, el cónsul contestó que aún no sabía si considerarlos enemigos [10] o sometidos; el senado juzgaría sobre ese particular; él remitía íntegramente su caso a Roma, por lo cual les [11] concedía una tregua de noventa días. Los epirotas enviados a Roma se dirigieron al senado. Como en lugar de responder a los cargos que había contra ellos lo que hacían era referirse a los actos de hostilidad que no habían cometido, se les dio una respuesta que pudiera interpretarse como que habían sido perdonados, [12] no que hubieran demostrado su inocencia. También fueron presentados ante el senado, por la misma época, unos enviados del rey Filipo que se congratularon por la victoria. Solicitaron que se les permitiera ofrecer un sacrificio en el Capitolio y depositar un presente de oro en el templo de Júpiter Óptimo Máximo, y el senado dio su autorización. Depositaron una corona de oro de cien libras. [13] Aparte de dar una respuesta amistosa a los enviados del rey, también les fue entregado el hijo de Filipo, Demetrio, que estaba en Roma en calidad de rehén, para que [14] lo llevaran a su padre. Así concluyó la guerra que llevó a cabo en Grecia el cónsul Manio Acilio contra el rey Antíoco.

[36] El otro cónsul, Publio Cornelio Escipión, al que había correspondido en el sorteo la provincia de la Galia, antes de partir para la guerra que había que sostener contra los boyos, solicitó al senado una asignación presupuestaria para los juegos que había prometido con voto en el momento más crítico de una batalla cuando estaba como pretor en Hispania⁶⁷. Se estimó que pedía algo inhabitual e injustificado, [2] así que se decidió que la celebración de unos juegos

prometidos ateniéndose exclusivamente a su propio criterio y sin consultar al senado, se financiara con el producto de la venta del botín, si se había reservado algún dinero para ese fin, o bien corriendo con los gastos él mismo. Publio Cornelio celebró estos juegos durante diez días. Aproximadamente por la misma época⁶⁸ tuvo lugar la [3] dedicación del templo de la Gran Madre, la diosa traída de Asia a la que precisamente Publio Cornelio había acompañado desde la costa hasta el Palatino durante el consulado de Publio Cornelio Escipión — el que después recibió el sobrenombre de Africano— y de Publio Licinio. La [4] construcción del templo, en virtud de un decreto del senado, había sido adjudicada por los censores Marco Livio y Gayo Claudio durante el consulado de Marco Cornelio y Publio Sempronio⁶⁹. Marco Junio Bruto lo dedicó trece años después de la adjudicación, y con motivo de su dedicación se celebraron unos juegos que según sostiene Valerio Ancyate fueron los primeros juegos escénicos denominados Megalesios. Asimismo, el duúnviro⁷⁰ Gayo Licinio [5] Luculo dedicó el templo de la Juventud en el Circo Máximo. Lo había prometido con voto hacía dieciséis años el [6] cónsul Marco Livio el día en que aniquiló a Asdrúbal y su ejército⁷¹; fue también él quien, siendo censor, adjudicó su construcción durante el consulado de Marco Cornelio [7] y Publio Sempronio. También con motivo de esta dedicación se celebraron unos juegos, realizándose todo con una religiosidad tanto mayor cuanto que era inminente la nueva guerra contra Antíoco.

[37] A comienzos del año en que tenían lugar estos acontecimientos, y cuando ya Manio Acilio había partido para el frente y permanecía aún en Roma el cónsul Publio Cornelio, [2] cuenta la tradición que subieron por las escaleras hasta el tejado de un edificio dos bueyes domésticos en las Carinas⁷². Los arúspices prescribieron que fueran quemados [3] vivos y sus cenizas arrojadas al Tíber. Se tuvo noticia de que había llovido piedra varias veces en Tarracina y en Amiterno, que habían sido alcanzados por rayos el templo de Júpiter y las tiendas de los alrededores del foro en Menturnas, y que en Volturno, en la desembocadura del río, habían ardido dos naves alcanzadas por un [4] rayo. Con motivo de estos

portentos los decénviro⁷³ fueron a consultar los Libros Sibilinos, por decisión del senado, y volvieron diciendo que era preciso instituir un ayuno en honor de Ceres que debía ser guardado cada cinco [5] años⁷⁴; que se celebrase un novenario sagrado y un día de rogativa; que se hiciese la rogativa tocados con coronas, y que el cónsul Publio Cornelio ofreciese un sacrificio a los dioses con las víctimas que indicasen los decénviro. [6] Una vez aplacados los dioses con el cumplimiento ritual de lo prometido con voto y también con la expiación de los portentos, el cónsul partió hacia su provincia y ordenó al procónsul Gneo Domicio que marchase a Roma desde allí después de licenciar su ejército; él entró en el territorio de los boyos al frente de sus legiones.

La guerra en el Norte. Discutido triunfo de Escipión Nasica

En torno a las mismas fechas, los [38] lígures, después de reunir un ejército recurriendo a una ley sagrada, atacaron el campamento del procónsul Quinto Minucio⁷⁵ de noche y por sorpresa. Minucio [2] mantuvo a sus hombres hasta el amanecer formados dentro del recinto vallado, atento a que el enemigo no traspasara la línea defensiva por ninguna parte. Al despuntar [3] el día salió de improviso por dos puertas a la vez. Pero, contrariamente a lo que esperaba, los lígures no fueron rechazados a la primera carga y mantuvieron indeciso el combate durante más de dos horas; por fin, como salían [4] tropas sucesivamente y los hombres de refresco relevaban en el combate a los que estaban agotados, los lígures, extenuados entre otras cosas por la falta de sueño, acabaron por volver la espalda. Murieron más de cuatro mil enemigos, y menos de trescientos entre romanos y aliados. Un par de meses más tarde el cónsul Publio Cornelio se [5] enfrentó con éxito a un ejército de boyos en una batalla regular. Valerio Anciate refiere que fueron veintiocho mil [6] los enemigos muertos y tres mil cuatrocientos los prisioneros, que se capturaron ciento veinticuatro enseñas militares, mil doscientos treinta caballos y doscientos cuarenta y siete carros de combate, y que los vencedores tuvieron mil cuatrocientas ochenta y cuatro bajas. Aunque se trata [7] de un historiador poco fiable en las cifras, porque no hay nadie más propenso a exagerarlas, con todo, se deduce de ello con claridad que la victoria fue importante, ya

que fue tomado el campamento y se rindieron los boyos inmediatamente después de aquella batalla, y por otra parte el senado decretó una acción de gracias y se inmolaron víctimas adultas con motivo de esta victoria.

[39] Por las mismas fechas, Marco Fulvio Nobílior, de regreso de la Hispania ulterior, hizo su entrada en Roma [2] recibiendo los honores de la ovación. Trajo consigo doce mil libras de plata, ciento treinta mil monedas de plata acuñadas con la *biga*, y ciento veintisiete libras de oro.

[3] El cónsul Publio Cornelio cogió rehenes del pueblo boyo y confiscó casi la mitad de su territorio con el objeto de que el pueblo romano pudiera, si quería, fundar colonias [4] allí. Después, al marchar a Roma con la perspectiva de un triunfo seguro, licenció al ejército con órdenes de [5] estar en Roma el día del triunfo. Al día siguiente de su llegada convocó personalmente al senado en el templo de Belona y después de presentar un informe acerca de las operaciones que había llevado a cabo solicitó autorización [6] para entrar en triunfo en Roma. El tribuno de la plebe Publio Sempronio Bleso opinaba que no se le debía negar a Escipión el honor del triunfo, pero que debía ser aplazado; las guerras contra los lígures, según él, siempre habían ido a la par con las de los galos; estos pueblos se ayudaban [7] mutuamente, dada su proximidad; si después de derrotar a los boyos en el campo de batalla el propio Publio Escipión hubiese pasado con su ejército victorioso al territorio de los lígures o hubiese enviado parte de sus tropas a Quinto Minucio, retenido allí por tercer año ya por una guerra incierta, habría podido resolver la guerra contra los lígures. [8] En cambio, para hacer más concurrido su triunfo, había retirado a unos soldados que habrían podido prestar un brillante servicio al Estado y aún podían hacerlo si el senado quería aplazar el triunfo y reiniciar lo que, con las prisas del triunfo, había quedado por hacer. Debía ordenar [9] al cónsul que regresara a su provincia con sus legiones y colaborase para someter a los lígures. Si no se sometía a éstos al poder y la voluntad del pueblo romano, tampoco los boyos se mantendrían tranquilos; era obligado estar en paz o en guerra en ambos frentes. Una vez derrotados por [10] completo los lígures, dentro de pocos meses, siendo procónsul,

celebraría su triunfo Publio Cornelio, siguiendo el ejemplo de tantos otros que no habían triunfado durante su magistratura.

A esto replicó el cónsul que a él no le había tocado [40] en suerte la provincia de los lígures, ni él había hecho la guerra contra los lígures, ni solicitaba el triunfo sobre ellos; Confiaba plenamente en que sin tardar mucho los iba a [2] someter Quinto Minucio, que luego solicitaría un triunfo merecido y lo obtendría. Él pedía el triunfo sobre los [3] galos boyos, a los que había vencido en el campo de batalla, les había arrebatado el campamento, había recibido la sumisión de toda su nación a los dos días de la batalla, y había cogido rehenes entre ellos como garantía de paz [4] para el futuro. Pero había en realidad algo mucho más [4] importante, y era el hecho de que ningún general antes que él había combatido contra tantos galos como él había matado en el campo de batalla; al menos contra tantos millares de boyos, seguro. De cincuenta mil enemigos se [5] había dado muerte a más de la mitad y se había cogido prisioneros a muchos millares; de los boyos no quedaban más que los ancianos y los niños. ¿A quién podía extrañar, [6] por consiguiente, que un ejército victorioso que no había dejado ni un enemigo en su provincia, hubiera venido a Roma a celebrar el triunfo de su cónsul? Si el senado [7] quería utilizar los servicios de esos soldados en otra provincia, ¿cómo creía que iban a estar más dispuestos a arrostrar otros peligros y nuevas fatigas, en definitiva, si se les hacía efectiva sin reservas la recompensa por sus riesgos y fatigas anteriores, o si se les mandaba marchar llevándose esperanzas en vez de realidades cuando ya se había frustrado [8] su primera esperanza? Porque, en lo que a él concernía, había alcanzado gloria suficiente para toda su vida el día en que el senado lo había enviado a recibir a la Madre del Ida por considerarlo el mejor de los ciudadanos. [9] Con este título, incluso sin el añadido del consulado y el triunfo, el retrato de Publio Escipión Nasica iba a [10] ser suficientemente respetable y respetado. El senado en pleno no sólo estuvo de acuerdo en decretar el triunfo sino que indujo, con su autoridad, al tribuno de la plebe a retirar [11] el veto. Publio Cornelio celebró el triunfo sobre los boyos siendo cónsul. En aquel desfile triunfal llevó armas, enseñas y toda clase de despojos en carros galos, así como vasos galos de bronce, y además de los prisioneros nobles hizo

desfilar también el tropel de caballos capturados. [12] Llevó mil cuatrocientos setenta y un collares de oro, y además doscientas cuarenta y siete libras de oro, dos mil trescientas cuarenta libras de plata sin labrar o labradas en vasos galos, trabajados a tenor de su arte no carente de oficio, y doscientas treinta y cuatro mil monedas de [13] plata acuñadas con la *biga*. Entre los soldados que escoltaron su carro repartió ciento veinticinco ases por cabeza, doble cantidad a cada centurión y triple a cada jinete. [14] Al día siguiente convocó una asamblea, se extendió hablando de sus hazañas y de la injusta pretensión del tribuno de implicarlo en una guerra que era de otro para privarlo del fruto de una victoria que era suya, y después licenció a sus tropas y les mandó marchar.

Oriente: la guerra en el mar. Batalla de Córico

Mientras en Roma tenían lugar estos [41] acontecimientos, Antíoco, en Éfeso, estaba muy tranquilo con respecto a la guerra con Roma, dando por hecho que los romanos no pasarían a Asia. Una buena parte de sus amigos, por error o por adularlo, alimentaba esta seguridad. Únicamente Aníbal, cuyo ascendiente ante [2] el rey estaba en aquel momento en su punto más alto, afirmaba estar más sorprendido de que los romanos no estuvieran ya en Asia que dudoso acerca de que fueran a venir; era más corta la travesía desde Grecia a Asia que desde [3] Italia a Grecia, y Antíoco era una razón mucho más importante que los etolios; el potencial militar de los romanos era tan grande por mar como por tierra. Desde hacía [4] ya tiempo su flota se encontraba en las proximidades de Malea; él había oído que recientemente habían llegado de Italia nuevas naves y un nuevo almirante para dirigir las operaciones; así pues, que Antíoco dejara de forjarse una [5] paz basada en vanas esperanzas; en Asia, y por Asia misma, tendría que luchar en breve contra los romanos, y habría que quitarles su imperio a quienes tenían puestas sus miras en el orbe entero, o él tendría que quedarse sin su propio reino. Al parecer, era el único que preveía y predecía [6] fielmente la verdad. Por consiguiente, el propio rey, con las naves que estaban preparadas y equipadas, se dirigió al Quersoneso para reforzar aquella zona por si los romanos llegaban por tierra. Dio orden a Polixénidas de [7] alistar y

botar el resto de la flota, y mandó las naves exploradoras a hacer un reconocimiento completo en torno a las islas.

Gayo Livio, el prefecto de la flota romana, salió de [42] Roma con cincuenta naves cubiertas en dirección a Nápoles, donde había ordenado a los aliados de la costa que concentraran las naves descubiertas que debían de acuerdo [2] con el tratado. Desde allí salió rumbo a Sicilia. Cuando había dejado atrás el estrecho de Mesina recibió seis naves púnicas enviadas como refuerzo, reclamó a los reginos, los locrenses y los aliados del mismo estatuto las naves a que estaban obligados, pasó revista a la flota frente a Lacinio⁷⁶ [3] y puso rumbo a mar abierto. Llegó a Corcira, la primera ciudad de Grecia donde abordó; se informó acerca de la marcha de la guerra —pues la paz no estaba aún asentada por completo en Grecia— y del paradero de la [4] flota romana, y cuando se enteró de que el cónsul y el rey habían tomado posiciones cerca del desfiladero de las Termópilas y de que la flota estaba fondeada en el Pireo, pensó que había todos los motivos para darse prisa y siguió [5] adelante costearo el Peloponeso. Sobre la marcha arrasó Same⁷⁷ y Zacinto porque habían preferido pasarse al bando de los etolios, puso rumbo a Malea, y disfrutando de una travesía favorable llegó en pocos días al Pireo, [6] junto a la antigua flota. Cerca de Escileo salió a su encuentro con tres navíos el rey Éumenes; había permanecido largo tiempo en Egina dudando entre volver para defender su reino —pues oía decir que Antíoco estaba preparando fuerzas navales y terrestres en Éfeso— o no separarse ni un ápice de los romanos, de cuya suerte dependía [7] la suya. Aulo Atilio entregó a su sucesor veinticinco naves provistas de cubierta y partió hacia Roma desde el Pireo. [8] Livio hizo la travesía hasta Delos con ochenta y una naves cubiertas y muchas otras de menor tamaño, unas descubiertas y con espolón y otras de reconocimiento sin espolón.

Aproximadamente por la misma época asediaba Naupacto [43] el cónsul Acilio. Los vientos contrarios retuvieron a Livio durante varios días en Delos, pues entre las Cícladas, separadas unas de otras por lenguas de mar más o menos anchas hay una zona muy batida por los vientos. Polixénidas, informado por las naves de reconocimiento [2] dispuestas al

efecto de que la flota romana estaba fondeada en Delos, envió mensajeros al rey. Dejó éste lo que [3] estaba haciendo en el Helesponto, regresó a Éfeso tan aprisa como pudo con las naves de espolón y celebró inmediatamente un consejo para decidir si se debía afrontar el riesgo de un combate naval. Polixénidas opinaba que no había [4] tiempo que perder, y que en todo caso era preciso combatir antes de que la flota de Éumenes y los navíos rodios se unieran con los romanos; de esta forma serían apenas [5] inferiores en número y superiores en todo lo demás, tanto por la velocidad de las naves como por la diversidad de tropas auxiliares; las naves romanas, en efecto, rudimentariamente [6] construidas, no tenían facilidad de maniobra, aparte de que, como venían a un país enemigo, llegaban cargadas de suministros, y en cambio las propias, como dejaban [7] en torno suyo enteramente pacificada la zona, no transportarían nada más que soldados y armas; contarían además con la gran ventaja de su conocimiento del mar, de las costas y de los vientos, factores todos estos que crearían problemas a los enemigos por su desconocimiento. El autor del plan, que además era quien iba a ponerlo [8] en práctica, convenció a todos. Se emplearon dos días en los preparativos; al tercero partieron con cien naves, setenta de las cuales eran cubiertas y las demás descubiertas, todas de tamaño menor, y pusieron rumbo a Focea. De [9] allí, el rey, enterado de que la flota romana se estaba acercando ya, como no tenía intención de tomar parte en el combate naval se retiró a Magnesia⁷⁸, que está situada al pie del Sípilo, con el fin de reunir tropas de tierra; [10] la flota se dirigió a Cisunte⁷⁹, puerto de Eritras, en la idea de que estaría mejor allí para esperar al enemigo. [11] En cuanto amainó el aquilón, pues había soplado durante varios días ininterrumpidamente, los romanos partieron de Delos en dirección a Fanas⁸⁰, puerto de Quíos abierto al mar Egeo; desde allí dirigieron las naves hacia la ciudad [12] y después de aprovisionarse cruzaron a Focea. Éumenes marchó a su flota, a Elea, y pocos días más tarde, con veinticuatro naves cubiertas y un número algo superior de ellas descubiertas regresó a Focea junto a los romanos, que se estaban preparando y equipando para el combate naval. [13] Partieron de allí con ciento quince naves cubiertas y unas cincuenta descubiertas. Al principio, los

aquilones los empujaban de costado en dirección a tierra, y se veían obligados a navegar en estrecha fila, casi nave tras nave; luego, cuando amainó un tanto la fuerza del viento, trataron de llegar al puerto de Córico, situado al norte de Cisunte.

[44] Cuando Polixénidas recibió la noticia de que se estaba acercando el enemigo, se alegró de tener oportunidad de combatir, desplegó su ala izquierda hacia mar abierto, ordenó a los capitanes de navío que desplegaran el ala derecha hacia tierra y marchó al combate con un frente en [2] línea. Cuando el romano advirtió esta maniobra arrió las velas y bajó los mástiles al tiempo que recogía los aparejos y esperaba a las naves que venían detrás. Cuando hubo [3] ya un frente de unas treinta, para equilibrar con ellas el ala izquierda izó las velas de proa⁸¹ y avanzó mar adentro ordenando a los que iban detrás que alinearan las proas frente al flanco derecho cerca de tierra. Éumenes cerraba [4] la formación, pero cuando comenzó el ajeteo de recoger los aparejos también él puso las naves a la mayor velocidad posible. Estaban ya a la vista de todos. Dos navíos [5] cartagineses iban delante de la flota romana, y les salieron al paso tres navíos del rey. Dada la desigualdad numérica, [6] dos naves reales flanquearon a una de ellas; primero barrieron los remos por ambos costados, y luego la abordaron los combatientes, que capturaron la nave después de arrojar al agua o dar muerte a sus defensores. La otra [7] nave, que había ido al choque en igualdad, al ver que la primera había sido capturada, antes de verse rodeada por tres a la vez retrocedió buscando refugio entre la flota. Encendido de cólera, Livio avanzó contra el enemigo con [8] la nave pretoria. Las dos que habían rodeado a una de las cartaginesas se lanzaron contra ésta esperando el mismo resultado; él ordenó a los remeros que hundieran los remos en el agua para estabilizar la nave, que lanzaran los garfios de hierro sobre las naves enemigas que se acercaban, y que, en cuanto hubieran convertido la lucha en [9] algo semejante a un combate a pie, se acordaron del valor de los romanos y no considerasen hombres a los esclavos del rey. En esta ocasión una nave sola abordó y capturó dos mucho más fácilmente que antes las dos a una sola. [10] Ya se había producido también el choque entre las flotas en toda la línea, y se combatía en todas

partes con las [11] naves entremezcladas. Éumenes llegó cuando ya se había iniciado la batalla; en cuanto advirtió que Livio había desorganizado el flanco izquierdo enemigo, atacó a su vez el flanco derecho, donde la lucha estaba equilibrada.

[45] Y así, no mucho después se inició la huida, primero desde el flanco izquierdo. En efecto, cuando Polixénidas vio que los soldados enemigos eran claramente superiores en valor, izó las velas de proa y emprendió una huida en desbandada; muy pronto hicieron también otro tanto los que habían trabado combate contra Éumenes cerca de tierra. [2] Los romanos y Éumenes los persiguieron con gran tenacidad mientras los remeros pudieron aguantar y mantuvieron [3] esperanzas de castigar su retaguardia. Cuando vieron que los vanos intentos de sus naves cargadas con los suministros eran burlados por la velocidad de las otras, dada su ligereza, acabaron por desistir después de capturar trece naves con sus soldados y remeros y de hundir una [4] decena. De la flota romana se perdió únicamente la nave cartaginesa que habían cogido en medio otras dos al principio de la batalla. Polixénidas no cesó en su huida hasta [5] el puerto de Éfeso. Los romanos se quedaron aquel día en el lugar de donde había partido la flota real, y al día siguiente intentaron la persecución del enemigo. Aproximadamente a mitad del recorrido salieron a su encuentro veinticinco naves rodías provistas de cubierta con el prefecto [6] de la flota Pausítrato. Las unieron a las suyas, persiguieron al enemigo hasta Éfeso y se alinearon frente a la bocana del puerto en formación de combate. Tras obligar a los enemigos a reconocer claramente su derrota, enviaron [7] a casa a los rodios y a Éumenes; rumbo a Quíos los romanos dejaron atrás primero el puerto de Fenicunte, en territorio de Eritrea⁸², echaron anclas por la noche, y al día siguiente pasaron a la isla, cerca de la ciudad misma⁸³. Allí estuvieron detenidos unos cuantos días, más que nada para que repusieran fuerzas los remeros, e hicieron la travesía hasta Focea. Dejando allí cuatro quinquerremes como guarnición de la ciudad, la flota llegó a Canas⁸⁴, y como ya se acercaba el invierno se sacaron las naves a tierra rodeándolas de un foso y una empalizada.

Roma: elecciones

A finales de año se celebraron en Roma los comicios en los que fueron elegidos cónsules⁸⁵ Lucio Cornelio Escipión y Gayo Lelio, poniendo todos sus miras en el Africano para finalizar la guerra contra Antíoco. Al día siguiente fueron elegidos pretores Marco Tucio, Lucio Aurunculeyo, Gneo Fulvio, Lucio Emilio, Publio Junio y Gayo Atinio Labeón.

¹ Los cónsules del año 191, elegidos ante la perspectiva de la inminente guerra contra Antíoco III (ver XXXV 24), pertenecían ambos al grupo de los Escipiones y habían sido ya candidatos para el año 192 (XXXV 10, 2 - 3).

² Escipión Nasica, hijo de Escipión Calvo, el cónsul del año 222 que murió en Hispania en el año 212 (XXV 36, 13).

³ Plebeyo, partidario de los Escipiones, que siendo pretor había reprimido la revuelta de los esclavos en Etruria (ver XXXIII 36, 1 ss.).

⁴ Alistar (*scribere*) tratándose de ciudadanos, y exigir (*imperare*) en el caso de los aliados.

⁵ Flaminio, el cónsul del año 192 que acabará siendo excluido del senado por Catón (XXXIX 42, 5 ss.).

⁶ M. Beblio Tánfilo. Operaba en el Brucio y había recibido órdenes de embarcar sus tropas (XXXV 24, 3).

^{6bis} La de Roma (*praetura urbana*) y la de extranjeros (*praetura peregrina*).

⁷ XXXV 41, 7. Dos legiones, más de veinte infantes y ochocientos jinetes aliados.

⁸ El cónsul del año 182, vencedor de Perseo en Pidna en el año 168.

⁹ Nobilior, según la opinión más común.

¹⁰ L. Valerio Tapón, plebeyo, con Sicilia como provincia durante su pretura del año 192.

¹¹ Desde el sureste (cabo Paquino) hasta la costa norte (ciudad de Tíndaris) de Sicilia.

¹² Gayo Atilio Serrano, pretor en los años 192 y 173, cónsul en el año 170.

¹³ Es decir, los que habían accedido al cargo de cónsul, pretor o edil curul pero no habían formado parte del senado en censos anteriores y hasta la próxima *lectio senatus* no serían miembros de pleno derecho.

¹⁴ Éstos podían hablar en el senado durante el año de ejercicio de su cargo.

¹⁵ Sobre estas colonias puede verse J. BRISCOE, *A Commentary on Livy, books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981, pág. 222.

¹⁶ Compárese la lista con XXVII 38, 4. Castro Nuevo parece ser el de Etruria, al sur de Civitavecchia. Pirgos es el puerto de Caere.

¹⁷ Cf. XXXV 34, 5 ss.

¹⁸ Véase XXXV 37, 4 ss. y XXXV 50 s.

^{18bis} Numeral recogido en algunos mss.

¹⁹ Sin embargo, *infra* en 42, 2 se mencionan seis naves púnicas.

²⁰ Cf. XXXIII 27, 5 ss.

²¹ Cf. XXXIII 29.

²² Cf. XXXV 50 s.

- ²³ Cf. XXXV 46, 5.
- ²⁴ Cf. XXXV 48, 8-9.
- ²⁵ Véase XXXV 51, 7 ss.
- ²⁶ La población estaba situada en el norte del Epiro cerca de Apolonia.
- ²⁷ Posiblemente, el *strategós* de los años 181/180.
- ²⁸ Perteneciente a la Pelagóstide, estaba al suroeste de Larisa, a unos veinte kilómetros.
- ²⁹ Situada al norte de Larisa cerca del Peneo.
- ³⁰ Al oeste de Larisa.
- ³¹ Población y territorio de la Estiótide, al este de Metrópolis.
- ³² En realidad a unos cuatro Km.
- ³³ Traducción de *profectus*, omitido en el texto.
- ³⁴ En un principio Estrato había pertenecido a Acarnania, pero había sido transferida a los etolios en el reparto entre éstos y Alejandro, el hijo de Pirro (POLIBIO, II 45 y IX 34).
- ³⁵ En la Etolia meridional, al oeste de Naupacto.
- ³⁶ No hay otras referencias sobre éste.
- ³⁷ Ambas en la Acarnania septentrional, Tirreo a pocos Km. al noroeste de Medión.
- ³⁸ Probablemente Postumio Albino, el que sería pretor en el año 185, cónsul en el 180 y censor en el 174.
- ³⁹ Cerca del Peneo, al norte.
- ⁴⁰ En Perrebia junto al Titaresio, afluente del Peneo.
- ⁴¹ No hay otras referencias que aclaren su localización.
- ⁴² Al este de Trica, en la margen derecha del Peneo.
- ^{42bis} Sobre el carácter de Filipo, ver XXXII 34, 3.
- ⁴³ Entre Fársalo y Táumacos, aunque hay dudas sobre su identificación.
- ⁴⁴ Hípata, que formó parte de la Liga Etolia, estaba situada sobre el valle del Esperqueo.
- ⁴⁵ Sobre la topografía de las Termópilas puede verse W. K. PRICHETT, *Studies in Ancient Greek Topography*, Berkeley, 1965, 1, págs. 715 ss.
- ⁴⁶ Optamos por la variante *Leucade* en lugar de *Leucate*.
- ⁴⁷ Aquí Eta se refiere a la cadena montañosa del oeste de las Termópilas. En otros casos aparece referida a la montaña situada al oeste del Asopo.
- ⁴⁸ Parte de la cadena, entre el Asopo y las Termópilas.
- ⁴⁹ Como es sabido, la anchura del paso entre la montaña y el mar fue aumentando debido a los arrastres del Esperqueo. Heródoto (VII 176) alude a una anchura bastante más reducida.

- ⁵⁰ Puertas, en griego.
- ⁵¹ Situada a unos ocho Km. de las Termópilas, al oeste. Fundada en el año 426. En 22, 5 se dan detalles sobre su emplazamiento.
- ⁵² En el Áoo, en el año 198 (XXXII 11-12).
- ⁵³ Habían sido cónsules en el año 195, y serían censores en el 184.
- ⁵⁴ Referido aquí a lo que es hoy el Golfo Pérsico, entendido entonces como límite del mundo habitado.
- ⁵⁵ Cf. la descripción de XXXII 17, 13 (y POLIBIO, XVIII 19, 2).
- ⁵⁶ Porque tenía un templo en Itón.
- ⁵⁷ El cabo situado en el extremo noroccidental de Eubea (Cabo Lithada).
- ⁵⁸ Al sureste de Andros.
- ⁵⁹ El puerto de Tespías, en Beocia.
- ⁶⁰ Uno de los miembros originarios de la Liga Aquea.
- ⁶¹ Puerto salentino (Otranto).
- ⁶² Bruto, el pretor urbano, que cumple determinadas funciones cuando están ausentes los cónsules.
- ⁶³ Al sureste de la ciudad.
- ⁶⁴ Al noreste del Eta.
- ⁶⁵ *Strategós* en 192/191.
- ⁶⁶ Situada en la Etolia septentrional al suroeste de Dolopia.
- ⁶⁷ En el año 193, cuando en realidad era propretor (XXXV 1, 5 ss.).
- ⁶⁸ Sobre los problemas que presentan las fechas aquí implicadas véase J. BRISCOE, o.c., págs. 274 s.
- ⁶⁹ En el año 204 (XXIX 37, 2).
- ⁷⁰ *Duumuir aedi dedicandae*.
- ⁷¹ En el año 207.
- ⁷² Barrio residencial aristocrático al menos en época imperial, situado en la zona sur del Esquilino.
- ⁷³ *Decemuiri sacris faciundis*. En 367 habían pasado de dos a diez, abriéndose a los plebeyos el acceso al cargo.
- ⁷⁴ Es la primera mención que aparece en Livio de un rito como el ayuno. Más adelante la celebración se hizo anual.
- ⁷⁵ Termo, el cónsul del año 193.
- ⁷⁶ Promontorio del Brucio, cerca de Crotona, a la entrada del golfo de Tarento.
- ⁷⁷ Same es el nombre antiguo de Cefalania. Según algunos es el nombre de una de las ciudades de la isla.

⁷⁸ Conocida como Magnesia del Sípilo (Manisa, al este de Focea) para distinguirla de la Magnesia del Meandro, de Caria.

⁷⁹ No parece que se pueda establecer con certeza su localización. Al sur, según deduce del párrafo 13. Eritras, en la parte septentrional de la península de Cesme.

⁸⁰ Cabo de la isla de Quíos, al sur (Cabo Mastiko).

⁸¹ El término latino, *dolon*, designa una pequeña vela que se iza en proa sobre un mástil inclinado (una especie de bauprés elevado) para conseguir mayor velocidad en una situación de emergencia.

⁸² En el lado occidental de la península.

⁸³ Quíos, en el centro de la costa este de la isla homónima.

⁸⁴ Situada a pocos Km. de Elea, al este.

⁸⁵ Para el año 190.

LIBRO XXXVII

SINOPSIS

AÑO 190 a. C.

Roma: provincias y ejércitos, prodigios, partida de los cónsules (1 - 4, 5).

Oriente: movimientos, marcha por Macedonia y Tracia (4, 6 - 7).

Preparativos de Antíoco. Operaciones navales en el Helesponto (8 - 9).

Batalla de Panormo. Derrota de los rodios (10 - 15).

Doble intento contra Pátara (16 - 17).

Asedio de Pérgamo (18 - 21).

Operaciones navales. Batalla de Sida (22 - 25).

Asedio de Nocio. Batalla de Mioneso (26 - 30).

Repliegue de Antíoco. Toma de Focea. Propuestas de paz (31 - 36).

Batalla de Magnesia (37 - 45, 3).

Negociaciones de paz (45, 4 - 45, 21).

Roma: informes, colonias, elecciones (46 - 47).

AÑO 189 a. C.

Rumores, embajada etolia, asignación de mandos (48 - 51).

Intervenciones en el senado sobre la nueva situación de Asia (52 - 56).

Noticias de Liguria y de Hispania. Elección de censores. Triunfos (57 - 59).

Oriente: operaciones navales en Creta y Tracia (60).

Roma: provincias y ejércitos, prodigios, partida de los cónsules

[1] Siendo ya cónsules Lucio Cornelio Escipión y Gayo Lelio, la primera cuestión que trató el senado, después de los actos religiosos, fue la de los etolios. Sus enviados insistieron, porque tenían un período de tregua corto, y además los apoyó Tito Quincio, que había regresado de Grecia a Roma. [2] Los etolios, como basaban sus esperanzas más en la clemencia del senado que en la justicia de su causa, adoptaron un tono de súplica, contrapesando con sus antiguos [3] servicios su mal comportamiento reciente. Pero mientras duró su presencia, los senadores los acosaron a preguntas desde todas partes tratando de arrancarles, más que respuestas, el reconocimiento de sus culpas, y cuando se les [4] mandó salir de la curia ocasionaron un vivo debate. En su caso la cólera era más fuerte que la clemencia porque suscitaban la irritación no tanto por el hecho de ser enemigos sino por ser un pueblo irreductible e irreconciliable. [5] Después de varios días de discusión, al fin se tomó la decisión de no concederles ni negarles la paz. Se les ofreció una doble opción: atenerse a lo que el senado, a su entera libertad, decidiera sobre su caso, o entregar mil talentos [6] y tener los mismo amigos y los mismos enemigos. Cuando quisieron saber en qué aspectos se pondrían a merced del senado no se les dio una respuesta segura. Así, sin haber concluido la paz⁸⁶, fueron despedidos con órdenes de abandonar Roma el mismo día e Italia en el término de quince días.

A continuación se inició el debate acerca de las provincias [7] de los cónsules. Los dos querían Grecia. Lelio tenía mucha influencia en el senado. Cuando el senado dispuso que los cónsules llegaran a un acuerdo entre ellos o echaran a suertes las provincias, él manifestó que obrarían con mejor criterio confiando la cuestión a la decisión de los senadores en vez de a la suerte. Escipión, después de responder, [8] ante esto, que pensaría lo que debía hacer, habló con su hermano a solas, y como éste le aconsejó que confiara en el senado sin miedo, comunicó a su colega que haría lo que él proponía. El sistema propuesto era novedoso, [9] o al menos los precedentes eran tan antiguos que había desaparecido ya su recuerdo, y despertó el interés del senado ante la perspectiva de una confrontación; entonces Publio Escipión Africano declaró que si decidían que

Grecia fuese la provincia de su hermano Lucio Escipión, él lo acompañaría como legado. Estas palabras, [10] acogidas con grandes muestras de aprobación, zanjaron la discusión; había curiosidad por comprobar quién representaba un apoyo mayor, si el vencido Aníbal para el rey Antíoco, o su vencedor el Africano para el cónsul y las legiones romanas; y casi por unanimidad asignaron Grecia a Escipión, y a Lelio Italia.

A continuación sortearon sus provincias los pretores. [2] Le correspondió a Lucio Aurunculeyo la pretura urbana, a Gneo Fulvio la peregrina, a Lucio Emilio Regilo la flota, a Publio Junio Bruto la Toscana, Apulia y el Brucio a Marco Tucio, y Sicilia a Gayo Atinio. Luego, el cónsul [2] al que había sido asignada la provincia de Grecia recibió, como complemento para el ejército que le entregaría Manio Acilio —formado por dos legiones—, tres mil soldados de infantería y cien de caballería de ciudadanía romana, [3] y aliados latinos cinco mil de a pie y doscientos de a caballo, con la disposición adicional de que, tras su llegada a la provincia, si lo estimaba conforme a los intereses del [4] Estado, trasladase el ejército a Asia. Al otro cónsul le fue asignado un ejército enteramente nuevo compuesto por dos legiones romanas y quince mil latinos de infantería y [5] seiscientos de caballería. Quinto Minucio, como había escrito diciendo que su misión estaba ya cumplida y que toda la nación lígur se había sometido, recibió instrucciones de trasladar su ejército del territorio de los lígures al de los boyos y entregárselo al procónsul Publio Cornelio⁸⁷, que estaba tratando de hacer salir a los boyos del territorio [6] que les había confiscado. Las dos legiones urbanas alistadas el año anterior fueron asignadas al pretor Marco Tucio, con quince mil soldados de infantería y seiscientos de caballería aliados y latinos, para controlar Apulia y el Brucio. [7] Aulo Cornelio⁸⁸, el pretor del año anterior, que había estado ocupando el Brucio con su ejército, recibió orden de trasladar sus legiones a Etolia, si el cónsul así lo estimaba, y entregárselas a Manio Acilio en caso de que [8] éste quisiera quedarse allí; si Acilio prefería volver a Roma, se quedaría Aulo Cornelio en Etolia con aquel ejército. Se decidió que Gayo Atinio Labeón recibiera de Marco Emilio la provincia de Sicilia y el ejército, y que, si quería, reclutara en

la propia provincia un complemento de dos [9] mil soldados de a pie y cien de a caballo. Publio Junio Bruto, para la Toscana, enrolaría un ejército nuevo: una legión romana y diez mil aliados y latinos, así como cuatrocientos jinetes. Lucio Emilio, que tenía a su cargo el [10] mar, recibió instrucciones de que el pretor del año anterior, Marco Junio, le entregase veinte navíos de guerra con su marinería; él personalmente enrolaría mil soldados de marina y dos mil de infantería; con estas naves y estos soldados zarparía para Asia y se haría cargo de la flota de Gayo Livio. A los que tenían el mando en las dos [11] Hispanias⁸⁹ y Cerdeña les fue prorrogado por un año y asignados los mismos ejércitos. Tanto a Sicilia como a [12] Cerdeña se les exigieron dos diezmos de trigo igual que el año anterior; se dispuso que todo el trigo de Sicilia fuese transportado a Etolia para el ejército, y el procedente de Cerdeña, una parte a Roma y otra a Etolia al mismo destino que el de Sicilia.

Antes de que partieran los cónsules para sus provincias [3] se acordó expiar los prodigios por medio de los pontífices. En Roma, el templo de Juno Lucina había sido [2] alcanzado por el fuego del cielo resultando dañados el frontón y las hojas de la puerta. En Putéolos, muchos tramos de la muralla y una de las puertas habían sido golpeados por el rayo, y dos personas habían resultado muertas. En Nursia⁹⁰, estaba constatado que estando el cielo sereno [3] se había producido un aguacero, y también allí habían perecido dos hombres libres. Los tusculanos anunciaban que en sus país había llovido tierra, y los retinos, que en su territorio había parido una mula. Se expiaron estos prodigios, [4] y se reiniciaron las Ferias Latinas porque no se les había dado a los laurentes⁹¹ la carne que deben recibir. [5] También se celebró, con motivo de los consiguientes temores religiosos, una rogativa a los dioses, a los que había que hacérsela según dictaminaron los decénviro de acuerdo [6] con los Libros. Se hizo intervenir en este ceremonial a diez jóvenes nacidos libres y a diez doncellas, todos ellos con el padre y la madre vivos, y los decénviro hicieron [7] la ceremonia por la noche con víctimas lactantes. Publio Cornelio Escipión Africano, antes de partir, levantó un arco en el Capitolio frente a la calle de subida al mismo, con

siete estatuas y dos caballos dorados, y colocó dos fuentes de mármol delante del arco.

[8] Por las mismas fechas, cuarenta y tres jefes etolios, entre los que se encontraban Damócrito y su hermano, fueron conducidos a Roma por dos cohortes enviadas por Manio Acilio y arrojados a las Lautumias. Después las cohortes recibieron orden del cónsul Lucio Cornelio de regresar al ejército.

[9] Llegaron embajadores de los reyes de Egipto, Tolomeo y Cleopatra, para congratularse porque el cónsul Manio Acilio había expulsado de Grecia al rey Antíoco, y para animar [10] a pasar a Asia con un ejército: había un estado de pánico general tanto en Asia como en Siria, y los reyes de Egipto estarían dispuestos para aquello que el senado decidiera. [11] Se les dieron las gracias a los reyes, y se dieron instrucciones para que se hiciera un obsequio de cuatro mil ases a cada uno de los embajadores.

[4] El cónsul Lucio Cornelio, una vez llevado a cabo lo que debía hacerse en Roma, hizo saber, delante de la asamblea, que los soldados alistados por él como complemento más los que estaban en el Brucio con el pretor Aulo Cornelio debían concentrarse todos en Brundisio el día quince [2] de julio. También nombró tres legados, Sexto Digicio, Lucio Apustio y Gayo Fabricio Luscino, para que se hicieran cargo de las naves de todos los puntos de la costa y las reunieran en Brundisio; y una vez hechos todos los preparativos salió de la ciudad en uniforme de campaña. Cerca de cinco mil voluntarios, romanos y aliados, que [3] habían cumplido su servicio a las armas con Publio Africano como general, se presentaron al cónsul cuando partía y se reengancharon. Por aquellos días en que partió el [4] cónsul para el frente, durante los Juegos Apolinales⁹², el once de julio, estando el cielo sereno se hizo la oscuridad en pleno día al pasar la luna delante del disco solar. También partió al mismo tiempo Lucio Emilio Regilo, al [5] que había correspondido el mando de la armada. Lucio Aurunculeyo recibió del senado el encargo de construir treinta quinquerrems y veinte trirremes, porque corría el rumor de

que Antíoco, después de la batalla naval, estaba preparando de nuevo una flota bastante más considerable.

Oriente: movimientos, marcha por Macedonia y Tracia

Los etolios, cuando a la vuelta de Roma [6] sus emisarios informaron de que no había ninguna esperanza de paz, aunque los aqueos habían devastado toda la costa que da al Peloponeso, pensaron más [7] en el peligro que en los daños y ocuparon el monte Córace para cortar el paso a los romanos, pues no dudaban de que volverían al comienzo de la primavera para atacar Naupacto. Acilio, como sabía que era eso lo que se esperaba, [8] consideró preferible dar un golpe inesperado y atacar Lamia, pues Filipo había llevado a sus habitantes al borde [9] de la aniquilación y además ahora se podía caer sobre ellos por sorpresa precisamente porque no temían nada parecido. [10] Partiendo de Elacia, primero acampó en territorio enemigo en las cercanías del río Esperqueo; luego se puso en movimiento por la noche, y al amanecer rodeó las murallas y atacó.

[5] Fue grande el pánico y la confusión, por tratarse de una situación imprevista. Mostrando, sin embargo, mayor entereza de la que cabía esperar ante un peligro tan repentino, los hombres combatían defendiendo y las mujeres llevaban a las murallas toda clase de armas arrojadizas y piedras, y aquel día aseguraron la defensa de la ciudad a pesar de que ya se habían aplicado escalas en muchos [2] puntos. Acilio, después de dar la señal de retirada, llevó a sus hombres de vuelta al campamento a eso del medio día. Entonces, una vez que repusieron fuerzas con la comida y el descanso, antes de despedir al pretorio, hizo saber que debían estar preparados y armados antes del alba, que ya no los traería de vuelta al campamento hasta haber asaltado [3] la ciudad. Atacó por muchos puntos a la misma hora que el día anterior, y como los habitantes de la plaza andaban ya faltos de fuerzas, de proyectiles, y sobre todo de moral, en cosa de pocas horas tomó la ciudad. Puso en venta una parte del botín y repartió el resto, y después celebró consejo para decidir qué hacer a continuación. [4] Nadie se pronunció a favor de marchar sobre Naupacto, al estar ocupado por los etolios el desfiladero del Córace. No obstante, para evitar la inactividad durante el

verano y evitar que, debido a las propias vacilaciones, los etolios tuvieran igualmente la paz que no habían conseguido del senado, Acilio decidió atacar Anfisa⁹³. Hasta allí fue conducido [5] el ejército desde Heraclea cruzando el Eta. Estableció el campamento cerca de las murallas, pero no intentó el ataque rodeándolas de hombres como en el caso de Lamia, sino a base de obras de asedio. Se aplicaba el ariete en muchos puntos a la vez, y a pesar de ser batidos los muros, los habitantes no intentaban preparar o imaginar algo contra semejante dispositivo. Cifrabán toda su [6] esperanza en las armas y la audacia; a base de salidas frecuentes inquietaban los puestos enemigos y especialmente a los hombres que estaban en torno a las obras y las máquinas.

Sin embargo el muro había sido derribado en muchos [6] puntos cuando llegó la noticia de que su sucesor había desembarcado las tropas en Apolonia y marchaba a través del Epiro y Tesalia. Venía el cónsul con trece mil hombres [2] de infantería y quinientos de caballería. Había llegado ya al golfo Malíaco; envió por delante emisarios a Hípata para instar a sus habitantes a que rindieran la ciudad, y ante su respuesta de que no harían nada sin una decisión de toda la comunidad etolia, para evitar que el asedio de Hípata lo entretuviera cuando Anfisa aún no había sido reconquistada, envió por delante a su hermano el Africano y él avanzó hacia Anfisa. A su llegada, los habitantes [3] abandonaron la ciudad —pues gran parte de la misma estaba ya desguarnecida de muralla— y todos ellos, los que portaban armas y los que no, se retiraron a la ciudadela, que consideraban inexpugnable.

El cónsul instaló el campamento a unas seis millas de [4] distancia. Allá fueron unos embajadores atenienses, primero al encuentro de Publio Escipión, que se había adelantado a la columna como queda dicho, y después al del cónsul, para mediar en favor de los etolios. Recibieron [5] una respuesta más comprensiva del Africano, que buscaba una excusa honrosa para dejar la guerra etolia, con las miras puestas en Asia y en el rey Antíoco, y había pedido a los atenienses que trataran de convencer también a los etolios, no sólo a los romanos, de que era preferible la [6] paz a la guerra. Enseguida, gracias a las presiones de los atenienses, llegó una

numerosa diputación etolia procedente de Hípata, y sus esperanzas de paz se incrementaron tras una entrevista con el Africano, al que se dirigieron en primera instancia; éste les recordó que se habían puesto bajo su protección muchas razas y pueblos, primero en Hispania y después en África, y que en todos ellos había dejado mayores testimonios de su clemencia y bondad que [7] de su valor militar. Cuando parecía que la cuestión estaba resuelta, el cónsul, al que fueron a ver, les dio la misma respuesta con la que habían sido despedidos del senado. Afectados por ella como si recibieran un nuevo golpe —pues veían que no había servido de nada ni la embajada de los atenienses ni la tranquilizadora respuesta del Africano—, los etolios dijeron que querían consultar con los suyos.

[7] Luego regresaron a Hípata, y no se veía qué decisión adoptar, pues no había de dónde sacar mil talentos para pagar, y si se entregaban a discreción, temían ser objeto [2] de malos tratos físicos. Dispusieron, pues, que volvieran los mismos emisarios a presentarse al cónsul y al Africano y les pidieran que, si de verdad querían conceder la paz y no sólo hacer amagos frustrando las esperanzas de unos desdichados, rebajaran la suma de dinero u ordenaran que la rendición incondicional no afectase a las personas de [3] los ciudadanos. No se consiguió que el cónsul cambiara en nada, y también esta embajada se despidió sin resultado. [4] Detrás fueron a su vez los atenienses, y el jefe de su embajada, Equedemo, devolvió la esperanza a los etolios, que estaban cansados de tantas negativas y deploraban con inútiles lamentaciones la suerte de su pueblo, al proponerles que solicitaran una tregua de seis meses que hiciera posible el envío de embajadores a Roma; un aplazamiento [5] no empeoraría los males presentes, puesto que habían llegado al límite, y poniendo tiempo por medio podían ocurrir muchas circunstancias que paliasen la calamitosa situación del momento. A propuesta de Equedemo se envió a [6] las mismas personas; se reunieron primero con Publio Escipión, y por mediación suya consiguieron del cónsul una tregua de la duración que pedían. Levantado el asedio de [7] Anfisa, Manio Acilio dejó la provincia después de entregar el ejército al cónsul; éste, desde Anfisa, se dirigió de nuevo a Tesalia con intención de marchar hasta Asia atravesando Macedonia y Tracia.

Entonces el Africano dijo a su hermano: «Yo también [8] estoy de acuerdo con la marcha que emprendes, Lucio Escipión. Pero depende por entero de la voluntad de Filipo; [9] si éste es fiel a nuestro imperio nos facilitará el paso, los víveres, y todo lo que sostiene y ayuda a los ejércitos en una marcha larga; si él no nos asiste, nunca tendrás seguridad bastante atravesando Tracia. Conviene, por consiguiente, [10] sondear primero la disposición de ánimo del rey. La mejor manera de sondearla será enviar a alguien para que lo coja de improviso». Se eligió para ese cometido a [11] Tiberio Sempronio Graco⁹⁴, el más emprendedor, con mucho, de los jóvenes de entonces; con caballos de relevo, a una velocidad increíble, saliendo de Anfisa —pues fue enviado desde allí— llegó a Pela⁹⁵ al tercer día. El rey [12] estaba en un banquete, y se había cargado mucho de vino; precisamente ese estado de relajamiento disipó la sospecha de que intentara alguna maquinación. De momento, el [13] huésped fue objeto de una acogida francamente amistosa, y al siguiente día vio preparadas para el ejército provisiones abundantes, contruidos sobre los ríos los puentes, y arreglados los caminos por donde era difícil el paso. [14] Cuando volvía con estas noticias con la misma celeridad que a la ida, se encontró con el cónsul en Táumacos. Satisfecho el ejército, con más firmes y mayores esperanzas, llegó de allí a Macedonia, donde estaba todo preparado. [15] El rey recibió y escoltó con regia magnificencia a los que llegaban. Se vio que tenía una gran preparación y buenas maneras, cualidades muy apreciadas por el Africano, un hombre que así como destacaba en lo demás, tampoco estaba reñido con la cortesía, siempre que no redundara en [16] extravagancia. Desde allí, Filipo los acompañó a través no sólo de Macedonia sino de Tracia y lo tuvo todo a punto, hasta que llegaron al Helesponto.

*Preparativos de Antíoco. Operaciones navales en el
Helesponto*

[8] Antíoco, como después de la batalla naval de Córico⁹⁶ había tenido libre todo el invierno para prepararse por tierra y por mar, había dedicado especial atención al carenado de la flota, para no [2] verse privado por completo del control del mar. Pensaba en que había sido derrotado sin que estuviera

presente la flota rodia, y si ésta también participaba en un combate —y no iban a incurrir los rodios en el error de un nuevo retraso—, él iba a necesitar un gran número de navíos para igualar el poderío y la magnitud de la flota enemiga. [3] Por esa razón había enviado a Aníbal a Siria a buscar naves fenicias, y además dio instrucciones a Polixénidas para que, si grande había sido el fracaso sufrido, mayor fuera su empeño en la reparación de las naves que quedaban y la preparación de otras nuevas. Él pasó el invierno [4] en Frigia reuniendo tropas auxiliares de todas las procedencias. Incluso mandó emisarios a Galogrecia⁹⁷, cuyos habitantes eran en aquella época bastante belicosos al conservar aún su bravura gálica y no haber perdido el carácter de su raza. En Eólide había dejado a su hijo Seleuco con [5] un ejército para contener a las ciudades de la costa, incitadas a la sublevación de una parte por Éumenes, desde Pérgamo, y de otra por los romanos, desde Focea y Eritras. La flota romana, como ya se ha dicho, invernaba en [6] Canas, donde se presentó el rey Éumenes a mediados del invierno con dos mil soldados de infantería y quinientos de caballería. Dijo que se podía sacar un gran botín del [7] territorio enemigo de las cercanías de Tiatira⁹⁸, y a base de insistir convenció a Livio para que enviara con él cinco mil hombres. La expedición volvió a los pocos días con un enorme botín.

Entretanto, estalló un motín en Focea, pues algunos [9] trataban de ganar para Antíoco la adhesión de las masas. Era una carga el acuartelamiento invernal de la flota, era [2] una carga el tributo, porque se les habían exigido quinientas togas y quinientas túnicas, agravado todo ello por la [3] falta de trigo, debido a la cual tuvieron que marcharse las naves y la guarnición romana. Entonces se vio realmente libre de temor la facción que tiraba de la plebe hacia Antíoco en las asambleas públicas. El senado y la aristocracia [4] sostenían que se debía permanecer en la alianza de Roma, pero los promotores de la ruptura tuvieron más influencia en la masa. Los rodios, cuanto menor había sido su actividad [5] durante el verano anterior, más prisa se dieron en el equinoccio de primavera en enviar al mismo Pausítrato, [6] almirante de la flota, treinta y seis navíos. Livio, con treinta naves suyas y

siete cuatrirremes que había traído consigo el rey Éumenes, iba ya rumbo al Helesponto desde Canas para preparar lo necesario con vistas al paso del [7] ejército, que suponía llegaría por tierra. Primeramente enfiló con su flota el puerto llamado de los Aqueos⁹⁹; desde allí subió a Ilio¹⁰⁰, y después de ofrecer un sacrificio en honor de Minerva escuchó amistosamente a las embajadas venidas de los países del contorno, desde Eleunte, Dárdano¹⁰¹ y Reteo¹⁰² para poner sus ciudades bajo su [8] protección. Luego navegó hacia la entrada del Helesponto, dejó diez naves fondeadas enfrente de Abidos, y con el [9] resto de la flota cruzó a Europa para atacar Sestos. Estaban llegando ya al pie de la muralla los soldados cuando de pronto salieron a su encuentro delante de la puerta unos místicos¹⁰³ galos con vestimenta de ceremonia. Dijeron que venían por inspiración de la madre de los dioses, como servidores de la diosa, para suplicar a los romanos que [10] preservasen las murallas y la ciudad. Ninguno de ellos fue objeto de violencia. Al poco salieron a entregar la ciudad [11] el senado en pleno y los magistrados. Luego, la flota hizo la travesía hasta Abidos, donde se establecieron contactos para sondear la disposición de ánimo de los habitantes, y como no se recibió respuesta alguna de paz, se preparaban para el asedio.

Batalla de Panormo. Derrota de los rodios

Mientras se desarrollaban en el Helesponto [10] estas operaciones, Polixénidas, el prefecto del rey —en realidad era un exiliado rodio—, enterado de que había salido de su país una flota de sus compatriotas y que el almirante Pausístrato había hecho públicamente [2] unas referencias arrogantes y despectivas hacia su persona, sintió una especial rivalidad hacia él, y día y noche pensaba únicamente en responder con hechos a sus baladronadas. Le mandó un hombre al que también el otro [3] conocía para decirle que él podría prestar un gran servicio a Pausístrato y a su patria, si se lo permitían, y que Pausístrato, por su parte, podía reintegrarlo a él a su patria. Pausístrato, sorprendido, preguntó cómo era posible tal [4] cosa, y cuando así se le pidió asumió el compromiso de colaborar en la operación o de guardar silencio sobre ella. Entonces el emisario dijo que Polixénidas le entregaría la [5]

flota real entera o la mayor parte de la misma; que, como precio por tan importante servicio, ponía únicamente su vuelta a la patria. La trascendencia del asunto hizo que [6] ni creyera ni desdeñara lo que había oído. Zarpó rumbo a Panormo¹⁰⁴, en tierra de Samos, y allí se detuvo para examinar el ofrecimiento que se le había hecho. Los mensajeros [7] iban y venían, y Pausítrato no quedó convencido hasta que Polixénidas, en presencia de un emisario suyo, escribió de su mano que haría lo que había prometido y [8] mandó las tablillas en las que iba impreso su sello. Pensó que el traidor, con este aval auténtico, quedaba comprometido con él, pues el súbdito de un rey no habría incurrido en el error de proporcionar pruebas contra sí mismo [9] garantizadas por su propia mano. A partir de ahí se diseñó el plan de la falsa traición: Polixénidas decía que no haría ningún preparativo; no tendría el número suficiente de remeros [10] ni marinos para la flota; sacaría a tierra algunas naves con el pretexto de repararlas, y otras las repartiría por los puertos cercanos, y sólo mantendría unas pocas en el agua delante del puerto de Éfeso para enfrentarlas [11] en combate si la situación exigía que salieran. Este mismo desentendimiento que, según le dijeron, iba a mostrar Polixénidas con su flota lo mostró el propio Pausítrato desde el primer momento; envió una parte de las naves a buscar suministros a Halicarnaso y otra parte a la ciudad de Samos¹⁰⁵, y él permaneció en Panormo a fin de estar preparado cuando recibiera del traidor la señal de ataque. [12] Polixénidas lo reafirmaba en su equivocada idea a base de falsos indicios: sacó al dique seco algunas naves, puso a punto los astilleros como si tuviera intención de sacar más, llamó a sus remeros de los cuarteles de invierno no para que fueran a Éfeso sino para reunirlos en secreto en Magnesia¹⁰⁶.

[11] Dio la coincidencia de que un soldado de Antíoco que había acudido a Samos para un asunto personal fue apresado como espía y conducido a Panormo a presencia del [2] prefecto. Al preguntarle cómo iban las cosas por Éfeso, no se sabe con certeza si por miedo o porque no era del todo [3] leal hacia los suyos lo descubrió todo: la flota estaba en el puerto equipada y a punto; los remeros habían sido enviados a Magnesia todos ellos; eran muy pocas las naves que se habían

sacado a tierra, y se estaba quitando la cubierta a los astilleros; nunca se había puesto tanto empeño en atender a lo referente a la flota. Si no se dio por [4] verdaderas estas informaciones fue debido a que el error y las falsas esperanzas se habían adueñado de su mente. Cuando todo estuvo suficientemente preparado, Polixénidas hizo venir de Magnesia a los remeros por la noche, y después de botar a toda prisa las naves que se habían sacado a tierra dejó que transcurriera el día, no tanto para prepararse sino más bien porque no quería que se viera la salida de la flota; zarpó después de la puesta del sol [5] con setenta naves cubiertas, con viento de proa, y recaló antes del alba en el puerto de Pigela¹⁰⁷. Esperó allí sin moverse durante el día, por la misma razón, y por la noche hizo la travesía hasta tocar tierra de Samos en el punto más próximo. Dio instrucciones a un tal Nicandro, capitán [6] de piratas, para que se dirigiera de allí a Palinuro¹⁰⁸ con cinco naves cubiertas y que luego condujera a los hombres por el camino más corto a través de los campos en dirección a Panormo, a la retaguardia del enemigo, y él mientras tanto se dirigió a Panormo dividiendo la flota para que ocupara la entrada del puerto por los dos lados. Al principio Pausístrato quedó un tanto desconcertado, [7] pues era una maniobra que no había previsto; luego, como soldado veterano que era, se repuso enseguida, y, convencido de que se podía mantener a raya al enemigo más fácilmente por tierra que por mar, condujo a sus hombres en dos columnas hasta los promontorios que forman el [8] puerto proyectándose como cuernos por el lado del mar; contaba con alejar fácilmente desde allí al enemigo con tiros cruzados. La aparición de Nicandro por el lado de tierra desbarató esta táctica suya, y cambiando bruscamente [9] de planes ordenó que embarcase todo el mundo. Pero entonces se produjo una gran confusión tanto entre los soldados como entre la marinería, y se inició una especie de huida hacia las naves, al verse rodeados por mar y por [10] tierra al mismo tiempo. Pausístrato consideró que la única vía de salvación era la posibilidad de forzar el paso a través de la entrada del puerto y salir a mar abierto; cuando vio que habían embarcado sus hombres ordenó a los demás que le siguieran y marchando en cabeza, con su nave lanzada a fuerza de remos, se dirigió a la bocana del puerto. [11] Cuando estaba ya rebasando la

entrada, Polixénidas rodeó su nave con tres quinquerremes. Golpeada por los espolones, la nave se hundió; sus defensores son acribillados con venablos, y entre ellos sucumbe también Pausítrato [12] combatiendo con bravura. Las naves restantes fueron capturadas unas fuera y otras dentro del puerto, y algunas fueron apresadas por Nicandro cuando trataban de alejarse [13] de tierra; solamente cinco naves rodías y dos de Cos escaparon abriéndose paso entre el apretamiento de embarcaciones gracias al pánico provocado con llamas relucientes, pues llevaban delante gran cantidad de fuego en recipientes de hierro que pendían de dos pértigas sobresalientes [14] por proa. No lejos de Samos, unas trirremes de Eritrea se encontraron con las naves rodías que venían a escoltar, y como éstas iban huyendo, viraron poniendo rumbo [15] al Helesponto, al encuentro de los romanos. Por la misma época, Seleuco recuperó Focea, entregada a traición al dejar abierta la guardia una de las puertas; y Cime¹⁰⁹ y otras ciudades de la misma costa se pasaron a él por miedo.

Mientras ocurrían en Eólida estos acontecimientos, [12] Abidos había soportado el asedio durante bastantes días gracias a que defendía las murallas una guarnición del rey. Como estaban ya todos agotados, y contando además con [2] el consentimiento de Filotas, comandante de la guarnición, sus magistrados negociaban con Livio las condiciones de entrega de la ciudad. La negociación estaba estancada porque no se acababa de llegar a un acuerdo sobre si se dejaba marchar con armas o sin ellas a los soldados del rey. Cuando discutían este punto llegó la noticia de la derrota [3] de los rodios, y el asunto se les fue de las manos; Livio, [4] en efecto, tuvo miedo de que Polixénidas, crecido por el éxito de una acción tan importante, cayera por sorpresa sobre la flota que se encontraba en Canas, abandonó inmediatamente el asedio de Abidos y la vigilancia del Helesponto y echó al agua las naves que habían sido sacadas a tierra; Éumenes, por su parte, llegó a Elea. Livio se [5] dirigió a Focea con toda la flota, a la que había incorporado dos trirremes mitilenas. Informado de que estaba ocupada la ciudad por una fuerte guarnición real y que no quedaba lejos el campamento de Seleuco, saqueó la costa,

[6] embarcó a toda prisa el botín —prisioneros, sobre todo—, esperó únicamente hasta que Éumenes le diera alcance con su flota y se dirigió a Samos a toda velocidad. En Rodas, [7] la primera reacción que provocó la noticia del desastre fue de pánico y profundo pesar al mismo tiempo, pues aparte de la pérdida de naves y de hombres, habían perdido la flor y nata de su juventud; muchos nobles habían seguido [8] a Pausítrato impulsados, entre otras razones, por el grande y justificado prestigio que éste tenía entre los suyos. Después, el hecho de haber sido cogidos a traición, y precisamente por un compatriota suyo, transformó el pesar [9] en rabia. Inmediatamente enviaron diez navíos, y otros diez pocos días más tarde, todos ellos al mando de Eudamo; estaban convencidos de que sería un jefe no comparable, en absoluto, con Pausítrato en otras virtudes guerreras, pero sí más precavido, puesto que era menos impetuoso. [10] Los romanos y Éumenes primeramente pusieron la flota rumbo a Eritrea. Se detuvieron allí sólo una noche, y al [11] día siguiente llegaron al promontorio de Córico. Como desde allí querían cruzar a la costa de Samos más cercana, no esperaron a que saliera el sol, que permitiría a los pilotos conocer el estado del cielo, y soltaron amarras en unas [12] condiciones atmosféricas inciertas. A mitad de la travesía el viento nordeste cambió a norte, y el mar, agitado por el oleaje, comenzó a zarandearlos.

[13] Polixénidas supuso que los enemigos se dirigirían a Samos para unirse a la flota rodia, y saliendo de Éfeso se detuvo primeramente en Mioneso¹¹⁰. Desde allí cruzó a la isla llamada Macris para atacar en el momento oportuno cualquier nave que al paso de la flota perdiera el rumbo [2] o la cola del convoy. Cuando vio la flota dispersada por el temporal, en un principio pensó que era el momento de atacar, pero poco después, al arreciar el viento y levantar [3] olas más altas, viendo que no podía llegar hasta ellos, cruzó hacia la isla de Etalia¹¹¹, para desde allí atacar al día siguiente a las naves cuando se dirigieran a Samos desde alta mar. Un reducido número de romanos alcanzó al [4] anochecer un puerto desierto de Samos, y el resto de la flota, zarandeada durante toda la noche en alta mar, fue abordando al mismo puerto. A través de unos campesinos, [5] se enteraron allí de que las

naves enemigas estaban fondeadas cerca de Etalia, y se celebró consejo para decidir si se atacaba inmediatamente o se esperaba a la flota rodia. Aplazada la acción, pues eso fue lo que se decidió, cruzaron a Córico, de donde habían partido. Polixénidas, por [6] su parte, después de esperar en vano retornó a Éfeso. Entonces las naves romanas, con el mar libre de enemigos, pasaron a Samos. A los pocos días llegó también allí la [7] flota rodia. Para que quedara bien claro que la habían estado esperando, inmediatamente zarparon hacia Éfeso con intención de librar una batalla naval o hacer que el enemigo, si rehusaba el combate, reconociera su miedo, cuestión de la mayor importancia por sus efectos en la actitud de las ciudades. Tomaron, posiciones formando las naves de [8] proa hacia la entrada del puerto. Como nadie salía a hacerles frente, dividieron la flota; una parte quedó anclada en el mar a la salida del puerto, y la otra desembarcó sus tropas. Cuando éstas se llevaban un botín muy cuantioso [9] después de devastar a lo largo y ancho el territorio, en el momento en que estaban ya cerca de las murallas hizo una salida contra ellos el macedonio Andronico, que estaba de guarnición en Éfeso, les arrebató buena parte del botín y los obligó a volver hacia el mar, a las naves. Al día siguiente los romanos prepararon una emboscada [10] aproximadamente a mitad del camino y marcharon en columna hacia la ciudad para tratar de atraer al macedonio fuera de las murallas; luego, como la sospecha de algo parecido impidió que saliera nadie, regresaron a las naves. Dado que los enemigos rehuían el combate por tierra y [11] por mar, la flota volvió de nuevo a Samos, de donde había venido. El pretor envió desde allí dos trirremes aliadas procedentes de Italia y otras dos rodias, al mando de Epícrates de Rodas, para proteger el estrecho de Cefalania, [12] pues estaba infestado por las piraterías del lacedemonio Hibristas y de la juventud de Cefalania, y en esos momentos el mar estaba cerrado para los convoyes de Italia.

[14] En el Pireo, Epícrates se encontró con Lucio Emilio Regilo, que venía a tomar el relevo en el mando de la flota. [2] Informado éste de la derrota de los rodios, como sólo tenía dos quinquerrems se llevó a Asia con él a Epícrates con sus cuatro navíos, siguiéndolo también las naves descubiertas [3] de los atenienses. Cruzó el mar Egeo hasta Quíos. Procedente

de Samos, también llegó allí el rodio Timasícrates, muy entrada la noche, con dos cuatrirremes; conducido ante Emilio, dijo que se le había enviado para servir de escolta, porque las naves del rey hacían peligrosa para los barcos de transporte aquella zona de la costa con sus frecuentes incursiones desde el Helesponto y Abidos. Cuando Emilio hacía la travesía de Quíos a Samos se encontró con dos cuatrirremes enviadas por Livio a su encuentro [4] y con el rey Éumenes y dos quinquirremes. Tras la llegada a Samos, Emilio, una vez recibida de Livio la flota y ofrecido el sacrificio de costumbre, reunió el consejo. En él, Gayo Livio —pues fue él el primero a quien se le pidió su opinión— dijo que quien podía dar un consejo más fiable era aquel que aconsejase a otro lo que él personalmente estuviese dispuesto a hacer si estuviera en [5] su lugar; él había tenido en mente el propósito de dirigirse a Éfeso con toda la flota, llevar las naves de transporte cargadas con mucho lastre y echarlas a pique a la [6] entrada del puerto; este cierre requería tanto menos esfuerzo cuanto que la entrada del puerto era, como un río, alargada, estrecha y poco profunda; de esa forma privarían al enemigo del recurso del mar y harían inútil su flota.

Esta propuesta no le pareció bien a nadie. El rey [15] Éumenes preguntó qué ocurriría al final cuando hubieran cerrado la entrada del mar con las naves hundidas, si, una vez libre la flota, iban a alejarse de allí para prestar ayuda a los aliados y meter miedo a los enemigos, o por el contrario iban a bloquear el puerto con toda la flota. Porque [2] si se alejaban, ¿quién ponía en duda que los enemigos retirarían los cascos hundidos y que abriría el puerto con menos trabajo con que fue obstruido? Y si, por el contrario, tenían que seguir allí igualmente, ¿qué ventaja suponía cerrar el puerto? Todo lo contrario, los enemigos, disfrutando [3] de un puerto segurísimo y de una ciudad llena de recursos, con Asia suministrándoles de todo, pasarían el verano tranquilos; los romanos, expuestos al oleaje y el temporal en mar abierto, faltos de todo, estarían de guardia permanente, y más que tener encerrados a los enemigos, estarían [4] ellos mismos sujetos e impedidos para poder hacer nada de lo que se tendría que hacer. Eudamo, almirante de la [5] flota rodia, más que exponer lo que él opinaba que se debía hacer, mostró su

desaprobación respecto a la propuesta hecha. Epícrates de Rodas opinó que se debía enviar [6] a Licia parte de las naves, desentendiéndose de Éfeso por el momento, e incorporar a la alianza a Pátara, la capital de la nación. Esto sería de gran utilidad en dos sentidos: [7] los rodios, con la pacificación de los territorios situados frente a su isla, podían concentrar sus energías exclusivamente en la atención a la guerra contra Antíoco, y en [8] segundo lugar se impediría que la flota que se estaba preparando en Cilicia tomara contacto con Polixénidas. Esta [9] propuesta surtió el mayor efecto; se decidió, no obstante, que Regilo se trasladara a Éfeso con toda la flota para sembrar el pánico entre los enemigos.

Doble intento contra Pátara

[16] Gayo Livio, con dos quinquerremes romanas, cuatro cuadrirremes y dos naves de Esmirna descubiertas, fue enviado a Licia con instrucciones de dirigirse primero a Rodas y estudiar con los rodios [2] todos los planes. Las ciudades por donde fue pasando, Mileto, Mindo, Halicarnaso, Cnido y Cos, pusieron todo [3] el empeño en cumplir sus órdenes. A su llegada a Rodas dio cuenta del objeto de su misión y al mismo tiempo les pidió su opinión. Todos dieron su aprobación, y después de reforzar con tres cuadrirremes la flota que tenía zarpó [4] para Pátara. Al principio, un viento favorable los llevaba derechos hacia la ciudad, y esperaban suscitar algún movimiento creando un pánico repentino. Después cambió la dirección del viento y el mar comenzó a arbolarse con olas confusas, aunque consiguieron llegar a tierra a fuerza de [5] remos. Pero no había ningún fondeadero seguro en las cercanías de la ciudad, y no podían detenerse en aguas abiertas delante de la bocana del puerto, con la mar embravecida [6] y la noche al caer. Pasando de largo frente a las murallas se dirigieron al puerto de Fenicunte¹¹², situado a menos de dos millas de distancia de allí, seguro para [7] las naves contra la violencia del mar. Pero por encima de él se levantaban unos altos peñascos que los habitantes de la plaza ocuparon rápidamente llevando con ellos a los [8] soldados del rey que tenían como guarnición. Aunque el terreno era desfavorable y ofrecía dificultades para una retirada, Livio envió contra ellos a los auxiliares iseos y a los jóvenes esmirneos de armamento

ligero. Aguantaron [9] éstos la lucha mientras, al principio, más que de trabar combate se trataba de hostigar a pequeños grupos con proyectiles y ligeras escaramuzas. Después iban afluyendo desde [10] la ciudad cada vez en mayor número, y cuando estaba ya fuera toda la población, Livio cogió miedo de que sus auxiliares fueran envueltos y se creara peligro para las naves incluso desde tierra. Entonces hizo que entraran [11] en combate los soldados y también las tripulaciones, el tropel de remeros, con las armas arrojadizas que cada uno tenía a mano. Incluso entonces se mantuvo incierto el [12] resultado de la batalla, y en aquel desordenado combate cayó Lucio Apustio, aparte de un buen número de soldados. Finalmente, sin embargo, los licios fueron derrotados, puestos en fuga y repelidos hasta la ciudad, y los romanos volvieron a las naves con una victoria que costó sangre. Luego, partieron hacia el golfo de Telmeso¹¹³, [13] que llega hasta Caria por un lado y hasta Licia por el otro, y renunciando a la idea de nuevas tentativas contra Pátara, los rodios fueron mandados a casa. Livio, bordeando [14] la costa de Asia, hizo la travesía hasta Grecia con la intención de cruzar a Italia después de reunirse con los Escipiones, que entonces se encontraban en las proximidades de Tesalia.

Cuando Emilio tuvo conocimiento del cese de las operaciones [17] de Licia y de la partida de Livio hacia Italia, como él mismo había sido alejado de Éfeso por el temporal y había vuelto a Samos sin conseguir su propósito, consideró [2] que era una deshonra el fracaso de la tentativa contra Pátara, y decidió partir hacia allí con toda la flota y atacar la ciudad con la mayor violencia. Dejando atrás [3] Mileto y el resto de la costa de los aliados, desembarcaron en la bahía de Bargilias¹¹⁴ en dirección a Jaso. La ciudad estaba ocupada por una guarnición del rey. Los romanos, actuando como enemigos, devastaron el territorio de los [4] alrededores. Después, Emilio mandó emisarios para sondear, a través de conversaciones, las intenciones de los ciudadanos principales y de los magistrados, y cuando respondieron que nada estaba en su poder, condujo sus [5] tropas al asalto de la ciudad. Había entre los romanos unos exiliados de Jaso. Un buen número de ellos pidió insistentemente a los rodios que no dejaran sucumbir a una

ciudad inocente con la que tenían relación de vecindad y parentesco; la única causa de su propio exilio era su fidelidad [6] a los romanos; la misma opresión de las tropas del rey por la que ellos habían sido expulsados tenía sujetos a los que permanecían en la ciudad; todos los habitantes de Jaso tenían una sola obsesión: escapar del esclavizamiento [7] al rey. Movidos por sus súplicas, los rodios, recabando también el apoyo del rey Éumenes, lograron que se desistiera del asalto a base de recordar los lazos que ellos tenían y de expresar, al mismo tiempo, su lástima por la situación de la ciudad sitiada por una guarnición [8] real. Partieron de allí, pues el resto de la región estaba pacificado, y bordeando la costa de Asia llegaron a Lorima¹¹⁵, [9] que es un puerto situado frente a Rodas. Allí, en las tiendas de oficiales, surgieron entre los tribunos militares comentarios en un principio privados y que posteriormente llegaron a oídos del propio Emilio; se decía que la flota había sido retirada de Éfeso, de su guerra, para que el enemigo, al que se dejaba a la espalda con las manos libres, pudiera hacer impunemente toda clase de intentos contra tantas ciudades aliadas de las cercanías. Estos [10] comentarios hicieron efecto en Emilio; llamó a los rodios y les preguntó si podía estar fondeada toda la flota en el puerto de Pátara, y cuando le respondieron que no era posible, echando mano de esta excusa para renunciar a la empresa, llevó las naves de vuelta a Samos.

Asedio de Pérgamo

Por las mismas fechas, Seleuco, hijo [18] de Antíoco, después de mantener su ejército en Etolia durante toda la estación invernal, en parte prestando ayuda a los aliados y en parte saqueando a los que [2] no podía atraer a su alianza, decidió invadir el reino de Éumenes mientras éste, lejos de su casa, atacaba con los romanos y los rodios la costa de Licia. Primero se acercó [3] a Elea con su ejército dispuesto para el ataque; después renunció a atacar la ciudad y tras saquear los campos sin cuartel marchó a atacar Pérgamo, capital y ciudadela del reino. Átalo comenzó por colocar avanzadas delante de [4] la ciudad, lanzando ataques con la caballería y la infantería ligera, hostigaba, más que contenía, al enemigo. Finalmente, [5] cuando se retiró murallas adentro tras

comprobar, con las escaramuzas, que no estaba en igualdad de fuerzas en ningún sentido, comenzó el asedio de la ciudad. Por [6] la misma época, aproximadamente, también Antíoco partió de Apamea y estableció su base primero en Sardes¹¹⁶ y después junto al nacimiento del río Caico, no lejos del campamento de Seleuco, con un gran ejército mezcla de diferentes razas. Lo más temible eran cuatro mil galos mercenarios. [7] Envío a estos hombres, añadiéndoles algunos otros, a devastar indiscriminadamente el territorio de Pérgamo. [8] Cuando llegaron a Samos estas noticias, Éumenes, reclamada su presencia por la guerra de casa, se dirigió primero a Elea con su flota; luego, como había soldados de caballería y de infantería ligera disponibles, protegido por ellos como escolta se dio prisa en llegar a Pérgamo antes de que los enemigos se dieran cuenta e hicieran [9] algún movimiento. Allí comenzaron a producirse de nuevo ligeros encuentros con salidas rápidas, pues estaba claro que Éumenes rehuía un combate decisivo. Pocos días más tarde llegaron a Elea procedentes de Samos, para prestar [10] ayuda al rey, las flotas romana y rodia. Cuando Antíoco recibió la noticia de que éstas habían desembarcado sus tropas en Elea y que se habían concentrado tantas flotas en un solo puerto, y cuando al mismo tiempo se enteró de que el cónsul estaba ya en Macedonia con su ejército y se estaban realizando los preparativos necesarios para [11] cruzar el Helesponto, pensó que había llegado el momento de negociar la paz antes de verse presionado por tierra y mar simultáneamente, y ocupó una colina enfrente de Elea [12] para emplazar el campamento. Dejó allí todas sus tropas de infantería, y con la caballería —eran seis mil los jinetes—bajó al llano, al pie mismo de las murallas de Elea, después de enviar un parlamentario a Emilio para decirle que quería negociar la paz.

[19] Emilio hizo venir de Pérgamo a Éumenes y celebró un consejo en el que participaron también los rodios. Éstos no desdeñaban la idea de la paz; Éumenes decía que no era honroso hablar de paz en aquellas circunstancias, ni era posible llegar a una conclusión en la negociación. [2] «En efecto —dijo—, ¿cómo vamos a aceptar sin deshonor, encerrados y sitiados tras unas murallas, una especie de paz

con condiciones? ¿Y quién dará por válida esa paz que habremos pactado sin el cónsul, sin la autorización del senado, sin el mandato del pueblo romano? Quisiera [3] saber, en efecto, si una vez concluida la paz en tu nombre, piensas volver inmediatamente a Italia y llevarte la flota y el ejército, o si piensas esperar a ver cuál es la decisión del cónsul sobre este particular, cuál el parecer del senado, y cuál el mandato del pueblo. Ocurrirá, por consiguiente, [4] que permanecerás en Asia, y que las tropas volverán de nuevo a los cuarteles de invierno, renunciando a la guerra, y dejarán exhaustos a los aliados de tanto suministrar provisiones; y después, si así les parece a los que tienen poder de decisión, reemprenderemos de nuevo y desde el principio [5] una guerra que, con la ayuda de los dioses, podemos terminar antes del invierno si el ritmo actual no se interrumpe con algún aplazamiento.» Prevalció este criterio, [6] y se respondió a Antíoco que no era posible tratar de la paz antes de la llegada del cónsul. Después de haber intentado [7] en vano la paz Antíoco devastó primero las tierras de Elea y después las de Pérgamo; dejó allí a su hijo Seleuco, marchó como enemigo hacia Adramiteo¹¹⁷ y llegó a una rica tierra llamada llanura de Tebas, a la que dio fama el poema de Homero. En ningún otro sitio de Asia consiguieron [8] un botín más rico los soldados del rey. A Adramiteo llegaron también, para servir de guarnición a la ciudad, Emilio y Éumenes haciendo la travesía con las naves.

Casualmente por aquellos mismos días abordaron a [20] Elea, procedentes de Acaya, mil soldados de a pie y cien de a caballo, teniendo Diófanes el mando de todas estas tropas; después de desembarcar fueron conducidos a Pérgamo, por la noche, por unos emisarios mandados por Átalo a su encuentro. Eran todos veteranos con gran experiencia [2] bélica, y discípulo su jefe de Filopemén, el más grande de todos los generales griegos de entonces. Se tomaron un par de días para el descanso de hombres y caballos y a la vez para hacer un reconocimiento de los puestos de guardia del enemigo, con los sitios y las horas en que salían [3] y se retiraban. Los soldados del rey se acercaban casi hasta el pie de la colina sobre la que se asienta la ciudad; de ese modo a su espalda se devastaba libremente, pues nadie salía de la ciudad ni siquiera para

lanzar venablos desde [4] lejos sobre las avanzadas. Una vez que los habitantes se encerraron dentro de las murallas impulsados por el pánico, surgió entre los soldados del rey el menosprecio hacia ellos y, como consecuencia, la despreocupación. Una gran [5] parte tenía los caballos sin sillas ni bridas; dejando a unos pocos con las armas y en sus puestos, los demás se habían dispersado diseminándose en todas direcciones por la llanura, unos dedicándose a entretenimientos y retozos juveniles, otros comiendo a la sombra, algunos incluso tumbándose [6] a dormir. Al observar esto desde lo alto de la ciudad de Pérgamo, Diófanos ordena a sus hombres que empuñen las armas y estén preparados junto a la puerta; él se va a ver a Átalo y le dice que tiene intención de hacer [7] un intento contra una avanzada enemiga. Átalo lo autorizó de mala gana, y es que se daba cuenta de que iba a pelear con cien jinetes contra seiscientos, y con mil soldados de a pie contra cuatro mil; él cruzó la puerta y se detuvo no lejos del puesto enemigo esperando una oportunidad. [8] Los de Pérgamo estaban convencidos de que se trataba de una locura más que de un golpe de audacia, y en cuanto a los enemigos, se fijaron en ellos unos instantes y al ver que no se realizaba movimiento alguno, tampoco ellos cambiaron nada en su despreocupación habitual, añadiendo incluso burlas sobre lo reducido de su número. Diófanos mantuvo quietos a sus hombres durante algún [9] tiempo como si les hubiera hecho salir únicamente para observar el espectáculo; cuando vio que los enemigos estaban [10] lejos de sus puestos ordenó a la infantería que lo siguiera todo lo deprisa que pudiera, él se puso a la cabeza de la caballería con su propio escuadrón y a rienda suelta cargó de improviso sobre el puesto enemigo después de lanzar el grito de guerra toda la infantería y la caballería al unísono. Se asustaron los hombres y también los caballos, [11] que rompieron sus ataduras, y sembraron el desconcierto y la confusión entre los suyos. Pocos caballos se [12] mantenían quietos y tranquilos, y ni siquiera a éstos podían ensillarlos ni embridarlos ni montarlos sin dificultades, pues los aqueos provocaban mucho más pánico del que correspondería al número de sus jinetes. Por su parte, [13] los soldados de a pie, ordenados y preparados, atacaron a los que andaban dispersos y descuidados, y medio dormidos o poco

menos. La llanura fue escenario de la matanza [14] y la huida por todas partes. Diófanes persiguió a los que huían en desbandada mientras no corría riesgo, y regresó al abrigo de la ciudad tras conseguir una gran gloria para la nación aquea — pues tanto los hombres como las mujeres habían estado observando desde las murallas de Pérgamo—.

Al día siguiente las avanzadas del rey, mejor organizadas [21] y ordenadas, se situaron quinientos pasos más lejos de la ciudad, y los aqueos salieron casi a la misma hora y hasta el mismo sitio. Durante muchas horas, ambos bandos [2] se mantuvieron alerta a la espera del ataque como si fuera a producirse de un instante a otro. Llegado el momento de volver al campamento, cerca de la puesta del sol, las tropas del rey reunieron las enseñas y comenzaron a retirarse en columna, en formación más de marcha que [3] de combate. Mientras el enemigo estaba a la vista, Diófanes no se movió. Después cargó contra la retaguardia con el mismo ímpetu que el día anterior, y de nuevo provocó tal pánico y desconcierto que, a pesar de los tajos que caían sobre sus espaldas, nadie se detuvo para luchar; despavoridos y guardando a duras penas el orden de la [4] columna, fueron rechazados hasta el campamento. Este golpe de audacia de los aqueos obligó a Seleuco a retirar su campamento del territorio de Pérgamo.

Cuando Antíoco se enteró de que habían llegado los romanos para defender Adramiteo, se mantuvo alejado de esta ciudad; saqueó los campos, y después tomó al asalto [5] Perea, colonia de Mitilene. Cotón, Corileno, Afrodisia y Prinne¹¹⁸ fueron tomadas al primer asalto. Después regresó [6] a Sardes por Tiatira. Seleuco permanecía en la costa amenazando a unos y protegiendo a otros. La flota romana, junto con Éumenes y los rodios, se dirigió primero a Mitilene y luego retornó a Elea, su punto de partida. [7] Al dirigirse desde allí a Focea abordaron a una isla llamada Baquio, que domina la ciudad de los focenses; saquearon como enemigos los templos y las estatuas que anteriormente habían respetado —y la isla estaba magníficamente [8] ornamentada—, y cruzaron hacia la propia ciudad. Se distribuyeron los objetivos y la atacaron, y cuando parecía que era posible tomarla con armas y escalas sin trabajos de asedio, entró en la ciudad un destacamento de tres

mil [9] hombres enviado por Antíoco. Inmediatamente se renunció al ataque y la flota se retiró a la isla sin más consecuencia que el saqueo de los alrededores de la ciudad enemiga.

Operaciones navales. Battalla de Sida

Se decidió entonces que Éumenes se [22] fuera a su país y preparase al cónsul y al ejército lo necesario para la travesía del Helesponto, y que las flotas romana y rodia retornaran a Samos y permanecieran allí fondeadas para impedir que Polixénidas se moviera de Éfeso. El rey regresó a Elea, y los romanos y rodios a Samos, donde falleció Marco Emilio, el hermano [2] del pretor.

Celebradas las exequias, los rodios partieron hacia Rodas con trece navíos suyos y una quinquerreme de Cos y otra de Cnido con el objeto de permanecer fondeados allí para hacer frente a una flota que según rumores venía de Siria. Dos días antes de que llegase de Samos con su [3] flota Eudamo, trece navíos enviados desde Rodas al mando de Panfilidas para hacer frente a la misma flota siria reforzados con cuatro naves que guarnecían Caria, liberaron Dédala¹¹⁹ y algunas otras fortalezas de Perea del asedio de las fuerzas del rey. Se acordó que Eudamo saliera inmediatamente. También en este caso se añadieron seis [4] naves descubiertas a la flota que tenía. Partió, y acelerando [5] la marcha cuanto podía dio alcance, cerca del puerto llamado Megiste¹²⁰, a los que habían salido delante. Desde allí llegaron a Fasélide¹²¹ en una formación única, y se consideró que lo mejor era esperar allí al enemigo.

Se encuentra Fasélide en la frontera entre Licia y Panfilia; [23] está muy metida mar adentro, es la primera tierra que se divisa yendo de Cilicia a Rodas, y permite avistar los barcos a distancia. Por esa razón precisamente se eligió el lugar, para encontrarse al paso de la flota de los enemigos. [2] Pero debido a lo insano del lugar así como a la época del año, pues era a mediados del verano, aparte de los olores desacostumbrados, comenzaron a aparecer enfermedades generalizadas sobre todo entre los remeros, cosa [3] que no habían previsto. Partieron, por miedo a esta epidemia, y navegando por el golfo de Panfilia¹²² la flota abordó en la

desembocadura del Eurimedonte, donde se enteraron por los aspendios de que los enemigos se encontraban [4] cerca de Sida. La flota del rey había navegado más despacio debido al inconveniente de la época de los vientos etesios, época casi fija de vientos del oeste¹²³. Los rodios [5] tenían treinta y dos cuadirremes y cuatro trirremes. La del rey era una flota de treinta y siete navíos de mayor tamaño, entre los cuales contaba con tres hepteres y cuatro hexeres; además de éstas había diez trirremes. También ellos, desde una de sus atalayas, descubrieron la presencia [6] del enemigo. Al día siguiente al amanecer salieron de puerto dispuestas a combatir aquel mismo día, y nada más doblar el promontorio que avanza hacia el mar desde Sida, los rodios avistaron a los enemigos y al mismo tiempo fueron [7] avistados por ellos. En la flota real, Aníbal mandaba el ala izquierda, que se extendía hacia alta mar, y Apolonio, uno de los altos dignatarios, mandaba el ala derecha, [8] y tenían ya las naves alineadas proa al frente. Los rodios llegaban en una larga hilera; en cabeza iba la nave capitana de Eudamo, cerraba la marcha Caríclito, y mandaba el centro de la flota Panfilidas. Eudamo, al ver la flota [9] enemiga en formación de combate, se dirige a su vez hacia alta mar y acto seguido da orden de que las naves que lo siguen formen una línea frontal manteniendo el orden. Esta maniobra generó confusión en un principio, pues no [10] se había adentrado en el mar lo suficiente como para que pudieran desplegarse en línea hacia tierra todas las naves, y, con las prisas, se enfrentó a Aníbal demasiado precipitadamente con sólo cinco navíos; los demás no lo seguían porque habían recibido orden de formar una línea frontal. A los últimos de la columna no les quedaba espacio alguno [11] hacia tierra, y mientras se entorpecían unos a otros, en el ala derecha se combatía ya contra Aníbal.

Pero en cosa de un instante la calidad de sus navíos [24] y su experiencia marítima hicieron que los rodios perdieran el miedo por completo. De modo que, por una parte, [2] sus naves se desplazaron rápidamente mar adentro dejando sitio hacia tierra cada una a la que venía detrás, y al mismo tiempo, cuando alguna golpeaba con su espolón a una nave enemiga, le destrozaba la proa o le barría los remos o pasaba libremente

entre las filas y la atacaba por popa. El mayor susto lo provocó el hundimiento de una [3] heptere real, con una sola embestida, por una nave rodia mucho más pequeña, con lo cual el ala derecha enemiga se veía claramente abocada a la huida. Mar adentro, [4] Aníbal, gracias sobre todo al número de sus naves, acosaba a Eudamo, netamente superior en los demás aspectos; y, lo habría rodeado, de no ser porque se alzó en la nave pretoria la señal que habitualmente se empleaba para reagrupar la flota dispersa, y todas las naves que habían vencido en el lado derecho acudieron a prestar ayuda a los suyos. Entonces también Aníbal y las naves que estaban a [5] su alrededor emprendieron la huida, y los rodios no pudieron emprender la persecución debido a que una gran parte de sus remeros estaban enfermos y por ello se cansaban [6] más aprisa. Cuando estaban recuperando fuerzas en alta mar, donde se habían detenido, Eudamo, al ver a los enemigos llevando a remolque de sus naves descubiertas las naves a la deriva o averiadas, y que eran pocas más de una veintena las que se retiraban indemnes, pidió silencio desde la torre de su nave pretoria y dijo: «Levantaos y contemplad [7] un extraordinario espectáculo». Se incorporaron todos y al observar la atropellada huida del enemigo pidieron [8] a gritos casi al unísono ir en su persecución. Precisamente la nave de Eudamo había sufrido daños por multitud de impactos; ordenó a Panfílicas y Caríclito que mantuvieran la persecución mientras les pareciera que no había [9] peligro. La persecución se prolongó por algún tiempo; cuando Aníbal se acercaba a tierra temieron que el viento los retuviera en la costa enemiga y volvieron junto a Eudamo, y después remolcaron hasta Fasélide, no sin dificultad, la heptere capturada que había sido golpeada en el [10] primer encontronazo. De allí regresaron a Rodas acusándose mutuamente, más que alegrándose por la victoria, porque no había sido hundida o capturada toda la flota enemiga, [11] cuando se había dado esa posibilidad. Aníbal, afectado por su única derrota, ni siquiera entonces se atrevía a costear Licia, y eso que deseaba establecer contacto cuanto [12] antes con la primitiva flota real; además, para evitar que tuviera libertad para hacerlo, los rodios enviaron a Caríclito con veinte navíos de espolón a Pátara y al puerto de [13] Megiste. A Eudamo le dijeron que volviera al lado de los

romanos a Samos con las siete naves más grandes de la flota que había mandado y que, en la medida en que tuvieran peso ante ellos sus consejos y su autoridad, convenciera a los romanos para tomar Pátara al asalto.

A los romanos les produjo una gran alegría primero [25] la noticia de la victoria y después la llegada de los rodios. Y estaba claro que si se les quitaba a los rodios aquella [2] preocupación, podrían, tranquilamente, asegurar la protección de los mares de aquella zona. Pero la marcha de Antíoco de Sardes les impidió abandonar la vigilancia de Jonia y Eólida, por temor a que fueran aplastadas las ciudades de la costa. Enviaron a Panfilidas con cuatro naves [3] cubiertas a unirse a la flota que estaba en las cercanías de Pátara. Aparte de reunir las guarniciones de las ciudades [4] del contorno, Antíoco había enviado mensajeros y cartas a Prusias, rey de Bitinia, protestando por el paso de los romanos a Asia, pues venían a acabar con todos [5] los reinos para que no hubiera más imperio que el romano en ningún lugar de la tierra; Filipo y Nabis habían sido [6] reducidos; él era el tercer objetivo; aquella especie de incendio incesante los iría alcanzando a todos según la proximidad de cada uno con el último aplastado; después de [7] él, el paso siguiente sería contra Bitinia, puesto que Éumenes se había sometido voluntariamente a la esclavitud. Estas consideraciones preocuparon a Prusias, pero una [8] carta del cónsul Escipión, o más bien de su hermano Africano, disipó en él tales recelos; éste, aparte de referirse a la ininterrumpida costumbre del pueblo romano de acrecentar con toda clase de honores la dignidad de los reyes aliados, a base de ejemplos de su propia familia impulsó a Prusias a buscar su amistad: los régulos acogidos a su [9] protección en Hispania eran reyes cuando los había dejado; a Masinisa no sólo lo había colocado en el trono de su padre sino que lo había asentado sobre el de Sifax, que lo había expulsado anteriormente, y Masinisa era no sólo [10] el más próspero de los reyes de África sino equiparable en dignidad y poder a cualquiera de los reyes del mundo [11] entero. Filipo y Nabis, enemigos y derrotados en guerra por Tito Quincio, habían seguido en sus reinos, ello no [12] obstante. A Filipo, por cierto, se le había condonado además el tributo el año anterior y le había sido devuelto su hijo, un

rehén; y los generales romanos le habían permitido recobrar algunas ciudades de fuera de Macedonia. También Nabis habría estado en una posición igualmente honrosa si no lo hubieran destruido en primer lugar su propia [13] locura y después la traición de los etolios. La disposición de ánimo del rey se vio confirmada sobre todo con la llegada de Gayo Livio, que anteriormente había mandado [14] la flota como pretor; enviado por Roma, le hizo ver cuánto más seguras eran las perspectivas de victoria para los romanos que para Antíoco, y cuánto más respetada e inquebrantable sería su amistad entre los romanos.

Asedio de Nocio. Batalla de Mioneso

[26] Cuando Antíoco perdió las esperanzas de una alianza con Prusias, marchó de Sardes a Éfeso para inspeccionar la flota que llevaba varios meses equipada y preparada, [2] y ello porque veía que con las fuerzas de tierra no podía hacer frente a un ejército romano y unos generales como los dos Escipiones, más que por las operaciones navales en sí, porque las hubiera intentado con éxito en alguna ocasión o porque ahora tuviera en ellas [3] una confianza grande y bien fundada. No obstante, en ese momento había un motivo para la esperanza, porque había oído que una parte importante de la flota rodia se encontraba en las cercanías de Pátara y además el rey Éumenes había marchado al Helesponto con todas sus naves al [4] encuentro del cónsul. También contribuía en cierta medida a fortalecer su moral la destrucción de la flota rodia cerca de Samos merced a una oportunidad propiciada a traición. [5] Confiado en estas circunstancias, envió a Polixénidas a probar fortuna con la flota en un combate en la forma que fuese, y él marchó hacia Nocio¹²⁴ al frente de sus tropas. Esta plaza perteneciente a los colofonios está situada sobre el mar a unas dos millas de distancia de la antigua Colofón. Quería que estuviera en su poder esta ciudad [6] en concreto, tan cercana a Éfeso que cualquier movimiento que hiciera por tierra o por mar estaría al alcance de la vista de los colofonios, y a través de éstos sería conocido de inmediato por los romanos; y por otra parte no [7] dudaba de que al tener noticia del asedio los romanos desplazarían de Samos su flota para prestar ayuda a la ciudad aliada, y esa sería la ocasión de

actuar para Polixénidas. Comenzó, pues, el ataque a la ciudad con obras de asedio; [8] prolongó hasta el mar las fortificaciones por los dos lados a la vez, llevó los manteletes y el terraplén hasta la muralla por ambos lados, e hizo avanzar los arietes protegidos por las «tortugas»¹²⁵. Aterrados por estas amenazas los colofonios [9] enviaron parlamentarios a Lucio Emilio, a Samos, a implorar la protección del pretor y del pueblo romano. Emilio estaba incómodo por su larga permanencia en Samos [10] sin hacer nada, y la última cosa con que contaba era con que Polixénidas, al que había provocado en vano por dos veces, fuese a presentar batalla; además consideraba [11] humillante que la flota de Éumenes ayudara al cónsul a trasladar a Asia sus legiones mientras que él estaba sujeto a prestar ayuda a la sitiada Colofón, operación de conclusión [12] incierta. El rodio Eudamo, al que también había retenido [13] en Samos cuando quería marchar al Helesponto, y todos los demás lo presionaban y le decían que era mucho mejor liberar a los aliados del asedio o derrotar una vez más a una flota ya derrotada en una ocasión y arrebatarle enteramente al enemigo el control del mar, en lugar de abandonar a los aliados, entregar Asia a Antíoco por tierra y por mar, y marcharse al Helesponto, donde era suficiente la flota de Éumenes, alejándose de la zona bélica de su responsabilidad.

[27] Partieron de Samos en busca de provisiones, pues se habían agotado ya por completo, y se disponían a cruzar a Quíos; era éste el granero de los romanos, y todas las naves de transporte enviadas desde Italia dirigían hacia allí [2] su rumbo. Navegaron desde la ciudad hasta el lado opuesto de la isla —el lado que da a Quíos y Eritras, expuesto al viento norte—, y se disponían a hacer la travesía cuando el pretor fue informado por carta de que había llegado a Quíos un gran contingente de trigo procedente de Italia, y que las naves que transportaban vino se habían retrasado [3] debido a las borrascas. Al mismo tiempo llegaron noticias de que los habitantes de Teos¹²⁶ habían hecho un generoso ofrecimiento de víveres a la flota del rey y le habían prometido cinco mil vasijas de vino. A media travesía cambió de pronto el rumbo de la flota dirigiéndose a Teos con el propósito de echar mano

de las provisiones preparadas para el enemigo, si los habitantes estaban de acuerdo, [4] o si no, de tratarlos a ellos como enemigos. Habían puesto proa a tierra cuando aparecieron a la altura de Mioneso quince navíos, y el pretor, creyendo en un principio que pertenecían a la flota real, se puso a perseguirlos; después resultó que eran falúas y lanchas rápidas de piratas. Volvían [5] con toda clase de botín tras saquear la costa de Quíos, y cuando avistaron la flota en alta mar emprendieron la huida. Con sus embarcaciones más ligeras y construidas con ese fin ganaban en velocidad, y además estaban más cerca de tierra. Por eso se refugiaron en Mioneso antes [6] de que se acercara la flota, y el pretor iba detrás, pensando, en su ignorancia de la topografía, que sacaría las embarcaciones del puerto. El promontorio de Mioneso está [7] entre Teos y Samos. En sí es una colina en forma de cono que se alza sobre una base bastante ancha rematando en punta; desde tierra se accede allí por estrechos senderos; por el lado del mar está cerrado por rocas socavadas por las olas hasta el punto de que en algunos sitios las rocas colgantes avanzan en el mar más que las naves que están fondeadas. Las naves no se arriesgaron a acercarse por [8] allí para no ponerse a tiro de los piratas situados sobre las rocas, y perdieron el día. Por fin, a la caída de la noche [9] desistieron de su vano empeño y al día siguiente llegaron a Teos, y después de fondear las naves en el puerto que hay en la parte de atrás de la ciudad —Gerestico, lo llaman ellos—, el pretor dejó libres a sus hombres para saquear los alrededores de la ciudad.

A la vista de la devastación, los habitantes de Teos [28] enviaron al romano parlamentarios con cintas y ramos de olivo. Cuando éstos trataron de exculpar a su ciudad de [2] cualquier acto o palabra hostil a los romanos, respondió acusándolos por haber ayudado a la flota enemiga y por la cantidad de vino que habían prometido a Polixénidas; si proveían a la flota romana en la misma medida, retiraría a sus hombres del saqueo; en caso contrario, los trataría como enemigos. Cuando los emisarios volvieron con esta [3] respuesta tan dura, los magistrados convocaron al pueblo [4] a una asamblea para debatir qué debían hacer. Casualmente aquel día Polixénidas, que había salido de Colofón con la flota del rey, se enteró de que los romanos habían salido de Samos,

que habían perseguido a los piratas hasta Mioneso, que estaban saqueando el territorio de Teos y que sus naves estaban fondeadas en el puerto Gerestico; [5] entonces echó anclas a su vez en un puerto escondido frente a Mioneso, en una isla que los marinos llaman Macris. [6] Desde allí observó de cerca los movimientos del enemigo y en el primer momento concibió grandes esperanzas de derrotar a la flota romana de la misma forma que había derrotado a la rodia en Samos bloqueando en la salida la bocana del puerto. La topografía no es muy [7] diferente: los dos promontorios se van aproximando el uno al otro y cierran el puerto de forma que apenas pueden [8] salir de él dos naves al mismo tiempo. Polixénidas tenía pensado ocupar la entrada durante la noche, apostar diez navíos junto a cada promontorio para atacar por ambos flancos los costados de las naves que salieran, desembarcar en la costa los combatientes del resto de la flota como había hecho en Panormo, y caer sobre el enemigo [9] por tierra y por mar simultáneamente. Este plan no le habría fallado de no ser porque los romanos, al comprometerse los habitantes de Teos a hacer lo que se les ordenara, consideraron preferible para el embarco de los víveres trasladar la flota al puerto que está delante de la [10] ciudad. Dicen que además el rodio Eudamo llamó la atención sobre los inconvenientes del otro puerto al haber enredado y roto los remos dos naves en la estrecha entrada. [11] El pretor se decidió también a trasladar la flota, entre otras razones, porque había peligro por el lado de tierra, al tener Antíoco su campamento base no lejos de allí.

Trasladada la flota hacia la ciudad, sin que nadie [29] supiera nada, soldados y marineros desembarcaron para repartir entre las naves los víveres y sobre todo el vino; entonces dio la coincidencia de que fue conducido ante el [2] pretor un campesino, al mediodía, y dio la noticia de que desde hacía dos días había una flota fondeada junto a la isla de Macris y que poco antes se había visto movimiento en algunas naves, como si fueran a zarpar. El pretor, [3] alarmado por tan inesperada circunstancia, ordena tocar las trompetas para que regresen los que estén dispersos por los campos, y envía a los tribunos a la ciudad para que hagan embarcar a soldados y marineros. Se produce el [4] mismo atropellamiento que en un incendio repentino o en la toma de una ciudad: unos corren a

la ciudad para hacer volver a los suyos, otros vuelven a las naves a la carrera desde la ciudad, y entre gritos confusos a los que se superponían además las trompetas, entre órdenes contradictorias, al fin se aglomeran ante las naves. Apenas podían [5] reconocer cada uno la suya o llegar hasta ella debido a la confusión, y el desbarajuste hubiera sido peligroso por mar y por tierra de no ser porque se repartieron las responsabilidades, y Emilio salió del puerto el primero con la nave pretoria dirigiéndose a alta mar y a medida que iban llegando las que lo seguían colocó a cada una en su puesto en formación frontal; mientras tanto Eudamo permanecía [6] cerca de tierra con la flota rodia para que se efectuara el embarco sin precipitaciones y fuera saliendo cada nave a medida que estaba preparada. Así, las primeras se [7] desplegaron en línea a la vista del pretor cerrando la formación los rodios, y alineados en orden de combate, como si tuvieran a la vista a la flota real, avanzaron mar adentro. Estaban entre Mioneso y el promontorio de Córico cuando avistaron al enemigo. Y la flota del rey, que [8] llegaba en larga columna de dos naves en fondo, desplegó su frente de combate de cara al enemigo estirándose hacia el lado izquierdo lo suficiente como para poder rodear y [9] aislar el ala derecha de los romanos. Cuando Eudamo, que cerraba la formación, vio que los romanos no podían formar una línea igual y que estaban a punto de ser envueltos por el lado derecho, dio velocidad a sus naves —las rodias eran con mucho las más veloces de toda la flota—, y tras igualar las alas enfrentó su nave a la capitana en la que se encontraba Polixénidas.

[30] Habían entrado ya en el combate en todas partes a la vez las flotas en su totalidad. Por parte romana combatían [2] ochenta naves, veintidós de las cuales eran rodias. La flota enemiga se componía de ochenta y nueve navíos, y contaba con tres hexeres y dos hepteres, las naves de mayor tamaño. Los romanos eran muy superiores a los rodios por la solidez de las naves y el valor de los soldados, y las naves rodias lo eran por su movilidad y por la pericia [3] de sus pilotos y la técnica de sus remeros; sin embargo, las que causaron mayor pánico a los enemigos fueron las que llevaban fuego delante, y éste que había sido su único medio de salvación en Panormo cuando estaban rodeados, en esta ocasión fue de la mayor importancia

para la victoria. [4] En efecto, por temor al fuego que tenían enfrente, las naves del rey se escoraban para que no chocasen las proas, y no podían golpear con su espolón al enemigo y además ellas mismas presentaban sus costados a los golpes; [5] si alguna iba al choque, quedaba envuelta en el fuego que le echaban encima y el incendio creaba mayor nerviosismo [6] que el combate. No obstante, como suele ocurrir en la guerra, el valor de los soldados fue el factor más decisivo, pues los romanos rompieron por el centro el frente enemigo, describieron un arco y se presentaron por la espalda ante los del rey que luchaban contra los rodios, y en un instante resultaban hundidos el centro de Antíoco y las naves rodeadas del ala izquierda. En el ala derecha, [7] intacta, el miedo era mayor por el descalabro de los aliados que por el propio peligro. Así pues, cuando vieron que las otras naves estaban rodeadas y que la nave pretoria de Polixénidas abandonaba a sus aliados y se daba a la vela, izaron los foques a toda prisa —el viento era favorable en dirección a Éfeso— y emprendieron la huida después de perder en aquella batalla cuarenta y dos naves, trece de las cuales fueron capturadas y pasaron a poder del enemigo y las demás ardieron o fueron hundidas. [8] De las naves romanas dos quedaron destrozadas y unas [9] cuantas averiadas. Una nave rodia resultó capturada en una peripecia digna de mención: al golpear con su espolón a una nave sidonia, el ancla, con el propio impacto, salió despedida de la nave y enganchó con su diente curvo la proa de la otra como si se hubiera lanzado un garfio de hierro; esto creó confusión, y al remar hacia atrás los [10] rodios para soltarse del enemigo, el cable del ancla se tensó, se enredó en los remos y barrió los de un costado; al quedar en inferioridad fue capturada precisamente por la que había quedado sujeta con el impacto. Así se desarrolló, a grandes rasgos, la batalla naval de Mioneso.

Repliegue de Antíoco Toma de Focea. Propuestas de paz

Antíoco, atemorizado por este revés [31] porque al ser privado del dominio sobre el mar desconfiaba de poder proteger sus posesiones lejanas, mandó retirar la guarnición de Lisimaquia por temor a que allí fuera aplastada por los romanos; fue una mala decisión, como los hechos demostraron

más tarde. No sólo [2] era fácil, en efecto, defender Lisimaquia contra un primer ataque de los romanos, sino también aguantar un asedio durante todo el invierno e incluso reducir a los asediantes a una situación de extrema necesidad dando tiempo al tiempo y tanteando, mientras, las posibilidades de paz aprovechando [3] una oportunidad. Y aparte de entregar Lisimaquia al enemigo, tras la derrota naval abandonó el asedio de [4] Colofón y se retiró a Sardes, desde donde envió emisarios a Ariarate¹²⁷, a Capadocia, para buscar refuerzos y para reunir tropas en todos los sitios donde podía, centrado ya en un único objetivo: librar una batalla decisiva.

[5] Emilio Regilo marchó a Éfeso después de la victoria naval, alineó sus naves delante del puerto, y después de obligar al enemigo a reconocer de forma definitiva que cedía el dominio del mar, zarpó hacia Quíos, rumbo que [6] llevaba desde Samos antes del combate naval. Allí reparó las naves averiadas en la batalla, y después envió a Lucio Emilio Escauro con treinta navíos al Helesponto para pasar el ejército y dispuso que los rodios volvieran a casa después de honrarlos con parte del botín y con despojos [7] navales. Los rodios prefirieron ayudar primero activamente en el transporte de las tropas del cónsul, y sólo después de prestar también esta colaboración retornaron por fin a Rodas. La flota romana hizo la travesía de Quíos a Focea. [8] Esta ciudad, de forma alargada, está situada al fondo de un entrante del mar; la rodea una muralla de dos millas y media de largo cuyos extremos se aproximan después estrechándose en una especie de cuña que ellos llaman Lamptera¹²⁸. [9] La anchura allí es de mil doscientos pasos; desde allí se adentra una milla en el mar una lengua de tierra que divide la bahía aproximadamente por su mitad, como un trazo; donde se une a la estrecha entrada forma dos puertos muy seguros orientados en direcciones opuestas. El que da a mediodía se llama Nautatmos, por el hecho [10] de que tiene cabida para un gran número de embarcaciones; el otro está al lado mismo de Lamptera.

La flota romana ocupó estos segurísimos puertos, y [32] antes de iniciar el ataque de las murallas con escalas y obras de asalto, el pretor estimó que debía enviar a alguien para sondear a los principales y a los magistrados. Cuando los vio

empecinados, inició el asalto por los dos lados simultáneamente. Uno de ellos estaba poco edificado, los templos [2] de los dioses ocupaban bastante espacio; por allí acercó primero el ariete y comenzó a batir los muros y las torres; luego, cuando acudieron allí a defender en masa, se aproximó [3] el ariete también por el otro lado, y los muros eran [4] abatidos ya en ambas partes. Cuando se vinieron abajo, los soldados romanos irrumpían por entre los montones de escombros; otros intentaban también trepar a los muros con escalas, pero los habitantes de la plaza ofrecieron una [5] resistencia tan tenaz que se intuía fácilmente que su mayor protección no eran tanto las murallas como las armas y el valor. Obligado, pues, por el peligro que corrían sus [6] hombres, el pretor mandó tocar a retirada para no enfrentarlos sin tomar precauciones a aquellos locos de desesperación y de rabia. Ni siquiera cuando se interrumpió el [7] ataque se tomaron un descanso, sino que acudieron todos corriendo desde todas partes a reparar y consolidar las brechas abiertas por los derrumbes. Cuando estaban entregados [8] a esta tarea, llegó Quinto Antonio, enviado por el pretor, y después de reconvenirlos por su obstinación les explicó que los romanos estaban más interesados que ellos mismos en que no se combatiese hasta la destrucción de la ciudad; si se avenían a desistir de su locura, se les [9] ofrecía la posibilidad de rendirse en las mismas condiciones que cuando se habían puesto bajo la protección de Gayo [10] Livio la vez anterior. Al oír esto se tomaron un plazo de cinco días para deliberar; en ese tiempo tantearon la posibilidad de una ayuda por parte de Antíoco, y cuando los emisarios mandados al rey volvieron diciendo que por ese lado no se podía contar con ninguna ayuda, entonces abrieron las puertas previo acuerdo de que no serían tratados [11] como enemigos en absoluto. Cuando las enseñas entraron en la ciudad y el pretor expresó su voluntad de que se respetara a quienes se habían rendido, se alzaron gritos por todas partes diciendo que era una medida indignante que los focenses, siempre enemigos encarnizados y [12] nunca aliados leales, eludieran el castigo. A este grito, como si el pretor hubiera dado la señal, salen corriendo en todas direcciones a saquear la ciudad. Al principio, Emilio se oponía, los llamaba diciendo que se saquean las ciudades que

son tomadas, no las que se rinden, e incluso en aquel caso la decisión corresponde al general, no a los [13] soldados. Como la rabia y la codicia tenían más fuerza que las órdenes, mandó pregoneros por la ciudad ordenando que todas las personas libres se reunieran en el foro en torno a él para no ser objeto de violencias, y en todo lo que de él dependió se mantuvo el compromiso del pretor: [14] les devolvió la ciudad, las tierras y sus propias leyes. Y como ya se avecinaba el invierno, eligió los puertos de Focea para que invernara la flota.

[33] Aproximadamente por la misma época, cuando el cónsul había dejado atrás el territorio de Eno y de Maronea, recibió la noticia de que la flota del rey había sido derrotada en Mioneso y que la guarnición había abandonado Lisimaquia. [2] Este último hecho fue mucho más satisfactorio que la victoria naval, sobre todo cuando llegaron a la ciudad y la encontraron repleta de provisiones de todas clases, como preparadas para la llegada de un ejército, cuando se habían hecho a la idea de una total falta de recursos y de los trabajos de una ciudad sometida a asedios. Se [3] detuvieron algunos días para que les dieran alcance los bagajes y los enfermos que habían dejado aquí y allá por todos los enclaves fortificados de Tracia, agotados por las enfermedades y la larga marcha. Cuando estuvieron todos, [4] emprendieron de nuevo la marcha a través del Quersoneso y llegaron al Helesponto. Allí, gracias a los cuidados del rey Éumenes, estaba todo preparado para la travesía, y sin que nadie se lo impidiera, como si llegaran a costas pacificadas, cruzaron ordenadamente, llevándolos las naves a sitios diferentes. Seguramente, esta circunstancia [5] acrecentó la moral de los romanos, al ver que se les permitía el paso a Asia, cuando habían supuesto que esta operación supondría grandes combates. A continuación estuvieron [6] acantonados durante algún tiempo en el Helesponto, porque coincidió que habían llegado las fechas en que se sacan los escudos sagrados, inhábiles para viajar. Esas [7] mismas fechas habían alejado del ejército a Publio Escipión por un motivo religioso más directo, porque era salio^{128bis}, y él por sí mismo justificaba la espera hasta su incorporación.

Casualmente por aquellos días había llegado al campamento [34] un enviado de Antíoco, Heraclides de Bizancio, portador de instrucciones con respecto a la paz. Alimentaba [2] grandes esperanzas de poder conseguirla debido al retraso y las vacilaciones de los romanos, pues había supuesto que nada más atracar en Asia correrían en marcha fulminante hacia el campamento del rey. Con todo, decidió [3] no presentarse ante el cónsul antes de haberlo hecho ante Publio Escipión; esas eran, por otra parte, las instrucciones que había recibido del rey. Esperaba mucho de Publio; aparte de que su grandeza de espíritu y el hecho de estar saciado de gloria lo predisponían sobremanera a la clemencia, [4] todo el mundo sabía de qué manera se había comportado como vencedor en Hispania y después en África, así como que un hijo suyo, cogido prisionero, estaba en poder [5] del rey. Acerca de dónde, cuándo y en qué circunstancias fue hecho prisionero, como acerca de tantas otras cosas, los historiadores no coinciden demasiado. Unos sostienen que fue rodeado por las naves reales al principio de la guerra [6] cuando se dirigía de Cálcida a Oreó; según otros, después del desembarco en Asia fue enviado en misión de reconocimiento del campamento real con un escuadrón de fregelanos, y al tratar de replegarse cuando cargó sobre él la caballería, en la refriega que siguió se cayó del caballo, fue atrapado con dos de sus jinetes, y así fue conducido [7] a presencia del rey. Sí es comúnmente admitido que de haber seguido en paz con el pueblo romano y haber mantenido el rey relaciones personales de hospitalidad con los Escipiones, el joven no habría podido ser tratado con [8] mayor generosidad y amabilidad. Por eso el enviado esperó la llegada de Publio Escipión, y cuando ésta se produjo, se dirigió al cónsul y le pidió que escuchara las propuestas que traía.

[35] Se convocó un pleno del consejo y se escucharon las [2] palabras del enviado. Éste dijo que se habían intercambiado infructuosamente muchas embajadas de paz, y que precisamente el hecho de que los embajadores anteriores no hubieran conseguido nada daba pie a su confianza en obtener resultados; en efecto, los puntos de conflicto en aquellas discusiones habían sido Esmirna, Lámpsaco, Alejandría de Tróade, y Lisimaquia en Europa; de éstas, [3]

Lisimaquia había sido ya evacuada por el rey, para que no dijeran que tenía posesión alguna en Europa; en cuanto a las ciudades situadas en Asia, estaba dispuesto a entregarlas, y también otras, si había alguna que los romanos quisieran sustraer al dominio del rey porque se hubieran adherido a su bando; el rey, además, estaba dispuesto a [4] abonar al pueblo romano la mitad de los gastos que les hubiera supuesto la guerra. Éstas eran sus propuestas de [5] paz. El resto de su discurso fue para pedir que tuvieran presente la condición humana y no abusaran de su propia suerte ni se ensañaran en la ajena; que limitaran a Europa su imperio, que aun así era inmenso; la posibilidad que [6] habían tenido de conquistarlo trozo a trozo era mayor que la de conservarlo en su integridad; y si además querían [7] llevarse alguna porción de Asia, siempre y cuando se establecieran con claridad las fronteras, el rey, en aras de la paz y el entendimiento, permitiría que su moderación fuese vencida por la codicia de los romanos. Esta oferta, que al emisario le parecía importante para conseguir la paz, a los romanos les pareció insuficiente. Ellos consideraban [8] justo que el rey pagase en su totalidad los gastos ocasionados por una guerra que se había suscitado por culpa suya; y las guarniciones del rey no debían ser retiradas sólo de [9] Jonia y Eólida, sino que, igual que había sido liberada [10] toda Grecia, debían igualmente ser liberadas todas las ciudades situadas en Asia, cosa que sólo podía ocurrir si Antíoco renunciaba a la ocupación del Asia del lado de acá de la cadena del Tauro.

El emisario estimaba que no conseguía del consejo [36] nada razonable y dedicó sus esfuerzos, pues así se le había ordenado, a sondear en privado la disposición de ánimo de Publio Escipión. En primer lugar le dijo que el rey [2] le devolvería a su hijo sin rescate; luego, desconociendo el talante de Escipión y el carácter romano, le prometió una enorme cantidad de oro y la participación total en su reino, exceptuado únicamente el título de rey, si conseguía [3] la paz por su mediación. A esto replicó Escipión: «El hecho de que no conozcas a los romanos en general y en particular a mí, a quien has sido enviado, no me sorprende tanto cuando veo que desconoces la situación en que [4] se encuentra quien te envía. Era necesario retener Lisimaquia para que no entrásemos en el

Quersoneso, o resistir en el Helesponto para que no pasáramos a Asia, si teníais pensado pedir la paz a quienes suponíais preocupados por [5] el resultado de la guerra. Pero una vez que habéis permitido el paso hacia Asia y aceptado no ya las riendas sino incluso el yugo, ¿qué queda por discutir de igual a [6] igual, cuando tenéis que someteros al mando? Yo obtendré de la generosidad del rey el máspreciado de los dones, mi hijo; de lo demás, ruego a los dioses que nunca mi suerte tenga necesidad; mi ánimo ciertamente no la tendrá. [7] Por tan generoso gesto hacia mí, tendrá pruebas de mi gratitud hacia él, si es que desea un reconocimiento privado por un beneficio privado; a título público, nada aceptaré [8] de él y nada le daré. Lo que en este momento puedo darle es un consejo leal. Ve y dile de mi parte que renuncie a la guerra y no rechace ninguna condición de paz». [9] Tales sugerencias no encontraron eco alguno en el rey, convencido de que el azar de una guerra no implicaba riesgo desde el momento en que se le imponían condiciones como si ya estuviera vencido. Dejando, pues, a un lado de momento las referencias a la paz, concentró toda su atención en preparar la guerra.

Batalla de Magnesia

Cuando estuvo todo preparado para [37] llevar adelante sus planes, el cónsul levantó el campamento estable y llegó primeramente a Dárdano y después a Reteo, saliendo en masa a su encuentro la población de ambas ciudades. Desde allí avanzó hasta [2] Ilio, acampó en el llano que se extiende al pie de las murallas, y después de subir a la ciudad y a la ciudadela ofreció un sacrificio a Minerva, protectora de la ciudadela; [3] los ilienses ponían de manifiesto, con toda clase de atenciones de palabra y obra, que los romanos eran oriundos de su país, y los romanos se mostraban contentos de sus orígenes. Partieron de allí, y en la sexta jornada de marcha llegaron a las fuentes del río Caico. A su vez el rey Éumenes [4] había intentado en un principio llevar la flota desde el Helesponto de vuelta a Elea, a los cuarteles de invierno; después, como en varios días no había podido doblar el promontorio de Lecton¹²⁹ a causa de los vientos contrarios, desembarcó para no perderse el comienzo de las operaciones y por el camino más corto llegó al campamento romano con un pequeño contingente de tropas.

Del campamento [5] fue enviado de nuevo a Pérgamo para ocuparse del envío de provisiones; realizada la distribución del trigo entre quienes le había indicado el cónsul, regresó al campamento base. El plan era preparar raciones para muchos días y marchar de allí en dirección al enemigo antes de que se echara encima el invierno.

El campamento del rey estaba situado en los alrededores [6] de Tiatira. Al recibir allí la noticia de que Publio Escipión, enfermo, había sido trasladado a Elea, Antíoco envió una representación a devolverle a su hijo. Fue no sólo [7] un gesto generoso digno de agradecer para su corazón de padre sino además una alegría que ayudó a su restablecimiento [8] físico. Cuando al fin se sació de abrazar a su hijo, dijo: «Volved a decir al rey que le doy las gracias, que la única forma que ahora tengo de expresarle mi agradecimiento es aconsejarle que no baje al campo de batalla hasta enterarse de que yo he regresado al campamento». [9] A pesar de que sus sesenta mil soldados de infantería y más de doce mil de caballería le daban moral para afrontar con confianza una batalla en algunos momentos, Antíoco, impresionado por la autoridad de aquel hombre tan grande que para él representaba el único apoyo a su suerte frente a los inciertos lances de la guerra, se replegó, cruzó el río Frigio¹³⁰ y estableció su campamento en las cercanías [10] de Magnesia —la que está junto al Sípilo—. Y para evitar que, en caso de que quisiera ganar tiempo, los romanos hicieran algún intento contra sus fortificaciones, excavó un foso de seis codos de profundidad y doce de anchura, lo rodeó de doble empalizada por la parte exterior, [11] y en el borde interior levantó un muro con numerosas torres desde donde poder mantener a raya fácilmente al enemigo para que no cruzara la zanja.

[38] Suponiendo el cónsul que el rey estaba en las cercanías de Tiatira, en marchas ininterrumpidas bajó al quinto [2] día a la llanura de Hircania¹³¹. Enterado luego de que había partido, siguió sus huellas y acampó a este lado del [3] río Frigio a cuatro millas del enemigo. Allí aproximadamente un millar de jinetes —en su mayoría eran galogriegos entremezclados con algunos dahas y arqueros montados de otros pueblos— cruzaron el río y se lanzaron en tropel contra

los puestos de vigilancia. Al principio crearon [4] desconcierto al cogerlos sin preparar. Luego, como el combate se prolongaba y los romanos aumentaban en número, pues era fácil la ayuda desde el cercano campamento, los soldados del rey, agotados ya e incapaces de resistir a los que les superaban en número, intentaron replegarse hacia la orilla del río y, antes de entrar en el agua, algunos de ellos fueron muertos por quienes los acosaban por retaguardia. Siguieron dos días de calma, pues ni unos [5] ni otros cruzaron el río. Al tercer día lo atravesaron los romanos todos a la vez y acamparon a unas dos millas y media del enemigo. Cuando estaban haciendo el trazado [6] del campamento y ocupados en su fortificación, se presentaron tres mil hombres escogidos de infantería y caballería de las tropas del rey creando gran alarma y confusión. Los que estaban de guardia eran bastantes menos; sin [7] embargo, ellos solos, sin llamar a ninguno de los soldados que fortificaban el campamento, al principio mantuvieron nivelado el combate, y cuando el choque se hizo más violento rechazaron a los enemigos después de matar a cien de ellos y coger prisioneros aproximadamente a otros tantos. Durante los cuatro días siguientes los dos ejércitos permanecieron [8] formados delante de la empalizada. Al quinto día los romanos avanzaron hasta el centro de la llanada. Antíoco no adelantó lo más mínimo sus enseñas, de forma [9] que los más alejados estaban a menos de una milla de la empalizada.

En vista de que no era aceptado el combate, el cónsul [39] al día siguiente, reunió el consejo de guerra para decidir qué debía hacer si Antíoco no ofrecía la posibilidad de combatir: el invierno estaba encima, habría que tener a [2] los soldados bajo las tiendas, o, si se decidía una retirada a los cuarteles de invierno, habría que aplazar la guerra [3] hasta el verano. Nunca despreciaron tanto los romanos a ningún enemigo. Todos a una pidieron a gritos que se pusiese en movimiento inmediatamente y aprovechase el enardecimiento [4] de los soldados, los cuales, como si tuviesen no que luchar contra tantos miles de enemigos sino que degollar el mismo número de cabezas de ganado, estaban dispuestos a irrumpir en el campamento a través de fosos [5] y empalizada si el enemigo no salía al combate. Se envió a Gneo Domicio a explorar el

camino y el lugar por donde era posible acercarse a la empalizada enemiga; cuando volvió con una información completa y segura, se decidió acercar al día siguiente los campamentos; al tercer día se llevaron las enseñas hasta el centro de la llanura y se comenzó [6] a formar el frente de batalla. Antíoco, por su parte, pensó que no se debía andar con más vueltas para no rebajar la moral de los suyos rehusando la lucha y no fortalecer las esperanzas del enemigo, y sacó también él sus tropas alejándose del campamento lo suficiente para dar a entender que pensaba combatir.

[7] La formación romana era casi uniforme tanto en lo referente a los hombres como a las armas. Había dos legiones romanas, y dos de aliados y latinos; cada una de [8] ellas tenía cinco mil cuatrocientos hombres. Los romanos ocupaban el centro, los latinos las alas. En primera línea estaban las enseñas de los *hastati*, después las de los *principes*, [9] y cerraban la formación los *triarii*. Fuera de esta formación, digamos, regular, el cónsul alineó en un mismo frente, en el lado derecho, a los auxiliares de Éumenes mezclados con los aqueos portadores de *caetra*, unos tres mil hombres de infantería; más allá colocó en línea menos de tres mil jinetes, ochocientos de los cuales eran de Éumenes [10] y el resto caballería romana todos ellos. Al final situó a los traies y cretenses, que alcanzaban unos y otros la cifra de quinientos. El ala izquierda no parecía necesitar una [11] cobertura semejante de tropas auxiliares, porque por aquel lado estaba el río y sus riberas escarpadas como cierre; no obstante, también allí se situaron cuatro escuadrones de caballería. Éste era el total de las tropas de los romanos, [12] además de dos mil mezcla de macedonios y tracios que los habían seguido como voluntarios y que quedaron para proteger los campamentos. Los dieciséis elefantes los [13] colocaron en la reserva, detrás de los triarios, pues aparte de que no parecía que pudieran hacer frente al gran número de elefantes del rey, que eran cincuenta y cuatro, los de África no resisten a los de la India ni siquiera en igualdad numérica, porque los superan tanto en tamaño —los otros, en efecto, son mucho mayores— como en bravura.

El ejército del rey era más heterogéneo por el número [40] de pueblos diferentes y por la diversidad de armas y de tropas auxiliares. Había dieciséis mil soldados de infantería armados al estilo macedónico que se denominaban falangitas. Éste era el centro de la formación, dividido de frente en diez secciones separadas una de otra por dos [2] elefantes colocados en medio. Desde el frente hasta el fondo, la formación comprendía treinta y dos filas de combatientes. Ésta era la fuerza principal de las tropas del rey [3] y era realmente impresionante tanto por su aspecto de conjunto como por los elefantes que sobresalían de tanto en tanto entre los soldados. Eran gigantescos de por sí, y [4] resultaban aún más imponentes por las testeras y penachos y torres colocadas sobre su grupa y, de pie en cada torre, cuatro soldados, aparte del cornaca. A la derecha de los [5] falangitas, el rey colocó mil quinientos galogriegos de infantería, y al lado de éstos puso tres mil jinetes acorazados —«catafractos», los llaman ellos—. Se añadió a éstos un ala de unos mil jinetes, la que ellos denominaban «agema» [6] se componía de medos, hombres escogidos, y de una mezcla de jinetes de la misma región y pertenecientes a muchos pueblos. Inmediatamente después de éstos fue colocada como apoyo una manada de dieciséis elefantes. [7] En el mismo lado, alargando un poco el ala, estaba la cohorte real, los llamados «argiráspides» por las características [8] de su armamento; a continuación, mil doscientos dahas, arqueros a caballo; después la infantería ligera, tres mil hombres, mitad cretenses y mitad traies aproximadamente, y contiguos a éstos, dos mil quinientos arqueros [9] misios¹³². Cerraban el ala al final cuatro mil hombres, [10] honderos cirtios combinados con arqueros elimeos. En el flanco izquierdo, los falangitas tenían a su lado mil quinientos galogriegos de infantería, y, con un armamento similar al de éstos, dos mil capadocios que Ariarate le había [11] enviado al rey; a continuación, dos mil setecientos auxiliares, mezcla de todas las razas, y tres mil jinetes «catafractos» y otros mil jinetes, con protecciones más ligeras que los del ala real tanto ellos como sus caballos, pero sin diferencia en el resto del equipo; en su mayoría eran [12] sirios mezclados con frigios y lidios. Delante de esta caballería había cuadrigas armadas con hoces y camellos de los llamados

dromedarios; sobre éstos iban sentados arqueros árabes que tenían espadas delgadas de cuatro codos de largo para poder alcanzar al enemigo desde una altura tan [13] considerable. A continuación había otro contingente igual al del ala derecha: en primer lugar los tarentinos, luego dos mil quinientos jinetes galogriegos, después mil neocretes, mil quinientos carios y cilicios con el mismo armamento, otros tantos traies y cuatro mil hombres armados con *caetra* —eran písidas, pánfilos y licios—, y después auxiliares [14] curtios y elimeos en igual número que los situados en el ala derecha, y dieciséis elefantes colocados a corta distancia.

El propio rey estaba en el ala derecha; al frente del [41] ala izquierda puso a su hijo Seleuco y a Antípatro, hijo de su hermano; el centro fue confiado a tres jefes, Minión, Zeuxis¹³³, y Filipo, que mandaba los elefantes.

La niebla matutina, que al avanzar el día subió formando [2] nubes, quitó visibilidad; después la humedad, como la que trae el viento del sur, lo empapó todo. Ésta [3] no suponía ningún engorro para los romanos, pero sí lo era, y serio, para los soldados del rey; la falta de luz, en efecto, a los romanos no les impedía ver todas las secciones de su formación, dado lo modesto de la misma, y la humedad, al ser su armamento pesado casi todo, no embotaba las espadas ni las jabalinas. Los soldados del rey, al [4] ser tan amplio su frente, ni siquiera podían distinguir las alas desde el centro, cuánto menos verse unos a otros desde los extremos, y la humedad había ablandado los arcos, las hondas y las correas de las jabalinas. Además, las [5] cuadrigas armadas de hoces con las que Antíoco había creído sembrar el desorden en la formación enemiga, volvieron el pánico contra los suyos. A grandes rasgos estaban [6] armadas de la siguiente manera: alrededor del timón tenían unas picas que sobresalían del yugo diez codos a guisa de cuernos con las que ensartaban todo lo que se pusiera [7] a su alcance; y de cada extremo del yugo salían dos hoces, una al mismo nivel que el yugo y la otra más baja apuntando hacia el suelo, la primera para cortar todo lo que se encontrara a los lados y la segunda para alcanzar a los que estuvieran caídos o arrastrándose; asimismo, en los ejes de las ruedas iban sujetas dos hoces a cada lado [8] orientadas

igualmente en distinta dirección. El rey, como se ha dicho anteriormente, había colocado en primera fila las cuadrigas así armadas, pues de haberlas situado al fondo o en el centro, tendría que hacerlas pasar por entre [9] sus propios hombres. Cuando Éumenes observó esto, conociendo el doble filo de este arma de combate y de ayuda si uno espantaba a los caballos en vez de atacar a la manera convencional, ordena que los arqueros cretenses, los honderos y los lanzadores, junto con algunos escuadrones de caballería avancen a la carrera no en formación cerrada sino todo lo separados que puedan y lancen sus proyectiles [10] desde todas partes a la vez. Esta especie de huracán, en parte por las heridas debidas a los dardos lanzados desde todas partes y en parte por los gritos discordantes, espantó de tal forma a los caballos que se lanzaron de repente a una carrera sin rumbo en todas direcciones como si no [11] llevaran riendas. La infantería ligera, los ágiles honderos y los veloces cretenses los esquivaban con un quiebro, y la caballería, al perseguirlos, aumentaba la confusión y el pánico entre los caballos y los camellos, ya espantados unos y otros, a lo que se sumaba también el griterío cruzado [12] del tropel restante que los rodeaban. Fueron así sacadas las cuadrigas del espacio que mediaba entre los dos ejércitos, y una vez alejado el inútil espantajo, se dio la señal por ambas partes y se llegó por fin a la batalla regular.

[42] Sin embargo, aquella peripecia aparente fue muy pronto causa de una derrota real. En efecto, las tropas de apoyo, que estaban situadas muy cerca, aterradas a su vez por el pánico y el desconcierto de las cuadrigas, emprendieron la huida dejando desguarnecida toda la formación hasta los «catafractos». Cuando la caballería romana, tras la [2] dispersión de las tropas auxiliares, llegó hasta éstos, no resistieron ni siquiera la primera carga; parte de ellos se desbandaron, y los demás quedaron paralizados por el peso de sus corazas y su armamento. A continuación cedió [3] toda el ala izquierda, y cuando se desorganizaron las tropas auxiliares que estaban entre la caballería y los llamados falangitas, el pánico se extendió hasta el centro de la formación. Allí, tan pronto como se deshicieron las líneas [4] y se vio impedido el uso de las lanzas largas —los macedonios las llaman sarisas—

porque los suyos se cruzaban corriendo, las legiones romanas atacaron y lanzaron sus jabalinas contra los enemigos desorganizados. Ni siquiera [5] los elefantes colocados en medio asustaban a los soldados romanos, avezados ya desde las guerras de África a esquivar la acometida de las bestias y atacarlas de través con las jabalinas o, si podían acercarse más, cortarles los tendones con la espada. Estaba hundido ya casi por completo [6] el centro del frente, y los soldados auxiliares, rodeados, eran destrozados desde atrás, cuando oyeron que en otro sector los suyos huían y que los gritos de espanto llegaban ya casi hasta el campamento mismo. Y es que Antíoco, [7] en el ala derecha, viendo que allí no había más apoyo que cuatro escuadrones de caballería porque se confiaba en la protección del río, y que éstos dejaban desguarnecida la orilla al tratar de unirse a los suyos, atacó por aquel lado con las fuerzas auxiliares y la caballería de «catafractos»; y no se limitaba a presionar frontalmente sino que, después [8] de rodear el ala por el río, los acosaba ya por el flanco, hasta que, primero los jinetes puestos en fuga y después los de infantería más próximos, fueron rechazados en desenfundada carrera hasta el campamento.

[43] Estaba al mando del campamento el tribuno militar Marco Emilio, hijo del Marco Lépidio que pocos años más [2] tarde fue nombrado pontífice máximo. Éste acudió con toda la guarnición a donde veía que huían sus camaradas y los instaba primero a detenerse y después a volver al combate echándoles en cara su pánico y su vergonzosa huida; [3] luego pasó a las amenazas: si no obedecían lo que les decía, se precipitaban ciegamente a su propia perdición; por último, da orden a los suyos de que maten a los primeros fugitivos y que hagan volver contra el enemigo, a golpes [4] de espada, al tropel de los que vienen detrás. Este miedo, más fuerte, venció al más débil; atrapados por el pánico por los dos lados, primero se detuvieron, después ellos volvieron al combate mientras que Emilio con su guarnición —que estaba integrada por dos mil valientes— se opuso resueltamente al rey que los perseguía a rienda suelta. [5] También Átalo, el hermano de Éumenes, en cuanto vio a su izquierda la huida de los suyos y el desbarajuste en torno al campamento, llegó oportunamente con doscientos jinetes desde el ala derecha, que había puesto

en fuga al [6] primer choque a la izquierda enemiga. Antíoco, al observar que volvían de nuevo al combate aquellos cuya espalda había visto poco antes y que además afluía otro tropel tanto desde el campamento como desde la línea de batalla, volvió [7] grupas emprendiendo la huida. Vencedores así los romanos en ambos flancos, marchan directamente a saquear el campamento pasando entre las pilas de cadáveres que habían amontonado sobre todo en el centro, donde la resistencia de los más valientes y el peso de las armas [8] habían impedido la huida. Los jinetes de Éumenes en cabeza y después el resto de la caballería persiguen al enemigo en todas direcciones por toda la llanura y matan a [9] los últimos a medida que les dan alcance. Pero para los fugitivos, en la mezcolanza de cuadrigas, elefantes y camellos, su propio desorden era una calamidad peor, pues, rota la formación, se precipitaban como ciegos unos sobre otros y eran pisoteados por los animales en estampida. También en el campamento se produjo una enorme carnicería, [10] casi mayor que en el campo de batalla, pues los primeros en huir tomaron sobre todo la dirección del campamento, y por otra parte los que lo defendían se batieron con más tenacidad delante de la empalizada confiados en el gran número de los que iban llegando. Los romanos, [11] que habían creído poder conquistar al primer asalto, sin más, las puertas y la empalizada, quedaron allí retenidos, y cuando al fin irrumpieron, en su rabia hicieron una carnicería aún peor.

Se dice que fueron muertos aquel día cerca de cincuenta [44] mil soldados de infantería y tres mil de caballería; se apresaron mil cuatrocientos hombres y quince elefantes con sus cornacas. Por parte romana hubo un cierto número [2] de heridos; y cayeron no más de trescientos hombres de infantería y veinticuatro de caballería, y veinticinco del ejército de Éumenes.

Y, sin duda, aquel día los vencedores saquearon el [3] campamento enemigo y regresaron al suyo con un gran botín. Al día siguiente despojaban los cadáveres de los caídos y reunían a los prisioneros. De Tiatira y de Magnesia [4] del Sípilo llegaron delegados para entregar sus ciudades. Antíoco, huyendo con unos pocos hombres a los que se [5] iban uniendo otros más sobre la marcha, llegó a Sardes hacia la

media noche con una modesta tropa. Luego, [6] enterado de que su hijo Seleuco y algunos de sus amigos habían marchado en dirección a Apamea, partió a su vez con su mujer y su hija para Apamea al cuarto relevo de la guardia confiando a Xenón la custodia de la ciudad [7] y dejando a Timón al cargo de Lidia; pero éstos no fueron tomados en serio y por acuerdo de los habitantes y los soldados de la ciudadela se enviaron delegados al cónsul.

[45] Casi por las mismas fechas vinieron también de Trales¹³⁴, de la Magnesia¹³⁵ que está sobre el Meandro, y de [2] Éfeso, a entregar sus ciudades. Al recibir noticias de la batalla, Polixénidas había dejado Éfeso, y después de trasladarse con la flota a Pátara de Licia desembarcó por miedo a las naves rodias que estaban fondeadas cerca de Megiste y marchó a pie con unos pocos hombres en dirección [3] a Siria. Las ciudades de Asia se ponían bajo la protección del cónsul y la autoridad del pueblo romano. El cónsul se encontraba ya en Sardes, adonde llegó también desde Elea Publio Escipión en cuanto pudo soportar las fatigas del viaje.

Negociaciones de paz

[4] En torno a las mismas fechas, un parlamentario de Antíoco, por mediación de Publio Escipión, pidió al cónsul y consiguió que se autorizara al rey para enviar [5] portavoces. Pocos días más tarde llegaron Zeuxis, que había sido gobernador de Lidia, y Antípatro, [6] hijo de un hermano del rey. Se entrevistaron primero con Éumenes, a quien suponían el más opuesto a la paz debido a viejos enfrentamientos, y lo encontraron en mejor disposición de lo que tanto ellos como el rey esperaban; luego se presentaron a Publio Escipión y por mediación de él [7] al cónsul; pidieron, y se les concedió, un pleno del consejo para exponer las instrucciones que traían. «Más que tener¹³⁶ algo que decir nosotros, dijo Zeuxis, os preguntamos a vosotros, romanos, con qué medios propiciatorios podemos expiar el error del rey y obtener de los vencedores la paz y el perdón. Siempre habéis perdonado con la [8] mayor magnanimidad a los reyes y a los pueblos vencidos. Con mucha mayor generosidad y serenidad debéis hacerlo en esta victoria que os ha hecho dueños del mundo.

Finalizadas ya las contiendas con todos los mortales, conviene [9] que, como los dioses, veléis por el género humano y seáis indulgentes con él.» Ya antes de que llegaran los [10] enviados se había decidido qué se respondería. Se acordó que respondiera el Africano. Se cuenta que habló de esta [11] manera: «De lo que estaba en poder de los dioses inmortales, los romanos tenemos aquello que los dioses nos han concedido. En cuanto a la disposición de ánimo que depende [12] de nuestra razón, hemos mantenido y seguimos manteniendo la misma en cualquier situación, sin que los éxitos la exalten ni la adversidad la abata. Como testigo de ello podría, por no mencionar a otros, poneros a vuestro Aníbal si no pudiera presentaros a vosotros mismos. Después de cruzar el Helesponto, antes de avistar el campamento [13] del rey y su ejército en orden de batalla, cuando Marte era aún neutral y el resultado de la guerra era incierto, en las negociaciones de paz con vosotros proponíamos unas condiciones de igual a igual, y esas mismas ahora, como vencedores, las proponemos a los vencidos: manteneos alejados de Europa; retiraos de toda el Asia [14] que está a este lado de los montes Tauro. Luego, como compensación por los gastos de guerra, entregaréis quince mil talentos euboicos: quinientos en el acto, dos mil quinientos cuando el senado y el pueblo romano hayan ratificado la paz, y después mil talentos al año durante doce años. Queremos también que Éumenes reciba cuatrocientos [15] talentos y la cantidad que falta del trigo que se le debe [16] a su padre. En caso de llegar a un acuerdo en estos términos, para que estemos seguros de que lo cumpliréis habrá sin duda una cierta garantía si nos entregáis veinte rehenes elegidos por nosotros, pero nunca estaremos seguros del todo de que haya paz para el pueblo romano allí donde [17] se encuentre Aníbal; ante todo, lo pedimos a él. Entregaréis también al etolio Toante, instigador de la guerra de Etolia, el cual, haciéndoos confiar en ellos y a ellos en vosotros os armó a vosotros y a ellos contra nosotros; y junto con él entregaréis al acarnán Mnasíloco y a los calcidenses [18] Filón y Eubúlidas. El rey firmará la paz en peores condiciones para él porque la firma más tarde de cuando pudo hacerlo. Si ahora anda remiso, sepa que es más difícil rebajar la majestad de los reyes desde su más alto grado hasta uno intermedio que

precipitarla en el abismo desde [19] ese grado medio». El rey había enviado a los emisarios con instrucciones de aceptar cualesquiera condiciones de paz; se decidió, por consiguiente, enviar una embajada a Roma. El cónsul distribuyó el ejército entre los cuarteles de invierno de Magnesia del Meandro, Trales y Éfeso. [20] A los pocos días fueron conducidos ante el cónsul, a Éfeso, los rehenes del rey, y llegaron los delegados que [21] irían a Roma. También Éumenes partió para Roma al mismo tiempo que los embajadores del rey, y detrás salieron delegaciones de todos los pueblos de Asia.

Roma: informes, colonias, elecciones

[46] Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en Asia, retornaron a Roma de sus respectivas provincias casi al mismo tiempo dos procónsules con esperanzas de triunfo: Quinto Minucio, de Liguria, [2] y Manio Acilio, de Etolia. Oídas las gestas de uno y otro, a Minucio le fue denegado el triunfo y a Acilio le fue concedido por gran mayoría. Éste hizo su entrada en Roma triunfando sobre el rey Antíoco y los etolios. En este desfile triunfal iban delante doscientas treinta [3] enseñas militares; tres mil libras de plata sin labrar, de plata acuñada ciento trece mil tetracmas áticas, doscientos cuarenta y nueve mil cistóforos, y vasos de plata cincelada, muchos y de gran peso. Llevó también la vajilla de [4] plata del rey y su suntuosa vestimenta, cuarenta y cinco coronas de oro regalo de las ciudades aliadas, y trofeos de todas clases. Hizo desfilar a treinta y seis nobles prisioneros, entre jefes etolios y reales. Damócrito, jefe de los [5] etolios, se había escapado de la cárcel pocos días antes, sus guardianes le habían dado alcance en la orilla del Tíber, y antes de que lo cogieran se atravesó con la espada. Solamente faltaron los soldados siguiendo al carro; por [6] lo demás fue un triunfo magnífico tanto por el espectáculo como por la fama de las gestas llevadas a cabo.

La alegría de este triunfo se vio empañada por una [7] triste noticia llegada de Hispania: en una desafortunada batalla contra los lusitanos, en Bastetania, cerca de la ciudad de Licón, bajo el mando del procónsul Lucio Emilio, habían caído seis mil hombres del ejército romano, y los [8] demás, rechazados hasta dentro de la empalizada presa del pánico,

habían defendido el campamento a duras penas y habían sido retirados a marchas forzadas, como si fueran fugitivos, a territorio pacificado. Éstas eran las noticias [9] llegadas de Hispania. Procedentes de la Galia, el pretor Lucio Aurunculeyo introdujo en el senado a los embajadores de los placentinos y los cremonenses. Ante sus [10] quejas por la falta de colonos, pues a unos se los habían llevado los avatares de la guerra, a otros la enfermedad, y algunos habían abandonado las colonias hartos de sus vecinos los galos, el senado decidió que el cónsul Gayo Lelio, si lo creía oportuno, alistase seis mil familias, a repartir entre dichas colonias, y que el pretor Lucio Aurunculeyo nombrase triunviros para el traslado de estos colonos. [11] Fueron elegidos Marco Atilio Serrano, Lucio Valerio Flaco, hijo de Publio, y Lucio Valerio Tapón, hijo de Gayo.

[47] No mucho después, como ya se aproximaba la época de los comicios consulares, el cónsul Gayo Lelio regresó [2] de la Galia a Roma. Éste, aparte de alistar los colonos para completar Cremona y Placencia en virtud del decreto del senado aprobado en su ausencia, propuso que se fundaran dos nuevas colonias en el territorio que había pertenecido a los boyos, y el senado aprobó su propuesta.

[3] Por la misma época llegó una carta del pretor Lucio Emilio informando de la batalla naval librada en Mioneso y de que el cónsul Lucio Escipión había pasado a Asia [4] con su ejército. Con motivo de la victoria naval se decretó un día de plegarias públicas, y otro, ya que era aquélla la primera vez que un ejército romano había acampado en Asia, para que este acontecimiento tuviese un final próspero [5] y feliz. El cónsul recibió instrucciones de sacrificar veinte víctimas adultas para cada ceremonia.

[6] A continuación se celebraron unas elecciones consulares¹³⁷ muy reñidas. Marco Emilio Lépido presentaba su candidatura con toda la opinión pública en contra porque, para ser candidato, había abandonado su provincia de Sicilia [7] sin consultar al senado para poder hacerlo. Junto con él eran candidatos Marco Fulvio Nobílior, Gneo Manlio Vulsón y Marco Valerio Mesala. Fulvio fue el único elegido cónsul, pues los demás no consiguieron el número necesario de

centurias, y al día siguiente proclamó colega suyo a Gneo Manlio al haber quedado descartado Lépido, pues Mesala se retiró. Después fueron elegidos pretores los dos Quinto Fabio, Labeón y Píctor (este último había sido consagrado flamen de Quirino aquel año), Marco Sempronio Tuditano, Espurio Postumio Albino¹³⁸, Lucio Plaucio Hipseo y Lucio Beblio Dívite.

Rumores, embajada etolia, asignación de mandos

Durante el consulado de Marco Fulvio [48] Nobílor y Gneo Manlio Vulsón, según atestigua Valerio Aciate, circuló por Roma un rumor que estuvo a punto de ser creído según el cual el cónsul Lucio Escipión [2] y con él Publio Africano, invitados a una entrevista con el rey con motivo de la recuperación del joven Escipión, habían sido apresados, y una vez capturados los [3] jefes, inmediatamente había sido conducido un ejército contra el campamento romano, éste había sido asaltado y habían quedado destruidas por completo las fuerzas romanas. Por esto los etolios habían cobrado ánimos y se habían [4] negado a cumplir las órdenes, y sus jefes habían marchado a Macedonia, Dardania y Tracia a contratar mercenarios. El propretor Aulo Cornelio¹³⁹ habría enviado desde Etolia [5] a Aulo Terencio Varrón¹⁴⁰ y Marco Claudio Lépido para llevar estas noticias a Roma. Remata luego esta historia [6] diciendo que se les preguntó en el senado a los embajadores etolios, entre otras cosas, a quién habían oído que los generales romanos habían sido apresados en Asia por el rey Antíoco y que había sido destruido el ejército; y los [7] etolios contestaron que habían sido informados por unos enviados suyos que habían estado con el cónsul. Como no tengo otra fuente de este rumor, quede la referencia sin que yo la confirme ni la pase por alto como infundada.

[49] Introducidos en el senado los embajadores etolios, a pesar de que su propia causa y su situación aconsejaban reconocer su falta o su equivocación y pedir perdón por [2] ello humildemente, comenzaron por los servicios prestados al pueblo romano, y recordando casi como un reproche su valor en la guerra contra Filipo molestaron a sus oyentes [3] con el

tono insolente de su lenguaje; y a base de insistir en detalles ya viejos y olvidados llevaron las cosas al extremo de avivar en el ánimo de los senadores el recuerdo de los perjuicios causados por su pueblo, mucho más numerosos que sus servicios, y de provocar ira y antipatía cuando [4] tenían necesidad de clemencia. Preguntados por uno de los senadores si remitían al pueblo romano la decisión sobre su caso, y después por otro si estaban dispuestos a tener los mismos aliados y enemigos que el pueblo romano, como no dieron ninguna respuesta a estas preguntas [5] fueron invitados a salir del recinto. Entonces el senado casi en pleno gritó al unísono que los etolios estaban aún completamente de parte de Antíoco y que sus ánimos estaban pendientes de esa única esperanza; era, pues, necesario combatir a los que eran enemigos declarados y doblegar [6] definitivamente su soberbia. También contribuyó a atizar el fuego el hecho de que precisamente en el momento en que pedían la paz a los romanos lanzaban una ofensiva [7] bélica contra Dolopia y Atamania. A propuesta de Manio Acilio, que había derrotado a Antíoco y a los etolios, se elaboró un decreto del senado ordenando a los etolios salir de la ciudad aquel mismo día y abandonar Italia en un plazo de quince días. Se envió a Aulo Terencio [8] Varrón para escoltarlos durante el viaje, y se les hizo saber que si en adelante llagaba a Roma alguna embajada etolia sin la autorización del general que gobernara aquella provincia y sin venir acompañada de un legado romano, sus componentes serían tratados como enemigos todos ellos. Así fueron despedidos los etolios.

A continuación, los cónsules pusieron en el orden [50] del día la cuestión de las provincias; se decidió que sortearan Etolia y Asia. Al que obtuvo en suerte Asia [2] le fue asignado el ejército que tenía Lucio Escipión, y [3] como complemento, cuatro mil soldados romanos de infantería y doscientos de caballería, y ocho mil aliados y latinos de infantería y cuatrocientos de caballería; con estas fuerzas haría la guerra contra Antíoco. Al otro cónsul [4] le fue asignado el ejército que estaba en Etolia, autorizándolo a reclutar como complemento el mismo número de ciudadanos y aliados que su colega. Este mismo cónsul [5] debía también equipar y llevar con él las naves que habían sido preparadas el año anterior, y, aparte de hacer la guerra con los etolios, pasar,

además, a la isla de Cefalania. También quedó encargado de venir a Roma para los comicios [6] si podía hacerlo sin detrimento para el Estado; porque, aparte de la necesidad de renovar las magistraturas [7] anuales, también se quería proceder a la elección de censores. En caso de que le retuviese alguna circunstancia, informaría al senado de que él no podía estar presente en el momento de los comicios. Etolia le correspondió en [8] suerte a Marco Fulvio y Asia a Gneo Manlio. Después hicieron el sorteo los pretores, correspondiendo las preturas urbanas y peregrinas a Espurio Postumio Albino, Sicilia a Marco Sempronio Tuditano, Cerdeña a Quinto Fabio Píctor, flamen de Quirino, la flota a Quinto Fabio Labeón, la Hispania citerior a Lucio Plaucio Hipseo y la Hispania [9] ulterior a Lucio Bebio Dívite. Para Sicilia se destinó una legión y la flota que se encontraba en dicha provincia, y se decretó que el nuevo pretor exigiese a los sicilianos doble diezmo de trigo; uno lo enviaría a Asia y el otro [10] a Etolia. Se dispuso que se exigiese otro tanto a los sardos, y que se llevase este trigo a los mismos ejércitos que el [11] siciliano. A Lucio Bebio le fue asignado para Hispania un complemento de mil soldados romanos de infantería y cincuenta de caballería, y seiscientos soldados latinos de [12] infantería y doscientos de caballería. A Plaucio Hipseo, para la Hispania citerior, le fueron asignados mil romanos de infantería y dos mil aliados latinos y doscientos jinetes; con estos suplementos, las dos Hispanias tendrían una legión [13] cada una. En cuanto a los magistrados del año anterior, a Gayo Lelio le fue prorrogado el mando por un año con su ejército, y también les fue prorrogado a Publio Junio como propretor en Etruria con el ejército que había en la provincia, y a Marco Ticio como propretor en el Brucio y en Apulia.

[51] Antes de que los pretores marcharan hacia sus provincias hubo un enfrentamiento entre el pontífice máximo Publio Licinio¹⁴¹ y el flamen de Quirino, Quinto Fabio Píctor, semejante al que se había producido entre Lucio Metelo¹⁴² y Postumio Albino¹⁴³ en tiempos de sus mayores¹⁴⁴. [2] En aquella ocasión el cónsul, cuando se disponía a marchar a Sicilia, a la flota, con su colega Gayo Lutacio¹⁴⁵, había sido retenido por el pontífice máximo Metelo para que atendiera a

sus tareas religiosas; en este caso [3] Publio Licinio impidió al pretor marchar a Cerdeña. Tanto en el senado como en presencia del pueblo hubo debates muy tensos, y por ambas partes se hizo valer la autoridad, [4] se exigieron fianzas, se impusieron sanciones, se invocó a los tribunos, y se apeló al pueblo. Al final prevalecieron [5] las razones del culto; se instó al flamen a obedecer al pontífice, pero se le condonó la multa por mandato del pueblo. Los senadores, con su autoridad, disuadieron al pretor, [6] que quería dimitir del cargo irritado porque se le quitaba su provincia, y le asignaron la jurisdicción sobre los extranjeros. Después se llevó a cabo el reclutamiento en [7] cosa de pocos días (tampoco eran muchos, por otra parte, los soldados que había que reclutar), y cónsules y pretores partieron hacia sus provincias.

Circularon luego rumores, sin fundamento y sin una [8] fuente identificada, acerca de las operaciones llevadas a cabo en Asia, y a los pocos días llegaron a Roma noticias seguras y una carta del general jefe que supusieron una [9] alegría después de los recientes temores, pues se había dejado de temer al rey, vencido en Etolia, y sobre todo después de las antiguas habladurías, porque en los inicios de la guerra se le había visto como un enemigo peligroso tanto por sus propias fuerzas como por contar con Aníbal para dirigir la guerra. Sin embargo se mantuvo el criterio [10] de que no procedía cambiar nada respecto al envío del cónsul a Asia ni reducir sus tropas, por miedo a que hubiera que hacer la guerra contra los galos.

Intervenciones en el senado sobre la nueva situación de Asia

[52] No mucho después llegaron a Roma Marco Aurelio Cota, legado de Lucio Escipión, acompañado de los enviados de Antioco, así como el rey Éumenes y los [2] rodios. Cota hizo una exposición, primero en el senado y después, por indicación de los senadores, ante la asamblea del pueblo, de lo que se había hecho en Asia. Se decretó, pues, una acción de gracias pública de tres días y se dispuso que se inmolasen cuarenta víctimas [3] adultas. Después, el senado recibió en audiencia a Éumenes en primer lugar. Éste, brevemente, dio las gracias a los senadores por haberlos liberado del asedio a él y a su hermano y haber preservado su reino de los desafueros

de Antíoco; los felicitó por los éxitos que habían obtenido [4] por tierra y por mar, y por haber derrotado y puesto en fuga a Antíoco, y haberlo expulsado, tras despojarlo de su campamento, primero de Europa y después del Asia [5] de este lado del monte Tauro; luego, en cuanto a los servicios prestados por él, dijo que quería mejor que los conocieran por sus generales y legados que por su propia [6] exposición. Todos aprobaron estas palabras y lo invitaron a que por esta vez dejase a un lado la modestia y dijese personalmente qué reconocimiento creía haber merecido del senado y el pueblo romano; el senado obraría con mejor disposición y mayor generosidad, si en algo podía, en razón [7] de sus méritos. A esto respondió el rey que si la elección de las recompensas se la ofrecieran otros, sólo con que le dieran la oportunidad de consultar al senado romano se habría atendido gustosamente al consejo de tan importante estamento, no fuera a parecer que daba muestras de una ambición desmedida o era poco comedido en sus [8] peticiones; pero, en realidad, como eran ellos mismos quienes estaban en disposición de dar, con mucha más razón debía quedar a su propio criterio el alcance de su generosidad hacia él y hacia sus hermanos. Estas palabras [9] no disuadieron en absoluto a los padres conscriptos de insistir en que hablara él, y después de algún tiempo de tira y afloja entre la condescendencia por un lado y la discreción por el otro remitiéndose alternativamente unos a otro con una cortesía recíproca pero interminable, Éumenes salió del recinto. El senado se mantenía en su criterio de [10] que era inconcebible que el rey ignorase con qué esperanzas o pretensiones había venido; él sabía perfectamente qué convenía a los intereses de su reino; conocía Asia mucho mejor que el senado; había que llamarlo de nuevo, por tanto, y obligarlo a manifestar qué quería y qué pensaba.

Conducido de nuevo al recinto por el pretor, el rey, [53] invitado a hablar, dijo: «Habría persistido en mi silencio, padres conscriptos, si no supiera que en breve vais a convocar a la embajada de los rodios, y que cuando los hayáis oído me veré en la necesidad de hablar. Y mi discurso [2] será realmente más difícil entonces por cuanto sus peticiones van a ser de tal naturaleza que parecerá que no piden nada no ya contra mí sino que ni siquiera que les concierna a ellos

particularmente. Asumirán, en efecto, la defensa [3] de las ciudades griegas, y dirán que deben ser liberadas. Si consiguen esto, ¿quién pone en duda que alejarán de nosotros no sólo a las ciudades que serán liberadas sino además a las que desde antiguo son tributarias nuestras? Ellos, en cambio, a quienes les quedan obligados por tan [4] importante servicio los tendrán nominalmente como aliados, pero realmente como sometidos a su dominio y dependientes de ellos. Y, si los dioses lo permiten, aun [5] ambicionando semejante poder, pretenderán que esto no tiene nada que ver con ellos, dirán que únicamente os conviene a vosotros y es coherente con lo que habéis hecho [6] anteriormente. Deberéis estar en guardia para que no os lleve a engaño semejante discurso y no tratéis de forma desigual a vuestros aliados rebajando en exceso a unos y ensalzando a otros en demasía, y sobre todo que quienes se alzaron en armas contra vosotros no queden en mejor [7] situación que vuestros aliados y amigos. En lo que a mí concierne, en otras materias preferiría dar la impresión de que cedo ante quienquiera que sea dentro de los límites de mis derechos y no que me empecino en exceso en reivindicarlos; pero en una porfía por la amistad con vosotros, por el afecto hacia vosotros, por la consideración en que nos tengáis, no soy capaz de resignarme, de ninguna de las maneras, a que se me gane. Ésta es la mayor herencia que yo recibí de mi padre, que fue el primero de todos los habitantes de Asia y de Grecia que entró en vuestra [8] amistad y la mantuvo hasta el último momento de su vida [9] con una lealtad constante e inalterable; y no se limitó a mostrar una actitud de fidelidad y bondad hacia vosotros, sino que participó en todas las guerras que hicisteis en Grecia por tierra y por mar, y os ayudó con toda clase de avituallamientos, de forma que ninguno de vuestros aliados [10] se le podría equiparar bajo ningún concepto. Al final, cuando estaba animando a los beocios a aliarse con vosotros, en plena reunión perdió el conocimiento y al poco [11] expiró. Yo, siguiendo sus huellas, no he podido añadir ni un ápice a su buena voluntad y su celo en honraros, pues [12] eran insuperables; el ámbito para que pudiera superarle en hechos concretos, en merecimientos, en los gastos que conllevan los deberes, me lo han proporcionado la suerte, las circunstancias, Antíoco y la guerra librada en Asia. [13]

Antíoco, rey de Asia y de parte de Europa, me daba a su hija en matrimonio; me devolvía al instante las ciudades que habían roto con nosotros; me hacía concebir grandes esperanzas de ampliar mi reino en el futuro, si hacía la guerra a su lado contra vosotros. No voy a gloriarme de [14] no haber cometido fallo alguno contra vosotros; recordaré, más bien, hechos que son dignos de la antiquísima amistad entre nuestra casa y vosotros. He ayudado a vuestros [15] generales con fuerzas terrestres y navales de forma que ninguno de vuestros aliados se me podía comparar; suministré víveres por tierra y por mar; estuve presente en todos los combates navales que se libraron en muchos sitios; no he ahorrado esfuerzos ni peligros personales en ninguna ocasión. Soporté un asedio, que es la mayor de las calamidades [16] en una guerra, encerrado en Pérgamo con extremado riesgo para mi vida y para mi reino a un mismo tiempo. Después, liberado del asedio, mientras por un [17] lado Antíoco y por el otro Seleuco tenían sus campamentos en torno a la ciudadela de mi reino, abandoné mis intereses y me fui al Helesponto al encuentro de vuestro cónsul Lucio Escipión para ayudarle a trasladar el ejército. Cuando vuestro ejército hubo pasado a Asia, nunca me [18] alejé del cónsul; ningún soldado romano fue más asiduo en vuestro campamento que mis hermanos y yo; ninguna expedición, ningún combate ecuestre se llevó a cabo sin mi intervención; en el campo de batalla ocupé y defendí [19] la posición en la que el cónsul quiso que yo estuviese. No voy a preguntar, padres conscriptos, quién puede compararse conmigo en servicios prestados a vosotros en esta guerra. No hay ninguno de los pueblos ni de los reyes a [20] los que tenéis en gran consideración al que yo no me atreva a compararme. Masinisa fue vuestro enemigo antes de [21] ser vuestro aliado, y no fue a vuestro campamento con sus tropas de apoyo cuando su reino estaba intacto, sino que buscó refugio en él con un escuadrón de jinetes, prófugo, proscrito, después de perder todas sus tropas. Sin [22] embargo, como en África se mantuvo fiel y activamente a vuestro lado contra Sifax y los cartagineses, no sólo lo repusisteis en el trono paterno sino que además le añadisteis la parte más rica del reino de Sifax y lo convertisteis [23] en el rey más poderoso de África. Pues bien, ¿a qué recompensa y consideración somos entonces acreedores

ante vosotros los que siempre fuimos aliados y nunca enemigos? [24] Mi padre, mis hermanos y yo, tanto en Asia como lejos de la patria, en el Peloponeso, en Beocia, en Etolia, en las guerras contra Filipo, Antíoco y los etolios, por tierra [25] y por mar, empuñamos las armas por vosotros. ‘¿Qué pides, pues?’ se me dirá. Padres conscriptos, puesto que a toda costa queréis que hable y es preciso obedeceros, si habéis alejado a Antíoco al lado de allá de las montañas del Tauro con la idea de ocupar vosotros aquellas tierras, yo os prefiero a vosotros por vecinos y colindantes antes [26] que a ningún otro, y confío en que ninguna otra circunstancia dará mayor seguridad y estabilidad a mi reino. [27] Pero si está en vuestro ánimo retiraros de allí y llevaros los ejércitos, me atrevería a decir que no hay ninguno de vuestros aliados que merezca más que yo ser el poseedor de [28] vuestras conquistas de guerra. ¡Pero es que resulta muy hermoso libertar a las ciudades esclavizadas! Estoy de acuerdo, si no han cometido ningún acto de hostilidad contra vosotros; pero si han estado de parte de Antíoco, ¿no es mucho más propio de vuestra prudencia y vuestra equidad mirar por unos aliados beneméritos antes que por unos enemigos?».

[54] El discurso del rey fue del agrado de los senadores, y era fácil deducir que obrarían en todo con generosidad y [2] con ánimo bien dispuesto. Como no estaba presente nadie de los rodios, se intercaló una breve audiencia a la embajada de Esmirna. Se colmó de elogios a los esmirneos porque habían preferido soportar las peores calamidades antes que entregarse al rey, y se hizo entrar a los rodios. El jefe [3] de su embajada comenzó con una exposición sobre los orígenes de la amistad con el pueblo romano y los servicios prestados por los rodios primero en la guerra de Filipo y después en la de Antíoco, y prosiguió: «De toda nuestra [4] intervención, padres conscriptos, lo que más difícil e incómodo nos resulta es el hecho de que nuestra discusión sea con Éumenes, el único de los reyes con el que tenemos [5] unas relaciones especialmente estrechas de hospitalidad tanto cada uno de nosotros de manera privada como, cosa que nos importa más, nuestra ciudad oficialmente. Pero lo [6] que nos separa no son nuestros sentimientos, padres conscriptos, sino la naturaleza de las cosas, que es una fuerza muy poderosa, de modo que

nosotros, que somos libres, defendemos la causa de la libertad también para los demás, y los reyes quieren que todo esté esclavizado y sometido a su imperio. Como quiera que sea, sin embargo, la [7] dificultad está más en nuestro respeto por el rey que en el hecho de que la discusión en sí sea complicada para nosotros o parezca que va a ocasionarnos una intrincada deliberación. En efecto, si no hubiese ninguna otra manera [8] de rendir honor a un rey aliado y amigo que ha prestado buenos servicios precisamente en esta guerra, de cuyas recompensas se discute, más que entregando a la esclavitud a unas ciudades libres, estaríais ante un dilema en vuestra deliberación: o dejabais marchar sin recompensa a un rey [9] amigo, o renunciabais a vuestros principios y empañabais ahora, con la esclavitud de tantas ciudades, la gloria que conquistasteis en la guerra contra Filipo. Pero la [10] suerte os libra de modo singular de esta disyuntiva de empequeñecer vuestro agradecimiento hacia un amigo o vuestra gloria. En efecto, gracias a la bondad de los dioses, vuestra victoria es tan rica como gloriosa, y os exonera [11] fácilmente de esta especie de deuda. Porque Licaonia¹⁴⁶, las dos Frigias¹⁴⁷, toda Pisidia, y el Quersoneso y la zona [12] circundante de Europa, están en vuestro poder, y la concesión al rey de una cualquiera de ellas puede multiplicar el reino de Éumenes, pero la concesión de todas ellas puede [13] igualarlo a los reyes más grandes. Tenéis, por consiguiente, la posibilidad de enriquecer con recompensas de guerra a vuestros aliados y, al mismo tiempo, no renunciar a vuestros principios ni olvidar el lema que pusisteis como bandera en la guerra contra Filipo primero, y contra Antíoco [14] ahora, ni lo que hicisteis después de vencer a Filipo y lo que ahora se desea y se espera de vosotros no tanto porque lo hayáis hecho antes como porque está bien que lo hagáis. Son diferentes para unos u otros los motivos [15] honrosos y razonables para empuñar las armas: por la posesión de territorios, o de aldeas, o de ciudades, o de puertos y una porción de la costa; vosotros no ambicionasteis tales cosas antes de tenerlas, ni podéis ambicionarlas ahora, cuando el orbe entero está bajo vuestro dominio. [16] A los ojos de todo el género humano, que ya desde hace tiempo contemplan vuestro nombre y vuestro imperio a la altura de los dioses inmortales, combatisteis por el honor y la gloria. No sé si no

resultará más difícil conservar [17] lo que ya resultó costoso buscar y conseguir. Habéis asumido la salvaguarda, contra la esclavización por parte de un rey, de la libertad de un pueblo muy antiguo y muy renombrado tanto por la fama de sus gestas como por lo encomiable, en todos los sentidos, de su civilización y su cultura; debéis ejercer ininterrumpidamente este patrocinio sobre toda una nación acogida bajo vuestra protección y vuestra clientela. Las ciudades que están en el antiguo suelo [18] no son más griegas que sus colonias, que un día partieron de allí hacia Asia; el cambio de tierra no supuso un cambio en su raza o en sus costumbres. Nos hemos atrevido [19] a competir en toda clase de cualidades y de valor, en una respetuosa rivalidad, cada ciudad con sus propios progenitores y fundadores. Habéis estado en las ciudades [20] de Grecia, habéis estado en las ciudades de Asia muchos de vosotros; salvo el hecho de que estamos más lejos de vosotros, no nos superan en ninguna otra cosa. Los masilienses, [21] que ya hace tiempo estarían asilvestrados por tantas tribus indómitas como hay a su alrededor si el carácter innato pudiera ser vencido por lo que podríamos llamar la índole de la tierra, gozan entre vosotros, según hemos oído, y merecidamente, del mismo honor y la misma consideración que si habitaran en el ombligo mismo de Grecia. Y eso porque han conservado intactos y sin contaminar [22] por el contagio de sus vecinos no sólo el acento, la vestimenta y el aspecto externo sino sobre todo las costumbres, las leyes y el carácter. El límite de vuestro imperio lo [23] constituyen ahora las montañas del Tauro; nada de lo que queda dentro de esa demarcación debe pareceros lejano; hasta donde llegaron vuestras armas, debe llegar también el derecho que emana de aquí. Que tengan reyes los bárbaros, [24] que nunca han tenido más ley que las órdenes de sus amos, puesto que están a gusto con ello; los griegos tienen su propio destino, pero sus sentimientos son los mismos que los vuestros. En otro tiempo abarcaban también [25] un imperio con sus propios recursos internos; ahora desean que el imperio permanezca para siempre donde está; les basta con que vuestras armas defiendan su libertad, ya que no pueden hacerlo con las suyas. Pero es que algunas [26] ciudades simpatizaron con Antíoco. Sí, y otras lo hicieron antes con Filipo, y los tarentinos con Pirro; y, por no

mencionar otros pueblos, Cartago es libre con leyes propias. [27] Considerad, padres conscriptos, a cuánto os obliga este precedente sentado por vosotros mismos, y os decidiréis a negar a la ambición de Éumenes lo que negasteis a vuestra [28] justísima ira. Nosotros los rodios dejamos que vosotros valoréis lo valiente y leal que fue la colaboración que os hemos prestado tanto en ésta como en todas las guerras que hicisteis en aquella zona. Ahora, en el momento de la paz, os brindamos un consejo; si estáis de acuerdo con él, todos considerarán que vuestra grandeza ha sido mayor en el ejercicio de la victoria que en haberla obtenido». El discurso pareció acorde con la grandeza de Roma.

[55] Después de los rodios fueron llamados los embajadores de Antíoco. Éstos, en el tono habitual del que pide perdón, reconocieron el error del rey y suplicaron a los padres [2] conscriptos que deliberasen teniendo más en cuenta su clemencia que la culpa del rey, que había recibido con creces su castigo; finalmente pidieron que confirmasen con su autoridad la paz concedida por el general Lucio Escipión en [3] las condiciones que él había puesto. El senado se pronunció a favor de mantener la paz tal como estaba, y pocos días después el pueblo la sancionó. Se selló el acuerdo en el Capitolio con Antípatro, jefe de la diputación y además hijo de un hermano del rey Antíoco.

[4] Después fueron oídas también otras embajadas procedentes de Asia. La respuesta que se dio a todas ellas fue que el senado, de acuerdo con la costumbre de los antepasados, enviaría diez comisionados para dirimir las cuestiones [5] de Asia y ponerlas en orden; no obstante, las líneas generales serían éstas: a este lado de las montañas del Tauro, lo que había estado incluido dentro de las fronteras del reino de Antíoco sería asignado a Éumenes, salvo Licia y Caria hasta el río Meandro, que pertenecerían a la república de los rodios; las otras ciudades de Asia que habían [6] sido tributarias de Átalo pagarían igualmente tributo a Éumenes; las que habían sido tributarias de Antíoco, quedarían libres y exentas de cargas. Se decidió que fueran [7] éstos los diez comisionados: Quinto Minucio Rufo, Lucio Furio Purpurión, Quinto Minucio Termo, Apio Claudio Nerón, Gneo Cornelio

Mérula^{147bis}, Marco Junio Bruto, Lucio Aurunculeyo, Lucio Emilio Paulo, Publio Cornelio Léntulo y Publio Elio Tuberón.

Se les dejó entera libertad en las cuestiones que debían [56] ser discutidas sobre el terreno; las líneas generales las marcó el senado. Devolvió al rey toda la Licaonia, las dos [2] Frigias, y Misia, que le había sido arrebatada por el rey Prusias, y Milias¹⁴⁸, Lidia y Jonia —exceptuadas las plazas que eran libres el día en que se libró la batalla contra el rey Antíoco—, y concretamente Magnesia del Sípilo, la [3] Caria llamada Hidrela¹⁴⁹, y el territorio de Hidrela que da a Frigia, y los enclaves fortificados y las aldeas de la cuenca del Meandro con excepción de las que hubieran [4] sido libres antes de la guerra, Telmeso, asimismo citado expresamente, y los fuertes de los telmesios y el territorio que hubiera pertenecido a Tolomeo de Telmeso. Se dispuso que todas estas localidades que se han consignado aquí fueran entregadas a Éumenes. Se les dio a los rodios [5] Licia, con excepción de la mencionada Telmeso y los fuertes de los telmesios y el territorio que hubiera pertenecido a Tolomeo de Telmeso; éste fue exceptuado de la asignación [6] de Éumenes y también de la de los rodios. Se les dio también a éstos la parte de Caria del lado de allá del río Meandro más próxima a la isla de Rodas, las ciudades, pueblos, fuertes y tierras que se extienden hacia Pisidia, exceptuando las poblaciones que hubieran sido libres el día anterior al de la batalla librada contra el rey Antíoco en Asia.

[7] Los rodios, después de dar las gracias por estas cesiones, trataron el caso de Solos, ciudad que se encuentra en Cilicia: sus habitantes eran, como ellos, oriundos de Argos; por este parentesco, sentían un afecto fraternal hacia ellos, y pedían, como una concesión excepcional, que se eximiese a aquella ciudad del sometimiento al rey. [8] Se llamó a los embajadores del rey Antíoco y se habló con ellos, pero no se logró ningún resultado porque Antípatro invocaba el texto del acuerdo, que contravenían los rodios pretendiendo no Solos sino Cilicia, con lo cual se [9] iba más allá de las montañas del Tauro. Llamados de nuevo al senado los rodios, se les dio cuenta de la decidida oposición del representante del rey, añadiendo que si a pesar de todo los rodios consideraban que

esta cuestión afectaba a su prestigio nacional, el senado estaba dispuesto a vencer por cualquier medio la resistencia de los embajadores. [10] Entonces los rodios dieron las gracias con mayor énfasis que antes y dijeron que cederían a la intransigencia de Antípatro antes que dar un pretexto para perturbar la paz. Así pues, no se introdujo ningún cambio con respecto a Solos.

*Noticias Liguria de y de Hispania. Elección de censores.
Triunfos*

Durante los días en que se desarrollaron [57] estos acontecimientos, unos enviados de los masilienses anunciaron que el pretor Lucio Bebio, cuando se dirigía a su provincia de Hispania había sido rodeado por los lígures, una gran parte de su escolta [2] había sido abatida, y él, herido, se había refugiado con unos pocos hombres en Masilia sin lictores y había muerto dos días más tarde. El senado, oída esta noticia, decretó [3] que Publio Junio Bruto, que era propretor en Etruria, transfiriese la provincia y el ejército a uno de sus legados, al que le pareciera, que él partiese hacia la Hispania ulterior, y que fuese ésta su provincia. El texto de este senadoconsulto [4] fue expedido a Etruria junto con una carta del pretor Espurio Postumio, y Publio Junio partió para Hispania como propretor. En esta provincia, poco antes de la [5] llegada de su sucesor, Lucio Emilio Paulo —el que más adelante venció de forma muy gloriosa al rey Perseo—, como el año anterior no había obtenido unos buenos resultados, por movilización general reunió un ejército y libró una batalla campal contra los lusitanos. Los enemigos fueron [6] derrotados y puestos en fuga; se dio muerte a dieciocho mil combatientes, se cogieron dos mil trescientos prisioneros y se tomó al asalto el campamento. Los ecos de esta victoria dieron mayor tranquilidad a la situación en Hispania.

El mismo año, el día treinta de diciembre los triúmviros [7] Lucio Valerio Flaco, Marco Atilio Serrano y Lucio Valerio Tapón, en virtud de un senadoconsulto llevaron a Bononia una colonia latina. Fueron conducidos allí tres mil hombres, [8] y asignadas setenta yugadas por cabeza a los caballeros y cincuenta a los demás colonos. El territorio había sido tomado a los galos boyos, que a su vez habían echado a los etruscos.

[9] Aquel mismo año se presentaron como candidatos a la censura muchos e ilustres personajes. Esta circunstancia, que ya en sí era motivo de una viva pugna, suscitó una confrontación [10] aún más violenta. Eran candidatos¹⁵⁰ Tito Quincio Flaminio, Publio Cornelio Escipión, hijo de Gneo, Lucio Valerio Flaco, Marco Porcio Catón, Marco Claudio Marcelo, y Manio Acilio Glabrio, el que había vencido en [11] las Termópilas a Antíoco y a los etolios. El favor popular se decantaba sobre todo por este último, porque había repartido muchos congiarios, con los que había comprometido [12] con él a buena parte de la población. Como los nobles, que eran tantos, no se resignaban a que un hombre nuevo gozase de tanta preferencia, los tribunos de la plebe Publio Sempronio Graco y Gayo Sempronio Rutilo lo citaron a juicio porque no había llevado en el triunfo ni ingresado en el erario público una parte del tesoro real y del botín [13] aprehendido en el campamento de Antíoco. Los testimonios de los legados y de los tribunos militares no eran coincidentes. La atención se centraba en Marco Catón más que en ningún otro testigo; su toga de candidato quitaba peso a su autoridad, ganada con el estilo de vida que siempre [14] había llevado. En su testificación aseguraba no haber visto en el triunfo los vasos de oro y plata que estaban entre el resto del botín aprehendido al rey después de la toma [15] del campamento. Finalmente, para hacer especialmente odioso a este rival, Glabrio declaró que retiraba su candidatura en vista de que un competidor igualmente nuevo atacaba, recurriendo a un execrable perjurio, aquello ante lo que los nobles se indignaban en silencio.

Se había propuesto una multa de cien mil ases, que [58] fue objeto de debate por dos veces. A la tercera, como el acusado había renunciado a su candidatura, el pueblo no quiso emitir su voto con respecto a la multa y los tribunos dejaron de lado el asunto. Como censores fueron [2] elegidos Tito Quincio Flaminio y Marco Claudio Marcelo.

Por aquellas fechas, Lucio Emilio Regilo, que había [3] vencido con su flota al almirante¹⁵¹ del rey Antíoco, fue recibido en audiencia por el senado en el templo de Apolo, fuera de la ciudad. Una vez que hubo hablado de sus gestas, de la importancia de las flotas enemigas a las que se había

enfrentado, y de la cantidad de naves que les había hundido o capturado, el senado, por amplia mayoría le concedió el triunfo naval. Desfiló en triunfo el día uno [4] de febrero. En aquel triunfo se portaron cuarenta y nueve coronas de oro y una suma de dinero que no se correspondía en absoluto con la vistosidad de un triunfo sobre un rey: treinta y cuatro mil doscientas tetracmas áticas y ciento treinta y dos mil trescientos cistóforos. A continuación, [5] en virtud de un senadoconsulto, se celebraron ceremonias religiosas por los éxitos obtenidos para el Estado por Lucio Emilio en Hispania.

No mucho después llegó a Roma Lucio Escipión, que [6] quiso que se le llamara Asiático¹⁵² para no tener un sobrenombre inferior al de su hermano. Tanto en el senado [7] como delante del pueblo hizo una exposición de las gestas que había llevado a cabo. Había quienes consideraban que la fama de la guerra había superado a su dificultad real; una sola batalla digna de mención la había resuelto, y la gloria de aquella victoria se había marchitado en las Termópilas. [8] Pero, si se valoran las cosas con objetividad, la guerra de las Termópilas fue más contra los etolios que contra el rey. ¿Con qué parte de sus tropas combatió allí Antíoco? En Asia se alinearon las fuerzas de Asia entera, recabando apoyos de todos los pueblos hasta los últimos confines del Oriente.

[59] Con toda justicia, por tanto, se tributaron a los dioses inmortales los máximos honores que se podía, porque habían hecho incluso fácil la grandiosa victoria, y además [2] se decretó el triunfo para el general. Triunfó en el mes intercalar la víspera del primero de marzo. Este triunfo, por el espectáculo ofrecido a la vista, fue más grandioso que el de su hermano el Africano; considerando los hechos y valorando los riesgos y la lucha, era tan poco comparable como si se parangonase un general con el otro o el [3] caudillaje de Antíoco con el de Aníbal. Desfiló en triunfo llevando doscientas veinticuatro enseñas militares, ciento treinta y cuatro representaciones de ciudades, mil doscientos treinta y un colmillos de marfil, doscientos treinta y [4] cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatrocientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil tetracmas áticas, trescientos veintiún mil setenta cistóforos, [5] ciento cuarenta mil filipos

de oro, mil cuatrocientas veintitrés libras de vasos de plata (todos cincelados), y mil veintitrés libras de vasos de oro. También desfilaron delante del carro treinta y dos generales del rey, prefectos [6] y altos dignatarios. Se le dieron veinticinco denarios a cada soldado, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes. Después del triunfo se duplicó la paga militar y la ración de trigo; ya les había dado el doble una vez librada la batalla en Asia. Triunfó aproximadamente un año después de dejar el consulado.

Oriente: operaciones navales en Creta y Tracia

Llegaron casi al mismo tiempo el cónsul [60] Gneo Manlio a Asia y el pretor Quinto Fabio Labeón a la flota. Sólo que al [2] cónsul no le faltaban razones para una guerra con los galos, mientras que el mar estaba pacificado después de la definitiva derrota de Antíoco, y al meditar Fabio a qué empresa sería mejor que se dedicase para no dar la impresión de no haber tenido nada que hacer en su mandato, consideró que lo mejor era cruzar a la isla de Creta. Los cidoniatas estaban en [3] guerra con los gortinios y los gnosios¹⁵³, y se decía que había esparcidos por toda la isla un gran número de prisioneros romanos y de origen itálico reducidos a esclavitud. Saliendo de Éfeso con la flota, nada más tocar la costa de [4] Creta mandó mensajeros a recorrer las ciudades para que depusieran las armas y buscaran a los prisioneros cada uno en su ciudad y sus campos y se los devolvieran, y que le enviaran embajadores con los que tratar las cuestiones que concernían tanto a los cretenses como a los romanos. Esto no impresionó demasiado a los cretenses; salvo los [5] gortinios, nadie devolvió a los prisioneros. Valerio Anciate [6] escribió que fueron devueltos de toda la isla, por miedo a la amenaza de guerra, cuatro mil prisioneros, y que esa fue la razón de que Fabio consiguiese del senado el triunfo naval, pues no había llevado a cabo ninguna otra empresa. Desde Creta, Fabio retornó a Éfeso; desde aquí envió [7] tres navíos a las costas de Tracia con orden de retirar de Eno y Maronea las guarniciones de Antíoco, con el fin de que estas ciudades gozasen de libertad.

⁸⁶ Cf. XXXII 37, 5.

⁸⁷ Escipión Nasica.

⁸⁸ Cornelio Mámula. Quedará en Etolia como propretor y Acilio volverá a Roma para solicitar el triunfo.

⁸⁹ Gayo Flaminio en la Citerior y Lucio Emilio Paulo en la Ulterior. En Cerdeña, Lucio Opio Salinátor.

⁹⁰ Norcia hoy; en la Sabina.

⁹¹ De Lavinio. Véase VIII 11, 15 n.

⁹² Instituidos en el año 212 (XXV 12, 8 ss.), repetidos en el año 211 y en años siguientes (XXXVI 23, 3), y establecidos en fecha fija en el año 208. Más adelante pasaron a durar ocho días, del seis al trece de julio.

⁹³ A unos 12 Km. al noroeste de Delfos.

⁹⁴ El padre de los Gracos.

⁹⁵ La capital de Macedonia.

⁹⁶ Cf. XXXVI 43 ss.

⁹⁷ En XXXVIII 16-17 hay otras referencias al carácter de los galogriegos o gálatas.

⁹⁸ Población de Lidia (hoy Akhisar) de situación estratégica.

⁹⁹ Es el puerto de Troya, a unos 4 Km. de la ciudad.

¹⁰⁰ La Troya VIII de los arqueólogos (la homérica sería la VIIa) fue fundada en torno al 700. En el siglo IV (Troya IX) cobró relativa importancia por obra de Alejandro. Roma, que la acogió bajo su protección en el año 190, la destruyó en el 85 a. C.

¹⁰¹ Al sur de Abidos, a unos 16 Km.

¹⁰² Al noreste de Troya, con la que había formado una antigua confederación junto con Dárdano y Eleunte.

¹⁰³ *Fanatici*, el término latino. Véase, *infra*, XXXVIII 18, 9, y XXXIX 13, 12.

¹⁰⁴ Hay opiniones diversas sobre su localización. Probablemente, la bahía de Vathi.

¹⁰⁵ En la parte sur de la isla.

¹⁰⁶ Magnesia del Meandro.

¹⁰⁷ Al suroeste de Éfeso, a unos 10 Km.

¹⁰⁸ No hay otras referencias que permitan precisar más su localización.

¹⁰⁹ Situada al noreste de Focea.

¹¹⁰ Es el nombre de un cabo (Doganbey) y también de una ciudad cuyo puerto estaba a muy corta distancia de la isla de Macris (Doganbey Adasi).

¹¹¹ ¿Isla de San Nicolás, en la bahía de Vathi?

- ¹¹² Distinto del Fenicunte de Eritras de XXXVI 45, 7, en la costa meridional de Licia.
- ¹¹³ Al noroeste de Pátara.
- ¹¹⁴ Entre Jaso y Bargilias.
- ¹¹⁵ Distante de Rodas algo más de 30 km. según XLV 10, 4. Moderno Puerto Aplotheke.
- ¹¹⁶ Cuartel general de Antíoco. Capital administrativa del Asia Menor.
- ¹¹⁷ En la llanura que queda al sur del Ida.
- ¹¹⁸ Poblaciones desconocidas y de grafía dudosa.
- ¹¹⁹ Fortaleza rodia situada en el golfo de Telmeso.
- ¹²⁰ Megiste era el nombre de una isla de la costa licia, la moderna Castellorizo.
- ¹²¹ Hoy Terikova.
- ¹²² El golfo de Adalia, desembocadura del Eurimedonte, en cuya margen derecha, un poco hacia el interior, estaba Aspendo.
- ¹²³ En realidad los vientos dominantes en la zona entre junio y septiembre soplan del noroeste.
- ¹²⁴ Nocio, junto a un entrante rocoso que servía de puerto, pasó a llamarse Colofón marítima (cf. XXXVIII 39, 8), distinguiéndose de la antigua Colofón. Pero la distancia es de unos 17 km., más próxima a doce que a dos millas; podría haber, pues, una corrupción en el numeral.
- ¹²⁵ Se refiere no a la formación de asalto de los legionarios sino a la *testudo arietica*, elemento auxiliar para el transporte y protección del ariete en acción.
- ¹²⁶ Situada en la costa jónica enfrente de Samos, al norte.
- ¹²⁷ Ariarate IV, rey de Capadocia. Yerno de Antíoco.
- ¹²⁸ Nombre de la pequeña península sobre la que está construida la ciudad actual, o de la zona donde comienza el promontorio.
- ^{128bis} Cf. POLIBIO, XXI 13, 10 - 14.
- ¹²⁹ Es el extremo suroeste de la Tróade, al norte de Lesbos.
- ¹³⁰ Afluente del Hermo. Moderno Kum.
- ¹³¹ Llanura próxima a la confluencia de los ríos Frigio y Hermo, entre Tiatira y Magnesia.
- ¹³² De Misia, ciudad situada al este de Pérgamo. Los misios tenían fama como cazadores. Los cirtios estaban también sometidos a los seléucidas.
- ¹³³ *Strategós* en Lidia en el año 205.
- ¹³⁴ Al este de Éfeso, donde la moderna Aydin.
- ¹³⁵ Distante unos 30 km. de Éfeso.
- ¹³⁶ Seguimos el texto de Madvig, *habemus*.
- ¹³⁷ Para el año 189.

- ¹³⁸ Cónsul en el año 186, augur desde el 184 hasta el 180, año en que falleció.
- ¹³⁹ A. Cornelio Mámula.
- ¹⁴⁰ Posiblemente, hijo del cónsul del año 216. Sería pretor en el 184 con prórroga durante los dos años siguientes.
- ¹⁴¹ Publio Licinio Craso fue pontífice máximo desde el año 212 (cf. XXV 5, 1 ss.) hasta su muerte, en el año 183 (XXXIX 46, 1).
- ¹⁴² Lucio Cecilio Metelo, cónsul en el año 251 y en el 247, dictador en el 224 y pontífice máximo desde el 243 hasta el 221.
- ¹⁴³ Aulo Postumio Albino, cónsul en el año 242 y censor en el 234.
- ¹⁴⁴ En el año 242 (*Per.* 19).
- ¹⁴⁵ Gayo Lutacio Cátulo, el cónsul del año 242 que obtuvo la victoria naval de las islas Egates que supuso el final de la Primera Guerra Púnica.
- ¹⁴⁶ Situada entre Capadocia, Frigia, Pisidia y Cilicia.
- ¹⁴⁷ Cf. XXXVIII 39, 15.
- ^{147bis} Merenda, *alii*.
- ¹⁴⁸ Hay opiniones diferentes sobre su localización. Cf. J. BRISCOE, o. c., pág. 386.
- ¹⁴⁹ Probablemente, la Caria del noreste.
- ¹⁵⁰ Compiten por una plaza, de un lado, tres patricios, cónsules respectivamente en los años 198, 195 y 191; y de otro, tres plebeyos, cónsules en los años 196, 195 y 191.
- ¹⁵¹ Polixénidas.
- ¹⁵² Forma tardía del *cognomen*. El originario era Asiágeno o Asiagenes.
- ¹⁵³ Los cidoniatas habitaban la costa noroccidental, los gortinios el sur y los gnosios el norte de la costa cretense.

LIBRO XXXVIII

SINOPSIS

AÑO 189 a. C.

Oriente: Aminandro reconquista Atamania (1 - 2).

Campaña de Fulvio Nobílior contra los etolios. Sitio de Ambracia (3 - 7).

Negociaciones con una embajada etolia. Tratado de paz (8-11).

Campaña del cónsul Manlio Vulsón en Asia: marcha hacia el Sur (12 - 15).

La invasión de los galos en Asia. Llegada del ejército romano (16 - 19).

Batallas de los montes Olimpo y Magaba (20 - 24).

Campaña contra los tectosagos (25 - 27).

Roma: acción de los censores (28, 1 - 28, 4).

Oriente: campaña de Cefalania. Conquista de Same. Filopemén contra Esparta (28, 5 - 34).

AÑO 188 a. C.

Roma: elecciones, medidas censales (35 - 36).

Asia: embajadas ante Gneo Manlio. Tratado de Apamea (37 - 39).

Incidentes en Tracia al regresar de Asia el ejército romano (40-41).

AÑO 187 a. C.

Roma: elecciones y destinos. Debates políticos (42 - 44, 8).

Oposición al triunfo de Gneo Manlio (44, 9 - 46).

Gneo Manlio se defiende (47 - 50, 3).

Procesamiento de Escipión Africano (50, 4 - 53).

Procesamiento de Lucio Escipión (54 - 60).

Oriente: Aminandro reconquista Atamania

[1]Mientras en Asia se desarrollaba la guerra¹⁵⁴, tampoco en Etolia había permanecido tranquila la situación, siendo el pueblo de los atamanes el origen [2] de los conflictos¹⁵⁵. En aquella época, Atamania, tras la expulsión de Aminandro, estaba ocupada por una guarnición real con gobernadores de Filipo que, con los excesos de una autoridad despótica, habían hecho [3] que se añorara a Aminandro. Estaba éste por entonces exiliado en Etolia, y las cartas de los suyos que lo informaban de la situación de Atamania le hicieron concebir esperanzas [4] de recuperar el trono. Envía a su vez a Argitea¹⁵⁶ —pues era ésta la capital de Atamania— a los mensajeros, y anuncia a los principales que, en cuanto tenga constancia suficiente de la disposición de ánimo de sus compatriotas, una vez asegurada la ayuda de los etolios irá a Atamania; que confía en llegar fácilmente a un acuerdo con los elegidos, que componen el consejo de su nación, y con el pretor [5] Nicandro. Cuando vio que éstos estaban dispuestos a todo informó inmediatamente a los suyos del día en que [6] pensaba entrar en Atamania con el ejército. Al principio eran cuatro los conjurados contra la guarnición macedonia; éstos se buscaron seis colaboradores cada uno para poner en práctica la operación; posteriormente, faltos de confianza en un número tan reducido, más apropiado para mantener en secreto el proyecto que para llevarlo a la práctica, añadieron otros tantos. Alcanzado así el número de [7] cincuenta y dos se dividieron en cuatro grupos. Uno se dirigió a Heraclea¹⁵⁷, otro a Tetrafilia, donde habitualmente se guardaba el tesoro real, el tercero a Teudoria¹⁵⁸ y el cuarto a Argitea. Se pusieron de acuerdo todos ellos [8] en que en un principio se dejarían ver por el foro tranquilamente, como si hubiesen ido a arreglar un asunto privado, y en una fecha determinada convocarían a toda la población para echar de las ciudades a las guarniciones macedonias. Cuando llegó el día señalado y Aminandro había [9] cruzado ya la frontera con un millar de etolios, en las cuatro localidades simultáneamente fueron expulsadas las guarniciones macedonias según lo acordado y se enviaron cartas a otras ciudades en todas direcciones invitándolas a

liberarse de la prepotente dominación de Filipo y a restablecer el legítimo reinado de sus padres. Los macedonios [10] fueron expulsados de todas partes. La plaza de Teyo¹⁵⁹ resistió algunos días a los atacantes debido a que Xenón, el comandante de la guarnición, interceptó la carta y las tropas del rey ocuparon la ciudadela. Después, también [11] ésta fue entregada a Aminandro y toda Atamania estaba en su poder salvo el fuerte de Ateneo¹⁶⁰, situado junto a la frontera de Macedonia.

[2] Enterado de la rebelión de Atamania, Filipo partió con seis mil soldados y llegó a Gonfos con gran celeridad. [2] Dejó allí la mayor parte del ejército, pues no estaba en condiciones de soportar unas etapas tan largas, y llegó con dos mil hombres hasta Ateneo, la única posición retenida [3] por su guarnición. Desde allí, después de tantear las plazas vecinas dándose cuenta fácilmente de que le eran hostiles, regresó a Gonfos y reemprendió la marcha hacia Atamania [4] con todas las tropas juntas. Luego, manda por delante con mil hombres de infantería a Xenón con orden de ocupar Etopia¹⁶¹, estratégicamente situada dominando Argitea; [5] cuando vio que esta posición estaba en poder de sus hombres acampó en las proximidades del templo de Júpiter Aereo¹⁶². Retenido allí un día entero por una horrible borrasca, emprendió al día siguiente la marcha hacia Argitea. [6] Cuando estaban en camino, de pronto vieron a los atamanes corriendo en dirección a las colinas que dominaban la ruta. Al avistarlos las enseñas de cabeza hicieron [7] alto; el pánico conmovió la columna entera, pensando cada uno por su cuenta qué iba a ocurrir si se hacía bajar a [8] la columna a los valles dominados por las rocas. El rey hubiera deseado salir rápidamente del desfiladero si sus hombres lo siguieran, pero este movimiento de pánico lo obligó a hacer volver a los hombres de cabeza y desandar el camino de ida. Los atamanes al principio lo seguían a distancia [9] sin atacar; cuando se les unieron los etolios, dejaron a éstos siguiendo de cerca la columna desde atrás, ellos se [10] abrieron por los flancos y algunos, adelantándose por senderos que ellos conocían, atajaron y se apostaron en los sitios de paso; entre los macedonios cundió de tal forma el desconcierto que cruzaron

el río en lo que parecía una huida en desbandada más que una marcha ordenada, dejando abandonadas muchas armas y hombres. Aquí terminó la [11] persecución. A continuación los macedonios volvieron a Gonfos sin peligro, y de Gonfos a Macedonia. Los atamanes [12] y los etolios acudieron a Etopia desde todas partes para estrechar el cerco sobre Xenón y sus mil macedonios. Éstos, que confiaban poco en la posición, se retiraron de [13] Etopia hacia una altura más elevada y abrupta en todo su contorno; los atamanes encontraron muchas vías de acceso hasta allí y los desalojaron; dispersos e incapaces de [14] encontrar un camino para la huida por los parajes impracticables y los peñascales desconocidos, unos fueron apresados y otros muertos. Muchos rodaron por precipicios a causa del pánico, y muy pocos escaparon con Xenón llegando hasta el rey. Después se concedió una tregua para que pudieran dar sepultura a los muertos.

Campaña de Fulvio Nobilior contra los etolios. Sitio de Ambracia

Una vez recuperado su reino, Aminandro [3] envió embajadores a Roma, al senado, y a Asia, a los Escipiones, que se habían quedado en Éfeso después de la gran batalla contra Antíoco. Pedía la [2] paz y se disculpaba por haber recuperado el reino paterno por mediación de los etolios, y echaba la culpa a Filipo.

Desde Atamania los etolios marcharon contra los anfilocos [3] y con el consentimiento de la mayoría pusieron a toda la población bajo su autoridad. Después de recuperar [4] Anfiloquia —pues en otro tiempo había pertenecido a los etolios— pasaron a Aperancia con la esperanza de un resultado semejante; también ésta pasó a su poder en gran parte sin ofrecer resistencia. Los dólopes nunca habían formado parte de Etolia, pertenecían a Filipo. Al principio [5] corrieron a las armas; pero cuando se enteraron de que los anfilocos estaban con los etolios, que Filipo había salido huyendo de Atamania y que se había dado muerte a su guarnición, se pasaron también ellos del lado de Filipo [6] al de los etolios. Cuando, con estos pueblos a su alrededor, los etolios se creían ya a salvo por todas partes de los macedonios, les llega la noticia de que Antíoco ha sido vencido en Asia por

los romanos; y poco después volvieron de Roma los embajadores sin perspectivas de paz y con la noticia de que el cónsul Fulvio había cruzado ya [7] el mar con su ejército. Alarmados por estas noticias hicieron intervenir a las embajadas de Rodas y Atenas para que merced a la influencia de estas ciudades sus peticiones recientemente rechazadas encontrasen más fácil acogida por parte del senado, y enviaron a Roma a los dirigentes de [8] su pueblo para hacer un último intento, cuando, antes de que el enemigo estuviera a la vista, no habían pensado en nada para evitar la guerra.

[9] Marco Fulvio había hecho ya la travesía hasta Apolonia con su ejército y discutía con los dirigentes epirotas dónde comenzar la guerra. Los epirotas proponían atacar Ambracia, [10] que entonces se había unido a los etolios: si éstos acudían a defenderla, alrededor había llanuras despejadas para combatir; si rehusaban el combate, el asedio no resultaría [11] difícil, pues había a mano madera en abundancia para levantar terraplenes y demás trabajos de asedio, y, por otra parte, al pie mismo de las murallas discurría el Aretonte¹⁶³, un río navegable y a propósito para el transporte de lo que pudiera ser de utilidad; además, se aproximaba el verano, propicio para el desarrollo de la operación. Con estos argumentos lo convencieron para que emprendiese la marcha a través del Epiro.

Cuando el cónsul llegó a Ambracia le pareció que el [4] asedio era una tarea dificultosa¹⁶⁴. Ambracia está situada al pie de un cerro escarpado que los habitantes del lugar llaman Perrante¹⁶⁵. La ciudad, por donde la muralla se [2] extiende hacia la llanura y el río, mira a occidente, y la ciudadela, construida sobre el cerro, mira a oriente. El río [3] Aretonte, que nace en Atamania, desemboca en el golfo llamado de Ambracia por el nombre de la ciudad cercana. Aparte de estar protegida por un lado por el río y por [4] otro por las colinas, también estaba rodeada por una sólida muralla de algo más de cuatro¹⁶⁶ millas de perímetro. Fulvio instaló dos campamentos en el llano a corta distancia [5] uno del otro, y un fuerte en una posición elevada enfrente de la ciudadela, y se dispuso a unirlos todo mediante [6] una empalizada y un foso para que no hubiera ni salida desde la ciudad para los que estaban

encerrados ni entrada desde el exterior para introducir ayudas. Ante la noticia del asedio de Ambracia, los etolios se habían reunido ya en Estrato convocados por un edicto del pretor Nicandro. Su primera idea había sido acudir desde allí con [7] todas las tropas para impedir el asedio; luego, cuando vieron que la ciudad estaba ya en gran parte rodeada de trabajos de asedio y que los epirotas estaban acampados en el llano al otro lado del río, decidieron dividir las fuerzas. Eupólemo marchó a Ambracia con un millar de hombres [8] de armamento ligero y entró en la ciudad cruzando las fortificaciones [9] por donde no estaban aún cerradas. En cuanto a Nicandro, su plan inicial era atacar de noche el campamento epirota con el resto de las fuerzas, ya que, al estar el río de por medio, no era fácil el envío de ayuda por [10] parte de los romanos; después, pensando que era un plan arriesgado por si los romanos se daban cuenta de alguna forma y no había lugar a una retirada segura, desistió de este proyecto y dio la vuelta para saquear Acarnania.

[5] El cónsul, una vez finalizado el atrincheramiento de circunvalación de la ciudad así como las máquinas de asedio que se disponía a hacer llegar hasta los muros, atacó [2] las murallas por cinco puntos simultáneamente. Hizo avanzar tres de ellas, a igual distancia una de otra, por donde era más fácil el acceso desde el llano en dirección al llamado Pirreo¹⁶⁷, una por la zona del Esculapio¹⁶⁸, y otra [3] de frente contra la ciudadela. Con los arietes batía los muros; con las pértigas provistas de hoces barría las almenas. Los habitantes de la plaza al principio fueron presa del pánico y el desconcierto ante lo que veían y ante los golpes [4] dados en las murallas con terrible estruendo; después, cuando vieron que los muros aguantaban en pie más de lo que ellos esperaban, cobraron ánimos de nuevo y por medio de palancas volcaban sobre los arietes cargas de plomo o de piedras o troncos robustos; lanzando ganchos de hierro y tirando de las hoces hacia el interior del muro [5] les rompían los mangos; y además, a base de salidas nocturnas contra los centinelas que vigilaban las obras de asedio y diurnas contra los puestos de guardia, inspiraban pánico a su vez.

Mientras que en Ambracia estaban así las cosas, los [6] etolios habían vuelto ya a Estrato después del saqueo de Acamania. Desde allí el pretor Nicandro, concibiendo esperanzas de romper el asedio con un golpe de audacia, hizo entrar en Ambracia a un tal Nicódamo con quinientos etolios. Fijó una noche concreta, e incluso la hora de [7] esa noche, en la que éstos atacarían desde la ciudad las obras enemigas que estaban frente al Pirreo mientras que él sembraría el pánico en el campamento romano; estaba convencido de que se podía dar un golpe memorable con el doble ataque y con el favor de la noche, que acrecienta el miedo. Y Nicódamo, de noche avanzada, eludiendo [8] unos puestos de centinela y abriéndose paso en otros con un ataque decidido, rebasó la línea de trinchera y penetró en la ciudad, e infundió cierto ánimo para atreverse a todo y cierta esperanza a los sitiados; y en cuanto llegó la noche prefijada atacó de repente las obras de asedio, según lo planeado. Aquel golpe tuvo mayor alcance por su concepción [9] que por sus resultados porque desde el exterior no se aportó ningún apoyo, fuese porque el pretor se echó [10] atrás por miedo o porque se consideró preferible llevar ayuda a Anfiloquia, reconquistada poco antes, que estaba siendo atacada con la mayor violencia por Perseo, hijo de Filipo, enviado para reconquistar Dolopia y Anfiloquia.

Como se ha dicho antes, había obras romanas de asedio [6] en tres sitios frente al Pirreo, y los etolios las atacaron todas a la vez, aunque con medios y violencia desiguales. Unos se presentaron con antorchas encendidas, otros portando [2] estopa, pez o dardos incendiarios, reluciendo con las llamas toda la formación. Con la primera acometida [3] abatieron a muchos centinelas; luego, cuando los gritos y el tumulto llegaron hasta el campamento y el cónsul dio la señal, los romanos empuñaron las armas y se precipitaron [4] fuera por todas las puertas para prestar ayuda. Fue una lucha a hierro y fuego; fracasado el intento en dos puntos, los etolios se retiraron después de amagar, más que entablar el combate; la batalla encarnizada se había [5] centrado en un solo punto. Allí los dos jefes, Eupólemo y Nicódamo, en sitios opuestos, animaban a los combatientes y alimentaban la esperanza, casi la certeza, de que de un momento a otro llegaría Nicandro, según lo acordado, [6] y atacaría al enemigo por la espalda.

Esta expectativa mantuvo por algún tiempo la moral de los combatientes; pero como no recibían de los suyos la señal convenida y veían incrementarse el número de enemigos, faltos de aliento, [7] iban aflojando la presión; al final renunciaron a la ofensiva emprendiendo la huida cuando ya la retirada no era muy segura, y fueron rechazados al interior de la ciudad después de incendiar parte de las obras y causar un número de muertes bastante mayor que el de bajas habidas por su parte. De haberse desarrollado la acción conforme a lo previsto, no cabía duda de que se hubieran podido tomar al asalto las obras de asedio, cuando menos en uno de los [8] puntos, con un gran número de muertes enemigas. Los ambracienses y los etolios que estaban dentro no sólo renunciaron al intento de aquella noche sino que a partir de entonces, como si hubieran sido traicionados por los [9] suyos, se mostraban más reacios a correr riesgos. Ya no luchaba nadie a base de salidas, como antes, contra los puestos de guardia enemigos, sino que lo hacían desde lugar seguro distribuidos por los muros y las torres.

[7] Perseo, cuando se enteró de que se acercaban los etolios, abandonó el asedio de la ciudad que estaba atacando¹⁶⁹ y después de limitarse a saquear los campos salió de Anfiloquia y regresó a Macedonia. La devastación de [2] la costa atrajo también allí a los etolios. Pléurato, rey de los ilirios, había entrado con sesenta embarcaciones ligeras en el golfo de Corinto y cogiendo también las naves aqueas que había en Patras estaba devastando las costas de Etolia. Por donde quiera que su flota viraba ajustándose a los [3] entrantes de la costa, les salían al paso por rutas más cortas mil etolios enviados contra ellos. Entretanto, los romanos, [4] en Ambracia, batiendo los muros en muchos puntos con los arietes, habían dejado al descubierto una parte de la ciudad, y sin embargo no eran capaces de entrar en ella, pues con la misma rapidez con que era derribado un muro [5] se levantaba otro nuevo en su lugar y los hombres armados, de pie sobre los escombros, hacían de bastiones. Por eso, como hacía pocos progresos con su ataque al [6] descubierto, el cónsul decidió excavar una galería bajo tierra en un lugar cubierto previamente con manteletes; y durante algún tiempo, a pesar

de estar manos a la obra día y noche excavando en el subsuelo y además sacando fuera la tierra, pasaron desapercibidos al enemigo. El montón [7] de tierra que apareció inesperadamente advirtió de los trabajos a los habitantes de la plaza, y ante el temor de que estuviesen ya socavados los muros y abierta una vía de acceso a la ciudad, se pusieron a excavar una fosa por la parte de dentro de la muralla enfrente de la obra que estaba cubierta con los manteletes. Cuando llegaron a la [8] profundidad que podía tener el suelo de la galería guardaron silencio y aplicando el oído en diversos puntos trataban de captar los ruidos de los zapadores. Cuando los [9] sintieron abrieron una vía en dirección a la galería, y no costó mucho trabajo, pues en un momento llegaron al hueco donde el muro había sido apuntalado por los enemigos con postes. Establecida la comunicación entre las obras de excavación [10] y abierto el acceso desde la fosa a la galería, entablaron allí una lucha bajo tierra primero con las propias herramientas que habían utilizado en los trabajos y después también los hombres armados que acudieron rápidamente; después la lucha fue perdiendo virulencia, pues taponaban la galería donde les parecía extendiendo arpilleras o poniendo barreras de tablazones¹⁷⁰ precipitadamente. [11] Se ideó además un nuevo sistema no muy laborioso contra los que estaban en la galería. Prepararon un tonel agujereado en el fondo de forma que se pudiera hacer pasar un tubo mediano, y un tubo de hierro y una tapa también de hierro para el tonel perforada a su vez en muchos puntos. Colocaron este tonel, lleno de plumas ligeras, con la [12] boca vuelta hacia la galería. Por los orificios de la tapadera sobresalían lanzas muy largas, de las que llaman sarisas, para mantener a distancia a los enemigos. Aplicando una pequeña llama a la pluma, la reavivaron soplando con [13] un fuelle de fragua sujeto al extremo del tubo. Luego, cuando llenó por completo la galería una densa humareda que hacía aún más mortificante el mal olor despedido por la pluma quemada, difícilmente podía nadie resistir allí dentro.

Negociaciones con una embajada etolia. Tratado de paz

[8] En esta situación estaban las cosas en Ambracia cuando se presentaron al cónsul Feneas y Damóteles como

embajadores de los etolios, investidos de plenos poderes por un decreto de su pueblo. Su pretor, en efecto, viendo que por un lado Ambracia estaba [2] sitiada; que, por otro, la costa estaba infestada de las naves enemigas y por otro Anfiloquia y Dolopia eran devastadas por los macedonios, y que los etolios, corriendo en direcciones opuestas para hacer frente a tres guerras al mismo tiempo, no daban abasto, convocó asamblea y consultó a los dirigentes de Etolia qué procedía hacer. Todas las propuestas coincidían en que se pidiera la paz [3] en condiciones de igualdad si era posible, o cuando menos en condiciones aceptables; se había emprendido la guerra confiando en Antíoco; vencido éste por tierra y por mar [4] y rechazado más allá de la cadena del Tauro, fuera del mundo por así decir, ¿qué esperanzas quedaban de sostener la guerra? Que Feneas y Damóteles negociaran lo que [5] considerasen conforme con los intereses de los etolios, habida cuenta de las circunstancias, y según su propia conciencia; de hecho, ¿qué otra posibilidad de decisión o de elección les había dejado la suerte? Los embajadores, [6] enviados con estas instrucciones, rogaron al cónsul que perdonase a la ciudad, que tuviera piedad de un pueblo en otro tiempo aliado empujado a un acto de locura, no querían decir que por alguna injusticia, pero sí por las desgracias; no eran tantos los deméritos de los etolios durante [7] la guerra de Antíoco como los méritos que habían contraído cuando se había combatido contra Filipo; ni entonces habían recibido una recompensa generosa ni ahora debía aplicárseles un castigo desmedido. A esto replicó el cónsul que los etolios pedían la paz con más frecuencia que sinceridad; que, al pedir la paz, siguiesen el ejemplo de Antíoco, al que ellos habían arrastrado a la guerra; había salido [8] no ya de las pocas ciudades por cuya libertad se había combatido sino de toda el Asia del lado de acá de la cadena del Tauro, un reino rebotante de riqueza. Él sólo estaba [9] dispuesto a escuchar a los etolios para tratar de la paz desarmados; primero debían entregar las armas y todos [10] los caballos, después pagar al pueblo romano mil talentos de plata, haciendo efectiva en el acto la mitad de dicha suma, si querían obtener la paz. Aparte de esto añadiría una cláusula en el tratado según la cual tendrían los mismos amigos y enemigos que el pueblo romano.

[9] Ante estas condiciones los embajadores no dieron ninguna respuesta, porque eran duras y porque conocían el carácter indómito y mudable de los suyos, y regresaron a su país para consultar una vez más con el pretor y los dirigentes, antes de adquirir compromisos, acerca de lo que [2] se debía hacer. Fueron recibidos con gritos e insultos —¿hasta cuándo pensaban prolongar la situación cuando tenían instrucciones de volver con la paz en las condiciones que fuere?—, y cuando retornaban a Ambracia se vieron envueltos en una emboscada tendida cerca del camino por los acarnanes, con los que estaban en guerra, siendo conducidos [3] a Tirreo para su custodia. Esto supuso un retraso para la paz, cuando ya se encontraban ante el cónsul los embajadores atenienses y rodios que habían venido a interceder [4] por los etolios. También Aminandro, el rey de los atamanes, había llegado con un salvoconducto al campamento romano, más preocupado por la ciudad de Ambracia, donde había pasado la mayor parte de su exilio, que [5] por los etolios. El cónsul, informado por ellos de lo ocurrido a los embajadores, mandó que los trajeran de Tirreo; después de su llegada comenzaron las negociaciones [6] de paz. Aminandro dedicaba sus esfuerzos a inducir a los ambracienses a la rendición, pues esa era una tarea sobre [7] todo suya. Como no hacía muchos progresos con las conversaciones que tenía con los dirigentes acercándose a las murallas, al fin, con el permiso del cónsul, entró en la ciudad y en parte con advertencias, en parte con ruegos, [8] consiguió que se rindieran a los romanos. Los etolios, por su parte, recibieron una valiosa ayuda de Gayo Valerio¹⁷¹, hijo del Levino que había hecho el primer tratado de amistad con este pueblo y hermano del cónsul por parte de madre. Los ambracienses, después de pactar la salida [9] de las tropas de apoyo etolias sanas y salvas, abrieron las puertas. A continuación se les comunicaron a los etolios las condiciones de paz: entregarían quinientos talentos euboicos, doscientos de ellos en el acto y trescientos en seis anualidades iguales; devolverían a los romanos los prisioneros y desertores; no incluirían dentro de su jurisdicción [10] a ninguna ciudad que hubiese sido tomada al asalto por los romanos o hubiese entrado voluntariamente en amistad con ellos con posterioridad al momento en que Tito Quincio había cruzado a

Grecia; la isla de Cefalania quedaría fuera del alcance del tratado. A pesar de que estas [11] condiciones eran bastante menos duras de lo que ellos esperaban, los etolios pidieron permiso para someterlas a la consideración de la asamblea y les fue concedido. Les [12] llevó algún tiempo una pequeña discusión acerca de las ciudades que en algún momento habían estado bajo su jurisdicción y que no se resignaban a que fueran desmembradas, por decirlo así, de su cuerpo; no obstante, fueron unánimes en votar que se aceptara la paz. Los ambracienses [13] regalaron al cónsul una corona de oro de ciento cincuenta libras. En cuanto a las estatuas de bronce y de mármol y las pinturas que embellecían Ambracia en mayor medida que las otras ciudades de la región porque había estado allí el palacio de Pirro, las cogieron y se las llevaron todas; ninguna otra cosa fue tocada o dañada. [14]

El cónsul salió de Ambracia en dirección al interior [10] de Etolia y acampó cerca de Argos de Anfiloquia¹⁷², que está a veintidós millas de distancia de Ambracia. Allí llegaron por fin los embajadores etolios, cuando ya el cónsul [2] se extrañaba de su tardanza. Cuando se enteró de que la asamblea etolia había aceptado la paz, les mandó dirigirse a Roma, al senado, permitiendo que fueran también los rodios y los atenienses como mediadores y asignándoles a su hermano Gayo Valerio para que los acompañara; él [3] cruzó a Cefalania. En Roma encontraron predispuestos los oídos y los ánimos de los principales por las acusaciones de Filipo, que había protestado a través de embajadores y de cartas por haberle sido arrebatadas Dolopia, Anfiloquia y Atamania, y haber sido expulsadas sus guarniciones, y finalmente también su hijo Perseo, de Anfiloquia, y había predispuesto al senado en contra de escuchar sus ruegos. [4] Con todo, los rodios y los atenienses fueron escuchados en silencio. Se dice incluso que causó impresión con su elocuencia el embajador ateniense Leonte, hijo de Hicesia; [5] éste, empleando el conocido símil del mar en calma que es agitado por los vientos, con el que parangonaba al pueblo de los etolios, sostenía que mientras se habían mantenido fieles a la alianza con Roma habían permanecido tranquilos [6] por el sosiego connatural a sus gentes; desde el momento en que habían comenzado a soplar

Toante y Dicearco desde Asia y Menestas y Damócrito desde Europa, se había desencadenado aquella tempestad que los había lanzado sobre Antíoco como sobre un escollo.

[11] Después de un largo tira y afloja, los etolios lograron al fin que se llegara a un acuerdo sobre las condiciones [2] de paz, y fueron las siguientes: «El pueblo de los etolios reconocerá lealmente la soberanía y la majestad del pueblo romano¹⁷³; no dejará que pase por su territorio ningún ejército que marche contra sus aliados y amigos, ni les prestará ninguna clase de ayuda; tendrá los mismos enemigos [3] que el pueblo romano, tomará las armas contra ellos y les hará la guerra junto con él; devolverá a los romanos [4] y sus aliados los desertores, esclavos fugitivos y prisioneros salvo el caso de aquellos que, habiendo sido repatriados después de caer prisioneros, hayan sido cogidos de nuevo o aquellos que hayan sido hechos prisioneros en su momento entre los que combatían contra Roma en la época en que los etolios formaban parte de las guarniciones romanas; del resto, los que aparezcan en el término de cien [5] días serán entregados fielmente a los magistrados de Corcira, y los que no aparezcan serán devueltos tan pronto como se vaya encontrando a cada uno; los etolios entregarán [6] a los romanos cuarenta rehenes a elección del cónsul no menores de doce años ni mayores de cuarenta; no serán [7] rehenes ni un pretor, ni un jefe de la caballería, ni un secretario público, ni quien anteriormente haya estado como rehén en poder de los romanos; Cefalania quedará excluida de las condiciones de paz». Con respecto a la cantidad [8] de dinero que debían abonar y a los plazos correspondientes no se cambió nada de lo acordado con el cónsul; se convino que si preferían dar oro en vez de plata, lo hicieran, siempre y cuando equivaliese una moneda de oro a diez de plata¹⁷⁴. «Los etolios no intentarán recuperar [9] ninguna de las ciudades, campos o personas que en algún momento estuvieron bajo su jurisdicción y que durante el consulado de Tito Quincio y Gneo Domicio¹⁷⁵ o con posterioridad al mismo pasaron a poder del pueblo romano voluntariamente o por la fuerza de las armas; los eníadas¹⁷⁶ con su ciudad y territorio pertenecerán a los acarnanes». En estos términos se concluyó el tratado con los etolios.

Campaña del cónsul Manlio Vulson en Asia: marcha hacia el Sur

[12] En el mismo verano e incluso casi en las mismas fechas en que el cónsul Marco Fulvio llevó a cabo estas operaciones en Etolia, el otro cónsul, Gneo Manlio, hizo en Galogrecia¹⁷⁷ una guerra que paso [2] ahora a relatar. Al comienzo de la primavera llegó el cónsul a Éfeso y, después de hacerse cargo de las tropas de Lucio Escipión y pasar revista al [3] ejército, pronunció una arenga ante los soldados en la que alabó su valor por haber resuelto en una sola batalla la guerra contra Antíoco y los animó a emprender la nueva campaña contra los galos que habían ayudado a Antíoco [4] con tropas auxiliares y, por otra parte, tenían un carácter tan indómito que de nada servía haber desalojado a Antíoco hasta más allá de la cadena del Tauro si no se quebraba el poder de estos galos; y añadió también algunas palabras referentes a su persona, sin faltar a la verdad ni a la modestia. [5] Los soldados escucharon al cónsul con satisfacción y con repetidas muestras de aprobación, en el convencimiento de que los galos habían sido una parte de las tropas de Antíoco, y que, una vez vencido el rey, las fuerzas de los galos por sí solas no tenían ninguna consistencia. [6] El cónsul consideraba que era un contratiempo la ausencia de Éumenes —se encontraba entonces en Roma—¹⁷⁸, buen conocedor del terreno y de las gentes, al que además interesaba que se quebrase el poder de los galos. De modo que [7] hizo venir de Pérgamo a su hermano Átalo¹⁷⁹, lo animó a emprender la guerra junto con él, y, cuando prometió su ayuda y la de los suyos, lo mandó a su país a hacer los preparativos necesarios. Pocos días después, cuando [8] el cónsul había partido de Éfeso y se dirigía a Magnesia¹⁸⁰, Átalo fue a su encuentro con mil soldados de infantería y quinientos de caballería, dejando orden a su hermano Ateneo de seguirlo a corta distancia con el resto de las tropas y encomendando la protección de Pérgamo a los que consideraba fieles a su hermano y al trono. El cónsul [9] felicitó al joven, avanzó hasta el Meandro y acampó, porque no se podía cruzar el río a pie y había que reunir embarcaciones para pasar el ejército. Una vez cruzado el Meandro llegaron a Hiera Come¹⁸¹.

Hay allí un templo de Apolo muy venerado y un [13] oráculo; dicen que los adivinos hacen sus predicciones en versos no exentos de arte. Desde allí, en una segunda [2] etapa, llegó hasta el río Harpaso¹⁸², donde se presentaron embajadores de Alabanda pidiéndole que obligase con su autoridad o por las armas a volver a su antigua obediencia a un enclave fortificado que se había rebelado hacía poco. También llegó allí Ateneo, el hermano de Éumenes y de [3] Átalo, con Leuso de Creta y Corrago de Macedonia; traían consigo un millar de hombres de infantería, mezcla de pueblos diversos, y trescientos de caballería. El cónsul mandó [4] un tribuno militar con un pequeño destacamento, tomó el poblado por la fuerza, y una vez reconquistado se lo devolvió a los alabandenses. Por su parte, sin desviarse en absoluto de su ruta, acampó cerca de Antioquía sobre [5] el río Meandro¹⁸³. Las aguas de este río nacen en Celenas. La ciudad de Celenas fue en otro tiempo la capital de Frigia; sus habitantes emigraron después no muy lejos de la antigua Celenas y se le puso a la nueva ciudad el nombre de Apamea, por Apama, la hermana¹⁸⁴ del rey Seleuco. [6] Cerca de las fuentes del Meandro nace también el río Marsias, que vierte sus aguas en el Meandro, y es fama que fue en Celenas donde Marsias compitió con Apolo tocando [7] la flauta¹⁸⁵. El Meandro, que nace en lo alto de la ciudadela de Celenas y discurre por el centro de la ciudad, atraviesa primero Caria y después Jonia y desemboca en [8] el golfo que está entre Priene y Mileto¹⁸⁶. Seleuco, el hijo de Antíoco, llegó a Antioquía al campamento del cónsul para entregar el trigo para el ejército según el acuerdo suscrito [9] con Escipión. Surgió una pequeña discusión a propósito de las fuerzas auxiliares de Átalo, porque Seleuco decía que Antíoco había pactado la entrega de trigo únicamente [10] para los soldados romanos. La actitud firme del cónsul zanjó también esta cuestión enviando a un tribuno con la orden de que los soldados romanos no aceptaran el trigo antes de que lo hubieran recibido las milicias auxiliares [11] de Átalo. Desde allí avanzaron hasta el lugar llamado Gordiutico¹⁸⁷, y desde esta localidad llegaron a Tabas¹⁸⁸ en tres etapas. La ciudad está situada en los confines de Pisidia, en la parte que da al mar de Panfilia, y mientras

estuvieron intactos los recursos de esta región tenía hombres animosos para el combate. También en esta ocasión [12] sus jinetes hicieron una salida contra la columna romana y con la primera carga sembró no poco desconcierto; luego, cuando resultó evidente que no estaban a su nivel ni en número ni en valor, fueron rechazados hasta la ciudad, y entonces pedían perdón por su error, dispuestos a entregar la plaza. Se les exigieron veinticinco talentos de plata [13] y diez mil medimnos¹⁸⁹ de trigo, y con esta condición se aceptó su rendición.

Dos días después llegaron al río Caso¹⁹⁰, de donde [14] partieron y tomaron la plaza de Eriza¹⁹¹ al primer asalto. Llegaron a Tabusio¹⁹², posición fortificada que domina [2] el río Indo¹⁹³, al que había dado nombre un indio¹⁹⁴ que se había tirado desde un elefante. No estaban lejos [3] de Cibira¹⁹⁵, y no llegaba ninguna embajada de Moagete, el tirano de dicha ciudad, hombre poco de fiar en todos los sentidos y difícil de tratar. Para sondear sus intenciones, [4] el cónsul mandó por delante a Gayo Helvio con cuatro mil soldados de a pie y quinientos de a caballo. Cuando esta columna estaba entrando ya en el territorio salieron a su encuentro unos emisarios anunciando que el [5] tirano estaba dispuesto a cumplir lo ordenado; le pedían que entrara en el territorio en son de paz y no dejara que los soldados saquearan los campos, y le traían una corona [6] de oro de quince talentos. Helvio prometió preservar los campos del saqueo y mandó a los emisarios que se dirigieran [7] al cónsul. Repitieron su mensaje, y el cónsul les dijo: «Los romanos no tenemos ninguna prueba de la buena disposición del tirano hacia nosotros, y, por otra parte, todo el mundo sabe que su manera de ser es como para pensar [8] más en un escarmiento que en la amistad». Alarmados por estas palabras los enviados pidieron únicamente que aceptase la corona y permitiese al tirano presentarse a él, [9] dándole la oportunidad de hablar y excusarse. Al día siguiente, con el permiso del cónsul, el tirano acudió al campamento con una indumentaria y una escolta adecuadas apenas a un simple particular de mediana posición, y empleó el lenguaje humilde y entrecortado del que minimiza los propios recursos y se queja de la pobreza de las [10] ciudades de su dominio.

Además de Cibira estaban bajo su dominio Sileo y la llamada ciudad de Limne. De éstas prometía sacar, a riesgo de despojarse a sí mismo y a los suyos, veinticinco talentos, con aire de no estar muy seguro. [11] «Francamente, dijo el cónsul, semejante burla resulta ya intolerable. No te basta con no haberte ruborizado sin estar presente cuando te burlabas por medio de tus enviados; también en persona persistes en tu desvergüenza. [12] ¿Veinticinco talentos dejarán agotada tu tiranía? Pues entonces, si no pagas al contado quinientos talentos en un plazo de tres días, cuenta con la devastación en tus campos y el asedio en tu ciudad.» Aunque aterrado por esta intimación, [13] persistía no obstante en su obstinada simulación de pobreza. Y poco a poco, a fuerza de mezquinas subidas, [14] unas veces con sofismas y otras con súplicas y lágrimas fingidas, llegó a los cien talentos. A éstos se añadieron diez mil medimnos de trigo. Todo ello fue recaudado en el término de seis días.

Desde Cibira el ejército fue conducido a través del [15] territorio de los sindenses¹⁹⁶ y acampó después de cruzar el río Caular¹⁹⁷. Al día siguiente la columna bordeó las [2] marismas de Caralitis¹⁹⁸ y se detuvo en Madampro¹⁹⁹. Cuando continuó el avance los habitantes huyeron de Lago²⁰⁰, la ciudad más próxima, a causa del pánico. Saquearon la ciudad, vacía de gente pero bien provista de [3] todo. Desde allí siguieron hasta las fuentes del río Lisis²⁰¹, y al día siguiente hasta el río Cobulato²⁰². En aquellos [4] momentos los termesenses estaban sitiando la ciudadela de Isionda²⁰³, después de haber ocupado la ciudad. Los sitiados, no teniendo otra esperanza de ayuda, mandaron emisarios al cónsul a pedir socorro: encerrados en la ciudadela [5] con sus mujeres y sus hijos, esperaban de un día para otro una muerte que llegaría por el hierro o por el hambre. Se le ofreció así al cónsul un pretexto para desviar la marcha hacia Panfilia como él quería. A su llegada liberó [6] del asedio a los isiondenses; concedió la paz a Termeso recibiendo cincuenta talentos de plata, y otro tanto ocurrió [7] con los aspendios y los otros pueblos de Panfilia. Al regreso de Panfilia acampó el primer día junto al río Tauro²⁰⁴, y al siguiente en la denominada Xiline Come²⁰⁵. Partiendo de allí llegó sin interrumpir la marcha a la ciudad [8]

de Cormasa²⁰⁶. La ciudad siguiente era Darsa²⁰⁷; la encontró abandonada por el pánico de sus habitantes pero llena de toda clase de cosas. Cuando avanzaba bordeando las marismas se presentaron delegados de Lisínoe [9] a entregar su ciudad. Llegaron luego a territorio sagalaseno²⁰⁸, rico y fértil en toda clase de frutos. Lo habitan los pisidas, que son con gran diferencia los mejores combatientes de la región. Su moral era alta debido a esta circunstancia así como a la fertilidad del suelo, a la densidad de la población, y a la posición de la ciudad, fortificada [10] como pocas. El cónsul, como no se había presentado ninguna delegación en la frontera, mandó soldados a los campos a saquear. Por fin, entonces, cuando vieron que se cogían y se llevaban sus bienes, se quebró su empecinamiento; [11] enviaron embajadores y obtuvieron la paz al precio de cincuenta talentos y veinte mil medimnos de trigo y veinte [12] de cebada. Luego avanzó hasta las fuentes Rotrinas²⁰⁹ y acampó junto a un poblado llamado Apóridos Comé²¹⁰. [13] Al día siguiente llegó allí Seleuco desde Apamea. Después de expedir a Apamea a los enfermos y los bagajes innecesarios y recibir de Seleuco guías para los caminos, salió aquel mismo día hacia la llanura de Metrópolis, y al día siguiente avanzó hasta Dinias²¹¹ de Frigia. Desde allí llegó [14] hasta Sínada²¹², mientras eran abandonadas, por miedo, todas las ciudades del contorno. Arrastrando un ejército cuya marcha era ya pesada debido al botín hecho en ellas, y cubriendo en todo el día una etapa de apenas cinco millas, llegó hasta la que llaman Beudos la Vieja²¹³. Después [15] acampó en Anabura²¹⁴, al día siguiente en las fuentes del Alandro²¹⁵, y al tercero en Abasio. Allí tuvo un campamento fijo durante bastantes días, porque habían llegado a la frontera de los tolостobogios²¹⁶.

La invasión de los galos en Asia. Llegada del ejército romano

Los galos, un enorme contingente humano, [16] debido a la falta de tierras o a la esperanza de botín, y persuadidos de que ninguno de los pueblos por donde iban a pasar estaba a su nivel con las armas, llegaron, con Breno al frente, hasta el territorio de los dárdanos. Allí se produjo una escisión: [2] cerca de veinte mil hombres, con los régulos Lónorio y

Lutario, se separaron de Breno y tomaron el camino de Tracia. Aquí combatieron con los que oponían resistencia [3] e impusieron tributo a los que pedían la paz, llegaron hasta Bizancio, y ocuparon durante algún tiempo la costa de la Propóntide teniendo como tributarias las ciudades de la región. Más adelante les entraron ganas de pasar a [4] Asia, pues, como estaban al lado oían hablar de lo rica que era aquella tierra, y después de tomar con engaño Lisimaquia y ocupar por las armas todo el Quersoneso bajaron [5] hacia el Helesponto. Pero allí, al ver que Asia estaba separada por un pequeño estrecho, los ánimos se impacientaron mucho más por cruzar, y mandaban mensajeros a Antípatro, gobernador de la costa, para hablar del paso. Como la cosa iba más despacio de lo que ellos esperaban, [6] de nuevo surgió entre los jefes otra escisión. Litorio, desandando el camino, se dirigió otra vez a Bizancio con la mayor parte de los hombres; Lutario sustrajo dos naves cubiertas y tres embarcaciones ligeras a los macedonios enviados por Antípatro a espiar, bajo apariencia de embajada. Transportando con ellas en tandas a sus hombres día y noche sin interrupción, en unos cuantos días trasladó [7] todas sus tropas. Litorio, por su parte, no mucho después, ayudado por Nicomedes, rey de Bitinia, hizo la travesía [8] desde Bizancio. Más adelante los galos se reagruparon de nuevo y prestaron ayuda a Nicomedes que estaba en guerra [9] con Zibeta, dueño de una parte de Bitinia. Gracias sobre todo a su colaboración, Zibeta fue derrotado y toda Bitinia pasó a poder de Nicomedes. Partiendo de Bitinia se adentraron en Asia. De los veinte mil hombres estaban [10] armados no más de diez mil. Sin embargo provocaron tal movimiento de pánico entre todos los pueblos que habitan a este lado del Tauro que se sometieron los que eran [11] invadidos y los que no, los más alejados igual que los vecinos. Al fin, como había tres tribus, tolóstobogios, trocmos y tectosagos²¹⁷, dividieron Asia en tres zonas, que serían tributarias [12] cada una de una tribu. A los trocmos les fue asignada la costa del Helesponto, a los tolóstobogios les tocó la Eólida y Jonia, y a los tectosagos el Asia del interior. Cobraban tributo en toda el Asia de este lado del Tauro, pero [13] fijaron su sede en las proximidades del río Halis²¹⁸. Y era tal el terror que inspiraba su nombre, pues además, al ser tan prolíficos, su número iba en aumento,

que al final ni siquiera los reyes de Siria se negaron a pagar tributo. El [14] primero en negarse de todos cuantos habitan en Asia fue Atalo, el padre del rey Éumenes, y la suerte acompañó a su audaz iniciativa, contrariamente a lo que todos habían creído, resultando vencedor en una batalla regular. Con todo, no les quebró la moral hasta el punto de que desistieran de su afán hegemónico; su poder se mantuvo [15] íntegro hasta la guerra de Antíoco contra los romanos; e incluso entonces, cuando Antíoco había sido rechazado, abrigaban grandes esperanzas de que el ejército romano no llegase hasta ellos dado que vivían lejos del mar.

Como había que combatir a un enemigo tan temido [17] por todos en aquella región, el cónsul reunió a los soldados y les habló en estos términos, en líneas generales: «No se me oculta, soldados, que entre todos los pueblos [2] que habitan en Asia los galos se distinguen por su fama de guerreros. Ese pueblo salvaje, después de recorrer casi [3] todo el mundo haciendo la guerra, se ha asentado entre gentes sumamente pacíficas. Gran estatura, cabellera larga y rojiza, amplios escudos, larguísimas espadas; además, [4] los cantos cuando entran en combate, los gritos, las danzas, y el horrísono estruendo de las armas cuando golpean los [5] escudos según una costumbre ancestral peculiar, todo ello expresamente calculado para infundir pánico. Pero, con esto, que se asusten los griegos, frigios y carios, a los que resulta nuevo y extraño; los romanos estamos acostumbrados a los alborotos de los galos, y también conocemos su [6] inconsistencia. Sólo una vez, junto al Alia²¹⁹, nuestros mayores huyeron ante ellos al primer choque; a partir de entonces llevan ya doscientos años abatiéndolos, haciéndolos pedazos y poniéndolos en fuga como rebaños, y casi se han celebrado más triunfos sobre los galos que sobre todo el [7] resto del mundo. Ahora lo sabemos por experiencia: si se aguanta la primera acometida que lanzan con su temperamento ardoroso y su furia ciega, sus miembros se desmoronan con el sudor y el cansancio, sus armas resbalan; el sol, el polvo y la sed, aunque no acerques a ellos el hierro, abaten sus cuerpos flojos y sus ánimos faltos de energía [8] cuando la rabia se remansa. No sólo hemos medido nuestras legiones con las suyas, sino que Tito Manlio²²⁰ y

Marco Valerio²²¹, hombre contra hombre, demostraron lo mucho [9] que supera el valor romano a la furia gala. Es más, Marco Manlio²²², él solo, despeñó a los galos que escalaban en columna el Capitolio. Y aquellos antepasados nuestros se las veían con galos de verdad, nacidos en su propia tierra; éstos ya han degenerado, por el mestizaje, y son [10] realmente galogriegos, como se los llama. Como en el caso de los animales y de las plantas, la simiente no tiene tanta fuerza para conservar sus cualidades naturales como las propiedades del suelo y del clima en que se alimentan, tienen [11] para alterarlas. Los macedonios, que poseen Alejandría en Egipto, Seleucia, Babilonia, y otras colonias esparcidas por todo el mundo, degeneraron en sirios, partos y egipcios; [12] Masilia, situada en medio de los galos, tomó en buena medida el carácter de sus vecinos; y a los tarentinos, ¿qué les ha quedado de aquella dura y terrible disciplina espartana? Todo lo que nace en su ambiente propio es más [13] genuino; trasplantado a una tierra que no es la suya, su naturaleza cambia, y se transforma en aquello de lo que se alimenta. Haréis pedazos, pues, a los frigios cargados con armas galas, igual que los hicisteis pedazos en el ejército de Antíoco, vosotros, los vencedores, a ellos, los vencidos. Más temo que de ello derive gloria escasa que [14] demasiada lucha. El rey Átalo los derrotó y los puso en [15] fuga varias veces. No vayáis a pensar que son sólo las fieras recién capturadas las que, conservando al principio aquella ferocidad de los bosques, luego se amansan cuando las alimenta la mano del hombre durante largo tiempo, y que no ocurre lo mismo con la naturaleza del hombre cuando se amansa su fiereza. ¿Creéis que éstos son los [16] mismos que fueron sus padres y sus abuelos? Salieron, errantes, de su país por falta de tierras, atravesaron las inhóspitas regiones de Iliria, recorrieron después a lo largo y a lo ancho la Peonia y Tracia combatiendo con los pueblos más belicosos, y ocuparon estas tierras. Endurecidos [17] y exasperados por tantas calamidades, los acogió una tierra que podía saciarlos de toda clase de cosas. Un suelo tan fértil, un clima tan benigno y unos vecinos de natural tan apacible amansaron toda aquella fiereza que tenían al llegar. ¡Por Hércules!, vosotros, descendientes de Marte, [18] debéis cuidaros y huir cuanto antes de los encantos de

Asia, tan grande es el poder que tienen estos placeres extranjeros para reblandecer la fuerza del carácter, tan grande es la fuerza del contacto con las costumbres y la forma de vida de los vecinos. Se da, sin embargo, la afortunada circunstancia [19] de que, si bien no conservan su fuerza frente a vosotros, sí que conservan entre los griegos una reputación [20] como la que tenían al llegar, y, como vencedores, tendréis entre los aliados la misma gloria militar que si hubieseis vencido a los galos dotados de su antigua forma de coraje».

[18] Tras disolver la asamblea y enviar emisarios a Eposognato, el único de los régulos que había mantenido la amistad con Éumenes y negado ayuda a Antíoco contra los romanos, levantó el campamento. El primer día llegaron al río Alandro y el segundo a un poblado llamado [2] Tiscón²²³. Allí llegaron emisarios de los oroandenses²²⁴ a pedir amistad; se les exigieron doscientos talentos, y cuando solicitaron volver a dar cuenta a su patria se les concedió [3] esa posibilidad. Después el cónsul siguió al frente del ejército en dirección a Pliten²²⁵, y luego acampó cerca de Aliatos²²⁶. Hasta allí volvieron los que habían sido enviados a Eposognato y unos embajadores del régulo pidieron que no hiciera la guerra a los tectosagos, que Eposognato personalmente se dirigiría a este pueblo y lo convencería [4] para que obedeciera. Se autorizó a ello al régulo, y desde allí se inició la marcha del ejército a través de la región denominada Axilos²²⁷. El nombre que tiene responde al hecho de que no produce madera alguna, ni siquiera espinos o algún otro combustible; en vez de leña utilizan estiércol [5] de vacuno. Cuando los romanos estaban acampados cerca de Cubalo²²⁸, poblado fortificado de Galogrecia, aparecieron con gran estrépito los jinetes enemigos, sembraron el desconcierto en los puestos de guardia con su inesperada irrupción, e incluso mataron a algunos hombres. Cuando el alboroto llegó hasta el campamento, la caballería [6] romana, saliendo de pronto por todas las puertas, derrotó y puso en fuga a los galos, matando a un número considerable cuando huían. A partir de allí, el cónsul, [7] como veía que había entrado ya en contacto con el enemigo, avanzaba después de un reconocimiento del terreno y cerrando cuidadosamente la columna. Cuando hubo llegado al río

Sangario²²⁹ en marchas ininterrumpidas, se dispuso a construir un puente, porque a pie no había paso por ningún sitio. El Sangario discurre desde el monte Adoreo²³⁰ [8] a través de Frigia, junta sus aguas con las del Timbris²³¹ cerca de Bitinia, y desde allí, crecido con el doble caudal, corre a través de Bitinia y se precipita en la Propóntide; pero debe su importancia no tanto al caudal como al hecho de proporcionar a los ribereños gran abundancia de peces. Finalizado el puente, cruzaron el río y, [9] cuando marchaban por su orilla, vinieron a su encuentro desde Pesinunte los sacerdotes galos de la Gran Madre con sus distintivos anunciando con un canto frenético que la diosa abría a los romanos el camino de la guerra y les concedía la victoria y el dominio de aquella región. El [10] cónsul, después de declarar que aceptaba el augurio, plantó allí mismo el campamento. Al día siguiente llegó hasta Gordio²³². Ésta no es, ciertamente, una gran ciudad, pero [11] sí es un mercado más famoso y frecuentado de lo habitual [12] tierra adentro. Tiene tres mares casi a la misma distancia, el Helesponto, el de Sínope²³³ y el de la costa opuesta, donde viven los cilicios del litoral; además es limítrofe de muchos y grandes pueblos, cuyas relaciones comerciales se centraron precisamente en aquel lugar de intercambio. [13] En esta ocasión encontraron la ciudad abandonada por la huida de sus habitantes pero abundantemente surtida [14] de toda clase de provisiones. Mientras estaban allí acuartelados llegaron unos emisarios de Eposognato con la noticia de que éste había visitado a los régulos de los galos [15] sin obtener ningún resultado razonable; éstos estaban emigrando en masa de las aldeas y las tierras del llano con sus mujeres e hijos llevándose cuanto podían acarrear o arrear, y se dirigían al monte Olimpo para defenderse allí con las armas y la posición.

[19] Posteriormente unos mensajeros de los oroandenses trajeron noticias más precisas: la tribu de los tolostobogios había ocupado el monte Olimpo; los tectosagos se habían separado dirigiéndose a otro monte, llamado Magaba²³⁴; [2] los trocmos, dejando sus mujeres e hijos con los tectosagos, habían decidido marchar, armados, a prestar ayuda a los tolostobogios. Los régulos de las tres tribus eran entonces [3] Ortiagón, Combolomaro y Gauloto. Al emprender la guerra se

habían basado sobre todo en el convencimiento de que, ocupando los montes más altos de aquella región y concentrando allí lo que pudiera bastar para las necesidades de un período de tiempo incluso largo, cansarían [4] al enemigo por aburrimiento, pues éste no se atrevería a subir por unos parajes tan difíciles y accidentados, y en el caso de que lo intentase, incluso con una pequeña tropa se podía mantenerlo a raya y rechazarlo; y si se quedaba quieto al pie de aquellas montañas heladas, no soportaría el frío y las privaciones. Sin embargo, a pesar de que [5] les servía de protección la altitud misma de la posición, rodearon además con una trinchera y otros elementos defensivos las cimas en las que se habían establecido. Apenas [6] se preocuparon de aprovisionarse de armas arrojadizas, convencidos de que la propia naturaleza rocosa del lugar les proporcionaría piedras suficientes.

Batallas de los montes Olimpo y Magaba

El cónsul había previsto una batalla [20] no cuerpo a cuerpo sino a distancia, asediando las posiciones, y había preparado una gran cantidad de jabalinas, lanzas para los vélites, flechas, bolas y pequeñas piedras que pudieran lanzarse con la honda; provisto de [2] esta reserva de proyectiles marcha hacia el monte Olimpo y acampa a unas cinco millas de distancia. Al día siguiente, [3] cuando se había adelantado con cuatrocientos jinetes y con Átalo para explorar la configuración de la montaña y el emplazamiento del campamento de los galos, jinetes enemigos, en doble número que los suyos, salieron del campamento y le hicieron emprender la huida; cuando huían, además, fueron muertos unos pocos y heridos un número mayor. El tercer día partió con todas las tropas para [4] reconocer el terreno y como no salió ningún enemigo fuera de las fortificaciones dio la vuelta a la montaña sin problemas y observó que por la cara sur las colinas eran de tierra y su pendiente suave hasta un determinado límite; que, [5] por el norte, había paredes rocosas casi verticales, y que, mientras todo el resto era impracticable, había tres caminos, uno en el medio del monte, donde el suelo era de tierra, y dos difíciles, uno al sudeste y otro al noroeste. Una vez observados estos detalles, aquel día acampó en [6] la falda misma del monte. Al día siguiente,

después de hacer un sacrificio en el que obtuvo presagios favorables desde las primeras víctimas, dividió el ejército en tres columnas [7] e inició el avance contra el enemigo. Él, con la parte mayor de las tropas, sube por donde el monte ofrecía más fácil acceso; ordena a su hermano Lucio Manlio subir por la cara sudeste hasta donde lo permita el terreno [8] y pueda hacerlo sin riesgo; si encuentra algún tramo peligroso o de pendiente difícil, que no luche contra la naturaleza adversa del terreno ni se enfrente a dificultades insuperables, sino que, tomando el monte de través, gire en [9] dirección a él y se reúna con su columna. A Gayo Helvio le ordena que vaya girando poco a poco con la tercera división por la base del monte y después ataque con ella la pendiente por el noroeste. También dividió en tres partes iguales las milicias auxiliares de Átalo, y mandó al joven [10] que fuese con él. Dejó la caballería con los elefantes en la parte del llano más próxima a las colinas, dándose orden a los oficiales de estar atentos para percatarse de lo que ocurría en cada sitio y poder llevar ayuda a donde la situación lo requiriese.

[21] Los galos, bastante seguros de que su posición era inaccesible por los dos lados, con el fin de cerrar mediante las armas el paso por la cara sur envían unos cuatro mil hombres armados a ocupar una colina que dominaba el camino a menos de una milla del campamento, convencidos de que bloquearían el paso con aquella especie de fortaleza. [2] Cuando los romanos vieron esta maniobra se prepararon para la batalla. Delante de las enseñas, a poca distancia, iban los vélites y los arqueros cretense de Átalo, [3] y los honderos, trales y tracios; las banderas de infantería, como requería la pendiente, marchaban despacio, llevando los escudos por delante, aparentemente para evitar los proyectiles sin que pareciera que tenían intención de combatir cuerpo a cuerpo. Se inició el combate a distancia con las [4] armas arrojadas, equilibrado al principio, favorecidos los galos por la ventaja de la posición y los romanos por la variedad y la abundancia de armas ofensivas; a medida que el combate iba a más, el equilibrio iba a menos. A los galos les cubrían mal sus escudos, largos pero demasiado estrechos para su corpulencia y además planos. Y ya [5] no tenían más armas que las espadas, que no servían para nada porque el enemigo no combatía de cerca. Recurrían

a piedras de tamaño desproporcionado, pues no [6] las habían preparado previamente, echando mano, con las prisas, de las que el azar ponía a su alcance, y, dada su inexperiencia, las empleaban sin ajustar el tiro con habilidad ni con fuerza. Eran acribillados desde todas partes, [7] sin cubrirse, con flechas, bolas y jabalinas, y no sabían qué hacer, cegados por la rabia y el pánico, viéndose cogidos por sorpresa en una clase de lucha para la que no estaban preparados en absoluto. Pues mientras que en el [8] cuerpo a cuerpo, donde se pueden recibir e infligir heridas alternativamente, la rabia enciende su combatividad, por el contrario, cuando son heridos con armas arrojadas ligeras desde un lugar lejano y oculto y no saben adónde dirigir su ciega embestida, se precipitan sin darse cuenta sobre los suyos como fieras heridas. El hecho de combatir [9] desnudos dejaba a la vista sus heridas, y sus cuerpos son blandos y pálidos porque sólo se descubren durante la batalla, de modo que fluía más sangre dada su abundante carnosidad, se abrían heridas más repugnantes, y la blancura de sus cuerpos contrastaba más con el color oscuro de las manchas de sangre. Pero a ellos no los impresionan [10] las heridas tan abiertas; a veces hasta creen que combaten más gloriosamente con cortes en la piel, cuando la herida [11] es más ancha que profunda; pero cuando la punta de una flecha o una bola de honda penetra a fondo y les resquema con una herida aparentemente ligera, y el proyectil no sale cuando buscan la forma de sacarlo, entonces se tiran por tierra abandonándose a la rabia y la vergüenza de que acabe con ellos una herida tan pequeña, y así estaban en [12] esta ocasión tendidos aquí y allá; otros, al lanzarse contra el enemigo, eran acribillados desde todas partes, y, cuando llegaban a corta distancia, eran degollados por los vélites [13] con la espada. Estos soldados tienen un escudo de tres pies y venablos en la diestra para usar a distancia, se ciñen espada hispánica²³⁵, y si hay que combatir cuerpo a cuerpo pasan los venablos a la izquierda y desenvainan la espada. [14] Quedaban ya pocos galos con vida, y éstos, cuando se vieron superados por la infantería ligera y con las enseñas de las legiones encima huyeron en desbandada dirigiéndose de nuevo al campamento, en el que reinaba ya el pánico y el desconcierto lógicos al estar allí entremezclados las mujeres, los niños y la masa restante de

los no combatientes. [15] Los romanos victoriosos se encontraron con unas colinas abandonadas por la huida de los enemigos.

[22] En el mismo momento aproximadamente, Lucio Manlio y Gayo Helvio habían subido hasta donde la pendiente de las colinas permitía la marcha y, cuando llegaron a un tramo impracticable, giraron hacia la única parte del monte [2] que tenía un camino y comenzaron a seguir la columna del cónsul a corta distancia uno y otro como puestos de acuerdo, obligados por la pura necesidad a hacer lo que [3] hubiera sido lo mejor desde un principio, pues en un terreno de tanta dificultad las tropas de reserva ofrecen a menudo la gran ventaja de que, si se da el caso de ser rechazados en desorden los que van en cabeza, los cubren los que van detrás y toman el relevo en el combate en plenitud de fuerzas. El cónsul, cuando las primeras enseñas [4] llegaron hasta las alturas ocupadas por la infantería ligera, dio orden a los soldados de tomar un respiro y descansar un poco; entretanto, les mostró los cadáveres de los galos esparcidos por las colinas: si la infantería ligera había [5] combatido de aquella forma, ¿qué cabía esperar de las legiones, de las armas regulares, del coraje de los soldados más valientes? A ellos les tocaba tomar el campamento, en el que temblaba de pánico el enemigo rechazado por las tropas ligeras. No obstante, ordena que vaya delante [6] la infantería ligera, que, mientras la columna hacía alto, para no estar inactiva ni siquiera durante ese tiempo había estado recogiendo armas arrojadas por las colinas a fin de tener proyectiles en abundancia. Se estaban acercando [7] ya al campamento, y los galos, temiendo que no los protegiesen lo suficiente sus fortificaciones, habían formado delante de la empalizada con sus armas. Bajo una nube de proyectiles de todas clases, como eran más los tiros que daban en el blanco cuantos más eran ellos y más juntos estaban, en un instante fueron rechazados al interior de la empalizada dejando únicamente fuertes guardias a la entrada misma de las puertas. Sobre la masa empujada al [8] interior del campamento se disparaba una ingente cantidad de armas arrojadas y proyectiles, y los gritos mezclados con los llantos de las mujeres y los niños daban a entender que eran muchos los heridos. Los legionarios de vanguardia [9] lanzaron sus

jabalinas contra los que estaban de guardia bloqueando las puertas. No los herían con ellas, sin embargo, pero muchos, con los escudos atravesados, quedaban enredados unos con otros, y no resistieron por mucho tiempo más el ataque de los romanos.

[23] Cuando estaban ya libres las puertas, antes de que irrumpieran los vencedores, los galos salieron del campamento huyendo en todas direcciones. Se precipitan, ciegos, por donde hay camino y por donde no; no los detienen ni precipicios ni peñascos, a nada temen salvo al enemigo, [2] y así muchos encuentran la muerte golpeándose o quedando extenuados al caer de cabeza precipitándose a gran altura. Una vez tomado el campamento, el cónsul aparta a los soldados del saqueo y del botín y ordena que todos, de la forma en que les sea posible, persigan y acosen e incrementen el pánico de los desmoralizados enemigos. [3] Llega también la segunda columna con Lucio Manlio; tampoco deja que entren en el campamento, los manda directamente en persecución del enemigo, y poco después él mismo, confiando a los tribunos militares la custodia de los prisioneros, se va detrás convencido de que la guerra habrá concluido si en aquel movimiento de pánico se daba muerte o cogía prisioneros al mayor número posible. [4] Después de salir el cónsul llegó Gayo Helvio con la tercera columna; no fue capaz de impedir que sus hombres saquearan el campamento, y por una suerte absolutamente injusta el botín fue a parar a quienes no habían tomado parte en el combate. Los jinetes permanecieron quietos bastante tiempo sin saber nada de la batalla y de la victoria [5] de los suyos; después, subiendo a su vez hasta donde les era posible con los caballos, persiguieron y dieron muerte o cogieron prisioneros a los galos dispersos en la huida [6] en torno a la falda del monte. No resultó fácil establecer el número de muertos, porque la huida y la matanza se [7] extendieron por todos los vericuetos de los montes y gran parte de ellos rodaron por peñascales inaccesibles hasta valles muy profundos mientras que otros fueron muertos en la espesura de los bosques. Claudio²³⁶, que refiere que [8] hubo dos batallas en el monte Olimpo, sostiene que fueron cerca de cuarenta mil los muertos; Valerio Anciate, que suele ser más

exagerado abultando las cifras, que no pasaron de diez mil. El número de prisioneros llegó sin duda [9] a los cuarenta mil, porque los galos habían arrastrado consigo una multitud de toda edad y condición como si se tratase de emigrar más que de ir a una guerra. El cónsul, [10] una vez quemadas en un solo montón las armas de los enemigos, ordenó que trajeran todos el botín restante y lo vendió, en la parte que debía revertir en el tesoro público, o lo repartió entre los soldados poniendo buen cuidado en que se hiciese con la mayor equidad. Fueron también [11] felicitados todos públicamente y recompensados cada uno según sus méritos, y sobre todo Átalo, con las mayores muestras de asentimiento por parte de los demás porque este joven se había distinguido tanto por su valor y habilidad en todos los trabajos y peligros como por su moderación.

Faltaba por emprender la campaña contra los tectosagos. [24] Marchó el cónsul contra ellos y en tres etapas llegó a Ancira²³⁷, ciudad renombrada en aquella región; los enemigos estaban a poco más de diez millas de distancia de ella. Mientras estaban allí acuartelados, una prisionera [2] realizó un gesto que merece ser recordado. La esposa del régulo Orgiagonte, mujer de belleza excepcional, estaba bajo vigilancia con numerosos prisioneros; de la custodia estaba encargado un centurión libidinoso y codicioso como son los militares. Éste comenzó por tantear su actitud; al ver que [3] ésta era de absoluto rechazo a una entrega voluntaria, tomó por la fuerza el cuerpo que la suerte había hecho esclavo. [4] Después, para atenuar la indignidad del ultraje, ofreció a la mujer la posibilidad de volver junto a los suyos, pero ni siquiera esto lo hizo por nada, como haría un enamorado. Después de fijar una cantidad de oro, para no tener por cómplice a uno de sus hombres permitió que ella misma eligiese a uno de los prisioneros y lo enviase como mensajero [5] ante los suyos. Señaló un lugar cerca del río adonde debían acudir con el oro a la noche siguiente dos parientes de la prisionera, no más, para hacerse cargo de ella. [6] Casualmente entre los compañeros de cautiverio había un esclavo de la mujer. Fue éste el mensajero al que acompañó el centurión al caer la noche hasta más allá de los puestos [7] de guardia. A la

noche siguiente acuden al lugar señalado los dos parientes de la mujer por una parte y el centurión [8] con la prisionera por otra. Una vez allí, cuando mostraban el oro suficiente para alcanzar la suma de un talento ático²³⁸ —pues esa era la cantidad convenida—, la mujer les ordenó en su propia lengua que desenvainaran la espada y dieran muerte al centurión mientras pesaba el [9] oro. Llevando ella misma la cabeza cortada del decapitado envuelta en su ropa llegó ante su marido Orgiagonte, que había huido a refugiarse en su casa desde el Olimpo. Antes de abrazarlo arrojó a sus pies la cabeza del centurión; [10] y al preguntar él, extrañado, de quién era aquella cabeza humana y qué significaba aquel gesto tan poco propio de una mujer, confesó a su marido la afrenta hecha a su cuerpo y la venganza por haber sido forzada y ultrajada su [11] virtud; y, según cuentan, con la pureza y la austeridad del resto de su vida conservó hasta el final la gloria de esta acción tan digna de una matrona.

Campaña contra los tectosagos

En el campamento permanente de Ancira [25] se presentaron al cónsul unos delegados de los tectosagos pidiendo que no levantase de allí el campamento sin haber hablado con sus régulos: cualquier condición de paz sería para ellos preferible a una guerra. Se fijó para el día siguiente la hora y el lugar que parecía [2] a medio camino aproximadamente entre el campamento de los galos y Ancira. El cónsul acudió allí a la hora fijada [3] con una escolta de quinientos jinetes, no vio ningún galo y regresó al campamento; volvieron entonces los mismos parlamentarios explicando que sus régulos no podían acudir [4] por impedimentos de carácter religioso; que iban a venir los principales de la tribu, con los cuales se podía igualmente llevar a cabo la negociación. El cónsul dijo que [5] él, por su parte, enviaría a Átalo. A esta entrevista asistieron las dos partes. Átalo había traído trescientos jinetes como escolta, y se discutieron las condiciones de paz. Como no se podía, al estar ausentes los jefes, cerrar la [6] negociación, se acordó que al día siguiente se encontraran en aquel lugar el cónsul y los régulos. El obstruccionismo [7] de los galos tenía por objeto en primer lugar hacer tiempo mientras trasladaban al otro lado

del río Halis, junto con sus mujeres y sus hijos, los bienes que no querían que corrieran peligro; y en segundo lugar, preparar una emboscada al propio cónsul, que estaba poco en guardia contra las artimañas de una negociación. Para este propósito escogieron [8] entre todas sus tropas un millar de jinetes de audacia probada, y la traición habría tenido éxito de no haberse puesto la suerte de parte del derecho de gentes que se había decidido violar. Los soldados romanos encargados [9] de recoger forraje y leña fueron enviados a la zona donde iba a celebrarse la entrevista, considerando los tribunos que así la seguridad sería mayor porque la guardia del cónsul les serviría también a ellos de protección frente al enemigo; [10] no obstante, colocaron un segundo puesto de guardia para ellos, de seiscientos jinetes, más cerca del campamento. [11] Como Átalo aseguraba que acudirían los régulos y se podría cerrar la negociación, el cónsul salió del campamento, y cuando había avanzado unas cinco millas con la misma escolta de jinetes que la vez anterior y no estaba a mucha distancia del lugar convenido, de pronto vio venir a los galos con los caballos al galope como en una carga [12] contra el enemigo. Dio la orden de alto a la columna, mandó a los jinetes que preparasen las armas ofensivas y los ánimos, y de momento aguantó la carga inicial con firmeza, sin retroceder; luego, ante el peso del número, inició un repliegue gradual sin descomponer en absoluto [13] la formación de los escuadrones; finalmente, cuando representaba ya mayor riesgo la demora que seguridad el mantenimiento de la formación, se lanzaron todos a una huida desordenada. Pero entonces los galos comenzaron a perseguir de cerca a los que se habían dispersado y a hacerlos pedazos, y una gran parte de éstos habría sido aplastada si no hubiesen acudido los seiscientos jinetes de la escolta [14] de los forrajeadores. Al oír éstos desde lejos los gritos de pánico de los suyos, tras aprestar las armas y los caballos, tomaron el relevo, con sus fuerzas intactas, en la batalla [15] prácticamente perdida. Cambió así la suerte en un instante, trasladándose de los vencidos a los vencedores el pánico. Los galos fueron derrotados con la primera carga mientras que, por otra parte, los forrajeadores llegaban de los campos a la carrera; por todas partes se topaban con enemigos los galos, de forma que no tenían ni siquiera un sitio por donde escapar sin

riesgo o al menos con facilidad, porque estaban cansados y los romanos los perseguían con caballos frescos. Así pues, pocos escaparon; ninguno [16] fue cogido prisionero, la gran mayoría pagó con la muerte el castigo por haber roto a traición la negociación. Los romanos, con los ánimos encendidos de rabia, llegan al día siguiente con todas sus tropas a las cercanías del enemigo.

El cónsul dedicó un par de días a estudiar personalmente [26] la configuración del monte para que no quedase nada sin conocer; el tercer día, después de ocuparse de los auspicios, hizo un sacrificio y sacó sus tropas repartidas en cuatro cuerpos, dos que llevaría por el centro del monte y dos que haría subir por los lados en dirección a las [2] alas de los galos. Lo mejor de las fuerzas enemigas, los [3] tectosagos y los trocmos, cincuenta mil hombres, ocupaban el centro de la formación; la caballería desmontó, dado que los caballos no eran de ninguna utilidad en las escarpadas rocas, y sus diez mil hombres fueron colocados en el ala derecha; los capadocios de Ariarate y las tropas [4] auxiliares de Morcio, en el ala izquierda, formaban un contingente de unos cuatro mil hombres. El cónsul situó las tropas ligeras en primera línea, igual que en el monte Olimpo, y se ocupó de que también en este caso tuvieran a mano una gran cantidad de proyectiles de todas clases. Cuando [5] se acercaron, todo era un calco por una y otra parte de lo ocurrido en la batalla anterior exceptuando la moral de combate, crecida en los vencedores como consecuencia del resultado favorable y quebrantada en los enemigos debido [6] a que, a pesar de no haber sido vencidos ellos directamente, consideraban como suya la derrota sufrida por los hombres de su raza. Y así, la acción iniciada en unas condiciones parejas tuvo un desenlace idéntico. Los proyectiles [7] ligeros lanzados contra la formación de los galos la cubrieron como una nube. Ninguno de ellos se atrevía a lanzarse fuera de las filas por temor a exponerse, desprotegido, a los golpes que llegaban de todas partes, y permaneciendo a pie firme recibían más heridas cuanto más apiñados estaban, [8] como blanco seguro para los atacantes. El cónsul pensó que si hacía aparecer las enseñas de las legiones, desconcertados como estaban ya de por sí, se darían todos a la huida inmediatamente, e hizo volver hasta las

filas a los vélites y las otras tropas auxiliares y mandó avanzar a su ejército en orden de batalla.

[27] Los galos, aterrados por el recuerdo de la derrota de los tolustobogios, llevando los dardos clavados en su cuerpo y agotados por la permanencia a pie firme y por las heridas, no resistieron ni siquiera la primera carga y el grito [2] de guerra de los romanos. La huida tomó el rumbo del campamento, pero pocos se refugiaron dentro de las fortificaciones; la mayor parte de ellos fueron más allá por la derecha y por la izquierda y huyeron por donde su impulso [3] llevó a cada uno; los vencedores fueron tras ellos hasta el campamento descargando tajos sobre sus espaldas; después, en su afán de botín, se quedaron detenidos [4] en el campamento y nadie mantenía la persecución. En las alas los galos aguantaron más tiempo porque se tardó más en llegar hasta ellos; por lo demás, no resistieron ni siquiera [5] la primera descarga de proyectiles. El cónsul, como no era capaz de arrancar del pillaje a los que habían penetrado en el campamento, envió directamente en persecución [6] del enemigo a los que habían estado en las alas. Aunque lo perseguieron durante un buen trecho, sin embargo no dieron muerte a más de ocho mil hombres en la huida, porque combate no fue; los demás cruzaron el río Halis. [7] Gran parte de los romanos permanecieron aquella noche en el campamento enemigo; a los demás los llevó el cónsul de vuelta al campamento. Al día siguiente hizo el recuento de los prisioneros y del botín, que fue muy cuantioso: todo lo que había podido acumular un pueblo entregado por completo a la rapiña después de haber ocupado por las armas durante muchos años toda la zona del lado de acá de las montañas del Tauro. Los galos, después de dispersarse [8] huyendo en desbandada, se reagruparon en un único lugar, heridos o desarmados en su mayoría, privados de todas sus cosas, y enviaron al cónsul parlamentarios de paz. Manlio les mandó dirigirse a Éfeso; él, como estaban [9] ya a mediados del otoño, se apresuró a salir de aquellos lugares gélidos debido a la proximidad de las montañas del Tauro y llevó al ejército victorioso de vuelta a los cuarteles de invierno de la costa.

Roma: acción de los censores

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos [28] en Asia, en las demás provincias la situación fue de tranquilidad. En Roma los censores Tito Quincio Flaminio y Marco Claudio Marcelo revisaron la composición del senado. Publio Escipión Africano [2] fue elegido por tercera vez cabeza de lista del senado; sólo fueron excluidos cuatro senadores, ninguno de los cuales había ejercido magistratura curul. También fue muy tolerante la censura en la revisión del censo de caballeros. Adjudicaron las cimentaciones del Equimelio²³⁹, en el [3] Capitolio, y el empedrado de la calle desde la puerta Capena hasta el Campo de Marte. Los campanos preguntaron [4] al senado dónde se censaban; se decidió que fueran censados en Roma. Aquel año hubo grandes riadas; el Tíber inundó dos veces el Campo de Marte y la parte baja de la ciudad.

*Oriente: campaña de Cefalania. Conquista de Same.
Filopemén contra Esparta*

[5] Cuando el cónsul Gneo Manlio terminó la guerra con los galos en Asia, el otro cónsul, Marco Fulvio, una vez sometidos definitivamente los etolios, pasó a Cefalania y mandó preguntar en todas las ciudades si preferían entregarse a los romanos [6] o tentar la suerte de la guerra. El miedo pesó lo suficiente en todos como para que nadie rehusara la rendición. Después se les exigieron rehenes; los pueblos con pocos medios los entregaron a tenor de sus recursos, y en cuanto a los cranios, palenses y sameos²⁴⁰, [7] entregaron veinte cada pueblo. Había brillado para Cefalania la perspectiva de una paz inesperada, y entonces, de forma imprevista una ciudad, la de los sameos, rompió [8] con el acuerdo sin que se sepa muy bien el motivo. Como su ciudad estaba situada en una posición estratégica, decían que habían tenido miedo a que los romanos los obligasen a emigrar. Pero no se sabe con certeza si ellos mismos se imaginaron ese peligro y con su temor infundado activaron un mal que estaba estancado, o si llegó a sus oídos una posibilidad barajada en las conversaciones entre [9] los romanos; el hecho es que cuando ya habían entregado los rehenes cerraron las puertas de improviso y no quisieron desistir de su postura ni siquiera ante las súplicas de sus conciudadanos, enviados por el cónsul al

pie de las murallas para que movieran a compasión a sus padres y [10] paisanos. Entonces, como no llegaba una respuesta conciliadora, comenzó el ataque a la ciudad. El cónsul había hecho traer del asedio de Ambracia toda la maquinaria [11] de lanzamiento y asedio, y los soldados finalizaron activamente los trabajos que era preciso realizar. Se acercaron, pues, los arietes en dos puntos y batieron los muros.

Tampoco por parte de los sameos se descuidó nada [29] que pudiese mantener alejadas las obras de asedio o rechazar al enemigo. No obstante, su resistencia se basaba sobre todo en dos operaciones: una, construir incesantemente, [2] por la parte de dentro, un nuevo muro igualmente sólido en sustitución del derrumbado; otra, hacer salidas imprevistas, unas veces contra los trabajos de asedio enemigos y otras contra los puestos de guardia, y la mayoría de las ocasiones salían con ventaja en estos combates. Sólo se [3] encontró un procedimiento, nada digno de especial mención, para reducirlos. Se trajeron cien honderos de Egio, Patras y Dime. Éstos, según cierta costumbre de su pueblo, [4] practicaban desde niños lanzando con la honda a mar abierto cantos rodados de los que suelen estar sembradas las playas, mezclados con la arena. Por eso manejaban [5] esta arma lanzando más lejos y con un tiro más preciso y más fuerte que el hondero balear. Y su honda no tiene [6] una correa simple como las de las Baleares y otros pueblos, sino que tiene una bolsa de tres capas reforzada con costuras apretadas para que al efectuar el lanzamiento no dé vueltas el proyectil al distenderse la correa sino que mantenga el equilibrio y salga derecha como proyectada por la cuerda de un arco. Habitados a atravesar a gran [7] distancia anillos de pequeño diámetro herían al enemigo no ya en la cabeza sino en el punto del rostro al que apuntaran. Estas hondas contuvieron a los sameos impidiendo [8] que hicieran salidas con tanta frecuencia y con tanta osadía, hasta el extremo de pedir desde los muros a los aqueos que se retiraran por algún tiempo y se estuvieran quietos viéndoles combatir contra los puestos de guardia romanos. Durante cuatro meses resistió Same el asedio. Como, de [9] los pocos que eran, todos los días caían o resultaban heridos algunos, y los que quedaban estaban física y moralmente [10] agotados, una noche los romanos, a través de

la ciudadela que llaman Cineátide (la ciudad, en efecto, se orienta hacia el oeste descendiendo hacia el mar), escalaron [11] la muralla y llegaron hasta el foro. Los sameos, al darse cuenta de que los enemigos habían tomado una parte de la ciudad, se refugiaron con sus mujeres e hijos en la ciudadela mayor. Luego, al día siguiente, se rindieron, la ciudad fue saqueada, y fueron vendidos todos como esclavos.

[30] Una vez arreglada la situación de Cefalania e impuesta una guarnición a Same, el cónsul cruzó al Peloponeso, donde hacía ya tiempo que reclamaban su presencia los lacedemonios [2] y sobre todo los egienses. Desde los orígenes de la Liga Aquea siempre se convocaban en Egio las asambleas federales, concesión debida al prestigio de la ciudad [3] o a su posición estratégica. Aquel año por primera vez Filopemén intentó acabar con esta tradición y se disponía a presentar una propuesta de ley para que las asambleas se celebrasen por turno en todas las ciudades que formaban [4] parte de la Liga Aquea. Y poco antes de la llegada del cónsul, mientras que los demiurgos, que son los magistrados de mayor rango de las ciudades, convocaron la asamblea en Egio, Filopemén, que entonces era el pretor, la [5] convocó en Argos. Como era evidente que casi todos irían a reunirse a Argos, también acudió allí el cónsul, a pesar de que estaba a favor de la causa de los egienses. Pero cuando se debatió la cuestión, viendo que las cosas [6] tomaban otro rumbo, desistió de su propósito. Después atrajeron su atención los lacedemonios sobre sus propias controversias. Su Estado estaba especialmente preocupado por los exiliados, gran parte de los cuales vivían en poblados fortificados de la franja costera de Laconia, de la que se habían visto privados enteramente. Los lacedemonios, [7] que no se resignaban a soportar esta situación, para tener libre el acceso al mar por algún sitio si alguna vez querían enviar embajadores a Roma o a cualquier otra parte, y al mismo tiempo para disponer de un mercado y un depósito para las mercancías importadas para las necesidades del consumo, una noche atacaron y ocuparon por sorpresa un poblado costero llamado Las. Los habitantes del pueblo [8] y los exiliados residentes en él, en un principio fueron presa del pánico por lo inesperado del ataque; después, al amanecer, se reunieron y tras un breve combate desalojaron

a los lacedemonios. Con todo, el pánico se propagó [9] por toda la zona costera, y todos los poblados fortificados y las aldeas y los exiliados que tenían allí sus domicilios enviaron a los aqueos una embajada común.

El pretor Filopemén, que era favorable desde un principio [31] a la causa de los exiliados y siempre aconsejaba a los aqueos una reducción del poder y la influencia de los lacedemonios, concedió a los que protestaban una audiencia ante la asamblea, y a propuesta suya se aprobó un [2] decreto en el sentido siguiente: puesto que Tito Quincio y los romanos habían confiado a la protección y al amparo de los aqueos los poblados fortificados y las aldeas de la costa de Laconia, que los lacedemonios debían respetar de acuerdo con el tratado, y dado que, sin embargo, el poblado de Las había sido atacado y se había producido allí una masacre, a menos que fuesen entregados a los aqueos los responsables de esta agresión se consideraría violado el tratado. Inmediatamente se mandaron a Lacedemonia [3] diputados para exigir su entrega. A los lacedemonios esta exigencia les pareció tan prepotente e injustificada que de haber estado la ciudad en la situación de antaño, sin lugar a dudas habrían recurrido inmediatamente a las armas. [4] Pero sobre todo los inquietó el miedo a que, una vez aceptado el yugo con la obediencia a las primeras imposiciones, Filopemén entregara Lacedemonia a los exiliados, cosa que venía preparando desde hacía mucho tiempo. [5] Por eso, en un acceso de cólera, mataron a treinta hombres del partido que de alguna forma había sido partícipe de los planes de Filopemén y los exiliados, y decidieron denunciar la alianza con los aqueos y enviar embajadores a Cefalania de inmediato para entregar Lacedemonia al [6] cónsul Marco Fulvio y a los romanos y pedirle que fuera al Peloponeso para recibir la ciudad de Lacedemonia bajo la protección y la autoridad del pueblo romano.

[32] Cuando los diputados llevaron esta respuesta a los aqueos se declaró la guerra a los lacedemonios por acuerdo unánime de todas las ciudades pertenecientes a la Liga. [2] el invierno impidió a su iniciación inmediata; no obstante, el territorio lacedemonio fue devastado con pequeñas correrías, en forma de asaltos más que de operaciones bélicas, no sólo

por tierra sino desde el mar, con las naves. [3] Estas agresiones hicieron que el cónsul acudiera al Peloponeso, y por orden suya se convocó una asamblea en Élide [4] y se convocó a los lacedemonios para deliberar. Lo que hubo allí no fue sólo una discusión sino una pelea, y el cónsul, que había tratado de quedar bien con las dos partes dando otras respuestas ambiguas con bastante diplomacia, zanjó el altercado con la simple intimación de que se abstuvieran de combatir hasta que hubiesen enviado [5] embajadores a Roma, al senado. Cada una de las partes envió a Roma su embajada. Los exiliados lacedemonios, por su parte, unieron su causa y su representación a la [6] de los aqueos. Al frente de la delegación aquea fueron Diófanes y Licortas, megalopolitanos ambos, que en política disentían y que también en esta ocasión pronunciaron discursos enteramente dispares. Diófanes dejaba en manos del [7] senado la decisión sobre todas las cuestiones: nadie mejor que éste para zanjar las diferencias entre aqueos y lacedemonios; Licortas, siguiendo instrucciones de Filopemén, [8] pedía que se permitiera a los aqueos poner en práctica lo que habían decidido de acuerdo con el tratado y con sus propias leyes, y que Roma les dejara, sin restricciones, la libertad que ella misma les había garantizado. Por entonces [9] el pueblo aqueo gozaba de gran consideración ante los romanos, y por otra parte no se quería introducir ningún cambio con respecto a los lacedemonios. En cualquier caso, la respuesta fue tan ambigua que los aqueos entendieron que se les dejaba libertad en lo referente a Lacedemonia, y por su parte los lacedemonios interpretaron que [10] los aqueos no lo habían conseguido todo. Los aqueos hicieron un uso desmedido y prepotente de esta libertad. A Filopemén le fue prorrogada la magistratura.

Al comenzar la primavera Filopemén movilizó el ejército [33] y acampó en territorio lacedemonio, y a continuación [2] envió embajadores a reclamar la entrega de los responsables de la defección y prometer que, si lo hacía, la ciudad tendría paz y aquéllos no serían castigados sin un juicio previo. Los demás, por miedo, guardaron silencio; los que [3] habían sido reclamados por su nombre, declararon espontáneamente que estaban dispuestos a ir después de haber recibido de los embajadores garantías de que no se recurriría a la violencia

antes de que pudieran hablar en su defensa. Fueron también otros personajes eminentes, como defensores [4] a título particular y porque, por otra parte, consideraban que su causa afectaba a los intereses públicos. Hasta entonces, los aqueos nunca habían llevado consigo [5] exiliados lacedemonios al territorio de éstos, porque les parecía que nada indispondría tanto los ánimos de la ciudadanía; en esta ocasión los exiliados formaban la vanguardia, [6] por así decir, de todo el ejército. Y, formando una columna, cuando llegaron los lacedemonios salieron a su encuentro a la puerta del campamento; primero se pusieron a proferir insultos contra ellos, y luego, al originarse un altercado, se exasperaron las iras y los exiliados más [7] exaltados se abalanzaron sobre los lacedemonios. Como éstos invocaban a los dioses y la palabra dada por los embajadores, estos últimos al igual que el pretor trataban de apartar a la masa y proteger a los lacedemonios, y de alejar [8] a algunos que estaban ya poniéndoles cadenas. La confusión iba en aumento con el tumulto que se había organizado; al principio también los aqueos acudían corriendo al espectáculo; luego, los exiliados explicaban a gritos lo [9] que habían sufrido, pedían ayuda y aseguraban que si se dejaba escapar aquella oportunidad nunca iban a tener otra parecida, que por culpa de estos hombres había quedado anulado el pacto sancionado en el Capitolio, en Olimpia [10] y en la acrópolis de Atenas²⁴¹, que antes de comprometerse de nuevo con otro tratado era preciso castigar a los culpables; y la masa, enardecida por estos gritos, comenzó a lanzar piedras cuando uno gritó: «¡Machaquémoslos!». Y de esta forma fueron muertos diecisiete que habían sido [11] encadenados durante el tumulto. Al día siguiente fueron arrestados otros sesenta y tres que el pretor había librado de la violencia no porque quisiera salvarlos sino porque no quería que murieran sin haberse defendido; entregados a las iras de la masa, después de pronunciar unas pocas palabras con el auditorio en contra fueron condenados todos ellos y conducidos al suplicio.

Después de intimidarlos con esta acción se ordenó a [34] los lacedemonios, primero, que demoliesen las murallas; segundo, que abandonasen el territorio de Laconia todas las milicias auxiliares extranjeras que hubiesen militado como

mercenarios bajo los tiranos; además, que los esclavos [2] liberados por los tiranos, que eran muy numerosos, marchasen antes de una determinada fecha; a los que se quedasen allí, los aqueos tendrían derecho a cogerlos, llevárselos y venderlos; abolirían las leyes y las instituciones de [3] Licurgo, y se adaptarían a las leyes y las instituciones de los aqueos; así formarían parte de un único organismo, y se pondrían de acuerdo en todo con mayor facilidad. Lo que hicieron más dócilmente fue demoler las murallas, [4] y lo que peor sobrellevaron fue el retorno de los exiliados; en Tegea, en una asamblea federal de los aqueos, se aprobó [5] un decreto para su reintegración; y cuando se hizo alusión [6] a que los soldados auxiliares extranjeros licenciados y los «adscritos» a los lacedemonios —pues así llamaban a los que habían sido liberados por los tiranos— habían salido de la ciudad pero se habían dispersado por el campo, se decidió que antes de desmovilizar el ejército, el pretor fuese con tropas ligeras a echar mano a esa clase de hombres y los vendiese a título de botín. Muchos fueron [7] apresados y vendidos. Con el dinero recaudado se reconstruyó, con permiso de los aqueos, un pórtico de Megalópolis que habían demolido los lacedemonios. También, el [8] territorio de Belbina²⁴² que habían ocupado ilegalmente los tiranos lacedemonios fue devuelto a la misma ciudad en virtud de un antiguo decreto de los aqueos aprobado [9] durante el reinado de Filipo, hijo de Amintas²⁴³. La población de Lacedemonia, como enervada por estas disposiciones, estuvo largo tiempo a merced de los aqueos; pero nada la afectó tan negativamente como la abolición de la disciplina de Licurgo, a la que se había acostumbrado a lo largo de ochocientos años.

Roma: elecciones, medidas censales

[35] Como ya estaba finalizando el año, Marco Fulvio marchó a Roma para los comicios desde la asamblea en la que los aqueos y los lacedemonios habían discutido en presencia del cónsul, y proclamó cónsules²⁴⁴ a Marco Valerio Mesala y Gayo Livio Salinátor después de eliminar a su adversario Marco Emilio Lépido, [2] que era candidato también aquel año. A continuación resultaron elegidos pretores Quinto Marcio Filipo, Marco Claudio Marcelo, Gayo Estertinio, Gayo

Atinio, Publio [3] Claudio Pulcro y Lucio Manlio Acidino. Terminados los comicios, se decidió que el cónsul Marco Fulvio retornara a su provincia y a su ejército, y tanto a él como a su colega Gneo Manlio les fue prorrogado el mando por un año. [4] Aquel año, en el templo de Hércules, fue erigida una estatua del propio dios de acuerdo con un dictamen de los decévirios, y en el Capitolio fue colocado por Publio Cornelio un carro dorado de seis caballos, con una inscripción [5] que decía que lo había donado el cónsul. También colocaron doce escudos dorados los ediles curules Publio Claudio Pulcro y Servio Sulpicio Galba con el dinero de las multas impuestas a los abastecedores de grano por haberlo [6] acaparado; y el edil de la plebe Quinto Fulvio Flaco erigió dos estatuas doradas, aunque había condenado a un solo acusado (pues habían llevado las acusaciones por separado); su colega Aulo Cecilio no condenó a nadie. Los Juegos Romanos fueron reiniciados por completo tres veces, y cinco veces los de la plebe.

Luego, después de entrar en funciones como cónsules [7] el día quince de marzo, Marco Valerio Mesala y Gayo Livio Salinátor consultaron al senado acerca de las cuestiones de Estado, las provincias y los ejércitos. En cuanto [8] a Etolia y Asia no se cambió nada. Se asignaron a uno de los cónsules Pisa y los lígures, y al otro la provincia de la Galia; recibieron instrucciones de ponerse de acuerdo [9] o echarlo a suertes, de enrolar nuevos ejércitos —dos legiones cada uno— y de exigir a los aliados de derecho latino quince mil soldados de infantería para cada uno y mil doscientos de caballería. A Mesala le tocaron los lígures, [10] y a Salinátor la Galia. A continuación hicieron el sorteo los pretores; a Marco Claudio le tocó la pretura urbana, a Publio Claudio la peregrina; Sicilia le correspondió a Quinto Marcio, Cerdeña a Gayo Estertinio, a Lucio Manlio la Hispania citerior y a Gayo Atinio la ulterior.

Con respecto a los ejércitos, se decidió lo siguiente: [36] trasladar al Brucio, a las órdenes del propretor Marco Tucio, desde la Galia, las legiones que habían estado al mando de Gayo Lelio; licenciar el ejército que había en Sicilia, [2] y traer de vuelta a Roma, por medio de Marco Sempronio, la flota que se encontraba allí. A las Hispanias fueron [3]

destinadas las legiones que se hallaban entonces en dichas provincias, una para cada una, y se decidió que los dos pretores exigieran a los aliados un complemento de tres mil soldados de a pie y doscientos de a caballo cada uno, y que los llevaran con ellos. Antes de que partieran los [4] nuevos magistrados para sus provincias se celebró durante tres días una rogativa en todos los cruces de caminos, ordenada en nombre del colegio de los decénviro, porque había reinado la oscuridad en pleno día entre la hora tercera y la cuarta aproximadamente. También se decretó un sacrificio de nueve días porque había caído una lluvia de piedras sobre el Aventino.

[5] Los campanos, que habían sido obligados por los censores a censarse en Roma, en virtud de un senadoconsulto del año anterior —pues hasta entonces no estaba claro dónde debían censarse—, solicitaron que se les permitiera [6] casarse con ciudadanas romanas y que quienes se hubiesen casado con una romana pudiesen retenerla, teniendo por hijos y herederos legítimos a los nacidos antes [7] de aquella fecha. Consiguieron las dos cosas. Con respecto a los municipios de Formias, Fundos y Arpino, el tribuno de la plebe Gayo Valerio Tapón presentó una proposición para que se les concediera el derecho al voto —pues hasta entonces habían tenido la ciudadanía sin derecho de sufragio—. [8] Cuatro tribunos de la plebe se oponían a esta proposición de ley por no haber sido presentada con el refrendo del senado; cuando se les explicó que era competencia del pueblo y no del senado conceder el derecho de voto [9] a quien quisiera, desistieron de su empeño. La propuesta fue aprobada: los formianos y los fundanos votarían en la tribu Emilia, y los arpinales en la tribu Cornelia, y entonces por primera vez fueron censados en estas tribus en [10] virtud del plebiscito Valerio. El censor Marco Claudio Marcelo, preferido por la suerte a Tito Quincio, cerró el lustro. Se censaron doscientos cincuenta y ocho mil trescientos dieciocho ciudadanos. Finalizado el censo, los cónsules partieron hacia sus provincias.

Asia: embajadas ante Gneo Manlio. Tratado de Apamea

Durante el invierno en que tuvieron [37] lugar estos hechos en Roma, Gneo Manlio, primero cónsul y después

procónsul, que pasaba el invierno en Asia, recibía embajadas enviadas desde todas partes por las ciudades y pueblos que habitan al lado de acá de las montañas del Tauro. Y si para los romanos fue más [2] brillante y gloriosa la victoria sobre el rey Antíoco que la obtenida sobre los galos, para los aliados fue ésta más satisfactoria que la obtenida sobre Antíoco. La sumisión [3] al rey les había resultado más tolerable que el salvajismo de los despiadados bárbaros y la pavorosa incertidumbre diaria de no saber adónde llevaría la devastación aquella especie de tormenta. Por eso, como si la expulsión de Antíoco [4] les hubiera dado la libertad y el sometimiento de los galos la tranquilidad, no habían venido sólo a dar las gracias sino que habían traído coronas de oro, cada uno a tenor de sus posibilidades. Llegaron también emisarios de [5] Antíoco y de los propios galos para que se les señalaran las condiciones de la paz, y de Ariarate, rey de los capadocios, para pedir indulgencia y compensar económicamente su responsabilidad por haber ayudado a Antíoco con tropas auxiliares. Se le exigieron a este último seiscientos [6] talentos de plata, y a los galos se les contestó que les dictaría las condiciones el rey Éumenes cuando llegara. Las delegaciones de las ciudades, despedidas con respuestas corteses, se fueron más satisfechas aún que a su venida. Los enviados de Antíoco recibieron orden de llevar a [7] Panfilia el dinero y el trigo de acuerdo con lo pactado con Lucio Escipión; también se dirigiría allí él con su ejército. Después, al principio de la primavera, una vez purificado [8] el ejército, emprendió la marcha y llegó a Apamea en ocho jornadas. De nuevo partió de Apamea, donde había estado acampado tres días, y en tres etapas llegó a Panfilia, adonde había dado orden de llevar el dinero y el trigo a [9] los emisarios del rey. Los dos mil quinientos talentos de plata recibidos fueron trasladados a Apamea, y el trigo fue distribuido al ejército. A continuación marcha hacia Perga²⁴⁵, única ciudad de aquella comarca que estaba ocupada [10] por una guarnición del rey. Al aproximarse salió a su encuentro el prefecto de la guarnición pidiendo treinta días de plazo para consultar con el rey Antíoco acerca de [11] la entrega de la ciudad. Concedido este plazo, en la fecha señalada fue retirada la guarnición. Desde Perga envió a Oroanda a su hermano Lucio Manlio con

cuatro mil hombres para recoger el dinero que faltaba de la suma convenida, y él, como había tenido noticia de que el rey Éumenes y los diez comisionados habían llegado a Éfeso procedentes de Roma, dio orden de seguirlo a los enviados de Antíoco y condujo de nuevo el ejército a Apamea.

[38] Allí, siguiendo las instrucciones de los diez comisionados, se redactó el tratado con Antíoco aproximadamente [2] en estos términos: «Habrá amistad entre el rey Antíoco y el pueblo romano en estas condiciones y estipulaciones: el rey no dejará pasar por el territorio de su reino o el de aquellos que estén bajo su jurisdicción a ningún ejército que vaya a hacer la guerra al pueblo romano o sus aliados, ni le ayudará con provisiones ni de ninguna otra forma; [3] las mismas garantías darán los romanos y sus aliados a Antíoco y a quienes estén bajo su dominio. El rey Antíoco no tendrá derecho a hacer la guerra a los habitantes de [4] las islas ni a pasar a Europa. Evacuará las ciudades, campos, aldeas y poblados fortificados de este lado de las montañas del Tauro hasta el río Halis, y desde el valle del Tauro hasta las crestas de la vertiente que da a Licaonia. Aparte de las armas, no se llevará nada de las ciudades, [5] campos y poblados fortificados que abandone; si se llevara alguna cosa la devolverá puntualmente a donde proceda en cada caso. No acogerá a ningún soldado ni [6] a ninguna otra persona del reino de Éumenes. Si algún ciudadano de aquellas ciudades que se desgajan de su reino está con el rey Antíoco y dentro de los límites de su reino, regresará, sin excepción, a Apamea antes de una fecha determinada; los súbditos de Antíoco que se encuentran [7] entre los romanos o sus aliados tendrán derecho a marchar o quedarse; devolverá a los romanos y sus aliados los esclavos fugitivos o capturados en guerra, y los ciudadanos libres que hayan sido hechos prisioneros o hayan desertado. Entregará todos los elefantes, y no se procurará [8] otros. Entregará también los navíos de guerra con sus aparejos, y no tendrá más de diez naves ligeras²⁴⁶, ninguna de las cuales será impulsada por más de treinta remos, ni monere²⁴⁷ alguna para una guerra que él piense hacer. No navegará más acá de los promontorios Calicadno y Sarpedonio²⁴⁸, [9] salvo el caso de que alguna

nave transporte dinero para el tributo, o embajadores o rehenes. El rey [10] Antíoco no tendrá derecho a contratar mercenarios en aquellos pueblos que están bajo el dominio del pueblo romano, ni, incluso, a aceptar voluntarios. Las casas y los edificios [11] de los rodios o de sus aliados que están dentro del territorio del reino de Antíoco pertenecerán a los rodios y sus aliados con el mismo derecho que antes de la guerra. [12] Si se debe algún dinero, se procederá a su abono; si alguna cosa fue sustraída, habrá igualmente derecho a buscarla, identificarla y reclamarla. En el caso de que alguna de las ciudades que deben ser entregadas esté en poder de alguien a quien se las ha dado Antíoco, retirará también de ellas sus guarniciones y se ocupará de que sean entregadas [13] regularmente. Entregará doce mil talentos áticos de plata de buena ley en el término de doce años en plazos iguales (el talento no deberá pesar menos de ochenta libras [14] romanas), y quinientos cuarenta mil modios de trigo. Pagará al rey Éumenes trescientos cincuenta talentos en un plazo de cinco años, y en lugar de trigo, su valor estimado: ciento [15] veintisiete talentos. Entregará a los romanos veinte rehenes, que se renovarán a los tres años, que no tengan [16] menos de dieciocho años ni más de cuarenta y cinco. Si alguno de los aliados del pueblo romano toma la iniciativa de una guerra contra Antíoco, éste tendrá derecho a repeler la fuerza con la fuerza, a condición de que no ocupe ninguna ciudad por derecho de guerra ni la acepte como [17] amiga. Dirimirán sus diferencias mediante el arbitraje y el derecho, o, si ambos así lo deciden, mediante la guerra». [18] Se añadió también en este tratado una cláusula referente a la entrega de Aníbal el cartaginés, Toante el etolio, Mnasíloco el acarnán y los calcidenses Eubúlidas y Filón, y también que si en adelante se quería añadir, suprimir o cambiar algo, se haría sin que se invalidase el tratado.

[39] El cónsul juró este tratado; para tomar juramento al rey partieron Quinto Minucio Termo y Lucio Manlio, que [2] precisamente entonces había vuelto de Oroanda. También escribió el cónsul a Quinto Fabio Labeón, que comandaba la flota, para que marchase inmediatamente a Pátara y desguazase o quemase las naves reales que se encontrasen allí. Partiendo de Éfeso destruyó o quemó cincuenta naves [3]

cubiertas. En la misma expedición recibió la rendición de Telmeso, cuyos habitantes fueron presa del pánico ante la repentina llegada de la flota. Desde Licia, pasando por las [4] islas, cruzó directamente a Grecia después de ordenar que lo siguieran desde Éfeso los que habían quedado allí. Se detuvo algunos días en Atenas esperando a que las naves procedentes de Éfeso llegaran al Pireo, y a continuación regresó a Italia con toda la flota.

Cuando Gneo Manlio, entre las demás cosas que debía [5] entregarle Antíoco, recibió también los elefantes, se los regaló todos a Éumenes y después pasó a examinar los casos de las distintas ciudades, pues debido a la nueva situación era grande la confusión que había. Fue acogido como [6] amigo el rey Ariarate, perdonándosele la mitad de la suma impuesta, gracias a los buenos oficios de Éumenes, al que por aquellas fechas había prometido a su hija por esposa. Examinados, pues, los casos de las ciudades, los diez [7] comisionados dieron una solución diferente para cada uno. A las que habían sido tributarias de Antíoco pero se habían puesto de parte del pueblo romano les concedieron la exención; a las que habían tomado partido por Antíoco o [8] habían sido tributarias del rey Átalo les dieron orden a todas ellas de pagar tributo a Éumenes; por otro lado, concedieron la exención, mencionándolos aparte, a los colofonios que habitan en Nocio, a los cimeos y a los milasenos²⁴⁹; concedieron a los clazomenios²⁵⁰, además de la [9] exención, la isla de Drimusa²⁵¹, y devolvieron a los milesios el que llaman terreno sagrado; y a los ilienses les [10] anexionaron Reteo y Gergito²⁵², más como reconocimiento a sus orígenes que por merecimiento alguno reciente; [11] la misma razón que hubo para liberar Dárdano. También Quíos y Esmirna y Eritrea, por la singular lealtad demostrada en aquella guerra, recibieron territorios y las más señaladas muestras de consideración en todas sus formas. [12] A los focenses les fue devuelto el territorio que tenían antes de la guerra, y se les permitió regirse por sus antiguas [13] leyes. En cuanto a los rodios, se les ratificaron las concesiones hechas con el decreto precedente, y les fueron asignadas Licia y Caria hasta el río Meandro con excepción [14] de Telmeso. El rey Éumenes

recibió también el Quersoneso, en Europa, así como Lisimaquia y los fuertes, aldeas y territorios de los límites que había ocupado Antíoco; [15] en Asia le fueron devueltas las dos Frigias —llamadas una la del Helesponto y otra la Mayor— y Misia, que había [16] sido tomada por el rey Prusias, así como Licaonia y Milíade y Lidia, y, citadas expresamente, las ciudades de [17] Trales, Éfeso y Telmeso. Con respecto a Panfilia hubo una discusión entre Éumenes y los delegados de Antíoco porque una parte de ella está al lado de acá y otra parte al lado de allá del Tauro, remitiéndose la cuestión por entero al senado.

Incidentes en Tracia al regresar de Asia el ejército romano

[40] Después de llegar a estos acuerdos y tomar estas decisiones, Manlio partió con los diez comisionados y con todo el ejército hacia el Helesponto; convocados allí los régulos de los galos, les comunicó las condiciones para el mantenimiento de la [2] paz con Éumenes y los instó a que pusieran fin a su costumbre de recorrer armados el territorio y a que se mantuvieran dentro de los límites de su tierra. A continuación [3] hizo reunir las naves de toda la costa y traer también de Elea la flota de Éumenes por medio de Ateneo, hermano del rey, y trasladó a Europa todas las tropas. Marchando [4] luego a través del Quersoneso en pequeñas etapas con el ejército cargado con toda clase de botín, estableció en Lisimaquia un campamento estable a fin de entrar con los animales de carga todo lo frescos y descansados que fuera posible en Tracia, pues había un temor general a atravesarla. Llegó hasta el río llamado Mélana el mismo día en [5] que salió de Lisimaquia, y desde allí a Cipsela al día siguiente. A partir de Cipsela los esperaban unas diez millas [6] de camino boscoso, angosto y accidentado, y debido a la dificultad de esta ruta dividió el ejército en dos grupos dando orden de que uno de ellos marchase por delante y el otro cerrase la marcha a considerable distancia, y en medio colocó la impedimenta, donde iban los carros con el dinero del erario y el resto del botín de más valor. Cuando [7] avanzaba de esta guisa por la estrecha ruta, diez mil tracios a lo sumo, pertenecientes a cuatro pueblos, astios, cenos, maduatenos y corelos²⁵³, bloquearon el camino precisamente donde se

estrechaba. Se pensaba que esta acción [8] no se había producido sin una traición de Filipo, el rey de Macedonia; él sabía que los romanos no podían regresar más que por Tracia, y cuánto dinero llevaban consigo. El general iba en el grupo de cabeza, preocupado por las [9] dificultades del terreno. Los tracios no hicieron movimiento alguno mientras pasaban los soldados; en cuanto vieron [10] que el grupo de cabeza había salido del paso angosto y que el grupo de atrás no se acercaba aún, atacaron los bagajes y equipos personales y después de dar muerte a la escolta se dedicaron unos a saquear lo que había en los carros y otros a tirar de las acémilas con sus cargas. [11] Cuando el consiguiente griterío llegó primeramente a los que venían detrás, que ya habían entrado en el paso estrecho, y después también al grupo de cabeza, corrieron hacia el medio desde ambos extremos y se entabló un desordenado [12] combate en muchos puntos simultáneamente. El propio botín exponía a la muerte a los tracios, embarazados por la carga y en su mayoría inermes a fin de tener las manos libres para el pillaje; lo accidentado del terreno entregaba a los romanos a merced de los bárbaros que les salían al paso por vericuetos conocidos y otras veces se [13] escondían en las oquedades de los valles. También los propios cargamentos y los carros, incómoda barrera plantada delante de unos u otros como fruto del azar, eran un obstáculo para los combatientes. Aquí cae el que se [14] lleva el botín, allí el que trata de recuperarlo. Según les sea favorable o desfavorable el terreno a unos u otros, a tenor del coraje de los combatientes, a tenor de su número —pues unos se habían topado con un grupo más numeroso que el suyo y otros con uno menos numeroso—, la suerte del combate es diferente; son muchos los que caen [15] por una y otra parte. Se acercaba ya la noche cuando los tracios abandonaron el combate no para eludir las heridas o la muerte sino porque tenían botín suficiente.

[41] El grupo de cabeza de los romanos acampó fuera del paso estrecho en las inmediaciones del templo de Bendis²⁵⁴, en terreno descubierto; el otro grupo se quedó en medio del paso para proteger los bagajes rodeándose de doble empalizada. Al día siguiente, después de explorar el

desfiladero [2] antes de ponerse en marcha, se unieron al grupo de cabeza. En aquella batalla se perdió una parte de la [3] impedimenta y cayeron parte de los acemileros y bastantes soldados, pues fue un combate disperso a lo largo de casi todo el desfiladero, pero el daño más grave que se sufrió fue la muerte de Quinto Minucio Termo, soldado valeroso y esforzado. Aquel mismo día llegaron hasta el río Hebro²⁵⁵. [4] Después cruzaron las fronteras de los enios, rebasando el templo de Apolo que los habitantes del lugar llaman Zerintio²⁵⁶. En las proximidades de Tempira —tal [5] es el nombre del lugar— los esperaba otro paso no menos accidentado que el anterior; pero como no hay terreno boscoso en su entorno, no contiene ni siquiera escondrijos para una emboscada. También con expectativas de botín [6] se concentraron allí los trausos²⁵⁷, otro pueblo de Tracia; pero como los valles desprovistos de vegetación permitían avistar a distancia a los que bloqueaban el paso, el pánico y la confusión fueron menores entre los romanos, pues había que pelear en posición desventajosa, cierto, pero también en un combate regular, con el frente desplegado, con las enseñas alineadas. Acercándose en formación compacta [7] y lanzando el ataque con el grito de guerra, primero desalojan al enemigo de sus posiciones y después lo obligan a volver la espalda; a partir de ese momento comienza la huida y la matanza, siendo para ellos un obstáculo las estrecheces de su propio terreno. Los romanos victoriosos, [8] acamparon cerca de un poblado maronita llamado Sale²⁵⁸. Al día siguiente, con el camino despejado, los acogió la llanura Priática²⁵⁹, donde permanecieron tres días haciendo acopio de trigo, en parte traído de los campos de los maronitas por ellos mismos y en parte procedente de las naves que los iban siguiendo con provisiones de todas clases. [9] Desde el campamento hubo un día de marcha hasta [10] Apolonia. Desde aquí llegaron a Neápolis atravesando el territorio de Abdera. Toda esta marcha a través de las colonias griegas fue pacífica; la que quedaba a partir de allí atravesando Tracia de lleno no fue objeto de ataques pero se desarrolló en alerta día y noche hasta llegar a Macedonia. [11] Aquel mismo ejército, conducido por Escipión por la misma ruta, había encontrado más apaciguados a los tracios por la única razón de que llevaba menos botín que

[12] apetecer; con todo, Claudio sostiene que también entonces cerca de quince mil tracios salieron al paso del númera Mútnes que se había adelantado a la columna para reconocer el terreno; que los númeras eran cuatrocientos jinetes [13] con unos cuantos elefantes; el hijo de Mútnes se abrió paso entre los enemigos con ciento cincuenta jinetes escogidos y poco después, cuando ya Mútnes había entrado en combate con el enemigo después de colocar los elefantes en medio y alinear los jinetes en las alas, provocó el [14] pánico desde atrás, y así el enemigo, desconcertado por aquella especie de huracán ecuestre, no se acercó a la columna [15] de la infantería. Gneo Manlio atravesó Macedonia y condujo el ejército a Tesalia. Luego, después de llegar a Apolonia a través del Epiro, tomándose aún lo bastante en serio el estado del mar en invierno como para atreverse a cruzarlo, pasó el invierno en Apolonia.

Roma: elecciones y destinos. Debates políticos

Casi al final del año vino de Liguria [42] a Roma el cónsul Marco Valerio para el recambio de magistraturas, sin haber llevado a cabo en su provincia ninguna acción memorable que pudiese constituir un motivo razonable para que llegase a los comicios más tarde de lo habitual. Los comicios para la designación de [2] cónsules²⁶⁰ se celebraron el dieciocho de febrero; resultaron elegidos Marco Emilio Lépido y Gayo Flaminio. Al [3] día siguiente fueron elegidos pretores Apio Claudio Pulcro, Servio Sulpicio Galba, Quinto Terencio Culeón, Lucio [4] Terencio Masiliota, Quinto Fulvio Flaco y Marco Furio Crasípede. Finalizados los comicios, el cónsul preguntó al [5] senado cuáles quería que fueran las provincias de los pretores. Se decidió que hubiera dos para la jurisdicción de Roma, dos fuera de Italia: Sicilia y Cerdeña; y dos en Italia: Tarento y la Galia; y recibieron orden de hacer el [6] sorteo inmediatamente, antes de entrar en funciones. A Servio Sulpicio le tocó en suerte la jurisdicción urbana; a Quinto Terencio, la peregrina; Sicilia, a Lucio Terencio; Cerdeña a Quinto Fulvio, Tarento a Apio Claudio, y a Marco Furio la Galia.

En este año Lucio Minucio Mirtilo y Lucio Manlio, [7] por haber agredido, según se decía, a unos embajadores

cartagineses, por orden del pretor urbano Marco Claudio²⁶¹ fueron entregados a los embajadores por medio de los feciales y llevados a Cartago.

[8] Corrían rumores de una guerra importante en Liguria que cobraba mayores proporciones de día en día. Así pues, el día en que los nuevos cónsules sometieron a debate la cuestión de las provincias y la política de Estado, el senado [9] les asignó a ambos como provincia el país lígur. El cónsul Lépidio se oponía a esta decisión del senado proclamando que era humillante encerrar a los dos cónsules en [10] los valles de Liguria mientras que Marco Fulvio y Gneo Manlio llevaban ya dos años enseñoreándose el uno de Europa y el otro de Asia como si fueran los sucesores de Filipo y Antíoco. Si se quería que hubiera dos ejércitos en estas zonas, al frente de los mismos debían estar los [11] cónsules antes que unos particulares. Andaban recorriendo, amenazando con la guerra, unas naciones a las que no les había sido declarada, poniendo precio a la paz como vendedores ambulantes. Si era necesario ocupar con ejércitos aquellas provincias, del mismo modo que Lucio Escipión, una vez cónsul, había reemplazado a Manio Acilio, y que Marco Fulvio y Gneo Manlio, una vez cónsules, habían [12] sustituido a Lucio Escipión, así también los cónsules Gayo Livio y Marco Valerio debían haber reemplazado a Fulvio y a Manlio. Indiscutiblemente, ahora que estaba finalizada la guerra de Etolia, recibida Asia de Antíoco, derrotados definitivamente los galos, se debía enviar a los cónsules a los ejércitos consulares o bien retirar de allí a las legiones [13] y devolverlas por fin a la república. El senado, después de escuchar estas palabras, se mantuvo en su decisión de que ambos cónsules tuvieran Liguria como provincia; se decidió que Manlio y Fulvio dejaran sus provincias, retiraran de allí sus ejércitos y retornaran a Roma.

[43] Entre Marco Fulvio y el cónsul Marco Emilio había enemistad, y particularmente Emilio pensaba que había sido elegido cónsul con dos años de retraso por obra de Marco Fulvio. Por eso, para crearle impopularidad, introdujo [2] en el senado a unos embajadores ambracienses bien provistos de acusaciones; éstos se quejaron de que, cuando respetaban la paz y habían cumplido las órdenes de los cónsules precedentes

y estaban dispuestos a prestar la misma obediencia a Marco Fulvio, se les había hecho la guerra; primero se había devastado sus campos y se había sembrado [3] en la ciudad el pánico al saqueo y la muerte, de forma que ante esta amenaza se habían visto obligados a cerrar sus puertas; después habían sido bloqueados y atacados, [4] se les había hecho sufrir todas las manifestaciones de la guerra, con muertes, incendios, demoliciones y pillaje de la ciudad, siendo arrastradas a la esclavitud sus mujeres y sus hijos, y robados sus bienes; y, cosa que les [5] afectaba más que ninguna otra, los templos habían sido espoliados de sus ornamentos en toda la ciudad; las imágenes de los dioses, mejor dicho, los dioses mismos, habían sido arrancados de sus moradas y llevados; a los ambracienses, para adorar y dirigir sus ruegos y súplicas, no les quedaban más que las paredes y las puertas desnudas. Mientras ellos presentaban estas quejas, el cónsul, haciéndoles [6] preguntas en tono acusador según un plan preconcebido, los iba induciendo a decir más cosas como si ellos no lo quisieran. Cuando habían causado impresión en los senadores, [7] el otro cónsul, Gayo Flaminio, tomó la defensa de Marco Fulvio y dijo que los ambracienses habían recurrido a una táctica vieja y caída en desuso; de esa manera habían [8] sido acusados Marco Marcelo por los siracusanos y Quinto Fulvio por los campanos^{261bis}. En ese plan, ¿por qué no se dejaba que Tito Quincio fuera acusado por el rey Filipo, Manio Acilio y Lucio Escipión por Antíoco, Gneo Manlio por los galos, y el propio Manio Acilio por los etolios y [9] los pueblos de Cefalania? «¿Creéis que yo, padres conscriptos, en defensa de Marco Fulvio, voy a negar el asedio y la toma de Ambracia, la sustracción de sus estatuas y obras de arte, y los demás hechos que son habituales en la toma de las ciudades, o que lo va a negar el propio [10] Marco Fulvio, que por todos esos hechos piensa solicitar de vosotros el triunfo y llevar delante de su carro y colocar en su puerta la representación de la conquista de Ambracia, las estatuas de cuya sustracción se le acusa y los otros [11] trofeos de dicha ciudad? No hay ninguna razón para disociar su causa de la de los etolios; las circunstancias [12] de los ambracienses y de los etolios son las mismas. Por tanto, que mi colega desfogue su enemistad en otra causa, o, si a toda costa quiere hacerlo en ésta, que retenga a [13] sus

ambracienses hasta la llegada de Marco Fulvio; yo no consentiré que se tome ninguna decisión en ausencia de Marco Fulvio, ni con respecto a los ambracienses ni con respecto a los etolios.»

[44] Como Emilio denunciaba la astucia malintencionada de su adversario como algo conocido por todos y decía que éste trataría de ganar tiempo dando largas para no venir a Roma mientras fuera cónsul su enemigo personal, [2] la pugna entre los cónsules duró dos días y no parecía posible tomar una decisión mientras estuviera allí Flaminio. [3] Se aprovechó la ocasión de una ausencia casual de Flaminio por enfermedad, y a propuesta de Emilio se elaboró [4] un decreto del senado según el cual se les devolverían todos su bienes a los ambracienses; gozarían de libertad y se atenderían a sus propias leyes; cobrarían en tierra y mar los derechos de aduana que quisieran a condición de que quedasen exentos los romanos y sus aliados latinos; [5] en cuanto a las estatuas y otros objetos de arte que según sus quejas habían sido sustraídos de los recintos sagrados, se establecía que cuando hubiera vuelto a Roma Marco Fulvio se evacuaría una consulta al colegio de los pontífices y se haría lo que éstos dictaminasen. Y no se contentó [6] el cónsul con estas disposiciones, sino que posteriormente, aprovechando la falta de asistencia a una sesión, sumó un nuevo decreto del senado según el cual no se consideraba que Ambracia hubiese sido tomada por la fuerza.

A continuación, por decreto de los decénviro, se celebró [7] una rogativa durante tres días por la salud pública, porque estaba asolando la ciudad y el campo una grave epidemia. Después tuvieron lugar las Ferias Latinas. Los [8] cónsules, una vez libres de estas obligaciones religiosas y llevado a cabo el reclutamiento —pues los dos prefirieron disponer de soldados nuevos—, marcharon a sus provincias y licenciaron a todos los veteranos.

Oposición al triunfo de Gneo Manlio

Tras la marcha de los cónsules llegó [9] a Roma el procónsul Gneo Manlio. El pretor Servio Sulpicio le concedió una audiencia del senado en el templo de Belona, y él, después de enumerar las empresas [10] que había llevado a cabo,

solicitó que, en razón de las mismas, se tributaran honores a los dioses inmortales y se le permitiera entrar triunfalmente en Roma, a lo [11] que se opuso la mayor parte de los diez comisionados que lo habían acompañado y de modo especial Lucio Furio Purpurión y Lucio Emilio Paulo.

Decían que ellos habían sido adscritos a Gneo Manlio [45] como delegados para ajustar la paz con Antíoco y completar el tratado y las cláusulas esbozadas con Lucio Escipión; que Gneo Manlio había hecho todo lo posible por obstaculizar [2] dicha paz y coger a Antíoco en una trampa si se prestaba a ello; pero éste, conociendo la mala intención del cónsul, a pesar de haber sido atraído con frecuentes peticiones de entrevistas había evitado no ya encontrarse con [3] él sino incluso verlo. Obsesionado con cruzar el Tauro, los legados unánimemente le habían rogado que no pretendiera experimentar el desastre vaticinado por los oráculos de la Sibila para quienes van más allá de los límites fijados por el destino, y habían logrado contenerlo a duras penas; no obstante, había avanzado con su ejército y había emplazado el campamento casi en las crestas mismas junto [4] a la divisoria de las vertientes. Como allí no había encontrado motivo alguno para la guerra al mantenerse tranquilas las tropas del rey, había llevado al ejército contra los [5] galogriegos; se le había hecho la guerra a esta nación sin autorización del senado, sin mandato del pueblo. ¿Quién se había atrevido jamás a hacer algo parecido por decisión propia? Estaban muy recientes las guerras con Antíoco, [6] Filipo, Aníbal y los cartagineses; para todas ellas se había consultado al senado, el pueblo había dado su mandato, primero se había pedido una reparación a través de los embajadores, y por último se había enviado a otros a declarar [7] la guerra. «¿Cuál de estos pasos se dio, Gneo Manlio, para que podamos considerar que ésta es una guerra oficial del pueblo romano y no un acto personal tuyo de [8] bandidaje? Pero, al menos, ¿te contentaste con esto y marchaste al frente del ejército directamente contra aquellos [9] que tú habías elegido como enemigos? ¿O más bien recorriste todos los lugares remotos y los rincones de Pisidia, Licaonia y Frigia recogiendo las aportaciones de los tiranos y los habitantes de poblados apartados, siguiendo todos los caminos más tortuosos, deteniéndote en las encrucijadas para

proseguir, como cónsul mercenario con un ejército romano, por el camino que tomase Átalo, el hermano de Éumenes, con su ejército? ¿Qué te habían hecho los oroandenses? ¿Y los otros pueblos igualmente inocentes?».

«Y en cuanto a la guerra en sí que aduces como título [10] para solicitar el triunfo, ¿cómo la condujiste? ¿Combatiste en terreno favorable, en el momento apropiado? Realmente [11] tienes razón cuando pides que se honre a los dioses inmortales: en primer lugar, porque no fue su voluntad que el ejército pagase la temeridad de un general que hacía la guerra contra todo derecho de gentes, y en segundo lugar porque nos pusieron delante de brutos, no de enemigos.»

«No creáis que en los galogriegos es híbrido sólo el [46] nombre; sus cuerpos y sus mentes se cruzaron y bastardearon mucho antes. ¿Acaso, si se tratara de aquellos galos [2] con los que hemos combatido mil veces en Italia con resultados diversos, en cuanto de vuestro general dependió, habría vuelto de allí alguien para contarlo? Dos veces se [3] combatió contra ellos, dos veces se atacó desde una posición desfavorable, se formó al ejército más abajo, en un valle, prácticamente a los pies del enemigo; aun sin lanzar armas arrojadas desde su posición dominante sino dejándose caer a cuerpo limpio hubieran podido aplastarnos. ¿Qué ocurrió, entonces? Que es grande la fortuna del pueblo [4] romano, que es grande y temible su nombre; estaban como aturcidos por el reciente desastre de Aníbal, de Filipo, de Antíoco; siendo tan grande su corpulencia, fueron puestos en fuga a base de hondas y flechas; las espadas [5] no se mancharon de sangre en el campo de batalla en la guerra contra los galos; como bandadas de aves, alzaron el vuelo al primer silbido de los proyectiles. Pero, ¡por [6] Hércules!, también nosotros —y con ello la fortuna nos advertía de lo que habría ocurrido si hubiéramos tenido un verdadero enemigo— fuimos diezmados, puestos en fuga, despojados de los bagajes cuando, a la vuelta, nos topamos [7] con unos simples salteadores como los tracios. Junto con muchos valientes guerreros cayó Quinto Minucio Termo, cuya pérdida fue bastante más sensible que si hubiera sucumbido Gneo Manlio, por cuya temeridad había sobrevenido [8] aquel desastre; el ejército que volvía con los

despojos del rey Antíoco se dispersó en tres grupos y estuvo escondido durante una noche entre la maleza en escondrijos de animales salvajes, aquí la vanguardia, allí la retaguardia, y en otro [9] sitio los bagajes. ¿Por esto se pide el triunfo? Aun cuando no se hubiera sufrido derrota ni humillación alguna en Tracia, ¿sobre qué enemigos pedirías el triunfo? A mi entender, sobre aquellos que el senado y el pueblo romano te [10] hubiese asignado como tales. Así fue como se le concedió el triunfo a un Lucio Escipión, a un Manio Acilio sobre el rey Antíoco; así le fue concedido poco antes a Tito Quincio sobre el rey Filipo, y así a Publio Africano sobre Aníbal, [11] los cartagineses y Sifax. Y cuando ya el senado había decretado la guerra, no obstante se cuidaron aspectos tan poco relevantes como a quién había que hacer la comunicación, si inexcusablemente había que declarársela a los reyes en persona o bastaba con comunicarlo a alguna guarnición. [12] ¿Queréis, pues, que todas estas normas sean violadas y pisoteadas, que sea abolido el derecho de los feciales, que no existan los feciales? Pongamos que no se tiene en cuenta la religión —dicho sea sin ofender a los dioses—, que se adueña de nuestros corazones el olvido de los dioses; [13] ¿queréis, también, que no se consulte al senado acerca de la guerra?, ¿que no se pregunte al pueblo si quiere y manda [14] que se haga la guerra a los galos? Precisamente hace bien poco querían los cónsules Grecia y Asia; sin embargo, como insististeis en asignarles Liguria como provincia, acataron [15] vuestra decisión. Tendrán, pues, justificación para pedirnos a vosotros el triunfo una vez llevada a cabo con éxito una guerra que habrán hecho por iniciativa vuestra.»

Gneo Manlio se defiende

De este tenor fueron los discursos de [47] Furio y de Emilio. Manlio, según la información que he recogido, replicó básicamente en estos términos: «Antes, padres conscriptos, eran los tribunos de la plebe quienes solían oponerse a la petición de triunfo. Yo les estoy agradecido por haber rendido a mi persona [2] o a la magnitud de las empresas llevadas a cabo el homenaje no sólo de aprobar con su silencio este honroso título para mí sino de mostrarse incluso dispuestos, si fuese necesario, a presentar ellos la propuesta. Los oponentes

[3] los tengo, si así place a los dioses, entre los diez comisionados, un consejo asignado a los generales por nuestros antepasados para organizar la victoria y realzar su valor. Lucio Furio y Lucio Emilio no me dejan subir al carro [4] del triunfo; privan a mi cabeza de la insigne corona ellos, a los que yo pensaba citar como testigos de mis hazañas en caso de que los tribunos se opusieran a mi triunfo. Por mi parte, padres conscriptos, no le discuto a nadie [5] su galardón; vosotros con vuestra autoridad hicisteis desistir recientemente a los tribunos de la plebe, hombres valientes y enérgicos, que se oponían al triunfo de Quinto Fabio Labeón; y obtuvo el triunfo, cuando sus adversarios lo andaban acusando no de haber hecho una guerra ilegal sino de no haber siquiera visto al enemigo. A mí, que tantas [6] veces combatí a enseñas desplegadas con cien mil enemigos de los más fieros, que capturé o di muerte a más de cuarenta mil hombres, que tomé al asalto dos de sus campamentos, que he dejado toda la zona del lado de acá del Tauro más en paz que la tierra de Italia, no sólo se me escamotea el triunfo; yo mismo me estoy defendiendo [7] delante de vosotros, padres conscriptos, frente a las acusaciones [8] de mis propios legados. Dos han sido sus bases de acusación, padres conscriptos, como habéis comprobado; han dicho, en efecto, que yo no debí hacer la guerra contra los galos, y que la dirigí de forma precipitada y falta de criterio. Los galos no eran enemigos, pero tú los agrediste cuando estaban en paz y hacían lo que se les mandaba. [9] Yo no voy a pedirlos, padres conscriptos, que consideréis aplicable también a los galos que habitan en Asia lo que conocéis acerca del salvajismo de los galos en general [10] y de su odio implacable al nombre romano; dejando aparte la triste fama y el carácter odioso de este pueblo en su conjunto, juzgadlos en sí mismos. Ojalá estuviesen aquí el rey Éumenes y todas las ciudades de Asia y escuchaseis [11] sus quejas en lugar de mis acusaciones. ¡Adelante!, enviad comisarios por todas las ciudades de Asia y preguntad si fueron liberados de una esclavitud más dura cuando Antíoco fue alejado más allá de la cadena del Tauro, o cuando [12] los galos fueron sometidos. Que digan cuántas veces fueron devastados sus campos, cuántas arrebatado botín, cuando ellos apenas tenían recursos para rescatar a los prisioneros y oían

decir que habían sido sacrificadas víctimas [13] humanas e inmolados sus hijos. Sabed que vuestros aliados han estado pagando tributos a los galos y que incluso ahora, una vez liberados por vosotros del poder del rey, seguirían pagándolos si yo hubiera estado inactivo».

[48] «Cuanto más lejos se hubiese echado a Antíoco más incontrolada sería la dominación de los galos en Asia, y habríais anexionado al imperio de los galos, no al vuestro, todas las tierras que hay a este lado de la cadena del Tauro. [2] Se me dirá: todo eso es verdad, sin duda, pero también en otra ocasión los galos expoliaron Delfos, oráculo común del género humano, ombligo del mundo, y no por ello les declaró ni les hizo la guerra el pueblo romano. Cierto, pero yo creía que había alguna diferencia entre [3] la época en que Grecia y Asia no estaban aún bajo vuestra jurisdicción, en cuanto al cuidado que hay que poner y la atención que se debe prestar a lo que ocurre en estas regiones, y la época actual en la que habéis fijado en la [4] cadena del Tauro el límite del imperio romano, en la que dais libertad e inmunidad a las ciudades, a unos les añadís territorios, a otros se los confiscáis, a otros les imponéis tributo, aumentáis, disminuís, dais o quitáis reinos, y consideráis que es responsabilidad vuestra el que tenga paz por tierra y por mar. Si Antíoco no hubiese retirado sus [5] guarniciones que permanecían inactivas en sus ciudadelas, no consideraríais liberada Asia; ¿y si los ejércitos de los galos continuaran vagando por todas partes, serían acaso efectivas las donaciones que hicisteis al rey Éumenes y la libertad concedida a las ciudades? Pero, ¿por qué estoy [6] aduciendo argumentos como si yo hubiese hecho de los galos mis enemigos y no los hubiese encontrado tales? Apelo a ti, Lucio Escipión, cuyo valor y suerte he pedido [7] para mí a los dioses inmortales, y no en vano, en el momento de sucederte en el mando; y a ti, Publio Escipión, que has tenido las atribuciones de un legado pero la autoridad de un colega tanto ante tu hermano el cónsul como ante el ejército; ¿sabéis o no que en el ejército de Antíoco había legiones de galos?, ¿los visteis o no en la formación [8] de combate, colocados en los dos flancos —tan es así que parecían ser ellos el grueso de las fuerzas—, los combatisteis como enemigos regulares, les disteis muerte, os llevasteis sus despojos? Sin embargo, el

senado había decretado [9] y el pueblo había mandado la guerra contra Antíoco, no contra los galos. Pero según mi entender la habían decretado y mandado al mismo tiempo contra los que formasen [10] parte de sus tropas; de éstos, salvo Antíoco, con quien Escipión había pactado la paz y había dado instrucciones expresas de que se hiciera un tratado, eran enemigos todos los que tomaron las armas en contra nuestra a favor de [11] Antíoco. Aunque éste era el caso de los galos sobre todo y de algunos régulos y tiranos, yo, no obstante, con los otros pacté la paz después de hacerles pagar sus culpas conforme a la dignidad de vuestro imperio, y con respecto a los galos sondeé sus intenciones por si era posible mitigar [12] su innata barbarie, y sólo después de verlos irreductibles e implacables pensé que era preciso reducirlos con la fuerza de las armas.»

[13] «Puesto que la acusación de haber emprendido la guerra está refutada, procede ahora dar cuenta de su desarrollo. En este punto tendría confianza sin duda en mi defensa aunque hablase no ante el senado romano sino ante el de Cartago, donde dicen que son crucificados los generales que han combatido con resultados favorables pero con mala [14] estrategia. Pero esta ciudad, al iniciar y llevar a cabo todas sus empresas, acude a los dioses porque no somete a las críticas de nadie aquello que han sancionado los dioses; e incluye en su formulario ritual, cuando decreta una [15] acción de gracias o un triunfo, la cláusula “porque ha llevado con acierto y con éxito los asuntos del Estado”; en una ciudad así, si yo no quisiera hacer alarde de mi valor por considerarlo embarazoso y presuntuoso, si en nombre de mi buena suerte y de la de mi ejército, por haber derrotado a una nación tan numerosa sin pérdida [16] de hombres, pidiera yo que se tributasen honores a los dioses inmortales y se me permitiera subir triunfalmente al Capitolio, del que partí después de emitir los votos rituales, ¿me lo negaríais y se lo negaríais a los dioses inmortales?»

«Pero es que combatí en posición desventajosa. Dime, [49] pues, en qué posición mejor pude combatir. Los enemigos habían ocupado el monte y se mantenían en una posición bien defendida; evidentemente, era preciso ir hacia ellos si quería vencer. ¿Qué, si hubieran tenido una ciudad en [2] aquel lugar

y se mantuvieran dentro de las murallas? Obviamente, era preciso asediarlos. ¿Combatió tal vez Manio Acilio en posición ventajosa en las Termópilas contra el rey Antíoco²⁶²? ¿No desalojó Tito Quincio de su posición, [3] de un modo parecido, a Filipo que ocupaba las crestas sobre el río Áo²⁶³? Yo, la verdad, no acabo de ver cómo se imaginan o cómo quieren haceros creer que era el enemigo. Si estaba degradado y enervado por la vida fácil [4] de Asia, ¿qué peligro había en atacarlo aunque fuese en posición desfavorable? Si era temible tanto por su fiereza como por su fortaleza física, ¿negáis el triunfo a una victoria tan grande como ésta? La envidia es ciega, padres [5] conscriptos, y lo único que sabe es desacreditar los méritos, y ensuciar los honores y las recompensas. Os ruego [6] que me disculpéis, padres conscriptos, si ha hecho demasiado largo mi discurso no el afán de vanagloriarme sino la necesidad de defenderme de las acusaciones. ¿También, [7] acaso, al atravesar Tracia, pude yo hacer espaciosos los pasos que eran angostos, y hacer llanuras de pendientes empinadas y tierras de cultivo de terrenos boscosos, y arreglármelas para que los salteadores tracios no se escondiesen en ningún sitio en las guaridas que ellos conocen, para que no fuera sustraído ningún bagaje, para que no [8] se llevasen ninguna de las acémilas de una reata tan numerosa, para que nadie fuese herido, para que no muriese a causa de su herida el valiente y esforzado soldado Quinto [9] Minucio? Se aferran a este accidente en el que se dio la malhadada coincidencia de que perdiéramos a un ciudadano [10] como él. ¿Y el hecho de que, cuando el enemigo nos atacó en un desfiladero difícil, en un terreno desconocido, dos formaciones al mismo tiempo, la vanguardia y la retaguardia de la columna, cogieran en medio al ejército de los bárbaros que había hecho presa en nuestra impedimenta, mataran o capturaran a muchos millares aquel mismo [11] día y a muchos más pocos días después?, ¿creen que esto, si ellos se lo callan, vosotros no lo vais a saber, cuando [12] todo el ejército es testigo de mis palabras? Aunque yo no hubiese desenvainado la espada en Asia, aunque no hubiese visto al enemigo, aun así habría merecido el triunfo en Tracia con mis dos combates. Pero ya es suficiente con [13] lo dicho. Desearía más bien pedir y obtener vuestra indulgencia, padres

conscriptos, por haberos cansado con un discurso más largo de lo que era mi intención.»

[50] Las acusaciones habrían prevalecido aquel día sobre la defensa de no haberse prolongado hasta tarde el debate. Cuando se disolvió el senado quedó la impresión de que [2] habría denegado el triunfo. Al día siguiente los parientes y amigos de Gneo Manlio pusieron todos sus recursos en juego, e hicieron valer su influencia los senadores de más edad [3] diciendo que no se recordaba ningún precedente de que un general, después de haber derrotado a enemigos declarados y cumplido su mandato, hubiese traído de vuelta a su ejército y entrase en Roma sin el carro y la corona de laurel, como simple particular y sin honores. Esta consideración prevaleció sobre la malquerencia y por gran mayoría decretaron el triunfo.

Procesamiento de Escipión Africano

Después, los comentarios e incluso el [4] recuerdo de este debate quedaron borrados por completo por un enfrentamiento más violento surgido a propósito de un hombre más importante y más famoso. Publio Escipión Africano, según el testimonio de Valerio [5] Anciate, fue citado a juicio por dos Quintos Petilios. El hecho era interpretado según el talante de cada cual. Había quienes se despachaban no contra los tribunos de [6] la plebe sino contra el conjunto de la ciudadanía, que era capaz de consentir una cosa así: las dos ciudades más [7] importantes del mundo, de forma casi simultánea, aparecían como ingratas hacia su primer ciudadano; más ingrata Roma, puesto que Cartago, vencida, había echado al exilio al vencido Aníbal, mientras que Roma, victoriosa, echaba al Africano vencedor. Según otros, ni un solo ciudadano [8] debía estar a tal altura que no tuviera que responder ante las leyes; nada contribuye tanto a hacer igual la libertad como la posibilidad de que incluso el más poderoso sea sometido a juicio. ¿Y qué encomienda se le puede [9] confiar sin riesgos a nadie —no digamos la suprema autoridad del Estado—, si no hay la obligación de rendir cuentas? Contra quien no se somete a la igualdad de la ley, no es ilegítimo el uso de la fuerza. Estos eran los temas [10] de conversación hasta que llegó el día del juicio. Nunca nadie hasta entonces,

ni siquiera el propio Escipión cuando era cónsul o censor, fue acompañado hasta el foro por una concurrencia mayor de hombres de todas las clases que aquel día el acusado. Invitado a defenderse, sin la [11] menor alusión a las acusaciones inició un discurso de tono tan elevado acerca de sus propias gestas que quedó patente que nunca nadie había recibido un elogio mejor ni más merecido. Daba cuenta de sus hazañas, en efecto, con el [12] mismo coraje y el mismo carácter con que las había llevado a cabo, y no resultaba empalagoso a los oyentes porque no las refería por vanagloria sino por estar en un aprieto.

[51] Los tribunos, para hacer creíbles las imputaciones de ahora, sacaron de nuevo a relucir las viejas acusaciones de la regalada vida en los cuarteles de invierno de Siracusa y de los desórdenes provocados por Pleminio en Locros²⁶⁴, y después acusaron al encausado de apropiación indebida [2] de dinero, más con sospechas que con argumentos: su hijo prisionero había sido devuelto sin rescate, y en todas las otras cuestiones Escipión había sido tratado por Antíoco como si la guerra y la paz con Roma estuvieran exclusivamente [3] en sus manos; había sido para el cónsul más un dictador que un legado en su provincia; había marchado allí con el único objetivo de dejar claro a Grecia, a Asia y a todos los reyes y pueblos de Oriente lo que desde hacía ya tiempo era una convicción para Hispania, Galia, Sicilia [4] y África: que un solo hombre era la cabeza y el sostén del imperio romano, que la ciudad señora del mundo entero se cobijaba bajo la sombra de Escipión, que un gesto suyo valía tanto como los decretos del senado y los mandatos del pueblo. Dada su reputación sin tacha, lo atacan [5] por donde pueden, con el rencor. Después de prolongarse hasta la noche los discursos, se aplazó el juicio para otro [6] día. Llegado éste, los tribunos ocuparon su sitio en los Rostros al amanecer; citado el acusado se acercó a la tribuna rostral pasando por el medio de la asamblea con un [7] numeroso séquito de amigos y clientes, y tras hacerse el silencio dijo: «En tal día como hoy, tribunos de la plebe, y vosotros, Quirites, combatí bien y con éxito en África [8] en batalla campal contra Aníbal y los cartagineses. Por consiguiente, como lo que corresponde a esta fecha es dejarse de litigios y

disputas, yo voy a subir al Capitolio directamente desde aquí para rendir homenaje a Júpiter Óptimo Máximo y a Juno y a Minerva y a los demás dioses protectores del Capitolio y la ciudadela, y les daré las [9] gracias porque concretamente en este día y en tantas otras ocasiones me dieron el ánimo y la posibilidad de prestar un brillante servicio a la República. Igualmente, aquellos [10] de vosotros a los que les venga bien, Quirites, venid conmigo y pedid a los dioses que tengáis dirigentes semejantes a mí, en el supuesto de que desde los diecisiete años [11] hasta la vejez vosotros siempre os habéis anticipado con vuestros honores a mi edad y yo he ido con mis actos por delante de vuestros honores». Desde los Rostros subió al [12] Capitolio. Simultáneamente, la asamblea en masa se dio la vuelta y siguió a Escipión, hasta el extremo de que al final los secretarios y subalternos abandonaron a los tribunos y no quedó junto a éstos nadie más que su séquito de esclavos y el pregonero que citaba desde los Rostros al encausado. Escipión, acompañado por el pueblo de [13] Roma, hizo un recorrido por todos los templos de los dioses no sólo en el Capitolio sino en toda la ciudad. Aquella [14] jornada casi superó en favor popular y justo reconocimiento a su grandeza al día en que hizo su entrada en Roma celebrando su triunfo sobre el rey Sifax y los cartagineses.

Éste fue el último día de gloria que brilló para Publio [52] Escipión. Como para después del mismo preveía odio y enfrentamientos con los tribunos, al producirse un aplazamiento más largo del proceso se retiró a su finca de Literno²⁶⁵ con el firme propósito de no comparecer para ejercer [2] la defensa. Era demasiado grande de espíritu y de carácter, estaba acostumbrado a una suerte mejor como para saber ser un acusado y someterse a la humilde posición [3] del que tiene que defenderse. Cuando llegó el día señalado y comenzó su citación sin que compareciera, Lucio Escipión aducía motivos de enfermedad para justificar [4] su ausencia. Los tribunos que habían presentado la acusación no aceptaban esta excusa y decían que no acudía a defenderse por el mismo orgullo que lo había llevado a abandonar el proceso, a los tribunos de la plebe y la asamblea, [5] y, acompañado de aquellos a los que había quitado el derecho y la libertad de

juzgarlo, arrastrándolos como prisioneros, a celebrar su triunfo sobre el pueblo romano provocando aquel día una ruptura sediciosa con los tribunos de la plebe en dirección al Capitolio. «Tenéis, por consiguiente, [6] el pago de su temeridad; os ha abandonado a vosotros a su vez aquel bajo cuya iniciativa e instigación [7] nos abandonasteis a nosotros, y de día en día va a menos nuestro coraje de tal forma que, mientras hace diecisiete años, cuando él tenía un ejército y una flota nos atrevimos a mandar a Sicilia tribunos de la plebe y un edil para que lo arrestaran y lo trajeran de vuelta a Roma²⁶⁶, ahora que es un ciudadano privado no nos atrevemos a mandar a alguien que lo saque de su casa de campo para defenderse [8] en juicio.» Los tribunos de la plebe a los que apeló Lucio Escipión adoptaron esta resolución: dado que se alegaban motivos de enfermedad, ellos proponían que se admitiera esta justificación y que sus colegas aplazaran el proceso. [9] A la sazón era tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco, y entre él y Publio Escipión había una enemistad personal. Como se había opuesto a que figurase su nombre al pie del decreto de sus colegas, todos esperaban que hiciera una propuesta más dura pero se manifestó en el sentido siguiente: puesto que Lucio Escipión había aducido [10] motivos de enfermedad como justificación de su hermano, a él le parecía suficiente con esto; no estaba dispuesto a permitir que Publio Escipión fuese procesado hasta que regresase a Roma; e incluso entonces, si apelaba a él, le prestaría su apoyo para que no tuviera que defenderse en juicio; Publio Escipión, por voluntad común de los [11] dioses y de los hombres, había alcanzado tal altura por sus gestas y por los honores conferidos por el pueblo romano que representaba un deshonor mayor para el pueblo romano que para él mismo el hecho de que permaneciera al pie de los Rostros como acusado y tuviera que escuchar los insultos de los mozalbetes.

A su declaración añadió unas palabras de indignación: [53] «¿Va a estar aquí a vuestros pies, tribunos, el gran Escipión, conquistador de África? ¿Para eso derrotó y puso [2] en fuga en Hispania a los cuatro generales más famosos de los cartagineses y a cuatro ejércitos? ¿Para eso capturó a Sífax, derrotó a Aníbal, hizo a Cartago tributaria nuestra, obligó a

Antíoco a retirarse más allá de la cadena [3] montañosa del Tauro —pues Lucio Escipión hizo a su hermano partícipe de esta gloria—? ¿Para sucumbir ante dos Petilios, para que vosotros buscaseis²⁶⁷ la palma del triunfo sobre Publio Africano? ¿Nunca llegarán los varones [4] preclaros, por algún mérito personal o por algún honor conferido por vosotros, a una ciudadela segura y de algún modo sacrosanta donde su ancianidad descansa si no venerable al menos libre de ataques?». Tanto su decisión como [5] las palabras que añadió hicieron mella no sólo en los otros tribunos sino en los propios acusadores, y declararon que iban a deliberar acerca de lo que correspondía a sus [6] atribuciones y su deber. Luego, disuelta la asamblea de la plebe, se inició la sesión del senado. En ella todos los miembros del consejo y especialmente los de rango consular y los de mayor edad expresaron su profundo agradecimiento a Tiberio Graco porque había puesto los intereses [7] del Estado por encima de sus rivalidades personales; y los Petilios fueron cubiertos de reproches porque habían querido brillar a costa del descrédito ajeno y buscaban los trofeos [8] de un triunfo sobre el Africano. A partir de entonces no se habló más del Africano. Pasó la vida en Literno sin echar de menos la ciudad; cuentan que murió en el campo manifestando su voluntad de que se le diese sepultura allí mismo y se erigiese allí su monumento funerario, para que no se le rindiesen honras fúnebres en una patria [9] ingrata. Fue un hombre digno de memoria, pero más por sus cualidades militares que por sus habilidades políticas. Fue más brillante la primera etapa de su vida que la última, porque en la juventud se hicieron guerras continuamente, mientras que con la vejez perdieron fuerza también [10] sus acciones y no se le brindó campo a su talento. ¿Qué fue su segundo consulado, incluso sumándole la censura, en comparación con el primero? ¿Qué fue su misión como legado en Asia, ineficaz por los problemas de salud y desvirtuada por la peripecia de su hijo, y, después del regreso, por la disyuntiva de afrontar un proceso o de abandonarlo [11] juntamente con la patria? Con todo, él solo se llevó la gloria sin par de haber llevado a término la Guerra Púnica, la más importante y la más comprometida que sostuvieron los romanos.

Procesamiento de Lucio Escipión

Con la muerte del Africano se crecieron [54] sus adversarios, yendo a la cabeza de los mismos Marco Porcio Catón, que incluso durante su vida había tenido por costumbre ladrar contra su grandeza. Se cree que fue por instigación suya por lo que los Petilios [2] iniciaron el proceso en vida del Africano y presentaron, tras su muerte, una moción formulada en estos términos: [3] «¿Queréis y mandáis, Quirites, a propósito del dinero recibido, llevado o recabado del rey Antíoco y de sus súbditos, en la parte que no fue ingresada en el erario, que [4] sobre esa cuestión pregunte al senado el pretor Servio Sulpicio quién de los actuales pretores quiere el senado que lleve la investigación?». En un principio se oponían a esta [5] propuesta Quinto y Lucio Mummio, por estimar justo que fuera el senado, tal como se había hecho siempre hasta entonces, quien llevara la investigación acerca del dinero no ingresado en el erario. Los Petilios atacaban la preeminencia [6] y el dominio de los Escipiones en el senado. El consular Lucio Furio Purpurión, que había formado parte de la comisión de los diez en Asia, opinaba que debía ser [7] mayor el alcance de la proposición, abarcando no sólo el dinero recibido de Antíoco sino también el de otros reyes y pueblos, con lo cual atacaba a su adversario Gneo Manlio. Por su parte Lucio Escipión, que evidentemente se [8] disponía a hablar más en defensa propia que contra la ley, se adelantó para oponerse a ella. Se lamentó de que una propuesta semejante hubiera sido presentada a raíz de la muerte de su hermano Publio Africano, el más valeroso e ilustre de todos los hombres; no era suficiente con que [9] no se hubiese hecho el elogio fúnebre de Publio Africano ante los Rostros; había que acusarlo, además; los propios [10] cartagineses se habían dado por contentos con el exilio de Aníbal: el pueblo romano no quedaba saciado ni siquiera con la muerte de Publio Escipión, si no se destrozaba además su fama una vez sepultado y también se sacrificaba a [11] su hermano, como expresión suplementaria de inquina. Habló Marco Catón a favor de la propuesta —se conserva su discurso «Acercas del dinero del rey Antíoco»— y con su autoridad disuadió a los tribunos Mummios de su oposición [12] al proyecto de ley.

Consiguientemente, al retirar éstos el veto, todas las tribus votaron a favor de la propuesta.

[55] Luego, cuando Servio Sulpicio preguntó quién querían que se hiciese cargo de la investigación conforme a la propuesta Petilia, los senadores designaron a Quinto Terencio [2] Culeón. Este pretor era tan amigo de la familia Cornelia que, según contaron los que sostienen que Publio Escipión murió y fue enterrado en Roma —pues también existe esta versión²⁶⁸—, en el funeral fue delante del féretro, como había ido en el cortejo del triunfo, tocado con el gorro de liberto²⁶⁹, y en la puerta Capena distribuyó vino mezclado con miel a los que habían seguido el cortejo fúnebre, por la razón de haber sido liberado de los enemigos por [3] Escipión en África junto con otros prisioneros; o era este mismo pretor tan hostil a la familia que precisamente a causa de su enemistad manifiesta fue elegido por la facción contraria a los Escipiones para dirigir la investigación. [4] Como quiera que fuese, Lucio Escipión fue conducido inmediatamente como acusado ante este pretor demasiado favorable o desfavorable en exceso. Al mismo tiempo fueron denunciados e incluidos en la acusación los [5] nombres de sus legados Aulo y Lucio Hostilio Catón y del cuestor Gayo Furio Aculeón, y también los de dos secretarios y un ujier, para dar la impresión de que la complicidad en el peculado llegaba a todos los niveles. Lucio Hostilio, los secretarios y el ujier fueron absueltos antes del juicio de Escipión; Escipión, el legado Aulo Hostilio y Gayo Furio fueron condenados porque, para propiciar [6] una paz más ventajosa a Antíoco, Escipión habría recibido seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata más de las que había ingresado en el erario, Aulo Hostilio [7] ochenta libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el cuestor Furio ciento treinta libras de oro y doscientas de plata. Estas sumas de oro y plata las encontré referidas [8] en Anciate. En lo referente a Lucio Escipión la verdad es que me inclinaría más por que se trata de un error del copista que de una falsedad del historiador en la cifra del oro y de la plata; es más verosímil, en efecto, que el peso [9] de la plata haya sido superior al del oro, y que la cifra en cuestión fuese estimada en cuatro, más que en veinticuatro, millones de sestercios, y ello con mayor razón

[10] porque, según cuentan, al propio Publio Escipión se le pidieron cuentas en el senado de una suma de ese orden; y él, [11] después de mandar a su hermano Lucio que trajera el libro de cuentas, lo hizo trizas con sus propias manos a la vista del senado, indignado porque se le pedían cuentas de cuatro [12] millones cuando había ingresado en el tesoro público doscientos millones. Y en virtud de esa misma seguridad en [13] sí mismo, en una ocasión en que los cuestores no se atrevían a sacar dinero del erario en contra de la ley, pidió las llaves y dijo que iba a abrir el tesoro público él que había hecho posible que estuviera cerrado²⁷⁰.

[56] En muchos otros detalles, con respecto sobre todo al final de la vida de Escipión, el procesamiento, la muerte, los funerales y el sepulcro, hay versiones contrapuestas, tanto que no sé a qué tradiciones y a qué escritos atenerme. [2] No hay concordancia en lo referente al acusador: unos dicen que fue demandado por Marco Nevio, y otros que por los Petilios; hay desacuerdo acerca de la fecha de su procesamiento, el año de su muerte, el lugar donde murió [3] y fue enterrado; para unos murió y recibió sepultura en Roma, para otros en Literno. En uno y otro lugar se exhiben su monumento y su estatua, pues en Literno se erigió un monumento y se colocó sobre él una estatua que vi personalmente hace poco abatida por una tormenta, [4] y en Roma, fuera de la puerta Capena, sobre el monumento de los Escipiones hay tres estatuas, dos de las cuales representan, dicen, a Publio y Lucio Escipión y la tercera [5] al poeta Quinto Ennio. Y no sólo hay discrepancias entre los historiadores, sino que también se contradicen entre sí los discursos de Publio Escipión y Tiberio Graco, si es [6] que son suyos los que se les atribuyen. El título del discurso de Publio Escipión incluye el nombre del tribuno de la plebe Marco Nevio, pero en el texto del discurso no se encuentra el nombre del acusador; unas veces lo llama [7] granuja y otras trapacero. Tampoco el discurso de Graco menciona a los Petilios como acusadores del Africano, ni [8] la fecha de la citación del Africano. Es preciso recoger una versión enteramente diferente, acorde con el discurso de Graco, y seguir a los historiadores según los cuales, cuando Lucio Escipión fue acusado y condenado por haber recibido dinero

del rey, el Africano estaba cumpliendo [9] una misión en Etruria; cuando se enteró de lo ocurrido a su hermano abandonó dicha misión, corrió a Roma y desde la puerta se dirigió directamente al foro porque le habían dicho que su hermano era conducido a la cárcel, apartó al lictor de junto a su hermano, y cuando los tribunos trataron de retenerlo recurrió a la violencia, reaccionando más como hermano que como ciudadano. Tiberio [10] Graco se queja precisamente de esto, de que un particular anulase la potestad tribunicia, y al final, cuando promete su ayuda a Lucio Escipión, añade que es un precedente más tolerable ver la potestad tribunicia y la autoridad del Estado vencida por un tribuno de la plebe que por un ciudadano privado. Pero reprueba como inadmisibles este único [11] acto de prepotencia incontrolada de Escipión de modo que, censurándolo por haber desmerecido tanto de sí mismo, compensa su reprensión presente acumulando sobre él los elogios por su moderación y autocontrol de antes; dice, en efecto, que en una ocasión reprendió al pueblo [12] porque quería hacerlo cónsul vitalicio y dictador; que prohibió que se le erigieran estatuas en el comicio, en los Rostros, en la curia, en el Capitolio y en el santuario de Júpiter; y que impidió que se tomase la decisión de que saliese [13] su imagen, con los atavíos del triunfo, del templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Estas consideraciones, que incluso formando parte de [57] un panegírico atestiguarían la enorme grandeza de espíritu de quien pone límite a los honores con un comportamiento de ciudadano, son la confesión de un adversario en el curso de una acusación. No hay discrepancias en cuanto a [2] que estuvo casada con este Graco la menor de las dos hijas del Africano (pues la mayor había sido otorgada por el padre, sin lugar a dudas, a Publio Cornelio Nasica). Lo [3] que no se sabe con certeza es si el compromiso y la boda tuvieron lugar después de la muerte del padre o es verdad la versión según la cual, cuando Lucio Escipión era conducido a la cárcel y ninguno de sus colegas le prestaba ayuda, [4] Graco juró que su enemistad con los Escipiones continuaba como antes y que él no actuaba en absoluto para granjearse simpatías, pero no iba a permitir que un hermano del Africano fuera conducido a la cárcel en la que él había visto que Publio Africano metía reyes y generales enemigos; [5] y el senado, que casualmente

aquel día estaba celebrando una cena en el Capitolio, se levantó y pidió que el Africano [6] prometiese su hija a Graco durante el banquete. Formalizado así el compromiso en debida forma en el transcurso de una solemnidad oficial, Escipión se retiró a su casa y dijo a su esposa Emilia que había prometido en [7] matrimonio a la hija menor. Ella, ofendida como mujer por no haber sido consultada para nada en lo concerniente a la hija común, añadió que la madre no debería haber quedado al margen de la decisión ni siquiera en el caso [8] de que se la concediera a Tiberio Graco; entonces Escipión, alegrándose de tan plena coincidencia de puntos de vista, respondió que se la había prometido precisamente a él. Era obligado dejar constancia de estos detalles, a pesar de las divergencias en la tradición oral y escrita, por tratarse de un personaje tan importante.

[58] Una vez que el pretor Quinto Terencio dio por finalizados los procesos, Hostilio y Furio, que habían sido condenados, presentaron fiadores aquel mismo día a los cuestores [2] urbanos. Escipión sostenía que todo el dinero que había recibido estaba en el erario y que él no tenía nada que perteneciese al Estado, y entonces se iniciaron los trámites [3] para meterlo en prisión. Publio Escipión Nasica apeló a los tribunos y pronunció un discurso colmado de hechos gloriosos y verdaderos de la familia Cornelia en [4] general y de su propia rama en particular. Dijo que su padre y el padre de Publio Africano y Lucio Escipión, al que se llevaba a la cárcel, habían sido dos hombres preclaros, Gneo y Publio Escipión. Éstos, después de acrecentar [5] durante varios años el prestigio del nombre romano en tierras de Hispania frente a muchos generales y ejércitos cartagineses e hispanos, y no sólo combatiendo sino dando [6] a aquellos pueblos ejemplo de la moderación y de la lealtad romana, al final habían sucumbido los dos en aras de la República. Aunque sus descendientes tenían bastante [7] con preservar su gloria, Publio Africano había superado hasta tal punto las brillantes acciones de su padre que dio pie para creer que había nacido no de sangre humana sino de estirpe divina²⁷¹. En cuanto a Lucio Escipión, del [8] cual era el caso, dejando a un lado lo que había hecho en Hispania y en África como legado de su

hermano, una vez cónsul el senado lo había considerado digno de asignarle sin sorteo la provincia de Asia y la guerra contra el rey Antíoco; y su hermano, después de dos consulados, una censura y un triunfo, lo había considerado digno de acompañarlo a Asia como legado. Allí, para que la grandeza [9] y la gloria del legado no hiciese sombra a los merecimientos del cónsul, se había dado la coincidencia de que el día en que Lucio Escipión derrotaba a Antíoco en Magnesia en batalla campal, Publio Escipión se encontraba enfermo en Elea, a una distancia de varios días de camino. Aquel ejército no era menor que el de Aníbal, contra el [10] que se había combatido en África; y el mismo Aníbal que había sido el general de la guerra púnica se encontraba entre muchos otros generales del rey. Y la guerra, por cierto, se había desarrollado de tal modo que nadie podía achacar nada ni siquiera a la suerte; era en la paz donde se [11] buscaban los motivos de acusación; se decía que había sido vendida. Aquí los cargos iban a la vez contra los diez comisionados con cuyo asesoramiento se había estipulado [12] la paz; a pesar de que algunos de la comisión de los diez se habían levantado para acusar a Gneo Manlio, con todo aquella acusación no había valido ni siquiera para retrasar el triunfo, cuánto menos para hacer creíbles los cargos.

[59] Pero, ¡por Hércules!, en el caso de Escipión las condiciones mismas de paz eran sospechosas por demasiado favorables a Antíoco, pues se le había dejado su reino intacto; después de ser vencido, poseía todo lo que era suyo [2] antes de la guerra; aunque había tenido gran cantidad de oro y plata, no había revertido nada en el tesoro público, [3] todo había pasado a dominio privado. ¿No había pasado ante los ojos de todos, en el triunfo de Lucio Escipión, mayor cantidad de oro y plata que la suma acumulada de [4] otros diez triunfos? ¿Y qué decir de las fronteras del reino? Antíoco había ocupado toda Asia y la Europa limítrofe. [5] Todo el mundo sabía cuál es la extensión de aquella parte del mundo, que se extiende desde las montañas del Tauro hasta el mar Egeo, cuántas ciudades y también cuántos pueblos [6] abarca. Esta zona, de más de treinta días de marcha a lo largo y diez a lo ancho extendida entre dos mares hasta las cumbres de la cadena del Tauro, le había sido [7] arrebatada a Antíoco, rechazado hasta

el rincón más apartado del mundo. En caso de ser gratis la paz, ¿qué se le podía haber quitado más? A Filipo, vencido, se le había dejado Macedonia, y a Nabis Lacedemonia, y no se había pretendido incriminar a Quincio; y es que no había tenido por hermano al Africano, cuya gloria debía haber beneficiado a Lucio Escipión, en vez de perjudicarlo [8] por la ojeriza hacia aquél. Según los jueces, en casa de Lucio Escipión había entrado más oro y plata del que se podría obtener vendiendo todos sus bienes. ¿Dónde estaba pues el oro del rey, dónde tantas herencias como había recibido? En una casa que no habían vaciado los gastos [9] debería haber aparecido el cúmulo de bienes de reciente adquisición. Pero, seguramente, lo que no se podía sacar de sus bienes, los adversarios de Lucio Escipión pretendían sacarlo de su cuerpo, de sus espaldas, a base de vejaciones y afrentas, de modo que un hombre tan eminente esté [10] encerrado en la cárcel entre ladrones nocturnos y bandidos y expire en un lóbrego calabozo, y después sea arrojado su cuerpo desnudo delante de la prisión. Esto debería [11] avergonzar a la ciudad de Roma, más que a la familia Cornelia.

En respuesta a estas palabras, el pretor Terencio dio [60] lectura a la propuesta Petilia, el senadoconsulto y la sentencia referente a Lucio Escipión; si la suma fijada por [2] los jueces no era ingresada en el tesoro público, él no podía hacer ninguna otra cosa más que dar orden de arrestar y meter en la cárcel al condenado. Los tribunos se retiraron [3] a deliberar, y poco después Gayo Fannio anunció que, de acuerdo con su decisión y la de sus colegas con excepción de Graco, los tribunos no intervendrían para impedir que el pretor ejerciera su autoridad. Tiberio Graco se [4] pronunció en el sentido de que no se oponía al pretor en cuanto a que se detrajera de los bienes de Lucio Escipión la cantidad fijada en la sentencia; en cuanto a Lucio Escipión, [5] que había derrotado al rey más rico del mundo, que había extendido el imperio del pueblo romano hasta los últimos confines de la tierra, y ligado al rey Éumenes, a [6] los rodios, y a tantas otras ciudades de Asia con los servicios rendidos por el pueblo romano, y había encerrado en prisión a un elevado número de generales enemigos después de hacerles desfilar en su triunfo, él no estaba dispuesto a permitir que estuviera encarcelado y

encadenado junto con los enemigos del pueblo romano, y ordenaba [7] su libertad. La resolución fue recibida con tales muestras de aprobación, y la gente se alegró tanto de ver libre a Escipión, que apenas parecía creíble que el juicio hubiera [8] tenido lugar en la misma ciudad. El pretor, entonces, envió a los cuestores a tomar posesión, en nombre del Estado, de los bienes de Lucio Escipión. No se encontró entre éstos el menor rastro del dinero del rey, pero además no se llegó en absoluto a la cantidad a que había sido condenado. [9] Sus parientes, amigos y clientes recaudaron para Lucio Escipión tal cantidad de dinero que, de haberla aceptado, sería bastante más rico que antes de su desgracia. [10] No aceptó nada; lo imprescindible para vivir le fue restituido por sus parientes más próximos; y la inquina contra los Escipiones se volvió contra el pretor y sus consejeros y contra los acusadores.

-
- ¹⁵⁴ Entramos en el año 189 a. C.
- ¹⁵⁵ Cf. XXXVI 14.
- ¹⁵⁶ La actual Knisovo, en Albania.
- ¹⁵⁷ Distinta de las homónimas de XL 24, 5 (en Macedonia) y XXXVI *passim*, XXXVII 5, 4 y XXXIX 23, 8-9 (próxima al Golfo Malíaco).
- ¹⁵⁸ Al sur de Argitea. Heraclea y Tetrafilia no localizadas.
- ¹⁵⁹ Según otras lecturas, Telo. Se desconoce su situación.
- ¹⁶⁰ Al este de Argitea, en dirección a Gonfos.
- ¹⁶¹ Desconocida. Su grafía no es segura.
- ¹⁶² Esta advocación aparece aplicada a otras divinidades (en XXXII 23, 10, a Hera).
- ¹⁶³ Atraviesa Atamania de norte a sur. Navegable según la época, difícil de cruzar.
- ¹⁶⁴ El detalle de los preparativos descritos en este capítulo procede de una fuente que no es la habitual, POLIBIO, XXI 26-27.
- ¹⁶⁵ Al sureste de la ciudad.
- ¹⁶⁶ Por los restos de muralla que se conservan se deduce un perímetro de 5 km.: un poco más de tres millas, no de cuatro.
- ¹⁶⁷ Palacio de Pirro.
- ¹⁶⁸ Santuario situado en lo alto del Perrante.
- ¹⁶⁹ Anfiloquia.
- ¹⁷⁰ El término latino utilizado por Livio es *foribus* y generalmente suele ser considerado como un error de su traducción de Polibio, confundir *θυρῆων* (escudos) con *θύρας* (puertas).
- ¹⁷¹ Levino, cónsul sufecto en el año 176.
- ¹⁷² Cerca de la moderna Loutron.
- ¹⁷³ Expresión de un *foedus iniquum*; éste es el primero en que Roma priva de política exterior a un Estado griego.
- ¹⁷⁴ La equivalencia en Roma era de 1 a 11, 91.
- ¹⁷⁵ Tito Quincio Flaminio y Gneo Domicio Ahenobarbo nunca coincidieron en el consulado. La hipótesis más sencilla (se han propuesto otras) sería una confusión en el nombre de dos hermanos: Lucio Quincio fue cónsul con Gneo Domicio en el año 192.
- ¹⁷⁶ Habitantes de la Acarnania meridional.
- ¹⁷⁷ La Galogrecia o Galacia ocupaba el centro de la Turquía actual.
- ¹⁷⁸ Cf. XXXVII 52, 1 ss.
- ¹⁷⁹ El futuro Átalo II.

- ¹⁸⁰ Del Meandro.
- ¹⁸¹ ¿Homónima de la Hiera Come mencionada por Polibio más al norte, entre Sardes y Tiatira?
- ¹⁸² Afluente del Meandro.
- ¹⁸³ En la confluencia del Marsias y el Meandro.
- ¹⁸⁴ Esposa, en realidad.
- ¹⁸⁵ Alusión a la leyenda según la cual el rey Midas, en su papel de árbitro, declaró vencedor al sátiro Marsias en su duelo de flauta con Apolo. Éste hizo que ambos pagaran el resultado.
- ¹⁸⁶ Al sureste de Samos.
- ¹⁸⁷ En la Caria oriental.
- ¹⁸⁸ Cerca de la actual Davas.
- ¹⁸⁹ En medida griega para los áridos, utilizada en Asia Menor, equivalente a unos seis modios en medida romana.
- ¹⁹⁰ Afluente del Indo.
- ¹⁹¹ Junto al Indo, al este de Tabas; hay diversas hipótesis acerca de su emplazamiento.
- ¹⁹² Desconocida.
- ¹⁹³ Éste, obviamente, es un río de Frigia y Caria.
- ¹⁹⁴ Suele emplearse esta denominación como equivalente a cornac, cualquiera que fuese su país.
- ¹⁹⁵ Antigua colonia lidia (hoy Gülhisar), en la margen izquierda del Indo.
- ¹⁹⁶ Al norte de Cibira.
- ¹⁹⁷ ¿El Tschavdir-Tschai?
- ¹⁹⁸ ¿El lago de Sögüt-Gölü?
- ¹⁹⁹ Desconocida.
- ²⁰⁰ Aparece también en las formas Laco y Lagbe. En la Frigia suroriental, al norte del Sögüt-Gölü.
- ²⁰¹ Desemboca en el lago Ascania.
- ²⁰² Posiblemente el Istanoz-Su.
- ²⁰³ A unos 70 km. de Cibira.
- ²⁰⁴ No identificado.
- ²⁰⁵ Entre Termeso y Cormasa.
- ²⁰⁶ En la margen izquierda del Lisis.
- ²⁰⁷ Desconocida.
- ²⁰⁸ De Sagalaso (Aglasun), población situada a 25 km. del lago Ascania.

- ²⁰⁹ Al norte del lago de Burdur.
- ²¹⁰ Mantenemos la lectura de Madvig, ya en el ms. *Moguntinus*.
- ²¹¹ Desconocida.
- ²¹² Cerca del Suhut.
- ²¹³ A unos 20 km. al norte de Sínada.
- ²¹⁴ La Anabour actual. Hay otras dos homónimas.
- ²¹⁵ Afluente del Sangario.
- ²¹⁶ Ocupaban la Galogrecia occidental, en torno a Pesinunte.
- ²¹⁷ Los tectosagos en medio, y los trocmos los más al este.
- ²¹⁸ Río importante, hoy Kizilirmak, que desemboca en el Mar Negro.
- ²¹⁹ En 390 a. C. Cf. V 37 ss.
- ²²⁰ Torcuato. Cf. VII 10.
- ²²¹ Corvo. Cf. VII 26, 2 - 6.
- ²²² Cf. V 47.
- ²²³ A pocos Km. de Amorion por el este.
- ²²⁴ Vivían al este del lago Caralitis.
- ²²⁵ Desconocida. Plitendo, según otra lectura.
- ²²⁶ Entre el Sangario y el nacimiento del Meandro.
- ²²⁷ Es un vasto desierto; el término en griego significa «sin madera».
- ²²⁸ Al suroeste de Pesinunte.
- ²²⁹ Actual Sakaria.
- ²³⁰ A 150 estadios de Pesinunte, según Estrabón.
- ²³¹ Afluente del Sangario por la margen izquierda, con la desembocadura próxima a Gordio.
- ²³² En un tiempo fue capital de Frigia. Famosa por el «nudo gordino» de Alejandro Magno.
- ²³³ Litoral del Mar Negro.
- ²³⁴ ¿El Kurg-Dagh?
- ²³⁵ Cf. XXXI 34, 4.
- ²³⁶ Cuadrigario.
- ²³⁷ Ankara.
- ²³⁸ Unos 2, 5 kg. de oro.
- ²³⁹ En el Esquilino, lugar de mercado de animales para los sacrificios domésticos.
- ²⁴⁰ Integrantes de una tetrápolis junto con los pronnos. De sus cuatro ciudades, Same era la que tenía una posición más estratégica.

- ²⁴¹ Ahí se exponían y sacralizaban los decretos con el texto de los tratados.
- ²⁴² En la Laconia noroccidental.
- ²⁴³ Es decir, el padre de Alejandro Magno. El decreto tenía, por tanto, casi dos siglos.
- ²⁴⁴ Para el año 188.
- ²⁴⁵ En el centro de Panfilia.
- ²⁴⁶ Traducimos el texto sin sobreentender laguna.
- ²⁴⁷ De una sola bancada de remos.
- ²⁴⁸ Situados uno en la desembocadura del río Calicadno y el otro más al sur, a menos de 20 km.
- ²⁴⁹ De Milasa, en Caria.
- ²⁵⁰ En Lidia, al oeste de Esmirna.
- ²⁵¹ Al norte de Clazomene, en el golfo de Esmirna.
- ²⁵² Al este de Ilión, en el monte Ida.
- ²⁵³ Los astios vivían en la costa del Ponto Euxino; los cenos, al sureste de los astios, entre el Hebro y el Quersoneso. No hay datos para precisar el asentamiento de maduatenos y corelos.
- ²⁵⁴ Bendis, o Mendis, era una diosa tracia equiparable a Artemisa o a Cibeles.
- ²⁵⁵ Uno de los principales ríos de Tracia que desemboca en el Egeo. Hoy Evros.
- ²⁵⁶ Una gruta, según otras referencias, en la que se veneraba a Hécate.
- ²⁵⁷ Vivían al oeste del Hebro y al norte de Maronea.
- ²⁵⁸ En la costa, a unos 30 km. de la desembocadura del Hebro.
- ²⁵⁹ Desconocida.
- ²⁶⁰ Para el año 187.
- ²⁶¹ Marco Claudio Marcelo.
- ^{261bis} Ver XXVI 30, 12.
- ²⁶² Cf. XXXVI 15 ss.
- ²⁶³ Cf. XXXII 6.
- ²⁶⁴ Cf. XXIX 16 y XXX 21.
- ²⁶⁵ Colonia romana, puerto de la Campania situado al norte de Cumas. A unos 170 km. de Roma.
- ²⁶⁶ Cf. XXIX 20, 6-7.
- ²⁶⁷ Se traduce la lectura *peteretis*.
- ²⁶⁸ Suele atribuirse la referencia a Claudio Cuadrigario, pero podría tratarse de una tradición más amplia.
- ²⁶⁹ Cf. XXX 45, 5.

²⁷⁰ Expresión y episodio a los que se han presentado numerosas y diferentes interpretaciones.

²⁷¹ Cf. XXVI 19, 6 ss.

LIBRO XXXIX

SINOPSIS

AÑO 187 a. C.

Campaña en Liguria. Censo de los latinos (1-3).

Triunfo, previo debate, del procónsul Marco Fulvio (4 - 5).

AÑO 186 a. C.

Elecciones. Triunfo de Gneo Manlio (6 - 7).

Las Bacanales: Primeras informaciones (8 - 10).

El cónsul Postumio abre una investigación (11 - 13).

Informe del cónsul al senado y al pueblo (14 - 16).

Adopción de medidas. Recompensas (17 - 19).

Derrota en Liguria, victorias en Hispania, juegos, prodigios (20 - 22).

AÑO 185 a. C.

Elecciones. Fundación de colonias (23, 1 - 23, 4).

Tercera Guerra Macedónica: causas. Conferencia de Tempe (23, 5 - 29, 3).

Roma: ovación para Lucio Manlio Acidino. Revuelta de esclavos en Apulia (29, 4 - 29, 10).

Campañas en Hispania y en Liguria (30 - 32, 4).

AÑO 184 a. C.

Roma: elecciones reñidas (32, 5 - 32, 15).

Embajada de Oriente. Filipo y los maronitas (33 - 34).

Nuevos pasos de los enviados de Roma. Debate entre Apio Claudio y Licortas (35 - 37).

Roma: asignación de mandos. Lucha por la pretura (38 - 39).

Catón, censor (40 - 44).

AÑO 183 a. C.

Nuevos magistrados. Prodigios. Embajadas (45 - 46).

Demetrio ante el senado de Roma (47 - 48).

Muerte de Filopemén (49 - 50).

Muerte de Aníbal. Año de la muerte de Escipión el Africano (51 - 52).

Retorno de Demetrio a Macedonia (53).

Emigración frustrada de los galos transalpinos. Colonias. Victoria sobre los celtíberos (54 - 56, 3).

AÑO 182 a. C.

Roma: elecciones. Prodigios (56, 3 - 56, 7).

Campaña en Liguria. Censo de los latinos

[1] Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en Roma —si es que efectivamente ocurrieron en este año²⁷²—, los dos cónsules hacían la guerra en Liguria. [2] Era éste un enemigo que parecía nacido para mantener la disciplina militar de los romanos en los períodos intermedios entre grandes guerra, y ninguna otra provincia estimulaba tanto a los soldados para los actos [3] de valor. Asia, en efecto, con los atractivos de sus ciudades, la abundancia de sus recursos de tierra y mar, la flojedad de los enemigos y las riquezas de los reyes, servía más [4] para enriquecer que para templar los ejércitos. Especialmente bajo el mando de Gneo Manlio estuvieron sin control ni disciplina. De ahí que bastara una marcha un poco más dura en Tracia y un enemigo un poco más despierto [5] para infligirles una severa derrota. En Liguria todo contribuía a mantener alerta a los soldados: parajes montañosos y difíciles, que costaba trabajo ocupar y desalojar de enemigos si estaban ya ocupados; caminos pendientes, estrechos, [6] peligrosos por las posibles emboscadas; un enemigo ligero y rápido de movimientos que aparecía de improviso y no dejaba ni un momento de tregua ni un lugar tranquilo y seguro; el ataque obligado, trabajoso y arriesgado al mismo tiempo, a posiciones fortificadas, y la pobreza de la

región, que obligaba a los soldados a una vida sobria y ofrecía escaso botín. Por eso no iban detrás los vivanderos, [7] no seguían a la columna en marcha largas filas de animales de carga; no había más que armas y hombres que depositaban en las armas toda su esperanza. Y nunca [8] faltaba el objeto o el motivo por el que combatir con aquellas gentes, porque debido a la pobreza de su país hacían incursiones en los campos vecinos, aunque no se llegaba a combates decisivos.

El cónsul Gayo Flaminio, después de librar numerosos [2] combates favorables contra los lígures friniales²⁷³ en su propio territorio, aceptó la capitulación de este pueblo y le requisó las armas. Como eran castigados porque no las [2] entregaban de buena fe abandonaron los poblados y se refugiaron en el monte Augino²⁷⁴. El cónsul salió tras ellos [3] de inmediato, pero se dispersaron de nuevo y precipitándose, desarmados en su inmensa mayoría, por lugares impracticables y peñascales escarpados, huyeron por donde no pudiera seguirlos el enemigo. Pasaron, así, al otro lado del Apenino. Los que se habían quedado en el campamento fueron rodeados y aplastados. A continuación, las [4] legiones fueron conducidas al otro lado del Apenino. Allí los enemigos se defendieron durante un tiempo gracias a la altitud del monte que habían ocupado y poco después acabaron por rendirse. Se hizo entonces una búsqueda más minuciosa de las armas y fueron desposeídos de todas ellas. [5] Después se trasladó la guerra al territorio de los lígures apuanos, que habían iniciado incursiones en las tierras de Pisa y Bononia hasta el punto de hacer imposible su cultivo. [6] Sometidos también éstos definitivamente, el cónsul restableció la paz en el contorno. Y como había conseguido que la provincia estuviese tranquila, para no tener desocupada a la tropa construyó una vía desde Bononia hasta [7] Arrecio. El otro cónsul, Marco Emilio, incendió y devastó los campos de los lígures y sus aldeas situadas en las llanuras y los valles, mientras que ellos ocupaban dos montes, [8] el Balista²⁷⁵ y el Suismoncio²⁷⁶. Atacó luego a los que estaban en los montes; primero los trabajó a base de escaramuzas y por último los obligó a bajar a campo abierto y los derrotó en una batalla regular en la que también prometió [9] con voto un templo a Diana²⁷⁷. Una vez

sometidos todos los del lado de acá del Apenino, tras lanzar una ofensiva contra los tramontanos, entre los que se encontraban también los lígures friniales a los que no había llegado Gayo Flaminio, Emilio los sometió a todos, los desarmó, e hizo que bajaran, en gran número, de los montes [10] al llano. Una vez pacificados los lígures llevó el ejército a territorio gálico y construyó una vía desde Placencia hasta [11] Arimino²⁷⁸ para enlazar con la Vía Flaminia. La última vez que se enfrentó a los lígures en batalla campal prometió con voto un templo a Juno Reina. Éstos fueron los hechos ocurridos aquel año en Liguria.

En la Galia el pretor Marco Furio había desarmado [3] a los cenomanos, que no habían hecho nada, buscando hacerles pasar por beligerantes cuando estaban en paz. Los cenomanos protestaron ante el senado en Roma por [2] lo ocurrido; fueron reenviados al cónsul Emilio, a quien el senado encargó el examen y la decisión de la controversia, y se les dio la razón después de mantener un duro enfrentamiento con el pretor. Éste recibió órdenes de devolver [3] las armas a los cenomanos y abandonar la provincia.

Después de esto se dio audiencia en el senado a los [4] diputados de la confederación latina llegados en gran número de todos los confines del Lacio. Ante sus quejas por el gran número de conciudadanos suyos que habían inmigrado a Roma y estaban censados allí, se encargó a Quinto [5] Terencio Culeón de localizarlos y obligar a volver a donde estuviera censado a todo aquel que los aliados demostrasen que figuraba en sus listas de censo él o su padre durante la censura de Gayo Claudio y Marco Livio²⁷⁹ o con posterioridad a la misma. A resultas de esta investigación retornaron [6] a su país doce mil latinos, pues ya entonces el número de inmigrantes representaba una carga para la ciudad.

Triunfo, previo debate, del procónsul Marco Fulvio

Antes de que regresasen a Roma los [4] cónsules volvió de Etolia el procónsul Marco Fulvio, y ante el senado reunido [2] en el templo de Apolo hizo una relación de las operaciones que había llevado a cabo en Etolia y Cefalania y pidió a los senadores que, si lo consideraban justo, dispusieran que se

rindiesen honores a los dioses y decretasen el triunfo para él por las empresas [3] llevadas a cabo con éxito en favor del Estado. El tribuno de la plebe Marco Aburio manifestó su intención de poner el veto si se tomaba alguna decisión sobre el particular antes [4] de la llegada del cónsul Marco Emilio: éste quería oponerse, y al marchar a la provincia le había dejado de que se aplazase el debate hasta su regreso sin tomar decisión alguna; para Fulvio sólo representaba un retraso temporal, pues incluso estando el cónsul presente podría el senado [5] tomar la decisión que quisiera. Fulvio replicó que aunque no fuese de dominio público el rencor de Marco Emilio hacia él y la rabia incontrolada y casi tiránica con que daba [6] curso a sus enemistades personales, ni aun así habría sido tolerable que la ausencia de un cónsul fuese un obstáculo para honrar a los dioses inmortales y retrasase un triunfo [7] merecido y debido, y que un general con una campaña de brillantes éxitos y un ejército victorioso permaneciesen con el botín y con los prisioneros delante de las puertas hasta que al cónsul, que precisamente por ello se hacía [8] esperar, le diera la gana de volver a Roma. Aunque, en realidad, siendo tan conocida la enemistad que había entre él y el cónsul, ¿qué equidad podía esperar nadie de quien había depositado en el archivo público un senadoconsulto emitido [9] a hurtadillas aprovechando la escasa asistencia, según el cual daba la impresión de que no había sido tomada por la fuerza Ambracia, que había sido atacada con terreplanes y manteletes, donde habían sido incendiadas las obras de asedio y se habían construido otras nuevas, donde durante quince días se había combatido en torno a las murallas [10] en superficie y bajo tierra, donde el combate se había mantenido incierto largo tiempo desde el amanecer, cuando los soldados ya habían escalado los muros, hasta la noche, y donde se había dado muerte a más de tres mil [11] enemigos? Además, ¿con qué maliciosa tergiversación no acudió a los pontífices a propósito del espolio de los templos de los dioses inmortales en una ciudad conquistada? ¡A menos que haya sido lícito adornar la ciudad con las [12] obras de arte de Siracusa y demás ciudades conquistadas, y que únicamente en el caso de la toma de Ambracia no haya estado vigente el derecho de guerra! Rogaba, pues, [13] a los padres conscriptos y pedía al tribuno

que no permitiera que él fuese motivo de burla para su prepotente adversario.

Desde todos los sectores le llegaban al tribuno las súplicas [5] de unos y los insultos de otros. Especialmente lo impresionaron las palabras de su colega Tiberio Graco: ciertamente no era un buen ejemplo utilizar una magistratura [2] para dar curso a las enemistades personales propias; pero que un tribuno de la plebe se erigiera en representante de las enemistades de otro era vergonzoso e indigno de la potestad del colegio tribunicio y de las leyes sagradas. Cada uno debía amar u odiar a las personas y aprobar [3] o desaprobar las conductas según su propio criterio, no estar pendiente de la expresión o el gesto de otro, ni dejarse llevar en una u otra dirección por los estados de ánimo ajenos, ni comprometerse un tribuno de la plebe con los enfados de un cónsul, teniendo presente lo que Marco Emilio [4] le había recomendado a título particular y olvidando el cargo de tribuno que le había sido conferido por el pueblo romano y encomendado para tutelar la libertad de los ciudadanos, no el despotismo consular. Ni siquiera se estaba [5] apercibiendo de que se transmitiría a la posteridad la idea de que uno de los dos tribunos de la plebe pertenecientes al mismo colegio había sacrificado sus enemistades personales a los intereses del Estado, y el otro había hecho valer las ajenas y además por encargo. Abrumado por estas [6] reconvenciones el tribuno salió del templo, y, a propuesta del pretor Servio Sulpicio, se concedió el triunfo [7] a Marco Fulvio. Dio éste las gracias a los padres conscriptos y añadió que el día en que había tomado Ambracia había prometido con voto unos grandes juegos a Júpiter Óptimo Máximo; que, con ese propósito, las ciudades habían [8] contribuido con cien libras de oro, y pedía, por tanto, que mandasen apartar dicha cantidad del dinero que pensaba depositar en el erario después de llevarlo en su desfile [9] triunfal. El senado dispuso que se consultara al colegio de los pontífices si era necesario gastar todo aquel oro en [10] los juegos. Como los pontífices respondieron que a efectos religiosos era irrelevante qué cantidad se gastaba en los juegos, el senado dejó a criterio de Fulvio el monto del gasto con la condición de que no superase los ochenta mil [11] sestercios. Había decidido celebrar el triunfo en el mes de

enero; pero al oír que el cónsul Marco Emilio, tras recibir una carta del tribuno de la plebe Marco Aburio sobre la [12] retirada del veto, cuando venía hacia Roma para oponerse personalmente al triunfo se había detenido enfermo en el camino, adelantó la fecha del desfile para no tener que [13] pelear más en el triunfo que en la guerra. Celebró el veintitrés de diciembre su triunfo sobre los etolios y Cefalania. [14] Desfilaron delante de su carro ciento doce libras de coronas de oro, ochenta y tres mil libras de plata, doscientas cuarenta y tres libras de oro, ciento dieciocho mil tetracmas [15] áticas, doce mil trescientos veintidós filipos²⁸⁰, setecientas ochenta y cinco estatuas de bronce, doscientas treinta estatuas de mármol, armas defensivas y ofensivas y demás [16] despojos enemigos en gran cantidad, y además catapultas y ballestas y toda clase de máquinas de lanzamiento; y veintisiete jefes entre etolios y cefalanes y otros del ejército de Antíoco abandonados allí por éste. Aquel mismo día, [17] antes de hacer su entrada en la ciudad, galardonó con recompensas militares en el circo Flaminio a muchos tribunos, prefectos, caballeros y centuriones, romanos y aliados. A cuenta del botín repartió entre los soldados veinticinco denarios por cabeza, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes.

Elecciones. Triunfo de Gneo Manlio

Se acercaba ya la fecha de los comicios [6] consulares. Como no pudo acudir Marco Emilio, a quien había correspondido por sorteo presidirlos, vino a Roma Gayo Flaminio, que proclamó cónsules²⁸¹ a Espurio Postumio Albino, y a Quinto Marcio Filipo. A continuación fueron elegidos pretores Tito Menio, Publio [2] Cornelio Sula, Gayo Calpurnio Pisón, Marco Licinio Lúculo, Gayo Aurelio Escauro y Lucio Quincio Crispino.

Al final del año, cuando ya habían sido elegidos los [3] magistrados, Gneo Manlio Vulsón celebró el triunfo sobre los galos que viven en Asia el día cinco de marzo. La razón [4] del retraso de su triunfo fue el evitar ser procesado ante el pretor Quinto Terencio Culeón en virtud de la ley Petilia y verse envuelto en la atmósfera ardiente del proceso de otro, aquel en que había sido condenado Lucio Escipión, con unos

jueces más hostiles hacia él que hacia Escipión [5] porque habían llegado rumores de que al suceder a éste había echado a perder, con todas las formas de la permisividad, la disciplina militar que su antecesor había mantenido rigurosamente. Y no era sólo motivo de descrédito [6] lo que se contaba como ocurrido en la provincia, lejos de la vista, sino, en mayor medida aún, lo que se observaba cada día en sus soldados. El germen del lujo extranjero, [7] en efecto, fue introducido en Roma por el ejército de Asia. Fueron aquellos soldados los primeros en importar a la ciudad lechos de bronce, colchas preciosas, tapices y otros tejidos finos, y mesas de un solo pie y aparadores, enseres [8] que entonces se consideraban suntuosos. Fue entonces cuando se sumaron a los banquetes las tañedoras de cítara y sambuca²⁸² y otros elementos para divertir a los comensales; también los propios banquetes comenzaron a prepararse [9] con mayor detalle y suntuosidad. Fue entonces cuando el cocinero, el esclavo menos apreciado y considerado menos útil por los antiguos, se apreció, y lo que había sido un servicio comenzó a ser considerado un arte. No obstante, aquellos detalles que entonces comenzaban a despuntar eran apenas el germen del lujo que iba a venir.

[7] Gneo Manlio llevó en su desfile triunfal doscientas doce libras²⁸³ de coronas de oro, doscientas veinte mil libras de plata, dos mil ciento tres libras de oro, ciento veintisiete mil tetracmas áticas, doscientos cincuenta mil cistóforos, [2] y dieciséis mil trescientos veinte filipos de oro; también se transportaron en carros armas y despojos gálicos en gran cantidad; delante del carro fueron obligados a desfilar cincuenta y dos jefes enemigos. Repartió entre los soldados cuarenta y dos denarios por cabeza, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes, y dio una paga doble. [3] Desfilaron detrás del carro muchos de todas las graduaciones galardonados con recompensas militares, y los soldados cantaron al general unos versos de tal naturaleza que se deducía con toda evidencia que iban dirigidos a un jefe complaciente y deseoso de popularidad, y que la celebración del triunfo contaba más con el favor militar que con el popular. Pero los amigos de Manlio se las arreglaron [4] para conseguir también la popularidad; debido a sus pre [5] siones se

promulgó un senadoconsulto por el cual se dispondría del dinero llevado en el triunfo para abonar la parte del préstamo hecho por el pueblo al Estado que no hubiese sido reembolsada con anterioridad. Los cuestores urbanos pagaron puntual y escrupulosamente el veinticinco y medio por mil.

Por la misma época llegaron de las dos Hispanias dos [6] tribunos militares con cartas de Gayo Atinio y Lucio Manlio, que gobernaban dichas provincias. Por aquellas cartas [7] se supo que los celtíberos y los lusitanos estaban en armas y devastaban el territorio de los aliados. El senado remitió a los nuevos magistrados la discusión de esta cuestión en su totalidad.

Durante los Juegos Romanos celebrados aquel año por [8] Publio Cornelio Cetego y Aulo Postumio Albino, un mástil del circo, que estaba mal asegurado, cayó sobre la estatua de Polencia²⁸⁴ y la derribó. El consiguiente temor religioso [9] hizo que los senadores decidieran añadir un día más de juegos y reponer dos estatuas en lugar de una, y que la nueva que se hiciera fuese dorada. También los Juegos [10] Plebeyos fueron prolongados un día más por los ediles Gayo Sempronio Bleso y Marco Furio Lusco.

Las Bacanales. Primeras informaciones

El año siguiente la atención de los cónsules [8] Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo se desvió del ejército y la preocupación por las guerras y las provincias hacia la represión de una conjura intestina. Los pretores hicieron el sorteo de competencias, [2] correspondiendo la pretura urbana a Tito Menio, la jurisdicción sobre casos entre ciudadanos y extranjeros a Marco Licinio Luculo, Cerdeña a Gayo Aurelio Escauro, Sicilia a Publio Cornelio Sula, la Hispania citerior a Lucio Quincio Crispino y la Hispania ulterior a Gayo Calpurnio [3] Pisón. La investigación acerca de las conspiraciones secretas fue asignada por decreto a los dos cónsules. La cosa comenzó con la llegada a Etruria de un griego desconocido que no poseía ninguna de las muchas artes que difundió entre nosotros el más culto de los pueblos para el cultivo de la mente y del cuerpo: una mezcla de practicante de [4] ritos y adivino; y no era de los que imbuyen el error en las

mentes con unas prácticas religiosas declaradas predicando abiertamente la doctrina de la que viven, sino un [5] maestro de ritos ocultos y nocturnos. Se trataba de un culto en el que en un principio fueron iniciados unos pocos y después comenzó a difundirse entre hombres y mujeres. Al rito religioso se añadieron los placeres del vino y los [6] banquetes para atraer a mayor número de adeptos. Cuando el vino²⁸⁵ y la nocturnidad y la promiscuidad de sexos y edades tierna y adulta eliminaron todo límite del pudor, comenzaron a cometerse toda clase de depravaciones, pues cada uno tenía a su alcance la satisfacción del deseo al [7] que era más proclive por naturaleza. Y no se trataba de un solo tipo de maldad, como la violación indiscriminada de hombres libres y de mujeres, sino que de la misma fragua salían falsos testigos, falsos sellos de testamentos y [8] delaciones, así como filtros mágicos y muertes tan ocultas que a veces ni siquiera se encontraban los cadáveres para darles sepultura. A mucho se atrevían por la insidia, y a mucho más por la violencia. Esta violencia quedaba tapada por el hecho de que, debido a los chillidos y el estrépito de los tímpanos y címbalos, no se podía oír ni una sola voz de los que pedían auxilio en medio de las violaciones y las muertes.

El carácter corrosivo de este mal se propagó de Etruria [9] a Roma como una enfermedad contagiosa. Al principio, la magnitud de la urbe, más capaz de dar cabida y soportar males como éste, lo mantuvo oculto, pero acabó por llegarle información al cónsul Postumio más o menos de la manera siguiente: Publio Ebucio, cuyo padre había hecho [2] el servicio militar en caballería con montura a cargo del Estado, había quedado huérfano a temprana edad, y, muertos después sus tutores, se había criado bajo la tutela de su madre Duronia y su padrastro Tito Sempronio Rútilo. Por una parte, su madre estaba sometida al marido, y por [3] otra, el padrastro, que había administrado la tutela de tal forma que no estaba en condiciones de rendir cuentas, quería deshacerse del pupilo o bien tenerlo a su merced por algo que lo comprometiera. El único medio para corromperlo eran las Bacanales. La madre se dirigió al joven y [4] le dijo que, estando él enfermo, había prometido con voto que en cuanto se pusiese bien lo iniciaría

en los misterios de Baco, y ahora, comprometida con el voto por la bondad de los dioses, quería cumplir con su obligación. Se requerían diez días de castidad; el décimo día, después de que hubiese cenado y tomado el baño en agua pura, lo llevaría al santuario. Una meretriz famosa, la liberta Hispala [5] Fenecia, no hecha para aquel menester al que se había habituado siendo una simple esclava, incluso después de haber sido manumitida se sustentaba con el mismo género de vida. Entre ésta y Ebucio, a la par que vecindad, hubo [6] una estrecha relación que en nada perjudicaba ni a la economía ni a la reputación del joven, pues lo buscaba y lo amaba desinteresadamente, y él se sustentaba gracias a la generosidad de la cortesana mientras los suyos se lo escatimaban [7] todo. Es más, atrapada por esta estrecha relación había llegado al extremo de que al morir su patrono y no estar bajo la tutela de nadie, pidió un tutor a los tribunos y al pretor e hizo testamento nombrando a Ebucio único heredero.

[10] Como ya había estos compromisos de amor y no tenían secretos el uno con el otro, el joven, en tono de broma, le dijo que no se sorprendiese si dormía solo durante algunas [2] noches; por motivos religiosos, para cumplir un voto hecho por su curación, quería ser iniciado en los ritos de Baco. Al oír esto, la mujer, consternada, dijo: «¡No lo permitan los dioses!», que más les valía morir, tanto a ella como a él, antes de que hiciera semejante cosa; y lanzaba imprecaciones y maldiciones sobre la cabeza de quien le [3] hubiera dado tal consejo. Sorprendido el joven ante sus palabras y su profunda perturbación, le pide que cese en sus imprecaciones, que era su madre, con el consentimiento [4] de su padrastro, quien se lo había mandado. «Pues entoces, dijo, tu padrastro —porque tal vez no sea lícito acusar a tu madre— tiene prisa por echar a perder, con esta acción, tu virtud, tu reputación, tu porvenir y tu vida.» [5] Él, cada vez más sorprendido, preguntó de qué se trataba, y ella, tras implorar la paz y el perdón de los dioses y diosas si, impulsada por su amor hacia él, revelaba cosas sobre las que debía guardar silencio, dijo que cuando era esclava había entrado en aquel santuario acompañando a su señora; que desde que era libre nunca se había acercado [6] allí; sabía que aquél era el taller de toda clase de depravaciones, y le constaba que desde hacía dos años no había [7] sido iniciado

nadie que tuviera más de veinte años. En cuanto alguien era introducido, era entregado como una víctima a los sacerdotes; éstos lo acompañaban a un lugar que retumbaba con gritos, cánticos de coros y percusión de címbalos y tímpanos, para que no se pudiera oír la voz del que pedía auxilio cuando era sometido a violencias carnales. Por eso le pedía y le suplicaba que desechase por todos [8] los medios semejantes propósitos y no se metiese de cabeza en un sitio donde primero tendría que soportar y después cometer toda clase de infamias. Y no le dejó marchar [9] hasta que el joven le dio su palabra de que no tomaría parte en aquellos ritos.

El cónsul Postumio abre una investigación

Cuando llegó a casa y su madre hizo [11] referencia a lo que había que hacer aquel día y luego los días sucesivos en relación con los ritos, aseguró que no pensaba hacer nada de esto y que no tenía intención de ser iniciado. Estaba presente el padrastro en la conversación. [2] Al instante la mujer se pone a gritar que él no es capaz de estar diez noches sin acostarse con Hispala y que, hechizado por los encantos venenosos de aquella víbora, no tiene respeto ni a su madre ni a su padrastro ni a los dioses. Y recriminándolo por un lado la madre y por otro el padrastro lo echaron de casa con cuatro esclavos. El joven entonces se fue a casa de una tía paterna, [3] Ebucia, y le contó cuál era el motivo de que su madre lo hubiera echado; después, siguiendo su consejo, al día siguiente informó de los hechos al cónsul Postumio sin testigos. El cónsul lo despidió indicándole que volviera dos [4] días más tarde y él preguntó a su suegra Sulpicia, una mujer respetable, si conocía a una anciana del Aventino llamada Ebucia. Ella respondió que la conocía como una mujer [5] íntegra a la antigua usanza, y el cónsul dijo que necesitaba verse con ella, que le enviase recado para que viniera. Recibido el aviso, Ebucia se presentó ante Sulpicia y poco [6] después llegó el cónsul como por casualidad y llevó la conversación [7] hacia Ebucio, el hijo de su hermano. La mujer rompió a llorar y comenzó a lamentarse por la suerte del joven que, después de haber sido despojado de sus bienes por quienes menos debían hacerlo, estaba entonces con ella, al haberlo echado su madre porque, siendo un joven honrado, se negaba —¡que los dioses

le valieran!— a ser iniciado en unos misterios obscenos según se decía.

[12] Convencido el cónsul de que había indicios suficientes acerca de la fiabilidad del testimonio de Ebucio, despidió a Ebucia y pidió a su suegra que hiciera venir a la liberta Hispala, también del Aventino, conocida por el vecindario, pues había cosas que quería preguntarle también a ella. [2] Hispala quedó desconcertada al recibir este mensaje porque no sabía por qué se la invitaba a presentarse ante una dama tan ilustre y respetable, y cuando vio en el vestíbulo a los lictores y el séquito del cónsul y al cónsul en persona [3] estuvo a punto de desmayarse. El cónsul la hizo pasar a una parte más interior de la casa y en presencia de su suegra, por si podía decidirla a decir la verdad, le aseguró [4] que no debía preocuparse, que se fiara de la palabra de una mujer como Sulpicia o de su propia palabra; que le explicara lo que solía ocurrir en los ritos nocturnos de las [5] Bacanales en el bosque sagrado de Estimula²⁸⁶. Al oír esto le entró tal pánico y tales temblores en todos sus miembros que durante largo rato no fue capaz de abrir la boca. [6] Cuando al fin se recuperó dijo que siendo esclava, muy niña aún, había sido iniciada junto con su ama; desde que había sido manumitida, hacía varios años, no sabía nada [7] de lo que allí ocurría. El cónsul dijo que ya el hecho en sí de no negar que había sido iniciada era encomiable, pero que le contase también lo demás con la misma sinceridad. Como ella aseguraba que no sabía nada más, le dijo [8] que si era desmentida por otro no tendría el mismo perdón y el mismo reconocimiento que si confesaba espontáneamente, que a él se le había contado todo quien se lo había oído a ella.

La mujer, convencida plenamente de que, como era el [13] caso, Ebucio había revelado el secreto, se echó a los pies de Sulpicia y primeramente comenzó a rogarle que no permitiese [2] que la conversación de una liberta con su enamorado se convirtiese en algo no sólo serio sino incluso fatal; ella había hecho aquellos comentarios para asustarlo, no porque estuviera al tanto de cosa alguna. En ese momento [3] Postumio, montando en cólera, le dijo que también ahora creía ella estar charlando con su amante y no en casa de una dama

respetabilísima y hablando con un cónsul; Sulpicia, por su parte, alzó a la aterrada mujer y trataba a un tiempo de animarla y de aplacar las iras de su yerno. Por fin se recuperó y después de quejarse repetidas veces [4] de la perfidia de Ebucio que así le agradecía lo bien que se había portado con él dijo que tenía un gran temor a [5] los dioses, cuyos misterios desvelaba, pero mucho mayor a los hombres, que la harían pedazos con sus propias manos por delatora. Por eso pedía a Sulpicia y pedía al cónsul [6] que la confinasen en algún lugar fuera de Italia donde pudiese pasar el resto de su vida sin peligro. El cónsul la [7] animó a que estuviese tranquila y le dijo que él se ocuparía de que viviese segura en Roma. Entonces Hispala reveló [8] los orígenes de los misterios. En un principio había sido un santuario reservado a las mujeres donde se tenía por costumbre no admitir a ningún hombre; había tres días establecidos en el año en los que se iniciaba, durante el día, en los misterios de Baco; se tenía por costumbre elegir [9] matronas por turno como sacerdotisas. Pacula Annia, una sacerdotisa de Campania²⁸⁷, había introducido cambios radicales aparentemente por inspiración de los dioses; en efecto, ella había sido la primera en iniciar hombres, sus hijos Minio y Herennio Cerrinio, y además había cambiado el rito de diurno a nocturno y celebrado las iniciaciones cinco [10] días al mes en lugar de tres al año. Desde que los ritos eran promiscuos y se mezclaban hombres y mujeres y se había añadido la permisividad de la noche, no había delito ni inmoralidad que no se hubiera perpetrado allí; eran más numerosas las prácticas vergonzosas entre hombres que [11] entre hombres y mujeres. Los que se mostraban más reacios a someterse al ultraje o más remisos para las malas acciones, eran inmolados como víctimas. No considerar nada ilícito, éste era entre ellos el más alto principio religioso. [12] Los hombres, como posesos, hacían vaticinios entre frenéticas contorsiones corporales; las matronas, ataviadas como bacantes, con el cabello suelto, corrían hasta el Tíber con antorchas encendidas y después de sumergirlas en el agua las sacaban con las llamas intactas porque contenían [13] azufre vivo y cal. Se decía que habían sido arrebatadas por los dioses personas que eran sustraídas a la vista atadas a máquinas y precipitadas en cavernas ocultas; eran los que se habían

negado a conspirar o a asociarse a crímenes [14] o a someterse a ultrajes sexuales. Eran una multitud muy numerosa, casi una segunda población, y entre ellos algunos hombres y mujeres de la nobleza. Hacía dos años que se había decidido no iniciar a nadie mayor de veinte años; se hacía la captación en edades más permeables al engaño y la corrupción.

Informe del cónsul al senado y al pueblo

Finalizada la declaración se hincó de [14] nuevo de rodillas y repitió los mismos ruegos de que la enviara lejos. El cónsul pidió [2] a su suegra que desocupara una parte de la casa adonde pudiera trasladarse Hispala. Se le asignó una estancia en la parte alta de la casa cerrando el acceso por la escalera que conducía a la calle y abriendo una entrada hacia el interior de la mansión. Inmediatamente se trasladaron todos los enseres de Fecenia [3] y se hizo venir sus esclavos, y Ebucio recibió instrucciones de mudarse a casa de un cliente del cónsul.

Teniendo así a los dos denunciante bajo su control, Postumio dio cuenta del asunto al senado haciendo una exposición ordenada y completa de lo que le había sido denunciado en un principio y de lo que él había indagado a continuación. Los senadores fueron presa de intenso pánico, [4] tanto por el interés público, no fueran a acarrear algún perjuicio oculto o algún peligro aquellas conspiraciones y reuniones nocturnas, como por el interés particular por la suerte de los suyos, no fueran a estar implicados en aquel delito. No obstante, el senado decidió que se dieran [5] las gracias al cónsul por haber llevado aquella investigación con particular cuidado y sin el menor desorden. A continuación encarga a los cónsules que procedan por [6] vía extraordinaria contra las Bacantes y los ritos nocturnos, con instrucciones de asegurarse de que este asunto no suponga ningún perjuicio para los informantes Ebucio y Fecenia y de atraer con recompensas a otros denunciante; que se busque no sólo en Roma sino en todos los mercados [7] y centros de población, a los sacerdotes de esos ritos, sean hombres o mujeres, para ponerlos a disposición de los cónsules; además, que se publiquen en Roma y se envíen por toda Italia edictos para que quien haya sido [8] iniciado en el culto a Baco se abstenga de

participar en reuniones y encuentros de carácter cultural y de realizar acto alguno de semejantes ritos; que se proceda sobre todo contra aquellos que se hayan reunido o juramentado para [9] cometer alguna inmoralidad o infamia. Esto fue lo que decreto el senado. Los cónsules ordenaron a los ediles curules que buscasen a todos los sacerdotes de aquel culto y los mantuviesen bajo arresto domiciliario para la investigación; los ediles de la plebe vigilarían para que no se celebrase [10] rito alguno en lugar cerrado. Los triúnviro capitales quedaron encargados de colocar guardias por la ciudad y tomar medidas para que no se celebrasen reuniones nocturnas de ninguna clase, así como de prevenir los incendios; quinquéviros auxiliares de los triúnviro se responsabilizarían cada uno de los edificios de su sector a uno y otro lado del Tíber.

[15] Una vez enviados los magistrados a estas misiones, los cónsules subieron a los Rostros y, ante el pueblo reunido, después de recitar la fórmula solemne de la plegaria que suelen pronunciar los magistrados antes de hablar al pueblo, [2] Postumio comenzó así: «No hubo nunca una asamblea, Quirites, en la que esta solemne invocación de los dioses fuese tan oportuna, incluso tan necesaria, para recordaros que son éstos los dioses a los que vuestros mayores determinaron que se diese culto, venerase y suplicase, [3] y no aquellos que llevan a las conciencias, cautivas de ritos extranjeros degradantes como acicateadas por las Furias, [4] a toda clase de delitos, a toda clase de desenfreno. Yo la verdad, no sé qué callar ni hasta qué punto hablar. Si quedáis en la ignorancia de algunas cosas, temo incurrir en negligencia; si lo revelo todo, temo asustaros en demasía. [5] Por mucho que diga, habéis de saber que siempre será poco en comparación con la atrocidad y la gravedad de los hechos; pondré cuidado en que sea lo suficiente para que estéis en guardia. Tengo la certeza de que os habéis enterado, [6] no sólo por comentarios sino además por los ruidos y gritos nocturnos que resuenan por toda la ciudad, de que las Bacanales están extendidas desde hace tiempo por toda Italia y ahora también por muchos puntos de Roma; pero estoy seguro de que no sabéis en qué consisten realmente. Unos creen que se trata de alguna forma de culto [7] a los dioses, otros piensan que son fiestas y diversiones permitidas y que, sea lo que sea, afecta a unas pocas personas.

Por lo que se refiere al número, si os digo que se [8] trata de muchos miles es natural que os asustéis, aun antes de que añada quiénes son y de qué calaña. En primer [9] lugar, en efecto, una gran parte de ellos son mujeres, y ellas fueron el origen de este mal; después, hombres enteramente afeminados, corrompidos y corruptores, exaltados, embrutecidos por las vigiliass, el vino, el ruido y los gritos nocturnos. La conjura no tiene fuerza alguna todavía pero [10] está cobrando enorme incremento porque su número va en aumento de día en día. Fue voluntad de vuestros antepasados [11] que ni siquiera vosotros os reunierais de forma casual y sin un motivo, sino sólo cuando, tras izar el estandarte en la ciudadela²⁸⁸, se hacía salir al ejército para los comicios, o convocaban los tribunos la asamblea de la plebe o alguno de los magistrados una reunión, y consideraban que debía haber también un presidente legalmente establecido dondequiera que hubiese un número grande de gente. ¿Cómo creéis que serán unas reuniones en las que [12] en primer lugar hay nocturnidad y en segundo promiscuidad de hombres y mujeres? Si supierais a qué edad se inician [13] los varones, sentiríais no sólo lástima sino vergüenza. ¿Creéis, Quirites, que se debe convertir en soldados a unos jóvenes iniciados con un juramento como éste?, ¿confiar las armas a estos que salen de un santuario de obscenidad? [14] Estos que están enfangados en las perversiones propias y ajenas, ¿combatirán con las armas en defensa del honor de vuestras mujeres y vuestros hijos?

[16] Con todo, sería menos preocupante si simplemente se hubieran reblandecido con sus infamias —la deshonra, en gran medida, sería suya en ese caso— pero hubieran conservado limpiass las manos de delitos y la conciencia de [2] malicia. Nunca se dio en la República un mal tan grave ni que afectara a tantas personas y a tantas y a tantas cosas. Sabréis que todos los actos de maldad que se han cometido durante estos años en forma de libertinaje, engaño y crimen han tenido su origen exclusivamente en ese [3] culto. Y todavía no han puesto en práctica todas las maldades para las que se han juramentado. La impía conjura se circunscribe de momento a delitos contra particulares porque no tiene aún fuerza suficiente para aplastar al Estado. El mal va creciendo y se va infiltrando día a día.

Está ya demasiado extendido como para mantenerse en el ámbito de los intereses privados, apunta al conjunto del [4] Estado. Si no tomáis medidas, Quirites, en este momento, paralelamente a esta reunión diurna legalmente convocada por el cónsul podrá celebrarse otra durante la noche. Ahora ellos, aislados, os temen a vosotros, unidos en asamblea; en breve, en cuanto os hayáis dispersado por vuestras casas y vuestros campos y ellos se hayan reunido, estarán haciendo planes para su propia seguridad al tiempo que para vuestra perdición; entonces vosotros, aislados, deberéis [5] temerlos a ellos, unidos. Cada uno de vosotros, por consiguiente, debe desear que todos los suyos hayan conservado la sensatez, y si alguno se ha visto arrastrado a ese abismo por las bajas pasiones o la locura, considerarlo no como alguien de los vuestros sino de aquellos con los que se ha juramentado para toda clase de infamias y delitos. Ni siquiera estoy seguro, Quirites, de que incluso alguno [6] de vosotros vaya por mal camino, pues nada presenta una apariencia tan engañosa como la falsa religión. Cuando [7] se pone la voluntad de los dioses como cobertura de los delitos, embarga el ánimo el temor a que, al castigar la mala conducta de los hombres, violemos algo afectado por las leyes divinas. Os liberan de este escrúpulo innumerables decretos de los pontífices, decretos del senado, y, por último, respuestas de los arúspices. ¿Cuántas veces en [8] tiempos de nuestros padres y de nuestros abuelos no se encomendó a los magistrados la misión de prohibir la celebración de cultos extranjeros, mantener alejados del foro, del Circo, de la ciudad, a los sacrificadores y adivinadores, requisar y quemar los libros de profecías, y abolir todo rito sacrificial que no fuese conforme al uso romano? Y es que aquellos hombres tan entendidos en todo lo concerniente [9] al derecho divino y humano estimaban que nada contribuye tanto a destruir la religión como una situación en la que se celebran los sacrificios según un ritual no romano sino extranjero. He creído que debía haceros estas [10] consideraciones previas para que no turbara vuestro ánimo ningún temor religioso cuando nos vierais suprimir las Bacanales y disolver sus infames reuniones. Lo haremos todo [11] contando con la voluntad propicia de los dioses, los cuales, como estaban indignados de que se profanase su majestad con delitos y

deshonestidades, sacaron esa maldad de las sombras que la ocultaban a la luz, y si quisieron que saliese a la luz no fue para que quedase impune sino para que fuese perseguida y aplastada. El senado nos ha [12] encomendado a mi colega y a mí una investigación extraordinaria sobre este asunto. Nosotros cumpliremos con prontitud lo que tenemos que hacer personalmente; la responsabilidad de las guardias nocturnas por la ciudad se [13] la hemos confiado a los magistrados menores. Es justo que también vosotros, a tenor de los deberes que conciernen a cada uno según la posición que ocupa, cumpláis con prontitud lo que se os ordene y colaboréis para evitar que por culpa de unos delincuentes se origine algún peligro o algún disturbio».

Adopción de medidas. Recompensas

[17] A continuación mandaron dar lectura a los senadoconsultos y anunciaron que se ofrecía una recompensa a quien trajese a su presencia a algún inculpado o diese [2] su nombre si estaba ausente. Si alguien huía después de haber sido denunciado, señalarían una fecha determinada, y si en ella no respondía a la citación sería condenado en rebeldía. Si era denunciada una persona de las que entonces se encontraba fuera del suelo itálico, le concederían un plazo más amplio por si quería acudir [3] a defenderse. Publicaron luego un edicto prohibiendo cualquier intento de vender o comprar cosa alguna con el propósito de huir, y prohibiendo que nadie acogiese, escondiese o ayudase por ningún medio a los que huían.

[4] Una vez disuelta la asamblea cundió por toda la ciudad un intenso pánico; y no se mantuvo sólo dentro de las murallas de la ciudad o las fronteras de Roma sino que comenzó a extenderse en todas direcciones por Italia entera a medida que llegaban cartas de inmigrados hablando del senadoconsulto, de la asamblea y del edicto de los cónsules. [5] En el curso de la noche que siguió al día en que se hizo público el asunto en la asamblea popular, muchos que intentaban huir fueron detenidos y obligados a volver por los triúnviro, pues se habían apostado guardias en las puertas; muchos fueron denunciados. Algunos de ellos, hombres y mujeres, se suicidaron. Se decía que estaban implicados [6] en la

conspiración más de siete mil entre hombres y mujeres. Había constancia de que los cabecillas de la conjura eran Marco y Gayo Atinio, de la plebe romana, el falisco Lucio Opicerno y el campano Minio Cerrinio; de ellos habían partido todas las fechorías e inmoralidades, [7] ellos concretamente eran los sacerdotes y los organizadores de aquel culto. Se tomaron medidas para arrestarlos cuanto antes. Conducidos a presencia de los cónsules confesaron lo que a ellos se refería y pasaron a las delaciones sin la menor demora.

Pero eran tantos los que habían huido de la ciudad que, [18] como en muchos casos las acusaciones y cauciones quedaban sin efecto, los pretores Tito Menio y Marco Licinio se vieron obligados, por intervención del senado, a retrasar treinta días las audiencias mientras los cónsules daban por concluidas las investigaciones. Las mismas ausencias, [2] pues en Roma no se presentaban ni aparecían los que habían sido denunciados, obligaron a los cónsules a desplazarse por los núcleos de población e investigar e instruir allí los procesos. A los que simplemente habían sido iniciados, [3] limitándose a repetir las palabras del sacerdote según la fórmula sacramental al pronunciar las plegarias que contenían la abominable conspiración para toda clase de delitos e inmoralidades, pero no habían perpetrado en sí mismos ni en otros ninguno de los actos a los que se habían obligado bajo juramento, los dejaban en la cárcel; a los [4] que se habían deshonrado con actos vergonzosos u homicidios, o se habían manchado con testimonios falsos, sellos falsificados, testamentos supuestos u otros fraudes, les aplicaban la pena capital. Fueron más los ajusticiados que los [5] encarcelados, pero tanto en uno como en otro caso fue [6] muy elevado el número de hombres y de mujeres. Entregaban las mujeres condenadas a los parientes o a quienes ejercían la tutela sobre ellas para que ellos mismos procedieran contra ellas en privado; si no había nadie que reuniera los requisitos para aplicar el castigo, se hacía en público. [7] A continuación se encomendó a los cónsules la tarea de destruir todos los elementos del culto de Baco primeramente en Roma y después en toda Italia salvo que en algún sitio hubiera algún antiguo altar o estatua consagrada. [8] Luego, mediante un senadoconsulto, se tomaron medidas para que en adelante no hubiera Bacanales en Roma ni en

Italia. Si alguien consideraba consagrado por la tradición e irrenunciable dicho culto y que no podía dejar de practicarlo sin sentirse culpable de impiedad, lo manifestaría [9] al pretor y el pretor consultaría al senado. Si se le daba autorización en una sesión del senado a la que asistiesen al menos cien miembros, celebraría el rito a condición de que no asistiesen al sacrificio más de cinco personas ni tuviesen un fondo común ni maestro de ceremonias ni sacerdote²⁸⁹.

[19] Luego, a propuesta del cónsul Quinto Marcio, se aprobó otro decreto relacionado con éste disponiendo que toda la cuestión referente a los que habían servido de informadores a los cónsules fuese sometida a la consideración del senado cuando Espurio Postumio hubiese ultimado la investigación [2] y estuviese de vuelta en Roma. Se decidió enviar a Árdea al campano Minio Cerrinio para su encarcelación, advirtiéndolo a los magistrados ardeates que lo mantuviesen bajo estrecha vigilancia para evitar no sólo que se escapase sino que tuviese la posibilidad de quitarse la vida. Bastante después llegó Espurio Postumio a Roma. Sometida [3] por él a debate la cuestión de la recompensa de Publio Ebucio y de Hispala Fecenia, como se habían descubierto las Bacanales gracias a su colaboración, se aprobó un senadoconsulto [4] a tenor del cual los cuestores urbanos entregarían cien mil ases de bronce a cada uno de ellos con cargo al tesoro público, y el cónsul se pondría de acuerdo con los tribunos de la plebe para que lo antes posible propusieran a la plebe dar a Ebucio por cumplido el servicio militar de forma que no tuviese que servir a las armas si no quería, ni el censor le asignase caballo público en contra de su voluntad; asimismo, Hispala Fecenia tendría derecho [5] a dar y enajenar sus bienes, casarse fuera de su *gens*, y también a elegir tutor con la misma validez que si se lo hubiera asignado un marido por testamento; además le estaría permitido casarse con un hombre nacido libre sin que ello significase perjuicio o descrédito alguno para quien la tomase por esposa; asimismo, los cónsules y los pretores [6] ejercientes y sus sucesores se ocuparían de que aquella mujer no sufriese daño alguno y estuviese segura. Esto era lo que el senado quería y consideraba justo que así se hiciese. Todas esas disposiciones fueron presentadas a la plebe [7] y

cumplidas de acuerdo con el senadoconsulto; en cuanto a la inmunidad y las recompensas de los demás denunciantes, se dejó la decisión en manos de los cónsules.

Derrota en Liguria, victorias en Hispania, juegos, prodigios

Quinto Marcio había dado por concluidos [20] los procesos de su demarcación y se disponía ya a marchar a su provincia de Liguria después de hacerse cargo de un suplemento de tres mil romanos de a pie y ciento cincuenta de a caballo, y cinco mil latinos de infantería y doscientos de caballería. A su colega [2] le había sido asignada la misma provincia y el mismo número de soldados de a pie y de a caballo. Recibieron los ejércitos que habían mandado el año anterior los cónsules [3] Gayo Flaminio y Marco Emilio. Además fueron autorizados por un decreto del senado a reclutar dos nuevas legiones, y exigieron a los aliados y latinos veinte mil soldados de infantería y ochocientos de caballería, aparte de tres mil romanos [4] de a pie y doscientos de a caballo. Se pensaba enviar todas estas tropas, con excepción de las dos legiones, para complementar el ejército de Hispania. Así pues, los cónsules encargaron a Tito Menio llevar a cabo la recluta [5] mientras ellos estaban ocupados con los procesos. Cuando éstos hubieron finalizado partió primero Quinto Marcio contra [6] los lígures apuanos. Mientras los perseguía hasta las profundidades de bosques recónditos en los que siempre habían tenido escondrijo y refugio, quedó envuelto, en posición desventajosa, en una garganta previamente ocupada. [7] Se perdieron cuatro mil hombres y cayeron en poder del enemigo tres enseñas de la segunda legión, once banderas de los aliados latinos y muchas armas arrojadas por todas partes porque constituían un estorbo para los que huían [8] por los senderos de los bosques. Los lígures pusieron fin [9] a la persecución antes que los romanos a la huida. Para que no resultase evidente en qué medida habían sido diezmadas las tropas, el cónsul, nada más salir del territorio [10] enemigo, licenció al ejército en la zona pacificada. No obstante, no pudo borrar el recuerdo del revés sufrido, pues el desfiladero donde lo habían puesto en fuga los lígures recibió el nombre de Marcio²⁹⁰.

[21] Apenas se había difundido desde Liguria la noticia de lo ocurrido se dio lectura a una carta procedente de Hispania que traía tristezas mezcladas con alegrías. Gayo Atinio, [2] que había marchado hacía dos años para aquella provincia, se había enfrentado en batalla campal contra los lusitanos en territorio de Hasta²⁹¹; cerca de seis mil enemigos habían muerto, siendo derrotados y puestos en fuga los demás y despojados de su campamento. A continuación [3] marchó al frente de las legiones²⁹² al asalto de la ciudad de Hasta, cuya toma no le costó mucho más trabajo que la del campamento; pero al acercarse a las murallas sin demasiadas precauciones resultó herido y murió pocos días después a causa de la herida. Tras la lectura de la [4] carta sobre la muerte del propretor el senado decidió enviar a alguien que diese alcance al pretor Gayo Calpurnio en el puerto de Luna^{292bis} y le comunicase que el senado consideraba conveniente que apresurase la salida a fin de que no estuviese sin mando la provincia. El mensajero llegó [5] a Luna en tres días; Calpurnio había partido pocos días antes. También, en la Hispania citerior Lucio Manlio [6] Acidino, que se había ido a su provincia a la vez que Gayo Atinio, se enfrentó a los celtíberos en el campo de batalla. El combate finalizó sin que se decantase la victoria, salvo [7] el detalle de que levantaron de allí el campamento, mientras que los romanos tuvieron la posibilidad de enterrar a sus muertos y recoger los despojos de los enemigos. Pocos días más tarde, después de reunir un ejército más [8] numeroso, los celtíberos tomaron la iniciativa provocando a combate a los romanos cerca de la ciudad de Calagurris²⁹³. [9] La tradición no explica qué fue lo que los hizo más débiles a pesar de haber aumentado sus efectivos. Fueron vencidos en combate, murieron en torno a los doce mil hombres, cayeron prisioneros más de dos mil, y los [10] romanos se apoderaron de su campamento. Y si la llegada del sucesor²⁹⁴ no hubiese refrenado el brío del vencedor, habrían sido sometidos los celtíberos. Los nuevos pretores retiraron ambos sus ejércitos a los cuarteles de invierno.

[22] Por la fecha en que llegaron de Hispania estas noticias se celebraron durante dos días los Juegos Taurios²⁹⁵ por motivos religiosos. A continuación Marco Fulvio ofreció

durante diez días, preparados con gran pomposidad, los juegos que había prometido con voto en la guerra etólica²⁹⁶. [2] Con motivo de esta solemnidad acudieron de Grecia muchos artistas. También asistieron los romanos, por primera vez entonces, a una competición atlética, se ofreció una cacería de leones y panteras, y se celebró la fiesta con una abundancia y una variedad casi propia de la época [3] actual. Hubo luego un novenario sacro porque en el Piceno había llovido piedras durante tres días, y, según se decía, fuegos caídos del cielo en muchos lugares habían quemado, más que nada, la ropa de muchas personas con un [4] ligero roce. Además, en virtud de un dictamen de los pontífices, se añadió un día de rogativas porque había sido alcanzado por un rayo el templo de Ope²⁹⁷ en el Capitolio. Los cónsules hicieron expiaciones con víctimas adultas y purificaron la ciudad. Más o menos por la misma fecha [5] llegó también la noticia de Umbría de que se había encontrado un hermafrodita de unos doce años de edad. Para conjurar semejante prodigio dieron orden de alejarlo del territorio romano y darle muerte cuanto antes.

En el mismo año pasaron a Venecia²⁹⁸ los galos transalpinos [6] y sin devastación ni guerra ocuparon un espacio, no lejos de donde ahora se encuentra Aquilea²⁹⁹, para fundar una ciudad fortificada. Los embajadores romanos enviados [7] allende los Alpes por este motivo recibieron la respuesta de que aquella gente había partido sin autorización oficial y no se sabía qué hacían en Italia.

En aquella época, con el dinero reunido para ese fin [8] por reyes y ciudades, Lucio Escipión celebró durante diez días unos juegos que decía haber prometido con voto cuando la guerra de Antíoco. Valerio Aciate sostiene que después [9] de haber sido condenado y vendidos sus bienes fue enviado a Asia para resolver las diferencias entre los reyes Antíoco y Éumenes, que fue entonces cuando recogió aportaciones [10] económicas y reunió actores en Asia; sólo después de su misión se trató en el senado acerca de los juegos a los que no había hecho alusión una vez terminada la guerra en la que decía haberlos prometido con voto.

Elecciones. Fundación de colonias

[23] Como el año tocaba ya a su fin, Quinto Marcio iba a dejar el cargo estando ausente, y Espurio Postumio presidió los comicios después de llevar a término las investigaciones con la mayor honestidad [2] y escrupulosidad. Resultaron elegidos cónsules³⁰⁰ Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano. Al día siguiente fueron elegidos pretores Publio Cornelio Cetego, Aulo Postumio Albino, Gayo Afranio Estelión, Gayo Atilio Serrano, Lucio Postumio Tempsano y Marco Claudio [3] Marcelino. Al final del año, como el cónsul Espurio Postumio había hecho saber que durante su recorrido por ambas costas de Italia con motivo de las investigaciones había encontrado despobladas las colonias de Siponto en el mar [4] Adriático y Buxento³⁰¹ en el Tirreno, el pretor urbano Tito Menio, en virtud de un decreto del senado, nombró triúnviro a Lucio Escribonio Libón, Marco Tucio y Gneo Bebio Tánfilo para alistar colonos con ese destino.

Tercera Guerra Macedónica: causas. Conferencia de Tempe

[5] La guerra que se avecinaba con el rey Perseo y los macedonios no tuvo sus causas donde generalmente se supone, ni en el propio Perseo; los primeros movimientos los hizo Filipo, y él mismo habría conducido dicha guerra de haber vivido más tiempo. [6] Cuando se le impusieron las condiciones de paz tras su derrota³⁰², había una que le atormentaba de un modo particular: que el senado le hubiera negado el derecho a tomar venganza de los macedonios que lo habían abandonado durante la guerra, cuando había acariciado la esperanza [7] de conseguirlo en el momento en que Quincio, al tratar de las condiciones de paz, había dejado aplazado este punto sin entrar en él. Más adelante, una vez vencido el rey [8] Antíoco en las Termópilas, se habían repartido los cometidos y habían atacado el cónsul Acilio Heraclea y Filipo Lamia; y como, tras la toma de Heraclea, se le había [9] dado orden de retirarse de las murallas de Lamia y la plaza se había rendido a los romanos, estaba resentido por esta circunstancia. El cónsul mitigó su rabia al permitir [10] a Filipo hacer la guerra a Atamania y a Aminadro e incorporar a su reino las ciudades que los etolios habían arrebatado a los tesalios mientras él por su parte se dirigía a toda prisa a Naupacto, donde se habían concentrado los etolios después de la huida. Sin encontrar

especial resistencia, [11] Filipo había echado de Atamania a Aminandro y había recuperado algunas ciudades. También hizo que pasaran [12] a su dominio Demetríade, ciudad fuerte y estratégicamente situada en todos los sentidos, y el pueblo de los magnetes. Asimismo tomó después en Tracia algunas ciudades [13] convulsionadas por las sediciones de sus principales, como pernicioso efecto de la reciente y desacostumbrada libertad, y las tomó aliándose a las facciones que en la confrontación interna llevaban las de perder.

Con estas concesiones se apaciguó de momento el resentimiento [24] del rey contra los romanos. Con todo, se mantuvo siempre atento a reunir fuerzas, en tiempo de paz, con vistas a utilizarlas en la guerra en cualquier momento en que se le presentara la ocasión. Aparte de incrementar [2] los ingresos de su reino con impuestos sobre los productos agrícolas y las aduanas marítimas, también puso de nuevo en marcha la explotación de antiguas minas y abrió otras nuevas en muchos sitios. Por otra parte, para devolver a [3] su antiguo nivel la densidad de población que se había perdido por los estragos de la guerra, aparte de asegurar la reproducción de su raza obligando a todos a procrear y [4] criar hijos, también había trasladado a Macedonia a un elevadísimo número de tracios, y al no tener que intervenir en guerras durante algún tiempo, había dedicado toda su [5] atención a acrecentar los recursos de su reino. Posteriormente aparecieron nuevas razones para reavivar su resentimiento [6] en contra de los romanos. Las protestas de los tesalios y perreos por la ocupación de sus ciudades por parte suya, y las de los embajadores del rey Éumenes por la ocupación violenta de ciudades tracias y por el traslado de la población a Macedonia, habían sido acogidas de tal manera que quedaba claro que serían tenidas en cuenta. [7] El senado había quedado especialmente preocupado al oír que se pretendía ya la ocupación de Eno y Maronea; la [8] preocupación por los tesalios era menor. También habían venido diputados atamanes a quejarse no de la pérdida de una parte de su territorio o de la violación de sus fronteras sino de la caída de Atamania entera bajo la jurisdicción [9] del rey; y habían llegado los exiliados maronitas, expulsados por haber defendido la causa de la libertad frente a la guarnición del rey; éstos contaban que tanto

Maronea [10] como Eno estaban en poder de Filipo. También habían llegado enviados de Filipo para exculparlo de estas imputaciones, asegurando que no se había hecho cosa alguna [11] sin la autorización de los generales romanos: el caso de las ciudades de los tesalios y perrebos y magnetes y el del pueblo de los atamanes con Aminandro habían sido idénticos [12] al de los etolios; tras la expulsión del rey Antíoco, el cónsul, atareado en el asedio de las ciudades de Etolia, había enviado a Filipo a recuperar las ciudades en cuestión; prestaban obediencia después de haber sido sometidas por las armas. El senado, para no tomar ninguna decisión [13] en ausencia del rey, envió como delegados para dirimir aquellas diferencias a Quinto Cecilio Metelo, Marco Bebio Tánfilo y Tiberio Sempronio. En cuanto llegaron éstos se [14] convocó en Tempe, en Tesalia, una conferencia de todas aquellas ciudades que tenían diferencias con el rey.

En ella ocuparon sus puestos los legados romanos [25] como árbitros, los tesalios y perrebos y los atamanes como claros acusadores, y Filipo dispuesto a escuchar los cargos como acusado. Los jefes de las delegaciones, según el talante [2] de cada uno, hablaron en tono más duro o más conciliador, con simpatía o con animosidad hacia Filipo. Ahora bien, la controversia recaía sobre Filopópolis³⁰³, [3] Trica, Faloria, Eurímenas³⁰⁴ y las otras ciudades del contorno, y la cuestión era si, perteneciendo a los tesalios por [4] derecho, habían sido tomadas por la fuerza y ocupadas por los etolios —pues se daba por descontado que Filipo se las había quitado a los etolios—, o si por el contrario dichas ciudades habían sido etolias desde antiguo, pues Acilio [5] las había dejado en poder del rey en el supuesto de que fueran de los etolios y estuvieran al lado de los etolios voluntariamente, no obligadas por la fuerza de las armas. Hubo discusión sobre una fórmula análoga referente a los [6] perrebos y los magnetes, pues los etolios, conquistándolas a medida que se presentaba la ocasión, habían metido en el mismo saco los derechos de todos. A estas cuestiones [7] susceptibles de discusión se sumaron las quejas de los tesalios porque en caso de serles devueltas ahora aquellas ciudades se las entregaría espoliadas y despobladas; en efecto, [8] aparte de las pérdidas de hombres

por las circunstancias de la guerra, se había llevado a Macedonia a quinientos jóvenes principales y los malempleaba en ocupaciones serviles, y lo que se había visto obligado a devolver a los tesalios había buscado la manera de devolverlo inservible. [9] Tebas Ftías había sido en otro tiempo el único emporio marítimo próspero y productivo para los tesalios; el rey había creado una flota mercante que dejando Tebas a un lado hacía la ruta hasta Demetriad, donde había concentrado [10] todo el tráfico marítimo. Ya ni siquiera respetaba a los embajadores, que son inviolables por derecho internacional: se les había tendido una emboscada cuando iban [11] a ver a Tito Quincio. Por consiguiente, los tesalios estaban todos tan asustados que nadie se atrevía a abrir la boca ni en su propia ciudad ni en las asambleas de toda la nación. Y es que estaban lejos los adalides de su libertad, los romanos; tenían pegado a los costados un duro amo que no les dejaba sacar partido de los buenos oficios del pueblo romano. Ahora bien, ¿qué libertad hay si falta la [12] libertad de palabra? Ahora, y gracias a que confiaban en el apoyo de los legados, podían lamentarse, más que hablar. Si los romanos no tomaban alguna medida para aminorar el miedo de los griegos colindantes con Macedonia así como la prepotencia de Filipo, de nada servía que éste [13] hubiera sido derrotado y ellos libertados. Como el caballo rebelde que no obedece al freno, había que sujetarlo apretando [14] más el bocado. Tal era el tono desabrido de los últimos en hablar, mientras que los anteriores en tono suave, habían tratado de apaciguar la ira del rey pidiéndole [15] que disculpara a quienes hablaban en nombre de la libertad y que, dejando a un lado las maneras autoritarias del amo, se habituase a comportarse como aliado y amigo e hiciese lo mismo que el pueblo romano, que prefería comprometer a los aliados más con los lazos de la simpatía que con los del miedo. Después de oír a los tesalios, los [16] perreos pretendían que Gonocóndilo³⁰⁵ —a la que Filipo había dado el nombre de Olimpiade— había pertenecido a Perrebia, y que les fuera devuelta, petición que hacían extensible a Malea y Ericinio. Los atamanes reclamaban [17] la libertad y los enclaves fortificados de Ateneo y Petneo³⁰⁶.

Filipo, para asumir el papel de acusador más que de [26] acusado, comenzó a su vez por las quejas, protestando porque los tesalios habían tomado por la fuerza de las armas Menelaide³⁰⁷, en Dolopia, que antes pertenecía a su reino, y porque esos mismos tesalios junto con los perrebos habían tomado también Petra, en Pieria³⁰⁸; más aún, habían [2] extendido sus pretensiones a Xinias, ciudad etolia sin lugar a dudas, y Paraqueloide³⁰⁹, que estaba sometida a Atamania, había pasado a ser de los tesalios sin ningún título legal. En cuanto a las imputaciones que se le hacían [3] de haber tendido una emboscada a unos embajadores y haber propiciado el uso o el abandono de puertos de mar, sobre la segunda era ridículo tener que dar explicaciones [4] sobre qué puertos elegían los mercaderes y los marinos, y la primera era ajena a su línea de conducta. Eran muchos [5] los años durante los cuales no habían cesado los embajadores de dirigirse a los generales romanos y al senado, a Roma, para presentar acusaciones contra él; ¿alguno de ellos había sido jamás maltratado, ni siquiera de palabra? [6] Se hablaba de una única ocasión en que se había tendido una emboscada a los que iban a ver a Quincio, pero no se añadía qué les había ocurrido. Aquéllas eran las acusaciones de los que buscan imputaciones falsas porque no [7] las tienen verdaderas. Los tesalios abusaban de la indulgencia del pueblo romano de forma descarada y desmedida, como quien después de una sed prolongada apura con [8] avidez exagerada la copa de la libertad plena; así, como los esclavos que han obtenido de pronto una manumisión que no esperaban, querían experimentar una absoluta libertad de palabra y de lenguaje y se jactaban de calumniar [9] e insultar a sus amos. A continuación, en un arrebatado de cólera, añadió que aún no se había puesto el sol de todos los días. Tanto los tesalios como los romanos tomaron estas [10] palabras como una amenaza dirigida contra ellos. Cuando se hubieron calmado al fin los murmullos que levantó esta frase, respondió a los representantes de los perrebos y de los atamanes que era idéntico el caso de las ciudades [11] a las que se estaban refiriendo. El cónsul Acilio y los romanos se las habían asignado a él porque estaban de parte [12] de los enemigos. Si querían volverse atrás de su donación los que la habían hecho, sabía que tenía que ceder; pero estarían

cometiendo un agravio a un amigo mejor y más leal para congraciarse con unos aliados tornadizos e inútiles; [13] el agradecimiento menos duradero, en efecto, es el que se tiene por la libertad, sobre todo por parte de quienes estaban dispuestos a malgastarla haciendo un mal uso de ella. [14] Tras oír las alegaciones, los comisionados anunciaron su decisión: serían retiradas las guarniciones macedonias de las ciudades en cuestión, y el reino de Macedonia quedaría limitado por sus antiguas fronteras; en cuanto a los desafueros que unos y otros se quejaban de haber sufrido, había que establecer una fórmula jurídica aplicable al modo de resolver las controversias entre aquellos pueblos y los macedonios.

Dejando al rey profundamente disgustado, los miembros [27] de la comisión marcharon de allí a Tesalónica para examinar el caso de las ciudades de Tracia. Allí, los enviados [2] de Éumenes dijeron que si los romanos querían la libertad de Eno y Maronea, ellos, por respeto, no tenían nada que añadir salvo recomendar que los dejaran libres de verdad, no de palabra, y no permitiesen que un tercero les escamotease esa concesión; pero si no estaban especialmente [3] preocupados por las ciudades situadas en Tracia, era mucho más lógico que las que habían estado sometidas a Antíoco pasaran, como recompensa de guerra, a poder de Éumenes y no de Filipo, y ello por los servicios prestados por su padre Átalo en la guerra librada por el pueblo romano contra el propio Filipo o bien por los prestados [4] por él mismo, porque había participado en todos los trabajos y peligros, por tierra y mar, en la guerra contra Antíoco. En ese sentido, además, tenía un precedente en la [5] decisión de la comisión de los diez, que al asignarle el Quersoneso y Lisimaquia le habían asignado también Maronea y Eno, sin lugar a dudas, pues en razón de su proximidad éstas constituían una especie de apéndice de la concesión principal. Por cierto, ¿qué méritos contraídos ante el pueblo [6] romano o qué título de soberanía había tenido Filipo para imponer guarniciones a estas ciudades, cuando estaban tan alejadas de las fronteras de Macedonia? Que mandasen llamar a los maronitas; por ellos se enterarían con mayor exactitud de todo lo concerniente a la situación de aquellas ciudades.

Llamados los representantes de los maronitas, dijeron [7] que la guarnición del rey no estaba en un solo punto de la ciudad, como en otras poblaciones, sino en muchos sitios al mismo tiempo, y que Maronea estaba llena de macedonios; [8] consiguientemente, los acólitos del rey eran los amos; sólo a ellos les estaba permitido hablar tanto en el senado como en las asambleas; ellos acaparaban todos los [9] cargos para sí mismos o para dárselos a otros. Los mejores ciudadanos, los que se preocupaban por la libertad y por las leyes, o estaban en el exilio, expulsados de su patria, o estaban silenciados, postergados y sometidos a los peores. [10] Añadieron también algunas consideraciones acerca de las fronteras legítimas: Quinto Fabio Labeón, cuando había estado en aquella región, había señalado a Filipo como línea fronteriza la antigua vía real que conduce a Parorea³¹⁰, en Tracia, sin doblar nunca hacia el mar; posteriormente Filipo había trazado una nueva vía para abarcar las ciudades y los campos de los maronitas.

[28] Filipo, siguiendo en su réplica una línea de argumentación muy distinta a la empleada poco antes frente a los tesalios y perreos, dijo: «Mi debate no es con los maronitas o con Éumenes, romanos, sino directamente con vosotros, de los que hace tiempo que me doy cuenta de que [2] no recibo nunca un trato justo. Yo pensaba que era justo que me fueran devueltas las ciudades macedonias que se habían rebelado contra mí durante el armisticio, y no porque ello fuese a simplificar un ensanchamiento importante de mi reino —se trata, en realidad, de ciudades pequeñas y situadas en los últimos confines—, sino por su gran importancia como ejemplo para contener a los demás macedonios. [3] Me fue negado. Durante la guerra etólica el cónsul Manio Acilio me ordenó atacar Lamia; después de agotarme allí durante largo tiempo con trabajos de asedio y combates, cuando estaba ya escalando las murallas el cónsul hizo que me alejase de la ciudad prácticamente tomada y me obligó a retirar de allí mis tropas. Para compensar [4] esta injusticia se me permitió reconquistar algunos poblados fortificados, más que ciudades, de Tesalia, Perrebia y Atamania. Incluso éstos, Quinto Cecilio, me los habéis quitado vosotros hace pocos días. Hace un rato los enviados [5] de Éumenes, así place a los dioses, daban

como indiscutible que era más justo que fuese Éumenes y no yo quien tuviese en su poder lo que perteneció a Antíoco. Yo considero que la cosa es muy diferente. Éumenes, en efecto, no habría podido mantenerse en su reino simplemente con que los romanos no hubieran intervenido en la guerra, no ya con que no hubiesen vencido. De modo, pues, que es él quien está en deuda con vosotros, no vosotros con él. En cambio, estaba tan lejos de correr peligro ninguna porción [6] de mi reino, que cuando Antíoco me ofreció espontáneamente por ser aliado suyo una recompensa de tres mil talentos y cincuenta naves cubiertas y todas las ciudades de Grecia que me habían pertenecido anteriormente, desdeñé la oferta. Prefería ser su enemigo antes incluso de [7] que Manio Acilio trasladase a Grecia su ejército. Y con este cónsul llevé a cabo la parte de las operaciones bélicas que me encomendó, cualesquiera que fuesen; y en cuanto [8] al cónsul Lucio Escipión, su sucesor, cuando decidió marchar por tierra al frente de su ejército hasta el Helesponto no sólo le permití pasar a través de mi reino sino que le habilité caminos, construí puentes y suministré provisiones, y no sólo a través de Macedonia sino también de Tracia, [9] donde, entre otras cosas, era preciso garantizarle el comportamiento pacífico de los bárbaros. En reciprocidad por [10] este interés, por no decir servicio, para con vosotros, romanos, ¿qué era lo que procedía por vuestra parte: añadir algo para engrandecer mi reino con vuestra generosidad, o por el contrario quitarme, como estáis haciendo, lo que era mío por derecho o por concesión vuestra? [11] No me son restituidas las ciudades de los macedonios que vosotros mismos reconocéis que formaron parte de mi reino. Éumenes acude a despojarme como si de Antíoco se tratara, y, con el beneplácito de los dioses, basa su descarada tergiversación de la verdad en un decreto de la comisión de los diez con el que precisamente se le puede rebatir [12] y desmentir. En él está escrito, en efecto, en términos absolutamente claros y explícitos, que se asignan a Éumenes el Quersoneso y Lisimaquia. Y bien, ¿dónde aparecen consignados Eno y Maronea y las ciudades de Tracia? Lo que ni siquiera se atrevió a pedirles a ellos, ¿va a obtenerlo delante de vosotros como si lo hubiera conseguido de ellos? [13] Lo que importa es cuál queréis que sea mi posición ante vosotros. Si os habéis

propuesto atacarme como a un enemigo personal y público, seguid en la línea de acción que [14] habéis emprendido; pero si me tenéis en alguna consideración como rey aliado y amigo, os ruego que no me consideréis merecedor de semejante afrenta».

[29] Las palabras del rey causaron cierta impresión en los miembros de la comisión. Por eso, dejaron la cuestión en suspenso con una respuesta de compromiso: si las ciudades en cuestión habían sido adjudicadas a Éumenes por el decreto de la comisión de los diez, ellos no modificaban [2] nada; si Filipo las había conquistado en combate, las tendría por derecho de guerra como fruto de la victoria; si no se daba ninguno de los dos supuestos, su decisión era que se reservase al senado el estudio del asunto, y, para que todo quedase como en un principio, que fueran retiradas las guarniciones que se encontraban en aquellas ciudades.

Roma: ovación para Lucio Manlio Acidino. Revuelta de esclavos en Apulia

Éstos fueron los motivos principales que indispusieron [3] a Filipo con los romanos, de forma que podría pensarse que la guerra no fue iniciada por su hijo Perseo por razones nuevas sino que fue legada por su padre por las antedichas. En Roma no se pensaba en absoluto [4] en una guerra con Macedonia. El procónsul Lucio Manlio había regresado de Hispania. Su petición de triunfo, presentada ante el senado en el templo de Belona, tenía a su favor la magnitud de las empresas llevadas a cabo pero tenía en su [5] contra el precedente que sentaba, porque era norma establecida por la tradición que no obtuviese el triunfo nadie que no hubiese traído de vuelta su ejército, a no ser que hubiese entregado a su sucesor una provincia sometida y pacificada. De todos modos, a Manlio se le concedió un honor intermedio, el de entrar en Roma recibiendo la ovación. Llevó en el desfile cincuenta y dos coronas de oro, [6] además de ciento treinta y dos libras de oro y dieciséis mil de plata, y anunció en el senado que el cuestor Quinto [7] Fabio traía diez mil libras de plata y ochenta de oro, que también ingresaría en el erario.

Hubo aquel año en Apulia una amplia revuelta de esclavos. [8] Gobernaba la provincia de Tarento el pretor Lucio Postumio. Procedió éste con todo rigor contra una banda [9] de pastores que habían vuelto inseguros con sus asaltos los caminos y los pastos públicos. Condenó a cerca de siete mil personas; muchos huyeron inmediatamente, y muchos fueron ejecutados. Los cónsules, retenidos por las levadas [10] en las proximidades de Roma, partieron al fin hacia sus provincias.

Campañas en Hispania y en Liguria

[30] En Hispania aquel mismo año los pretores Gayo Calpurnio y Lucio Quincio sacaron sus tropas de los cuarteles de invierno a comienzos de la primavera y las concentraron en Beturia^{310bis}, y después avanzaron hacia Carpetania, donde se encontraba el campamento enemigo, decididos a conducir las operaciones de [2] común acuerdo. No lejos de las ciudades de Dipón³¹¹ y Toledo se originó un combate entre los forrajeadores, y como éstos recibían refuerzos de los respectivos campamentos, poco a poco fueron saliendo todas las tropas al [3] campo de batalla. En aquel choque desorganizado el enemigo tuvo a su favor tanto el terreno como el tipo de combate. Los dos ejércitos romanos fueron derrotados y rechazados hasta el campamento. Los enemigos no aprovecharon su total desconcierto para perseguirlos de cerca. [4] Los pretores romanos, por temor a que fuera atacado al día siguiente el campamento, en el silencio de la noche siguiente hicieron salir al ejército dando las órdenes con [5] sigilo. Al clarear el día los hispanos se acercaron a la empalizada en formación de combate; entraron en el campamento inesperadamente vacío, arramblaron con lo que había quedado abandonado en la precipitación nocturna, y después de retornar a su campamento permanecieron inactivos [6] durante algunos días en los cuarteles. Entre el combate y la huida murieron unos cinco mil romanos y aliados, con cuyos despojos se armaron los enemigos. Desde [7] allí se encaminaron hacia el río Tago. Entretanto los pretores romanos dedicaron todo aquel tiempo a recabar tropas auxiliares hispanas de las ciudades aliadas y a restablecer la moral de los soldados tras el pánico de la derrota. Cuando [8] les parecieron suficientes las fuerzas y ya los propios soldados pedían

enfrentarse al enemigo para borrar la humillación anterior, emplazaron el campamento a doce millas del río Tajo. Desde allí emprendieron la marcha al tercer [9] relevo de la guardia en formación de combate y llegaron a la orilla del Tajo con las primeras luces del día. El campamento enemigo estaba sobre una colina al otro [10] lado del río. Inmediatamente, por donde el río dejaba al descubierto dos puntos vadeables, pasaron el ejército, Calpurnio por el lado derecho y Quincio por el izquierdo, sin que el enemigo se moviese, mientras que sorprendido por la inesperada llegada delibera sobre qué hacer cuando habría podido sembrar el desconcierto entre quienes estaban embarazados por el paso del río. Entretanto los romanos, [11] que ya habían trasladado al otro lado los bagajes y los habían reunido en un único punto, viendo que el enemigo se ponía ya en movimiento y no daba tiempo a fortificar un campamento, se formaron en orden de batalla. En el [12] centro se situaron la legión quinta de Calpurnio y la octava de Quincio, que constituían lo más sólido de todo el ejército. Disponían de un llano despejado hasta el campamento enemigo, a salvo del peligro de emboscadas.

Los hispanos, cuando vieron dos columnas romanas al [31] lado de acá del río, para sorprenderlos antes de que pudieran reunirse y alinearse salieron de pronto del campamento y se lanzaron al combate a la carrera. El choque fue [2] muy violento al principio, pues los hispanos estaban envalentonados por su reciente victoria y por su parte los soldados romanos estaban encorajinados por una humillación a la que no estaban acostumbrados. El centro, formado [3] por las dos aguerridas legiones, se batía con gran denuedo. El enemigo, en vista de que no era capaz de moverlas de su posición de otra manera, adoptó la táctica de combatir en cuña, y cada vez más numeroso y compacto presionaba [4] sobre el centro. Cuando el pretor Calpurnio vio que su formación estaba allí en apuros, mandó a toda prisa a los legados Tito Quintilio Varo y Lucio Juvencio Talna a animar [5] cada uno a una de las legiones con orden de hacerles comprender y recordar que las esperanzas de vencer y conservar Hispania dependen de ellas por completo; si retroceden de aquella posición, nadie de aquel ejército verá jamás no ya Italia sino ni siquiera la orilla del otro lado [6] del Tajo. Él, por su parte,

con la caballería de las dos legiones, hizo una pequeña maniobra envolvente y se lanzó de flanco contra la cuña enemiga que estaba presionando [7] sobre el centro. Quincio, con la caballería aliada, atacó el otro flanco enemigo. Pero los jinetes de Calpurnio se batían con mucho más denuedo, y el pretor más que nadie, [8] pues fue el primero en cargar contra el enemigo y además se metió de tal modo entre los contendientes que apenas [9] se podía discernir a qué bando pertenecía. El singular arrojo del pretor enardeció a los jinetes y el de éstos a los de a pie. El amor propio acicateó a los primeros centuriones, que vieron al pretor en medio de las armas arrojadas por los enemigos, con lo cual, cada uno por su parte, urgían a los abanderados ordenándoles que avanzaran con las enseñas y a los soldados que los siguieran al instante. [10] Repiten todos el grito de guerra y se lanza una carga como desde una posición más elevada. Igual que un torrente, arrollan y abaten al enemigo, que es presa del desconcierto, y resulta imposible resistir su ataque en cargas sucesivas. [11] La caballería persiguió a los fugitivos hasta el campamento, e irrumpió, mezclada entre el tropel de enemigos, dentro de la empalizada; allí los que habían quedado como guarnición del campamento reiniciaron la lucha y los jinetes romanos se vieron obligados a apearse de los caballos. Mientras ellos combatían llegó la legión quinta, y luego, [12] a medida que podían, iban llegando otras tropas. Los hispanos [13] fueron exterminados en todas partes por todo el campamento, y no escaparon más de cuatro mil hombres; de ellos, unos tres mil que habían conservado las armas alcanzaron un monte cercano, y mil, medio desarmados la mayoría, se dispersaron por los campos. Habían sido más [14] de treinta y cinco mil enemigos, y de ellos sólo sobrevivió a la batalla un número tan reducido. Se capturaron ciento treinta y tres enseñas. Entre romanos y aliados cayeron [15] poco más de seiscientos, y auxiliares de las provincias unos ciento cincuenta. La pérdida de cinco tribunos militares [16] y unos pocos jinetes romanos hizo pensar en una victoria especialmente cruenta. Los romanos se quedaron en el campamento enemigo porque no habían tenido tiempo de fortificar uno propio. Al día siguiente, ante la asamblea de [17] soldados, Gayo Calpurnio elogió y galardonó con fáleras a los jinetes, y declaró que se había

derrotado al enemigo y asaltado y tomado el campamento gracias sobre todo a su colaboración. El otro pretor, Quincio, recompensó [18] a sus jinetes con cadenas y fibulas. También fueron condecorados gran número de centuriones de uno y otro ejército, sobre todo los que habían ocupado el centro de la formación.

Después de dar por finalizadas las levas y demás tareas [32] que debían ser llevadas a cabo en Roma, los cónsules marcharon a Liguria, su provincia, al frente del ejército. Sempronio emprendió en Pisa la marcha contra los lígures [2] apuanos, y a base de devastar sus campos e incendiar sus aldeas y poblados fortificados dejó libre el paso hasta el [3] río Macra³¹² y el puerto de Luna. Los enemigos ocuparon un monte en el que antiguamente se habían asentado sus antepasados, y, superando las dificultades del terreno, fueron [4] desalojados de allí por la fuerza. Apio Claudio, por su parte, igualó la suerte y el valor de su colega con varios combates favorables contra los lígures ingaunos. Además les tomó al asalto seis plazas, cogió en ellas muchos miles de prisioneros y decapitó a cuarenta y tres responsables de la guerra.

Roma: elecciones reñidas

[5] Se acercaba ya la época de los comicios³¹³. Sin embargo, aunque le había tocado en suerte a Sempronio presidirlos, llegó Claudio a Roma antes que él, porque aspiraba al consulado su hermano [6] Publio Claudio. Competían con él los patricios Lucio Emilio, Quinto Fabio y Servio Sulpicio Galba, candidatos de ocasiones anteriores que después de haber sido rechazados aspiraban de nuevo al cargo con mayor derecho por haberles [7] sido negado antes. Como además no se podía elegir más que a uno de los patricios, la campaña electoral era [8] más reñida entre los cuatro candidatos. También optaban al cargo plebeyos cualificados: Lucio Porcio, Quinto Terencio Culeón y Gneo Bebio Tánfilo, a los que, a su vez, los fracasos habían llevado a la esperanza de conseguir por [9] fin el cargo alguna vez. De todos los candidatos sólo Claudio lo era por primera vez. La opinión pública daba como seguros a Quinto Fabio Labeón y Lucio

Porcio Licino. [10] Pero el cónsul Claudio, sin lictores, andaba dando vueltas por el foro con su hermano, y por más que sus contrincantes y la mayor parte del senado le recordaban a voces que debía tener presente que era cónsul del pueblo romano [11] antes que hermano de Publio Claudio, que por qué no permanecía sentado ante la tribuna presentándose como árbitro o como silencioso espectador de los comicios, no se pudo, sin embargo, contener su desmedido celo propagandístico. Los comicios se agitaron también en varias ocasiones [12] con los vivos debates de los tribunos de la plebe, que se batían en contra del cónsul o a favor de su opción, hasta que Apio consiguió su propósito de sacar adelante a su hermano, quedando eliminado Fabio. Resultó elegido [13] Publio Claudio Pulcro, contra lo que él mismo y los demás esperaban. Lucio Porcio Licino obtuvo su puesto, porque entre los plebeyos se compitió con pasión moderada, no con el apasionamiento de los Claudios. A continuación [14] se celebraron las elecciones de pretores, resultando elegidos Gayo Decimio Flavo, Publio Sempronio Longo y Aulo Terencio Varrón. Éstos fueron los acontecimientos civiles [15] y militares ocurridos el año en que fueron cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio.

Embajada de Oriente. Filipo y los maronitas

A principios del año siguiente, una vez [33] que informaron de su misión Quinto Cecilio, Marco Bebio y Tiberio Sempronio, que habían sido enviados para resolver las diferencias entre el rey Filipo y el rey Éumenes y las ciudades tesalias, los cónsules Publio Claudio y Lucio Porcio presentaron también ante el senado a [2] los enviados de dichos reyes y ciudades. Se repitieron por [3] ambas partes los mismos argumentos que habían sido expuestos en Grecia en presencia de los miembros de la comisión. A continuación el senado aprobó el envío a Grecia y Macedonia de una nueva comisión encabezada por Apio Claudio para comprobar si les habían sido devueltas las ciudades a los tesalios y a los perreos. Se les encomendó [4] también la misión de hacer retirar las guarniciones de Eno y Maronea y liberar de Filipo y los macedonios toda [5] la zona costera de Tracia. Asimismo recibieron instrucciones de dirigirse al Peloponeso, de donde

había marchado la anterior comisión dejando la situación más confusa que si no hubiera ido allí; en efecto, aparte de otras consideraciones, incluso habían sido despachados sin una respuesta y sin conseguir, a pesar de haberlo solicitado, una reunión [6] del congreso de los aqueos. Cuando Quinto Cecilio había protestado enérgicamente por este trato y al mismo tiempo los lacedemonios se habían quejado porque sus murallas habían sido destruidas, deportados a Acaya sus habitantes y vendidos como esclavos, y abolidas las leyes de Licurgo por las que se había regido hasta entonces su ciudad, [7] los aqueos se justificaban sobre todo por su negativa a reunir la asamblea sacando a colación una ley que prohibía convocar la asamblea a no ser por motivos de paz o de guerra o que llegasen enviados del senado con cartas [8] o credenciales por escrito. Para que en el futuro no hubiese lugar a semejante excusa, el senado les dejó bien claro que debían cuidarse de que siempre se les diese a los enviados de Roma la posibilidad de dirigirse a la asamblea de igual modo que también a ellos les daba audiencia el senado cuantas veces quisieran.

[34] Después de ser despachadas estas legaciones, Filipo, como fue informado por los suyos de que era preciso retirarse de las ciudades y sacar las guarniciones, lleno de rabia contra todo el mundo, desfogó sus iras con los maronitas. [2] Mandó instrucciones a Onomasto, que estaba al cargo de la zona costera, para que diera muerte a los jefes del partido contrario. Onomasto, por medio de un tal Casandro, uno de los partidarios del rey que residía en Maronea desde hacía ya tiempo, dejó entrar a los tracios durante la noche y llevó a cabo una matanza como si la ciudad hubiera sido tomada en una guerra. Después, ante los comisionados [3] romanos que protestaban de que se hubiera tenido un comportamiento tan cruel con los inocentes maronitas y tan desafiante hacia el pueblo romano llegando al extremo de degollar como enemigos a aquellos a quienes el senado había decidido que les fuera devuelta la independencia, Filipo aseguraba que ninguno de aquellos hechos tenía nada que ver con él ni con ninguno de los suyos: habían [4] combatido entre ellos en una revuelta interna al tratar de arrastrar a la ciudadanía unos hacia él mismo y otros hacia Éumenes, cosa que podían comprobar

fácilmente preguntando [5] a los propios maronitas (estaba seguro de que nadie se atrevería a abrir la boca en contra suya, atemorizados como estaban por el pánico de la reciente masacre). Apio [6] dijo que no hacía falta investigar, como si fuera dudoso, algo evidente; si quería descargarse de responsabilidades que enviase a Roma a Onomasto y Casandro, que según se decía habían sido los ejecutores del delito, para que el senado pudiera interrogarlos. En el primer momento, estas [7] palabras turbaron de tal modo al rey que se le demudó el color y el semblante; luego, recuperada al fin la presencia de ánimo, dijo estar dispuesto, si así lo querían, a enviar a Casandro, que había estado en Maronea; pero [8] ¿qué tenía que ver con aquel incidente Onomasto, que no había estado ni en Maronea ni siquiera en la zona próxima? Procuraba en mayor medida preservar a Onomasto, [9] amigo de rango más alto, y al mismo tiempo lo tenía bastante más como delator, porque había hablado con él personalmente y además lo tenía como colaborador y cómplice en muchas acciones de la misma naturaleza. Se cree [10] que también Casandro fue eliminado por envenenamiento para evitar que saliese información por algún sitio, mandando gente que lo escoltase a través del Epiro hasta el mar.

*Nuevos pasos de los enviados de Roma. Debate entre Apio
Claudio y Licortas*

[35] De un lado, los comisionados se retiraron de la entrevista con Filipo dejando constancia de que no quedaban en absoluto [2] satisfechos con lo ocurrido, y de otro, Filipo plenamente convencido de que era preciso reemprender la guerra. No obstante, como sus fuerzas no estaban aún a punto para ello, con el fin de ganar tiempo decidió enviar a Roma a su hijo Demetrio para justificarse de las acusaciones y al mismo [3] tiempo para aplacar las iras del senado, en la convicción, además, de que algún peso tendría el propio joven, puesto que durante su estancia en Roma como rehén había [4] dado muestras de un carácter propio de un rey. Él, entretanto, emprendió la marcha aparentemente para prestar ayuda a los bizantinos pero realmente para amedrentar a los régulos de los tracios, y después de derrotarlos en un solo combate y coger prisionero al jefe Amadoco retornó a Macedonia tras enviar

emisarios para instigar a los bárbaros de las riberas del río Histro³¹⁴ a invadir Italia.

[5] También en el Peloponeso se estaba a la espera de los enviados de Roma, que habían recibido instrucciones de dirigirse a Acaya desde Macedonia. El pretor Licortas convocó una reunión para tener preparada una postura común [6] frente a ellos. En ella se trató la cuestión de los lacedemonios: habían pasado de enemigos a acusadores, y existía el peligro de que fuesen más de temer una vez vencidos que antes como combatientes. Durante la guerra, en efecto, los aqueos habían contado con la ayuda de los romanos como aliados; ahora, en cambio, esos mismos romanos eran más proclives a los lacedemonios que a los aqueos, desde el momento en que hasta un Areo y un Alcibíades, [7] ambos exiliados y retornados por intervención suya, habían participado en una delegación enviada a Roma en contra de la nación aquea que tanto había hecho por ellos, y habían utilizado un lenguaje tan hostil que más parecían echados de su patria que devueltos a ella. De toda la asamblea [8] se alzaron gritos pidiendo que presentase una moción particular con respecto a ellos, y como era el resentimiento y no la sensatez lo que lo dominaba todo, fueron condenados a muerte. A los pocos días llegaron los enviados de Roma. Se convocó asamblea general en Clitor, en Arcadia, para reunirse con ellos.

Antes de comenzar el debate había cundido el temor [36] entre los aqueos ante la idea de que la discusión no iba a desarrollarse en pie de igualdad, porque veían acompañando [2] a la comisión a Areo y Alcibíades, condenados por ellos en la asamblea anterior, y nadie se atrevía a abrir la boca. Apio puso de manifiesto que el senado estaba profundamente [3] contrariado por las quejas que habían presentado ante él los lacedemonios; en primer lugar, la matanza llevada a cabo en Compasio³¹⁵ con quienes habían venido a defender su causa llamados por Filipemén; y en segundo [4] lugar, tras ensañarse con las personas de aquella manera, el no haber puesto límites a la crueldad en ningún terreno, demoliendo las murallas de una ciudad nobilísima, aboliendo unas leyes antiquísimas y suprimiendo la constitución de Licurgo, famosa en el mundo entero. Después de [5] pronunciar Apio estas palabras,

Licortas, dado que era el pretor y dado que era partidario de Filopemén, responsable de todo cuanto había ocurrido en Lacedemón, respondió [6] en estos términos: «Hablar ante vosotros, Apio Claudio, es para nosotros más difícil que lo fue hace poco hacerlo [7] ante el senado. Y es que entonces había que responder a las acusaciones de los lacedemonios, y ahora hemos sido acusados por vosotros, los mismos ante quienes hemos de [8] ejercer nuestra defensa. Asumimos esta condición de desventaja con la esperanza de que tú nos escucharás con la disposición de ánimo de un juez, dejando a un lado la animosidad que mostraste hace unos instantes. Yo, en todo caso, me hago a la idea de que no te contesto a ti sino a los lacedemonios delante de ti, puesto que acabas de repetir las quejas que ellos presentaron tanto aquí, ante Quinto [9] Cecilio, primero, como en Roma después. Nos acusáis del asesinato de los que habían sido llamados por el pretor Filopemén para defenderse y encontraron la muerte. A mi entender esta acusación no nos la debíais hacer vosotros, romanos; es más ni siquiera debía sernos hecha en presencia vuestra. ¿Y esto por qué? Porque en el tratado de alianza con vosotros constaba que los lacedemonios no tocarían [10] las ciudades de la costa. Aquella vez que empuñaron las armas y ocuparon con un asalto nocturno las ciudades que estaban obligados a respetar, si hubiese estado Tito Quincio en el Peloponeso, si hubiese estado, como anteriormente, el ejército romano, sin duda los que fueron cogidos por [11] sorpresa se habrían refugiado allí; al estar lejos vosotros, ¿a qué otro sitio podían acudir sino a nosotros, aliados vuestros, a los que ya antes habían visto prestando ayuda a Giteo y atacando Lacedemón juntamente con vosotros por [12] un motivo análogo? Por vosotros, pues, nos hemos metido en una guerra justa y legítima. Cuando otros alaban este comportamiento y ni siquiera los lacedemonios pueden desaprobalo, y hasta lo han aprobado los dioses mismos concediéndonos la victoria, ¿cómo es que son objeto de discusión las acciones que se llevaron a cabo por derecho de guerra? La mayor parte de ellas, por otro lado, nada tienen que ver con nosotros. Responsabilidad nuestra es haber [13] llamado, para que dieran explicaciones, a quienes habían incitado a la población a la guerra, habían asaltado las ciudades de la costa, habían

saqueado, habían dado muerte a sus principales ciudadanos; pero el hecho de que [14] fueran muertos cuando venían hacia nuestro campamento es responsabilidad vuestra, Areo y Alcibíades, que ahora, con el beneplácito de los dioses, nos acusáis, y no nuestra. Los exiliados lacedemonios, entre los que se contaron también [15] estos dos, estaban entonces con nosotros, y creyéndose amenazados porque habían elegido las ciudades de la costa como lugar de residencia, se abalanzaron sobre aquellos con los que estaban resentidos debido a que por obra suya estaban alejados de su patria y ni siquiera tenían posibilidad de envejecer sin peligro en el exilio. Fueron, por [16] tanto, los lacedemonios y no los aqueos quienes mataron a los lacedemonios; y no viene al caso discutir si esa muerte estuvo justificada o no.

Pero al menos es responsabilidad vuestra, sin lugar a [37] dudas, aqueos, el haber suprimido las leyes, el antiquísimo ordenamiento jurídico de Licurgo, y haber derribado las murallas. ¿Cómo unas mismas personas pueden hacernos [2] estas dos acusaciones, si las murallas de Lacedemón no fueron construidas por Licurgo sino hace unos pocos años para acabar con la constitución de Licurgo? Los tiranos, [3] en efecto, se depararon últimamente con ellas una fortaleza y una defensa para sí mismos, no para la ciudad; y si hoy Licurgo levantara la cabeza se alegraría con sus ruinas y diría que ahora sí reconoce su patria, la Esparta de otro tiempo. En vez de esperar a Filopemén y a los aqueos, [4] vosotros mismos, lacedemonios, debisteis derribar con vuestras propias manos todos los vestigios de la tiranía. [5] Eran en efecto, una especie de vergonzosas marcas de vuestra esclavitud, y después de haber sido libres sin murallas durante casi ochocientos años y en alguna época incluso el primer pueblo de Grecia, rodeados de murallas como grilletes que os aherrojaran estuvisteis esclavizados durante [6] cien años. Por lo que se refiere a las leyes suprimidas, yo pienso que fueron los tiranos quienes quitaron a los lacedemonios su antigua legislación, que nosotros les dimos nuestras leyes y no les quitamos las suyas, que no [7] tenían, y que no prestamos un mal servicio a la ciudad al integrarla en nuestra Liga y amalgamarla con nosotros para que en todo el Peloponeso hubiera un único organismo [8] y una única Liga. Si nosotros por nuestra parte

viviésemos bajo unas leyes y les hubiésemos impuesto a ellos otras diferentes entonces sí podrían, creo yo, quejarse de estar en condiciones de desigualdad jurídica y mostrarse indignados. [9] Bien sé, Apio Claudio, que este tono que vengo empleando hasta ahora en mi discurso no es el propio de un aliado ante otro ni el de un pueblo libre sino el de un verdadero esclavo que se justifica delante de su amo. [10] Porque si no fue vana aquella proclama del pregonero con la que dispusisteis que los aqueos más que ningún otro pueblo fuesen libres, si el tratado ha sido ratificado, si la alianza y la amistad son respetadas en un plano de igualdad, ¿por qué, si yo no os pregunto qué hicisteis los romanos tras la toma de Capua, vosotros pedís explicaciones de lo que hicimos los aqueos a los lacedemonios después de vencerlos [11] en una guerra? Algunos fueron muertos; supongamos que por nosotros. ¿Y qué? ¿No pasasteis vosotros por [12] las armas a los senadores campanos? ¿Que demolimos las murallas? Vosotros les quitasteis no ya las murallas sino [13] la ciudad y los campos. El tratado, me dirás, es entre igua les desde el punto de vista formal, pero de hecho los aqueos tienen una libertad concedida graciosamente, mientras que los romanos tienen además la supremacía. Soy consciente [14] de ello, Apio, y si no es el caso no protesto; pero por mucha que sea la diferencia que media entre los romanos y los aqueos, lo único que os pido es que unos enemigos vuestros y nuestros no estén con respecto a vosotros a la misma altura que nosotros, unos aliados; más aún, que no gocen de mejores derechos. Porque nosotros hicimos [15] que estuviesen en condiciones de igualdad cuando les dimos nuestras leyes, cuando hicimos que pertenecieran a la Liga Aquea. Lo que es suficiente para los vencedores resulta poco para los vencidos; los enemigos pretenden más de lo que tienen los aliados. Lo que fue sancionado y consagrado [16] con juramento y con documentos escritos esculpidos en piedra como recordatorio perenne, se disponen a anularlo convirtiéndonos en perjuros. Ciertamente os respetamos, [17] romanos, y hasta os tememos, si queréis; pero más respetamos y tememos a los dioses inmortales.» Fue escuchado [18] con muestras de asentimiento por la gran mayoría, y todos estimaban que había hablado a la altura de la dignidad de su cargo, de forma que se veía

claramente que los romanos no podían mantener su prestigio si actuaban con poca decisión. Entonces Apio dijo que aconsejaba encarecidamente [19] a los aqueos que se mostraran indulgentes mientras podían hacerlo por convencimiento propio, para no tener que hacerlo muy pronto a la fuerza y en contra de su voluntad. Estas palabras fueron recibidas entre lamentaciones [20] generales, es cierto, pero provocaron miedo a negarse a obedecer, y se limitaron a pedir que los romanos [21] introdujeran las modificaciones que creyeran convenientes con respecto a los lacedemonios y evitaran a los aqueos el escrúpulo de dejar ellos mismos sin efecto aquello que habían sancionado con juramento. Únicamente fue anulada la sentencia condenatoria de Areo y Alcibíades emitida poco antes.

Roma: asignación de mandos. Lucha Por la pretura

[38] En Roma, a comienzos de aquel año, cuando se trató la cuestión de las provincias de cónsules y pretores, se les asignaron los lígures a los cónsules porque no [2] había guerra en ninguna parte. En cuanto a los pretores, a Gayo Decimio Flavo le tocó en suerte la jurisdicción urbana; a Publio Cornelio [3] Cetego la jurisdicción de ciudadanos y extranjeros; a Gayo Sempronio Bleso, Sicilia; a Quinto Nevio Matón, Cerdeña y además la investigación de los delitos de envenenamiento; la Hispania citerior a Aulo Terencio Varrón, y la Hispania [4] ulterior a Publio Sempronio Longo. De estas dos provincias llegaron casi al mismo tiempo los legados Lucio [5] Juvencio Talna y Tito Quintilio Varo; éstos, después de informar al senado acerca de la importante guerra que estaba prácticamente finalizada ya en Hispania, pidieron al mismo tiempo que por tan notables éxitos se celebraran actos en honor de los dioses inmortales y se permitiera a [6] los pretores repatriar al ejército. Se decretaron dos días de acción de gracias; con respecto a la repatriación de las legiones, como se trataba de ejércitos de cónsules y pretores, se decidió dejar la cuestión sin prejuzgar para un posterior [7] debate. Pocos días más tarde se le asignaron a cada uno de los cónsules, para Liguria, dos de las legiones que habían tenido a su mando Apio Claudio y Marco Sempronio. [8] En relación con los ejércitos de Hispania se suscitó un vivo debate entre los

nuevos pretores y los amigos de [9] los ausentes Calpurnio y Quincio. Una y otra parte contaban con el apoyo de tribunos de la plebe y con el de un cónsul. Los unos anunciaban que pondrían el veto al senadoconsulto si se decidía la vuelta de los ejércitos, y los otros anunciaban que, si se interponía este veto, no permitirían que se aprobase ninguna otra resolución. Al final [10] resultó vencida la opción de los ausentes y se aprobó un senadoconsulto según el cual los pretores alistarían cuatro mil soldados de infantería y trescientos de caballaría, y cinco mil soldados latinos de a pie y quinientos de a caballo para llevarlos a Hispania. Después de distribuirlos entre las cuatro³¹⁶ [11] legiones de modo que hubiera en cada una de ellas más de cinco mil infantes y trescientos jinetes, licenciarían primero a los que hubieran cumplido el tiempo de servicio [12] militar y después los irían licenciando según hubiese sido su grado de valor en combate al servicio de Calpurnio y Quincio.

Solucionada esta controversia surgió otra inmediatamente [39] a la muerte del pretor Gayo Decimio. Presentaron su [2] candidatura Gneo Sicinio y Lucio Pupio, que habían sido ediles el año anterior, Gayo Valerio, flamen de Júpiter, y Quinto Fulvio Flaco; este último sin la toga blanca, porque era edil curul designado, pero con más empeño que nadie, rivalizaba con el flamen. Y como al principio parecía [3] tener las mismas posibilidades y poco después incluso mayores, algunos de los tribunos de la plebe declararon que no se debía tener en cuenta su candidatura porque una [4] misma persona no podía ocupar ni ejercer dos magistraturas, y curules mucho menos, simultáneamente; otra parte consideraba razonable que se le declarase libre de trabas legales para dar al pueblo la posibilidad de elegir pretor a quien quisiese. El cónsul Lucio Porcio era en principio [5] partidario de no admitir su candidatura; luego, para adoptar [6] esta medida contando con la autorización del senado, convocó a los senadores y dijo que sometía a su consideración el hecho de que un edil curul designado, sin base legal alguna y sentando además un precedente inadmisibles en una ciudad libre, aspiraba a la pretura^{316bis}; por su parte, si ellos no decidían otra cosa, estaba dispuesto a celebrar [7] los comicios conforme a la ley. Los

senadores decidieron que el cónsul Lucio Porcio hablase con Quincio Fulvio para disuadirlo de poner obstáculos a la celebración regular de los comicios para la elección de un pretor en sustitución [8] de Gayo Decimio. Cuando el cónsul habló con él en los términos del senadoconsulto, Flaco contestó que no pensaba hacer nada que fuese indigno de él. Con su ambigua respuesta dio esperanzas, a quienes la interpretaron en sentido favorable, de que se plegaría a la autoridad del senado; [9] pero en el momento de los comicios empleaba en su campaña mayor contundencia que antes, con acusaciones de que el cónsul y el senado pretendían arrebatarse el favor del pueblo romano y crear animosidad contra él por la acumulación de cargos, como si no fuese evidente que una vez designado pretor cesaría como edil automáticamente. [10] El cónsul en vista de que iba a más el empecinamiento del candidato y que la simpatía popular se inclinaba cada vez más a su favor, suspendió los comicios y convocó al senado. En una concurrida sesión se decidió que se tratase la cuestión con Flaco delante del pueblo puesto que la autoridad del senado no había tenido efecto alguno [11] en él. Convocada la asamblea, el cónsul hizo su exposición, pero Flaco, sin cambiar de actitud ni siquiera entonces, dio las gracias al pueblo romano porque con tanta simpatía, cuantas veces se le había dado la posibilidad de manifestar su voluntad, había expresado su intención de elegirlo pretor; no estaba en su ánimo defraudar semejante [12] muestra de confianza de sus conciudadanos. Estas palabras tan decididas le granjearon tal simpatía que no había duda de que sería pretor en el caso de que el cónsul quisiera admitir su candidatura. Los tribunos tuvieron serios enfrentamientos [13] entre ellos y con el cónsul, hasta que el senado, convocado por el cónsul, decidió que, como la obstinación [14] de Quinto Flaco y la deplorable parcialidad de la población impedían el legal desarrollo de los comicios para elegir un pretor sustituto, era criterio del senado que había pretores suficientes; Publio Cornelio asumiría en Roma las [15] dos jurisdicciones y celebraría unos juegos en honor de Apolo.

Catón, censor

Suspendidos así los comicios por la prudencia [40] y la firmeza del senado llegaron otros más reñidos, pues era mayor su trascendencia y también el número y el poder de los contendientes. Aspiraban a la [2] censura, en una reñida pugna, los patricios Lucio Valerio Flaco, Publio y Lucio Escipión, Gneo Manlio Vulsón y Lucio Furio Purpurión, así como los plebeyos Marco Porcio [3] Catón, Marco Fulvio Nobílior, Tiberio Sempronio Longo y Marco Sempronio Tuditano. Pero Marco Porcio sacaba gran ventaja a todos los patricios y plebeyos de las más distinguidas familias. Había tal fuerza de carácter y [4] de talento que se tenía la impresión de que, cualquiera que fuese su extracción social, se habría labrado por sí mismo una posición. Poseía todas las dotes para desarrollar cualquier actividad tanto privada como pública; estaba igualmente versado en cuestiones de la vida urbana y del campo. A unos los lleva a los más altos cargos el conocimiento [5] del derecho, a otros la elocuencia, a otros la gloria militar; él tenía un genio tan polivalente igualmente apto para todo que, cualquiera que fuese la actividad que desarrollaba, [6] se diría nacido expresamente para ella. En la guerra muy decidido para la acción, distinguido en mil combates notables; y además un gran general, una vez que llegó a la graduación más alta; y también en la paz un gran experto como jurisconsulto, y muy elocuente a la hora de defender [7] una causa; y no de aquellos cuya oratoria está en boga mientras viven pero no se conserva ningún testimonio de su elocuencia; al contrario, ésta vive y está vigente, consagrada [8] en escritos de todo género. Sus discursos, en defensa propia y de otros y contra otros, son muy numerosos, pues agotó a sus enemigos como acusador y como defensor. [9] Fue blanco de muchas, demasiadas, enemistades, y otros fueron blanco de las suyas, y es difícil decir quién persiguió más a quién, la nobleza a él o él a la nobleza. [10] Fue hombre de carácter áspero, sin duda, de lengua mordaz y exageradamente franca, pero de natural no dominado por los apetitos, de estricta integridad, por encima del [11] afán de popularidad y de las riquezas. En sobriedad, en aguante de la fatiga y el peligro, era casi de hierro física y moralmente, y no lo quebró ni siquiera la vejez, que [12] todo lo debilita; defendió un caso cuando contaba ochenta y seis años, escribió

y pronunció su propia defensa, y a los noventa años sometió a Servio Galba al juicio del pueblo.

[41] Igual que durante toda su vida, ahora que era candidato era objeto de las presiones de la nobleza. Todos los candidatos salvo Lucio Flaco, que había sido colega suyo en el consulado, se habían unido para dejarlo fuera del [2] cargo, y no sólo para ocuparlo ellos o porque no se resignaran a ver como censor a un «hombre nuevo» sino porque presagiaban una censura rigurosa y peligrosa para la reputación de muchos si la ejercía quien había sido atacado por más de uno y estaba deseoso de atacar. De hecho [3] también entonces empleaba en su campaña un tono amenazante, alegando que estaban en contra suya los que temían una censura independiente y valiente. Y al mismo [4] tiempo apoyaba a Lucio Valerio: sólo con éste como colega era posible perseguir la moderna corrupción y restablecer la antigua moral. El pueblo, enardecido con este discurso y a pesar de la oposición de la nobleza, eligió como censor a Marco Porcio y además le agregó a Lucio Valerio Flaco como colega.

Inmediatamente después de las elecciones de censores [5] partieron hacia sus provincias los cónsules y los pretores con la excepción de Quinto Nevio, cuya marcha a Cerdeña se vio demorada al menos durante cuatro meses por los procesos sobre envenenamiento; gran parte de ellos los llevó a cabo fuera de Roma, en los municipios y centros locales de población, porque así se había considerado más conveniente. Si se ha de dar crédito a Valerio Anciate fueron [6] casi dos mil los condenados por él. Por su parte, el pretor Lucio Postumio, al que había correspondido la jurisdicción de Tarento, reprimió grandes movimientos subversivos de pastores y cerró con escrupulosidad los últimos restos de la investigación sobre las Bacanales. De los muchos [7] que no habían comparecido al ser citados o habían dado por perdidas las fianzas y estaban escondidos en aquella parte de Italia, a unos los condenó como culpables y a otros los detuvo y los envió a Roma al senado. Publio Cornelio los metió a todos en la cárcel.

En la Hispania ulterior la situación se mantuvo tranquila [42] tras haber sido quebrantados los lusitanos en la última

guerra. En la citerior, en territorio suesetano, Aulo Terencio tomó al asalto con manteletes y obras de asedio la plaza de Corbión³¹⁷ y vendió los prisioneros; a partir de entonces hubo tranquilidad en los cuarteles de invierno en [2] la provincia citerior. Los pretores salientes, Gayo Calpurnio Pisón y Lucio Quincio, regresaron a Roma. El senado acordó, por amplia mayoría, concederles el triunfo a ambos. [3] Celebró primero Gayo Calpurnio su triunfo sobre los lusitanos y celtíberos; llevó en el desfile ochenta y tres coronas [4] de oro y doce mil libras de plata. Pocos días después celebró Lucio Quincio Crispino el suyo, también sobre los lusitanos y los celtíberos, llevando en el desfile igual cantidad de oro y plata.

[5] Los censores Marco Porcio y Lucio Valerio hicieron la revisión del senado en un clima de expectación y temor. Excluyeron a siete miembros del senado, entre ellos al excónsul Lucio Quincio Flaminio, distinguido por su nobleza [6] y carrera política. En tiempos de nuestros padres se estableció, al parecer, la práctica de que los censores escribieran anotaciones junto a los nombres de los excluidos del senado. De Catón se conservan además otras duras requisitorias contra aquellos a los que removió de sus escaños [7] de senadores o a los que suprimió el caballo. La más impresionante con mucho fue la invectiva contra Lucio Quincio; de haberse expresado así como acusador antes de consignar la nota censoria y no como censor después de la misma, no habría podido mantener a Lucio Quincio en el senado ni siquiera su hermano Tito Quincio aun en [8] el caso de que fuese censor en ese momento. Lo acusó, entre otras cosas, de haberse llevado de Roma a su provincia de la Galia, con la promesa de grandes regalos, a un joven prostituido caro y famoso, Filipo el Cartaginés. Este muchacho había reconvenido con frecuencia al cónsul, [9] entre los escarceos del placer, por haberlo sacado de Roma para vender sus favores a su enamorado precisamente en el momento de un espectáculo de gladiadores. Casualmente, en una ocasión en que estaban banquetizando, [10] cuando ya el vino les había hecho entrar en calor, se anunció en el transcurso del festín, que había llegado como tráfuga un noble boyo acompañado de sus hijos que quería entrevistarse con el cónsul para recibir

garantías de él personalmente. Introducido en la tienda comenzó a dirigirse [11] al cónsul a través de un intérprete. Mientras estaba hablando el boyo, Quincio preguntó al prostituto: «Puesto que te perdiste el espectáculo de gladiadores, ¿quieres ver ahora mismo cómo muere este galo?». Como el otro, medio [12] en broma, hizo un gesto afirmativo, el cónsul, empuñando ante tal gesto la espada que estaba colgada sobre su cabeza primero hirió en la cabeza al galo que aún estaba hablando, y después, mientras trataba de huir e imploraba la protección del pueblo romano y de los presentes, le atrevesó el costado.

Valerio Anciate, que probablemente no había leído el [43] discurso de Catón y simplemente había dado crédito a una historia puesta en circulación no se sabe por quién, expone una versión diferente aunque parecida en pasión y crueldad. Él relata que Quincio invitó a un festín en Placencia a una [2] mujer de mala reputación de la que estaba perdidamente enamorado. Durante el mismo, por jactarse, entre otras cosas contó a la ramera con cuánto rigor había llevado a cabo las investigaciones y a cuántos condenados a muerte tenía en la cárcel a los que pensaba cortar la cabeza. Entonces ella, que estaba reclinada a su lado, dijo que nunca [3] había visto a nadie cortando una cabeza y que tenía muchas ganas de verlo. En ese momento el enamorado, por complacerla, mandó traer a su presencia a uno de aquellos [4] desdichados y le cortó la cabeza. Ocurriera el hecho como el censor lo hizo constar en su acusación o como lo cuenta Valerio, es una crueldad y una atrocidad que en un banquete donde es costumbre hacer libaciones a los dioses y dar parabienes, se sacrificara una víctima humana y se manchara la mesa con su sangre para ofrecer un espectáculo a una ramera desvergonzada reclinada entre los brazos de [5] un cónsul. En la parte final del discurso de Catón se le presenta a Quincio una disyuntiva: negar este hecho y el resto de los cargos, y defenderse previo depósito de una fianza, o confesar, y pensar si alguien iba a sentir compasión por su humillación cuando él, perdida la razón por efecto del vino y la lujuria, se había divertido con la sangre de un ser humano durante un banquete.

[44] Al hacer la revisión de la lista de caballeros, se le suprimió el caballo a Lucio Escipión Asiático. También al recibir las declaraciones de bienes fue una censura rigurosa [2] y severa para con todos los estamentos sociales. Los tasadores jurados recibieron instrucciones de registrar multiplicando por diez su valor los ornamentos y vestidos femeninos [3] y los vehículos de más de quince mil ases. Asimismo, los esclavos menores de veinte años que hubiesen sido vendidos en los últimos cinco años por diez mil ases o más, serían tasados también multiplicando su valor por diez. Y sobre todos estos bienes se aplicaría una tasa del tres por [4] mil. Suprimieron todas las conducciones de agua pública a edificios o fincas privadas, e hicieron demoler, en un plazo de treinta días, los edificios o construcciones que los [5] privados tenían en terreno público. A continuación, con el dinero destinado a tal fin, adjudicaron la construcción de obras públicas: pavimentación, con piedra, de los depósitos, limpieza del alcantarillado donde fuera necesario y construcción de uno nuevo en el Aventino y en otros sitios donde todavía no lo había. Y, por separado, Flaco hizo [6] construir un dique en las Aguas de Neptuno para que pudiera pasar la gente, y una calzada a través de los montes de Formias, mientras que Catón adquirió para uso público [7] dos atrios en las Lautumias, el Menio y el Ticio, y cuatro tiendas, construyendo allí una basílica que recibió el nombre de Porcia. Además adjudicaron en subasta la recaudación de los impuestos al precio más alto y los suministros estatales al más bajo. Como el senado, dejándose [8] convencer por las súplicas y las lágrimas de los adjudicatarios de las subastas, ordenó cancelar estos contratos y hacerlos de nuevo, los censores, excluyendo de la subasta mediante un edicto a los que se habían sustraído al cumplimiento de los contratos anteriores, hicieron de nuevo todas las adjudicaciones rebajando ligerísimamente los precios. Fue una censura notable y plagada de enemistades, [9] de las que fue objeto durante toda su vida Marco Porcio, al que era atribuido aquel rigor.

El mismo año se fundaron dos colonias, Potencia³¹⁸ [10] en el Piceno y Pisauro³¹⁹ en territorio gálico. Se asignaron seis yugadas por cabeza. Hicieron el reparto de tierras y

condujeron las dos colonias los mismos triúnviro, Quinto Fabio Labeón, Marco Fulvio Flaco y Quinto Fulvio Nobílior. Los cónsules de aquel año no hicieron nada reseñable [11] ni desde el punto de vista político ni desde el militar.

Nuevos magistrados. Prodigios. Embajadas

[45] Para el año siguiente³²⁰ fueron elegidos cónsules Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labeón.

Marco Claudio y Quinto Fabio, el quince de marzo, fecha en que entraron en funciones, sometieron a debate la cuestión de sus provincias [2] y las de los pretores. Habían sido elegidos pretores Gayo Valerio, flamen de Júpiter que también había optado al cargo el año anterior, y Espurio Postumio Albino, Publio Cornelio Sisenna, Lucio Pupio, Lucio Julio y Gneo [3] Sicinio. A los cónsules les fue asignada como provincia Liguria con los mismos ejércitos que habían tenido Publio [4] Claudio y Lucio Porcio. Las Hispanias no entraron en sorteo, dejándolas a los pretores del año anterior con sus ejércitos. Los pretores recibieron instrucciones de realizar el sorteo de manera que al flamen de Júpiter le correspondiera en todo caso una de las dos jurisdicciones de Roma; [5] le tocó en suerte la pretura peregrina. Correspondió la urbana a Cornelio Sisenna, Sicilia a Espurio Postumio, Apulia a Lucio Pupio, Galia a Lucio Julio y Cerdeña a Gneo [6] Sicinio. Lucio Julio recibió orden de darse prisa. Los galos transalpinos habían pasado a Italia por rutas de montaña desconocidas hasta entonces, como queda dicho, y estaban levantando una ciudad fortificada en el que ahora es territorio [7] de Aquilea. Se encargó al pretor la misión de impedirsele en la medida en que le fuera posible sin combatir. En caso de que fuera necesario recurrir a las armas para impedirsele, lo haría saber a los cónsules; se quería que uno de ellos marchase con sus legiones contra los galos.

A finales del año anterior habían tenido lugar los comicios [8] para elegir augur³²¹. En sustitución del fallecido Gneo Cornelio Léntulo había sido elegido Espurio Postumio Albino.

A comienzos de este año falleció el pontífice máximo [46] Publio Licinio Craso, en sustitución del cual fue designado pontífice por cooptación Marco Sempronio Tuditano; pontífice

máximo fue elegido Gayo Servilio Gémino. Con [2] motivo del funeral de Publio Licinio se hizo una distribución de carne, combatieron ciento veinte gladiadores, y se celebraron tres días de juegos funerarios y un banquete a continuación de los juegos. Durante éste, cuando estaban [3] colocados por todo el foro los triclinios, se desencadenó una tempestad con grandes aguaceros que obligó a la mayoría a plantar tiendas en el foro; éstas fueron levantadas [4] poco más tarde al serenarse el tiempo por todas partes, y todo el mundo comentaba que se había cumplido lo que habían predicho los adivinos en sus profecías, que sería necesario plantar tiendas en el foro. Cuando se habían liberado [5] de este temor supersticioso sobrevino otro, porque durante dos días seguidos había llovido sangre en la plaza de Vulcano, y por intervención de los decénviro se decretó una rogativa para expiar este prodigio.

Antes de partir hacia sus provincias los cónsules presentaron [6] ante el senado a las delegaciones de ultramar. Nunca hasta entonces habían coincidido en Roma tantos de aquella región. Y es que desde que se había difundido entre [7] los pueblos colindantes con Macedonia la noticia de que los romanos no daban oídos sordos a las acusaciones y quejas contra Filipo, y que a muchos les había merecido la pena quejarse, las ciudades y los pueblos, cada uno por [8] sus propios intereses, e incluso personas particulares por intereses privados —pues Filipo era un vecino incómodo para todos— acudieron a Roma con la esperanza de reparar un desafuero o al menos para tener el consuelo de desahogarse. [9] También llegó una delegación de parte del rey Éumenes acompañada por su hermano Ateneo para quejarse de que no se retiraban de Tracia las guarniciones y al mismo tiempo de que se hubiesen enviado tropas auxiliares a Bitinia, a Prusias, el cual estaba haciendo la guerra contra Éumenes.

Demetrio ante el senado de Roma

[47] A todo esto tenía que dar respuesta Demetrio, muy joven aún por entonces. No le resultaba fácil retener en la memoria los cargos que se presentaban ni lo que [2] había que decir como réplica, pues aparte de ser muchas las cuestiones eran además muy de detalle referentes a disputas de límites, secuestro de personas o robos de ganado, sentencias no

dictadas o dictadas a capricho, decisiones judiciales emanadas de la prepotencia [3] o la parcialidad. Los senadores, viendo que ni Demetrio era capaz de explicar satisfactoriamente ninguna de estas cuestiones ni ellos podían obtener de él una idea suficientemente precisa, conmovidos tanto por la inexperiencia como por el embarazo del joven, mandaron preguntarle si no le había entregado su padre algún apunte sobre aquellas [4] cuestiones. Ante su respuesta afirmativa se estimó que lo primero y más importante era tener las respuestas del propio rey a cada uno de los puntos. Pidieron inmediatamente los apuntes y a continuación permitieron que los [5] leyera el propio joven. Pero se trataba de un resumen sucinto sobre las distintas cuestiones, de manera que en unos casos decía haber obrado de acuerdo con las decisiones de la comisión, y en otros, que las omisiones no habían dependido de él sino de los mismos que hacían las imputaciones. Había añadido también sus propias quejas sobre [6] la falta de imparcialidad de las decisiones, sobre las condiciones de inferioridad por su parte en que se había desarrollado la discusión en presencia de Cecilio, y sobre el trato indigno e insultante que había recibido de todos sin haber hecho él nada que lo justificase. El senado tomó [7] estos apuntes como una muestra del estado de irritación del rey; pero como el joven en unos casos se justificaba y en otros se comprometía a que se haría exactamente lo que quisiera el senado, se decidió formular la siguiente respuesta: como quiera que se hubiesen desarrollado las cosas, [8] su padre no podía haber hecho nada más oportuno ni más del agrado del senado que el hecho de haber querido dar satisfacción a los romanos a través de su hijo Demetrio; el senado podía no darse por enterado, olvidar y [9] dar por pasadas muchas cosas, y en todo caso confiaba en Demetrio; en efecto, retenían en prenda sus sentimientos, [10] aunque lo reintegraban a su padre, pues sabían que era amigo del pueblo romano en la medida en que le era posible dejando a salvo el respeto filial hacia su padre, y por consideración hacia él enviarían delegados a Macedonia [11] para que, si se había incumplido alguna obligación, se estuviera aún a tiempo de reparar la omisión sin sanción alguna por ello. El senado quería, además, que Filipo fuera consciente de que, gracias a

su hijo Demetrio, sus relaciones con el pueblo romano seguían intactas en todos los sentidos.

Esta actitud que se había mantenido con vistas a aumentar [48] la influencia del joven produjo el efecto inmediato de hacerlo impopular, y, al poco tiempo, incluso de acarrearle la ruina.

[2] A continuación se hizo entrar a los lacedemonios. Se sometían a discusión muchas y pequeñas cuestiones, pero las esenciales eran si debían ser devueltos o no los que habían [3] sido condenados por los aqueos; si los que habían sido muertos lo habían sido justa o injustamente; y se discutía también si los lacedemonios debían permanecer en la Liga Aquea, o si, como había ocurrido anteriormente, habría un estatuto especial reservado a aquella única [4] ciudad en el Peloponeso. Se decidió que se reintegraran los desterrados, que se anularan las sentencias emitidas, que Lacedemón permaneciera en la Liga Aquea y que se redactara por escrito esta resolución y que fuera suscrita por los lacedemonios y los aqueos.

[5] Como delegado a Macedonia fue enviado Quinto Marcio con instrucciones de examinar además la situación de los aliados en el Peloponeso, pues también allí había disturbios como secuela de antiguos enfrentamientos, y, por otra parte, Mesene se había separado de la Liga Aquea. [6] Si quisiera exponer las causas y las vicisitudes de esta guerra estaría olvidando el propósito que hice de no referirme a los acontecimientos exteriores nada más que en la medida en que estuvieran relacionados con la historia de Roma.

Muerte de Filopemén

[49] Digno de ser recordado es el episodio siguiente: a pesar de que los aqueos llevaban ventaja en la guerra, cuando su pretor Filopemén había salido para ocupar Corone³²² antes que los enemigos, que la tenían como objetivo, fue sorprendido junto con unos pocos jinetes después de entrar en un accidentado valle [2] y fue hecho prisionero. Dicen que habría podido salvarse él con la ayuda de los tracios y los cretenses, pero se lo impidió el reparo de abandonar a sus jinetes, los más sobresalientes de su pueblo, escogidos por él

poco antes. Mientras les abría espacio, cerrando la formación, para [3] salir de la garganta y aguantaba la acometida de los enemigos, su caballo dio un traspiés, y entre la propia caída y el peso del caballo que se le vino encima, estuvo a punto de matarse, pues tenía ya setenta años y las fuerzas muy [4] quebrantadas por una larga enfermedad de la que precisamente entonces se estaba recuperando. Cuando estaba tendido [5] en el suelo se echaron sobre él los enemigos que había a su alrededor; pero al reconocerlo, por un sentimiento de respeto y por el recuerdo de sus merecimientos lo levantaron y lo reanimaron como si se tratase de su propio general, y lo trasladaron desde el apartado valle hasta el camino, casi sin creérselo ellos mismos por lo inesperado de su alegría. Algunos de ellos mandaron por delante a Mesene [6] la noticia de que la guerra estaba concluida, que traían prisionero a Filopemén. En los primeros momentos pareció [7] tan increíble la noticia que el mensajero fue tomado no ya por mentiroso sino por loco. Luego, a medida que iban llegando uno tras otro asegurando todos lo mismo, se acabó por creerlo; y antes de saber con certeza que se [8] acercaba a la ciudad, todos, libres y esclavos, incluso niños y mujeres, salen corriendo a verlo, y así la multitud había taponado la puerta y daba la impresión de que nadie estaba dispuesto a dar por hecho un acontecimiento tan extraordinario si no lo comprobaba con sus propios ojos. Los que conducían a Filopemén tuvieron sus dificultades [9] para apartar a los que salían a su encuentro y poder cruzar la puerta. Una multitud igualmente apretujada había obstruido el resto del camino; y como la mayoría de la gente [10] no alcanzaba a ver el espectáculo, de pronto, tras ocupar por completo un teatro que quedaba cerca de la calle, pedían al unísono que llevasen a Filopemén a la vista del [11] pueblo. Los magistrados y los ciudadanos principales temieron que la compasión ante la presencia de un hombre tan importante provocase algún disturbio, pues a unos les impresionaba el respeto por la antigua majestad comparada con su actual situación y a otros el recuerdo de sus valiosísimos servicios, y lo colocaron a la vista, pero a gran [12] distancia y después lo sustrajeron a toda prisa de la vista del público, alegando el pretor Dinócrates que había alguna pregunta que los magistrados querían hacerle

referente a la marcha general de la guerra. Después de llevárselo de allí a la curia y convocar al senado comenzó el debate.

[50] Caía ya la tarde y no lograron decidir no ya otras cuestiones sino ni siquiera dónde tenerlo bajo custodia con suficientes garantías de seguridad durante la noche siguiente. [2] Estaban abrumados ante la magnitud de su antigua posición y valor y no se atrevían a alojarlo en su casa para custodiarlo ni se fiaban lo suficiente para confiar su custodia [3] a ninguna otra única persona. Entonces alguien recuerda que el tesoro público es un subterráneo revestido con bloques de sillería. Se le hace bajar allí encadenado y mediante una máquina se coloca encima una enorme piedra [4] que sirve de cierre. Así, considerado preferible confiar la custodia a un lugar más que a persona alguna, esperaron [5] la mañana siguiente. Al día siguiente la población, al menos la más en su juicio, recordando sus antiguos buenos servicios a la ciudad, opinaba que se le debía perdonar y buscar, con su mediación, remedio a los males presentes; [6] pero los responsables de la rebelión, que controlaban el poder, deliberaron en secreto y estaban todos de acuerdo en darle muerte, pero discutían sobre si acelerarla o retrasarla. [7] Prevaleció el sector más partidario del castigo y se mandó a alguien a llevarle el veneno. Cuentan que cuando recibió la copa sólo abrió la boca para preguntar si Licortas —que era el otro general de los aqueos— y los jinetes [8] habían escapado incólumes. Cuando se le contestó que estaban a salvo dijo «Está bien» y después de apurar serenamente [9] la copa expiró a los pocos instantes. No les duró mucho la alegría por su muerte a los autores de aquella cruel acción. En efecto, cuando Mesene fue vencida en la guerra entregó a los culpables a los aqueos que los reclamaban, y fueron devueltos los restos de Filopemén; toda la Liga Aquea participó en su entierro tributándole todos los honores humanos sin descartar tampoco ni siquiera los [10] divinos. Los historiadores griegos y latinos hacen objeto a este hombre de tal reconocimiento que algunos de ellos, como una especie de señal para destacar aquel año, transmitieron a la tradición que en dicho año murieron tres generales ilustres: Filopemén, Aníbal y Publio Escipión; [11] hasta ese extremo

lo situaron a la altura de los más grandes generales de los dos pueblos más poderosos.

Muerte de Aníbal. Año de la muerte de Escipión el Africano

[51] Tito Quincio Flaminio se presentó como enviado ante el rey Prusias, que había suscitado recelos en los romanos por haber acogido a Aníbal tras la huida de corte Antíoco, y también por haber [2] emprendido la guerra contra Éumenes. Entonces, fuese porque entre otras cosas Flaminio reconvino a Prusias por el hecho de que estuviera en su casa el hombre más enemigo del pueblo romano entre todos los vivientes, que había incitado a la guerra contra el pueblo romano primero a su propia patria y después, quebrantada ya la fuerza de [3] ésta, al rey Antíoco; o fuese porque Prusias mismo, para congraciarse con Flaminio allí presente y con los romanos tomó la determinación de matar a Aníbal o entregarlo a sus manos, el caso es que, tras su primera entrevista con Flaminio, inmediatamente se enviaron soldados a montar [4] guardia junto al domicilio de Aníbal. Aníbal siempre había presentido que su vida tendría un final así, a la vista del odio inexorable de los romanos hacia él, y francamente no tenía la menor confianza en la lealtad de los reyes —en el caso de Prusias, además, había comprobado ya su falta de seriedad—; por otra parte, había temblado ante la llegada [5] de Flaminio como algo fatal para él. Para tener siempre preparada frente a los peligros que lo acechaban por todas partes una salida por donde huir, había abierto siete salidas en su casa, alguna de ellas secreta, en prevención [6] de un bloqueo con guardias. Pero el poder aplastante de los reyes no permite que quede oculto nada de lo que quieren que sea descubierto. La casa quedó acordonada con guardias en todo su contorno de tal modo que nadie podía [7] escapar de allí. Al ser informado de que los soldados del rey estaban en el vestíbulo, Aníbal intentó huir por una puerta lateral, la más escondida, por donde la salida podía [8] pasar más desapercibida; cuando se dio cuenta de que también ésta estaba vigilada por soldados que se habían concentrado allí y que todo el contorno estaba bloqueado por un dispositivo de guardias, pidió el veneno que tenía preparado desde hacía mucho tiempo para una emergencia [9] como aquella y exclamó: «Liberemos al pueblo romano de su

dilatada inquietud, ya que no tienen paciencia para [10] esperar la muerte de un anciano. No será grande ni memorable la victoria que obtendrá Flaminio sobre un hombre desarmado y traicionado. Este día por sí solo será una prueba de lo mucho que sin duda han cambiado las costumbres [11] del pueblo romano. Los padres de éstos advirtieron al rey Pirro, un enemigo armado que tenía un ejército en Italia, para que tuviese cuidado con el veneno; éstos han enviado un emisario de rango consular para instigar a Prusias a que asesine alevosamente a un huésped». A continuación, después de lanzar imprecaciones contra [12] las personas y el reino de Prusias, y poniendo a los dioses de la hospitalidad por testigos de la violación del compromiso contraído, apuró la copa. Así fue el final de la vida de Aníbal.

Tanto Polibio como Rutilio³²³ dicen que Escipión murió [52] en este año. Yo no estoy de acuerdo con ellos ni con Valerio; con ellos, porque me encuentro con que durante la censura de Marco Porcio y Lucio Valerio fue elegido cabeza de senado el propio censor Lucio Valerio, mientras que en los dos lustros anteriores lo había sido el Africano, y estando éste con vida no se hubiera elegido otra cabeza [2] para ocupar su lugar a menos que él fuese excluido del senado, descalificación de la que nadie se hizo eco. En contra [3] del testimonio de Anciate está el tribunado plebeyo de Marco Nevio, contra el cual va dirigido el título de un discurso de Publio Africano. En la relación de magistrados [4] aparece este Nevio como tribuno de la plebe bajo el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio, pero entró en funciones como tribuno siendo cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio el diez de diciembre. Desde entonces [5] hasta el quince de marzo, fecha en que entraron en funciones como cónsules Publio Claudio y Lucio Porcio, transcurrieron tres meses. Parece, así, que Escipión vivía aún [6] durante el tribunado de Nevio, y que pudo haber sido llevado a juicio por éste; pero en todo caso murió antes de la censura de Lucio Valerio y Marco Porcio.

[7] La muerte de los tres hombres más famosos de sus respectivos pueblos parece parangonable no tanto por la coincidencia cronológica como por el hecho de que ninguno

de ellos tuvo un final digno del esplendor de su vida. [8] En primer lugar, ninguno de ellos murió ni fue enterrado en suelo patrio. Aníbal y Filopemén murieron por veneno; Aníbal murió en el exilio traicionado por su huésped, Filopemén cayó prisionero y murió encarcelado y encadenado; [9] Escipión, aun sin ser exiliado ni condenado, de todos modos, el día señalado para su juicio no comparció después de haber sido citado en rebeldía y él mismo se impuso un exilio voluntario que alcanzó también a su funeral.

Retorno de Demetrio a Macedonia

[53] Mientras se desarrollaban en el Peloponeso los acontecimientos de los que se apartó mi digresión, el retorno de Demetrio y los delagados a Macedonia había afectado de forma diferente a los ánimos [2] de unos y otros. La población de Macedonia en general, que había pasado el susto de la amenaza de una guerra con los romanos, miraba con enorme simpatía a Demetrio como garantía de paz y al mismo tiempo esperaban firmemente que el trono fuese para él a la muerte de su padre. [3] Porque, si bien era más joven que Perseo, él había nacido de la esposa legítima y el otro era hijo de una concubina; el otro, al haber sido engendrado en un cuerpo que se entregaba a muchos, no tenía ningún rasgo que diera seguridad sobre su paternidad, mientras que él tenía un evidente [4] parecido con Filipo. Además, los romanos estarían dispuestos a colocar a Demetrio en el trono paterno, y Perseo [5] no gozaba entre ellos de ninguna simpatía. Estos comentarios eran generales. Por eso Perseo estaba preocupado ante la perspectiva de que sólo la edad sirviese de poco en su favor cuando su hermano llevaba ventaja en todos los demás aspectos, y en cuanto al propio Filipo, escasamente [6] convencido de que iba a ser él el que decidiría a quién dejar como heredero del reino, decía que su hijo menor era incluso para él una amenaza más seria de lo que desearía. A veces se sentía molesto por la forma en que los macedonios [7] se aglomeraban en torno a Demetrio y consideraba indignante que en vida suya hubiera ya una segunda corte. El propio joven, por su parte, había vuelto con un [8] concepto claramente más alto de sí mismo, basado en los juicios del senado sobre su persona y en el hecho de que se le hubiera

concedido a él lo que se le había negado a su padre; y así como cualquier alusión a los romanos mejoraba [9] su imagen ante el resto de los macedonios, en la misma medida le granjeaba el rechazo tanto de su hermano como de su padre, especialmente cuando llegaron los delegados [10] romanos y éste se veía obligado a evacuar Tracia y retirar las guarniciones y a adoptar otras medidas de acuerdo con las decisiones de la comisión anterior o de la nueva resolución del senado. Pero, aunque apesadumbrado [11] y quejoso sobre todo porque veía que su hijo tenía casi más contactos con ellos que con él mismo, ello no obstante se mostraba del todo obediente con los romanos por temor a dar algún motivo para un inmediato desencadenamiento de la guerra. Pensando en alejar de sus ánimos [12] hasta la hipótesis de semejante eventualidad marchó con su ejército por el centro de Tracia contra los odrisas, los denteletos y los besos³²⁴. Tomó la ciudad de Filipópolis³²⁵, [13] desierta debido a la huida de sus habitantes, que se habían refugiado con sus familias en las cimas de los montes más próximos, y recibió la rendición de los bárbaros de la llanura, [14] previa devastación de sus tierras. Dejando luego en Filipópolis una guarnición que fue desalojada al poco tiempo por los odrisas, decidió fundar una ciudad en el Deuríopo —se trata de una comarca de Peonía—, cerca del [15] río Erígono que discurre por Pelagonia desde el Ilírico y desemboca en el río Axio³²⁶, no lejos de la antigua ciudad [16] de Estobos, y dispuso que se llamase Perseide³²⁷ la nueva ciudad, para honrar así a su hijo mayor.

*Emigración frustrada de los galos transalpinos. Colonias.
Victoria sobre celtíberos*

[54] Mientras tenían lugar estos acontecimientos en Macedonia, los cónsules partieron [2] hacia sus provincias. Marcelo mandó por delante un mensaje al procónsul Lucio Porcio para que trasladase las legiones hacia la nueva plaza fortificada³²⁸ [3] de los galos. Éstos se rindieron a la llegada del cónsul. Eran doce mil hombres armados; la mayoría tenía armas arrebatadas en el campo; [4] les fueron requisadas éstas, con gran disgusto por su parte, y también todo lo que habían cogido en el pillaje de los campos o habían traído consigo. Enviaron representantes [5] a Roma para protestar por estas

medidas. Introducidos en el senado por el pretor Gayo Valerio explicaron que debido al desbordamiento de población de la Galia, obligados por la falta de tierras y la escasez, habían cruzado los Alpes buscando donde asentarse y se habían establecido, sin cometer desafueros contra nadie, allí donde habían visto [6] tierras sin cultivar por falta de población; también se habían puesto a construir una ciudad fortificada que sirviera de prueba de que no habían venido con intenciones agresivas contra ningún territorio o población; recientemente Marco Claudio les había mandado aviso de que les haría la guerra si no se rendían. Ellos, prefiriendo una paz segura [7] aunque no brillante antes que la incertidumbre de una guerra se habían puesto bajo la protección, más que bajo el dominio, del pueblo romano. Pocos días después, conminados [8] a abandonar su ciudad y sus tierras, habían pensado en marchar en silencio a donde les fuera posible. A continuación les habían sido quitadas las armas, y por último todo cuanto transportaban o arreaban. Pedían al senado [9] y al pueblo romano que no los trataran a ellos, que se habían rendido sin ser culpables de nada, peor que a los enemigos. El senado hizo responder a este discurso en los [10] términos siguientes: ellos habían hecho mal en venir a Italia y pretender fundar una ciudad en territorio ajeno sin la autorización del magistrado romano que estaba al cargo de aquella provincia, y por otra parte el senado desaprobaba que se espoliara a quienes se habían rendido. Por eso [11] enviaría delegados con ellos para ordenar al cónsul que se les devolvieran todas sus cosas si regresaban al lugar de origen y para seguir más adelante, hasta el otro lado del los Alpes, e instar a los pueblos de la Galia a contener a la población en su país; los Alpes estaban de por medio [12] como una frontera casi infranqueable, y ciertamente no les iría mejor que a los primeros que abrieron una vía de paso en ellos. Como delegados fueron enviados Lucio Furio [13] Purpurión, Quinto Minucio y Lucio Manlio Acidino. Los galos, después de serles devuelto todo lo que estaba en su poder sin menoscabo de los derechos de nadie, salieron de Italia.

[55] Los pueblos transalpinos respondieron cortésmente a los delegados romanos. Sus ancianos criticaron la excesiva condescendencia [2] del pueblo romano por haber dejado

marchar impune a aquella gente que había partido sin autorización de su nación y había intentado ocupar un territorio del imperio romano y fundar una ciudad en la tierra de otros; debería haberseles exigido el pago riguroso de su [3] temeridad; y en cuanto al hecho de haberles devuelto además sus pertenencias, temían que tal condescendencia animase [4] a otros a atreverse a algo parecido. Recibieron y también despidieron con obsequios a los delegados.

El cónsul Marco Claudio, una vez desalojados de su provincia los galos, comenzó a preparar una ofensiva contra Histria mediante el envío de una carta al senado pidiendo autorización para trasladar sus legiones a esta región. [5] El senado no lo aprobó. Se estaba debatiendo el envío de una colonia a Aquilea y no se había resuelto si se aprobaba enviar latinos o ciudadanos romanos. Finalmente los senadores consideraron preferible que se fundase una [6] colonia latina. Fueron elegidos triúnviro Publio Escipión Nasica, Gayo Flaminio y Lucio Manlio Acidino.

En el mismo año se fundaron las colonias de Mútna [7] y Parma, de ciudadanos romanos. En el territorio que últimamente había pertenecido a los boyos y antes a los etruscos, los dos mil colonos de cada una de ellas recibieron ocho yugadas por cabeza en Parma y cinco en el caso de Mútna. [8] Las fundaron los triúnviro Marco Emilio Lépido, Tito Ebucio [9] Parro y Lucio Quincio Crispino. También se fundó una colonia de ciudadanos romanos en Saturnia³²⁹, en territorio caletano. La fundaron los triúnviro Quinto Fabio Labeón, Gayo Afranio Estelión y Tiberio Sempronio Graco. Se asignaron diez yugadas a cada colono.

En el mismo año, en territorio ausetano no lejos del [56] río Ebro el procónsul Aulo Terencio libró combates favorables contra los celtíberos y tomó al asalto algunas plazas que habían fortificado en la zona. La Hispania ulterior [2] estuvo en paz aquel año debido a que el procónsul Publio Sempronio estuvo aquejado de una larga enfermedad, y por su parte, los lusitanos, a los que nadie provocó, afortunadamente permanecieron tranquilos. Tampoco hizo nada [3] memorable en Liguria el cónsul Quinto Fabio.

Roma elecciones. Prodigios

Llamado de Histria, Marco Marcelo licenció al ejército y regresó a Roma para los comicios. Proclamó cónsules³³⁰ a [4] Gneo Bebio Tánfilo y Lucio Emilio Paulo. Éste había sido edil curul junto con Marco Emilio Lépido, desde cuyo consulado habían transcurrido cuatro años, pues este mismo Lépido había sido elegido cónsul después de haberlo intentado en vano dos veces. A continuación fueron elegidos pretores Quinto Fulvio [5] Flaco, Marco Valerio Levino, Publio Manlio por segunda vez, Marco Ogulnio Galo, Lucio Cecilio Dentre y Gayo Terencio Istra.

Hacia finales de año se celebró una rogativa a causa [6] de algunos prodigios, porque se creía con cierto fundamento que había llovido sangre durante dos días en la plaza de la Concordia y se había tenido noticia de que no lejos de Sicilia había emergido del mar, donde antes no la había, una nueva isla. Valerio Anciate sostiene que Aníbal [7] murió este año y que con tal propósito habían sido enviados a Prusias los legados Lucio Escipión Asiático y Publio Escipión Nasica, además de Tito Quincio Flaminio, cuyo nombre es citado habitualmente en dicha circunstancia.

-
- ²⁷² El año 187. Referencia al proceso de los Escipiones.
- ²⁷³ Habitaban entre Módena y Reggio Emilia.
- ²⁷⁴ Faltan otras referencias que permitan su identificación.
- ²⁷⁵ ¿El Balestra?
- ²⁷⁶ El Bismantova.
- ²⁷⁷ Dedicado en el año 179 (XL 52, 1).
- ²⁷⁸ Vía Emilia.
- ²⁷⁹ En 204 (XXIX 37).
- ²⁸⁰ Con la efigie de Filippo II; equivalía a 8, 73 gr. de oro.
- ²⁸¹ Para el año 186.
- ²⁸² Instrumento parecido al arpa.
- ²⁸³ Mantenemos *pondo*.
- ²⁸⁴ Divinidad itálica que se contaba entre los *dei indigetes*.
- ²⁸⁵ Suprimiendo [*animos*], no es preciso suponer *incendisset*.
- ²⁸⁶ Divinidad itálica identificada con Sémele. El bosque estaba entre el Aventino y la puerta Trigémina, cerca del Tíber.
- ²⁸⁷ Sobre la penetración originaria del culto había, entre otras, una versión campana y otra etrusca.
- ²⁸⁸ Era izado en el Janículo mientras se celebraban los comicios centuriados en el Campo de Marte.
- ²⁸⁹ Se conserva el texto del *Senatusconsultum de Bacchanalibus* en una pieza de bronce descubierta en Calabria en el siglo XVII (*CIL I*², 581).
- ²⁹⁰ Del nombre del cónsul.
- ²⁹¹ Mesas de Asta, en el término de Jerez de la Frontera. Se conserva un documento epigráfico con un decreto proconsular del año 189 declarando libres a los esclavos de Hasta (*CIL I*², 614).
- ²⁹² Según XXXVIII 36, 3, una.
- ^{292bis} Cf. XXIV 8, 4 nota.
- ²⁹³ Calahorra.
- ²⁹⁴ Lucio Quincio Crispino.
- ²⁹⁵ Se consideraba que habían sido instituidos en honor de los dioses inferiores en tiempos de Tarquinio el Soberbio para conjurar una epidemia.
- ²⁹⁶ Referida en XXXVIII 3, 3 ss., aunque sin mencionar la promesa votiva.
- ²⁹⁷ Es la primera referencia a tal templo. Diosa de la fecundidad.

- ²⁹⁸ En el territorio de los carnos, muy poco poblado.
- ²⁹⁹ En 55, 5 se refiere la decisión de fundar una colonia latina. La finalidad era mantener a raya a los histros (cf. XL 26, 2). La *deductio* tuvo lugar en el año 181 (XL 34, 2).
- ³⁰⁰ Para el año 185.
- ³⁰¹ La *deductio* fue, en ambos casos, en el año 194 (XXXIV 45, 2). La decisión había sido tomada, en el caso de Buxento, en el año 197.
- ³⁰² En la paz de Tempe (cf. XXXI 11, 17 y 33, 30).
- ³⁰³ Gonfos. En 53, 10, se menciona otra Filipópolis, en Tracia.
- ³⁰⁴ No parece que pueda ser la que Plinio (IV 9, 32) sitúa próxima a Melibea en Magnesia.
- ³⁰⁵ Cf. XLIV 6, 10.
- ³⁰⁶ No hay otras menciones.
- ³⁰⁷ En el año 189.
- ³⁰⁸ Al norte de Perrebia.
- ³⁰⁹ Podría referirse a la llanura próxima a Metrópolis. No puede ser la homónima de Arcadia ni la cercana a Lamia.
- ³¹⁰ El nombre, en griego, significa «junto a las montañas». Cercana a la desembocadura del Estrimón.
- ^{310bis} Región comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir.
- ³¹¹ Pero la *Dipo* de la que hay referencias estaba entre Mérida y Ebora, a gran distancia de Toledo.
- ³¹² El actual Magra.
- ³¹³ Para el año 184.
- ³¹⁴ El Danubio. El bajo Danubio, en sentido estricto.
- ³¹⁵ Cf. XXXVIII 33, aunque allí no se cita la población.
- ³¹⁶ Seguimos el texto de Gronovius: (*e(os in)legiones quatuor*).
- ^{316bis} La pretura urbana era la más importante, podía ejercer el máximo poder ejecutivo en ausencia de los cónsules. Cf. nota a XXXVI 21, 6.
- ³¹⁷ Sólo aparece nombrada aquí. ¿En el valle navarro de Sangüesa, o entre éste y el Ebro?
- ³¹⁸ Colonia de ciudadanos romanos. Hoy Potenza Picena, en la provincia de Macerata.
- ³¹⁹ Pesaro. También de ciudadanos romanos.
- ³²⁰ Para el año 183.
- ³²¹ Mantenemos *comitia auguris creandi habita erant*.
- ³²² En la costa este de la península mesénica.

³²³ Rutilio Rufo, que escribió una autobiografía cuando estaba desterrado en Esmirna como consecuencia de un proceso *De repetundis* que tuvo lugar en el año 92.

³²⁴ Tribus tracias; los odrisas vivían en el valle del Hebro, y los denteletos en el curso alto del Estrimón.

³²⁵ En la tracia septentrional, en la orilla derecha del Hebro. Fundada por Filipo II. Cf. nota 303.

³²⁶ Desemboca en el Mar Egeo al suroeste de Tesalónica. Hoy Wardar.

³²⁷ No hay otras referencias.

³²⁸ Véase 22, 6 y 45, 6.

³²⁹ En la provincia de Grosseto. Uno de los contados casos en que se fundaban colonias de ciudadanos romanos en el interior.

³³⁰ Para el año 182.

LIBRO XL

SINOPSIS

AÑO 182 a. C.

Roma: mandos, tropas, prodigios, embajadas (1 - 2).

Macedonia: informe de Marcio. Teóxena. Perseo y Demetrio (3 - 8).

Discurso de Perseo (9 - 11).

Discurso de Demetrio (12 - 15).

Ambigua absolución de Demetrio (16, 1 - 16, 3).

Occidente: Liguria e Hispania (16, 4 - 17).

AÑO 181 a. C.

Roma: elecciones, prodigios, epidemia (18 - 20, 4).

Macedonia: subida al Hemo. Eliminación de Demetrio (20, 5 - 24).

Liguria: operaciones de Lucio Emilio Paulo (25 - 28).

Roma: colonia, carestía, descubrimiento (29).

Hispania: batalla de Ebura. Toma de Contrebia (30 - 34, 1).

Roma: colonia de Aquilea y otras medidas (34, 2 - 34, 14).

AÑO 180 a. C.

Elecciones, debates, epidemia, envenenamientos (35 - 37, 7).

Liguria (37, 8 - 38).

Hispania (39 - 40).

Liguria (41).

Roma: (42 - 43, 3).

AÑO 179 a. C.

Elecciones, crudo invierno, prodigios (43, 4 - 46).

Hispania: toma de Alce por Graco. Derrota de los celtíberos (47 - 50).

Roma: actuación de los censores (51 - 52).

Liguria (53).

Macedonia: muerte de Filipo (54 - 56).

Expedición de los bastarnas (57 - 58).

AÑO 178 a. C.

Roma: triunfo, elecciones, prodigios, juegos (59).

Roma: mandos, tropas, prodigios, embajadas

[1] Al comienzo del año siguiente³³¹ sortearon sus provincias los cónsules y los pretores. No había ninguna provincia que pudiera ser asignada a los cónsules salvo Liguria. La jurisdicción urbana le tocó en suerte a Marco Ogulnio Galo, y la peregrina a Marco [2] Valerio; la Hispania citerior le correspondió a Quinto Fulvio Flaco y la ulterior a Publio Manlio; Sicilia, a Lucio Cecilio Dentre, y Cerdeña a Gayo Terencio Istra. Los cónsules recibieron orden de proceder al reclutamiento de tropas. [3] Quinto Fabio³³² había informado por escrito desde Liguria de que los apuanos estaban pensando en romper de nuevo las hostilidades y era de temer que lanzaran una [4] ofensiva contra el territorio de Pisa. Se sabía, por otra parte, que la Hispania citerior estaba en armas y se estaba en guerra con los celtíberos, mientras que en la ulterior, debido a que el pretor³³³ llevaba largo tiempo enfermo, la vida cómoda y la inactividad había relajado la disciplina militar. Por estas razones se decidió alistar nuevos ejércitos: [5] cuatro legiones para Liguria, que tuvieran cada una cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes, añadiéndoseles quince mil infantes y ochocientos jinetes aliados de derecho latino. Éstos serían los dos ejércitos consulares. Además, los cónsules recibieron órdenes de reclutar siete [6] mil infantes y cuatrocientos jinetes aliados y latinos y enviarlos a la Galia, a Marco Marcelo³³⁴, al que le había sido prorrogado el mando al dejar el consulado. Se dio [7] orden de alistar cuatro mil infantes y doscientos jinetes

entre los ciudadanos romanos y siete mil infantes y trescientos jinetes entre los aliados, que serían conducidos a las dos Hispanias. También se le prorrogó el mando por [8] un año a Quinto Fabio Labeón, con el ejército que tenía, en Liguria.

Aquel año hubo una primavera tormentosa. La víspera [2] de los *Parilia*³³⁵, hacia el mediodía, estalló una tremenda borrasca con viento que ocasionó estragos en muchos lugares sagrados y profanos, derribó estatuas de bronce en el Capitolio, arrancó y se llevó por los aires una puerta [2] del templo de la Luna situado en el Aventino y la estrelló contra las paredes traseras del templo de Ceres, derribó otras estatuas en el Circo Máximo junto con los pedestales que las sostenían, y arrancó los salientes de los pináculos [3] de algunos templos y los destrozó de mala manera. Por consiguiente, se interpretó como un prodigio aquella borrasca y los arúspices prescribieron medidas expiatorias. Al mismo tiempo se hicieron expiaciones porque se había [4] anunciado que en Reate había nacido un mulo de tres patas, y desde Formias, que había caído un rayo en el templo de Apolo de Cayeta³³⁶. Con motivo de estos prodigios se ofreció un sacrificio de veinte víctimas adultas y se celebró un día de rogativas.

[5] Por aquellas fechas se supo, por una carta del propretor Aulo Terencio³³⁷, que Publio Sempronio había fallecido en la provincia ulterior después de llevar enfermo más de un año. Por ello se dio orden a los pretores de adelantar su partida hacia Hispania.

[6] Después, el senado recibió en audiencia a las embajadas de ultramar, en primer lugar a las de los reyes Éumenes y Fárnace³³⁸ y de los rodios que venían a quejarse [7] de la matanza de los habitantes de Sínope. Llegaron también por la misma época embajadores de Filipo y de los aqueos y los lacedemonios. Se les dieron a conocer las respuestas después de oír a Marcio, que había sido enviado [8] a examinar la situación de Grecia y Macedonia. A los reyes de Asia y a los rodios se les respondió que el senado enviaría una comisión para examinar dicha situación.

Macedonia: informe de Marcio. Teóxena. Perseo y Demetrio

[3] Por lo que se refería a Filippo, Marcio había reclamado mayor atención. Reconocía, en efecto, que el rey había cumplido las decisiones del senado, pero de una manera que no dejaba lugar a dudas de que no tenía intención de hacerlo durante más tiempo de [2] lo imprescindible. Tampoco era un misterio que pensaba comenzar de nuevo la guerra, y que todo cuanto estaba haciendo y diciendo llevaba esas miras. En primer lugar [3] hizo que casi toda la masa ciudadana se trasladara junto con sus familias desde las ciudades de la costa a la que ahora se llama Emacia³³⁹ y en otro tiempo se llamaba Peonía, y entregó sus ciudades a los tracios y otros bárbaros [4] para que vivieran en ellas, convencido de que esa clase de gentes sería más de fiar en caso de guerra contra Roma. Esta medida provocó enormes y sonoras protestas en toda [5] Macedonia, y en el momento de abandonar sus penates con mujeres e hijos eran pocos los que contenían su dolor en silencio, y en las columnas de emigrados se podían oír maldiciones contra el rey, al ser más fuerte el odio que el miedo. Exasperado el ánimo del rey por estas circunstancias, [6] consideraba sospechosos a cualquier persona, cualquier lugar y cualquier momento. Acabó por decir abiertamente [7] que no tendría seguridad suficiente en ninguna parte a no ser que tuviera arrestados y bajo custodia a los hijos de aquellos a los que había ejecutado y los eliminaba a cada uno en su momento.

El aniquilamiento de una familia en concreto hizo más [4] odiosa esta crueldad ya de por sí odiosa. Muchos años antes [2] había ejecutado a Herodico, un dirigente tesalio; posteriormente hizo matar igualmente a sus yernos. Quedaron viudas las hijas, que tenían un hijo cada una. Estas mujeres [3] se llamaban Teóxena y Arco. Teóxena rechazó el matrimonio a pesar de sus muchos pretendientes. Arco se casó [4] con un tal Póride, la persona más destacada con mucho del pueblo de los enianes, y después de darle muchos hijos falleció cuando todos ellos eran aún muy pequeños. [5] Teóxena, para tener a su cargo la educación de los hijos de su hermana, se casó con Póride, y se preocupaba por su hijo y por los de su hermana como si ella hubiera dado [6] a luz a todos. Cuando se enteró del edicto del rey referente a la detención de los hijos de

aquellos que habían sido ejecutados, pensó que iban a estar a merced de los caprichos del rey así como del capricho de sus guardianes, concibió [7] una resolución atroz y no tuvo reparo en decir que les quitaría la vida a todos con sus propias manos antes de que [8] cayeran en poder de Filipo. Póride, horrorizado ante la simple alusión a una acción tan horrible, dijo que los llevaría a Atenas a casa de unos huéspedes de su confianza [9] y que él mismo los acompañaría en su exilio. Parten de Tesalónica hacia Enea³⁴⁰ para asistir al sacrificio tradicional que celebran todos los años con gran solemnidad en [10] honor de Eneas, su fundador. Después de pasar allí el día celebrando los banquetes rituales, durante el tercer relevo de la guardia, cuando todos dormían, embarcan en una nave que Póride había hecho preparar con la intención aparente de regresar a Tesalónica, pero su propósito era cruzar [11] a Eubea. Pero el alba los sorprendió cerca de tierra peleando en vano contra el viento contrario, y los hombres del rey responsables de la vigilancia del puerto enviaron una lancha armada para traer aquella nave, con órdenes [12] tajantes de no volver sin ella. Como ya se estaban acercando, Póride dedicaba su atención a estimular a los remeros y tripulantes, y de tanto en tanto alzaba las manos al cielo [13] e imploraba la ayuda de los dioses. Entretanto, la desalmada mujer, volviendo sobre la inconcebible decisión que tenía pensada desde mucho antes, disolvió el veneno y sacó las armas, y poniendo bien a la vista la copa y desenvainando las espadas exclamó: «La muerte es la única liberación. Éstos son los medios de llegar a ella; escapad [14] de la tiranía del rey por el sistema que cada uno prefiera. Adelante, hijos míos, comenzando por los mayores, empuñad un arma o apurad la copa si preferís una muerte más lenta». Por un lado los enemigos se echaban encima y por otro la que los inducía a morir les metía prisa. Víctimas de una u otra forma de muerte son lanzados, aún [15] con vida, de la nave. Después abrazando a su marido, compañero en la muerte, se arrojó también ella al mar. Los hombres del rey se apoderaron de una nave que había quedado sin dueños.

La atrocidad de esta acción aplicó una nueva llama, [5] por así decir, al odio que inspiraba el rey, hasta el extremo de

que eran generales las maldiciones contra él y sus hijos. Estas imprecaciones escuchadas al instante por todos los dioses, hicieron que él mismo se ensañara con su propia sangre. En efecto, Perseo, viendo que entre la población [2] de Macedonia iban en aumento de día en día la popularidad y el ascendiente de su hermano Demetrio, al igual que su crédito entre los romanos, pensó que no le quedaba más posibilidad para reinar que recurrir al crimen y encaminó por entero sus pensamientos en esta dirección. Pero [3] como no se veía con fuerza suficiente ni siquiera para lo que, en su talante más propio de una mujer, proyectaba, se dedicó a tantear uno por uno a los amigos de su padre con conversaciones ambiguas. Al principio algunos de ellos [4] dieron a entender que no estaban interesados en iniciativas de ese género, porque tenían más esperanza en Demetrio. Luego, como el resentimiento de Filipo contra los romanos [5] iba en aumento de día en día, resentimiento que Perseo alentaba y Demetrio combatía con todas sus fuerzas, previendo el final del joven que no estaba en guardia contra la perfidia de su hermano y estimando que procedía favorecer aquello que de todos modos iba a ocurrir, secundando las expectativas del más fuerte, se ponen de parte [6] de Perseo. Dejan lo demás para más adelante, a fin de hacer cada cosa a su tiempo, y de momento deciden encorajinar al rey por todos los medios en contra de los romanos y empujarlo a decisiones belicosas, a las que su ánimo [7] era proclive ya de por sí. Al mismo tiempo, para hacer a Demetrio cada día más sopechoso, intencionadamente hacían recaer la conversación sobre cuestiones referentes a los romanos. Entonces unos se burlaban de sus costumbres e instituciones, otros de su historia, otros del aspecto de su ciudad, que aún no estaba embellecida con edificios públicos y privados, y otros de cada uno de sus ciudadanos [8] principales; y el joven, falto de prudencia debido tanto a su aprecio hacia el nombre de Roma como a su antagonismo con su hermano, defendía a los romanos en todo, haciéndose sospechoso a su padre y quedando expuesto a las [9] acusaciones. En consecuencia, su padre lo tenía al margen de todos los proyectos concernientes a los romanos; vuelto por completo hacia Perseo, discutía con él día y noche sus [10] ideas sobre ese tema. Casualmente, habían regresado los

hombres que había enviado al país de los bastarnas³⁴¹ a buscar tropas auxiliares, y habían traído de allí a jóvenes nobles, algunos de estirpe real, uno de los cuales ofrecía a una hermana suya en matrimonio a un hijo de Filipo; y la perspectiva de una alianza con aquel pueblo había levantado [11] la moral del rey. Perseo, entonces, dijo: «Y eso ¿de qué sirve? La seguridad que supone una ayuda del exterior no contrarresta el peligro de una traición en el interior. Tenemos entre nosotros no quisiera decir un traidor [12] pero sí cuanto menos un espía: desde que estuvo en Roma como rehén, su cuerpo nos fue devuelto por los romanos pero su espíritu está con ellos. Casi todos los macedonios [13] tienen puestos sus ojos en él y dicen que no tendrán más rey que aquel que les hayan asignado los romanos». Con [14] palabras así se encrespaba el ánimo ya de por sí enfermo del anciano, y estas insinuaciones penetraban en su corazón más de lo que su expresión dejaba entrever.

Precisamente entonces llegó la fecha de la purificación [6] del ejército³⁴², cuyo ceremonial consiste en lo siguiente: se corta una perra por la mitad y se coloca la parte de la cabeza en el lado derecho del lugar de paso, y la parte trasera, con las entrañas, en el lado izquierdo. Entre estas [2] dos mitades de la víctima se hace desfilar a las tropas con sus armas. A la cabeza del desfile son portadas las armas y los emblemas de todos los reyes de Macedonia desde sus más remotos orígenes; sigue luego el rey con sus hijos, a continuación desfila la cohorte real y su guardia personal, [3] y cierra la marcha el resto de las tropas de macedonios. Los dos jóvenes hijos del rey lo escoltaban a ambos [4] lados: Perseo, que tenía entonces treinta años, y Demetrio, cinco años más joven; en pleno vigor de la juventud el primero y en la flor de la juventud el segundo, retoños adultos de un padre afortunado si su cabeza hubiese regido bien. Finalizado el rito de la purificación era costumbre [5] que el ejército realizara ejercicios repartiéndose en dos líneas de batalla que se enfrentaban en un simulacro de combate. [6] Los jóvenes príncipes fueron designados como jefes para esta batalla simulada; pero no fue un combate fingido sino que cargaron como si el reino estuviera en juego; se ocasionaron muchas heridas con los palos, y exceptuando el

hierro no faltó nada para dar la sensación de una [7] verdadera guerra. La división mandada por Demetrio resultó netamente superior. Mientras Perseo sufría por ello, sus amigos, más clarividentes, se alegraban y decían que precisamente esta circunstancia serviría de base para acusar al joven.

[7] Aquel día celebraron cada uno de ellos un banquete con los compañeros de maniobras, pues Perseo, invitado a la cena por Demetrio, había declinado la invitación. [2] En aquel día de fiesta la generosa invitación y el buen humor propio de la juventud empujaron a unos y otros a [3] darle al vino. Allí se revivió el simulacro de combate y se hacían bromas a costa de los oponentes de las que ni [4] siquiera los jefes se libraban. Uno de los invitados de Perseo, enviado como espía para recoger estos comentarios, como andaba dando vueltas sin guardar las apariencias fue sorprendido por unos jóvenes que casualmente habían abandonado la sala del convite y fue objeto de malos tratos. [5] Demetrio, que no estaba al tanto de este incidente, dijo: «¿Por qué no vamos a divertirnos a casa de mi hermano, y si le queda algún resquemor por el combate lo suavizamos [6] con nuestra espontaneidad y buen humor?». Excepto aquellos que temían una vengaza inmediata por haber maltratado al espía, todos gritaron a coro que iban. Como Demetrio también llevó a la fuerza a los primeros, éstos ocultaron un arma entre sus ropas para poder defenderse [7] si se producía algún ataque. Nada puede permanecer oculto en una discordia doméstica, las dos casas estaban llenas de espías y traidores; un delator se adelantó corriendo y comunicó a Perseo que venían con Demetrio cuatro jóvenes armados con espadas. Aunque la explicación era evidente, [8] pues había sido informado de que éstos habían golpeado a su invitado, para convertir tal circunstancia en un escándalo manda atrancar la puerta, y desde la parte alta de la casa y desde las ventanas que daban a la calle impide a los convidados el acceso a la puerta como si vinieran a matarlo. Demetrio, bajo los efectos del vino, protestó [9] a voces durante algún tiempo porque no le dejaban entrar y después regresó a su convite, ignorante de todo el asunto.

Cuando al día siguiente Perseo tuvo ocasión de reunirse [8] con su padre, entró en el palacio y se quedó parado ante él,

demudado el semblante, callado y a distancia. Cuando su padre le preguntó si estaba bien y cuál era la [2] razón de aquel abatimiento, respondió: «Has de saber que estoy vivo de milagro. Los ataques de mi hermano contra mí ya no son tramados en secreto: anoche vino a mi casa con hombres armados para matarme, y después de cerrar mis puertas me amparé contra su locura gracias a la protección de las paredes». Tras suscitar en su padre una reacción [3] de susto a la vez que de sorpresa, prosiguió: «Pues bien, si puedes escucharme haré que comprendas claramente la situación». Filipo dijo que por supuesto lo escucharía [4] y mandó llamar a Demetrio inmediatamente; también hizo venir a dos amigos³⁴³ de cierta edad, Lisímaco y Onomasto, que estaban al margen de las rivalidades juveniles de los hermanos y entonces frecuentaban poco el palacio, para que hicieran de consejeros. Mientras llegaban sus amigos [5] se puso a caminar de un lado a otro en solitario dando vueltas a mil reflexiones, y entretanto el hijo permanecía [6] de pie a distancia. Cuando le anunciaron la llegada de los dos amigos se retiró al interior del palacio con ellos y otros tantos miembros de su guardia personal; a sus hijos les permitió entrar con tres escoltas sin armas cada uno. [7] Una vez allí, tras tomar asiento dijo: «Yo, el más infortunado de los padres, tomo asiento como juez entre mis dos hijos, el uno acusador y el otro acusado de fratricidio, constreñido a encontrar entre los míos la mancha de un delito [8] inventado o perpetrado. La verdad es que hace ya tiempo que temía esta tempestad que se avecinaba, cuando veía los gestos nada fraternales entre vosotros y escuchaba determinadas [9] expresiones. Pero de tiempo en tiempo mi ánimo concebía la esperanza de que vuestros rencores podrían consumirse por sí solos y vuestros celos podrían disiparse. Hasta los pueblos enemigos deponen las armas y sellan tratados, y muchas enemistades privadas tienen su final. [10] En algún momento os asaltaría el recuerdo de que sois hermanos, os acordaríais de la franqueza infantil de otro tiempo, de la estrecha relación que os unía, y, en fin, de mis enseñanzas, que temo haber desperdiciado en vuestros oídos [11] sordos. ¡Cuántas veces no maldije en vuestra presencia los ejemplos de desavenencias entre hermanos y llamé la atención sobre sus terribles consecuencias, acarreando

su propia [12] ruina y la de su estirpe, sus casas y sus reinos! También os presenté, en contrapartida, ejemplos mejores: la armoniosa avenencia entre los dos reyes de Lacedemonia, tan beneficiosa a lo largo de muchos siglos para ellos y [13] para su patria, y la ruina de ese mismo Estado después que se implantó la costumbre de arrebatar por la fuerza, [14] cada uno para sí, el poder absoluto³⁴⁴; el ejemplo reciente de estos hermanos, Éumenes y Átalo, que a partir de unas realidades tan modestas que casi da reparo llamarlos reyes, sin más recurso que su entendimiento de hermanos han igualado su poder con el mío, con el de Antíoco, y con el de cualquiera de los reyes contemporáneos. Ni siquiera [15] dejé de lado los ejemplos romanos que yo había visto u oído: el de Tito y Lucio Quincio, que hicieron la guerra contra mí; el de Publio y Lucio Escipión, que derrotaron a Antíoco; el de su padre y su tío, cuyo entendimiento duró toda la vida y fue sellado también por la muerte. Ni el mal comportamiento de los primeros, con sus consecuencias [16] lógicas pudo disuadirlos de vuestras desatinadas desavenencias, ni la sensatez y la buena fortuna de los segundos pudo encauzarlos hacia el sano juicio. Cuando aún [17] estoy yo vivo y respiro, vosotros dos, con esperanzas y ansias torcidas, habéis actuado como poseedores de mi herencia. Queréis que yo siga vivo hasta que, sobreviviendo [18] a uno de vosotros, convierta al otro, con mi muerte, en rey indiscutible. Ni al hermano ni al padre sois capaces de soportar. Nada hay querido, nada hay sagrado para vosotros. Una sola cosa ha ocupado el lugar de todas las demás: la insaciable ambición del trono. Adelante, deshonorad [19] los oídos paternos, dirimid a base de acusaciones lo que bien pronto vais a dirimir con las armas, manifestad abiertamente aquello que podáis decir que es cierto o que inventéis a capricho: están abiertos los oídos que a partir [20] de ahora estarán cerrados para las acusaciones de uno contra otro por separado». Cuando hubo pronunciado estas palabras encendido de ira, a todos se les saltaron las lágrimas y durante un buen rato reinó un apesadumbrado silencio.

Discurso de Perseo

[9] A continuación habló Perseo: «O sea que anoche debía haber abierto la puerta, dejando entrar a los convidados

armados y presentado mi cuello a la espada, puesto que no se da crédito si el delito no ha sido perpetrado, y después de haber sido objeto de una emboscada oigo las mismas acusaciones que un bandido [2] y un traidor. No en vano dice esa gente que tú no tienes más que un hijo, Demetrio, y a mí me dan el calificativo de hijo supuesto³⁴⁵ y nacido de una concubina. [3] Porque si yo tuviera para ti el rango y la estima de un hijo, no la tomarías conmigo, que me estoy quejando de una traición demostrada, sino contra quien la ha cometido, [4] y mi vida no tendría para ti tan poco valor como para quedar impasible ante el peligro que he corrido y que correré [5] si los traidores quedan sin castigo. Por consiguiente, si se ha de morir sin rechistar, callemos, limitándonos a pedir a los dioses que el crimen iniciado conmigo tenga en mí su final y no seas tú el atacado a través de mi costado. [6] Pero si, de la misma manera que la naturaleza misma impulsa a los que están cercados en un lugar a solas a implorar la ayuda de hombres a los que jamás han visto, también a mí me es permitido decir algo cuando estoy viendo [7] una espada desenvainada contra mí, te ruego, por ti mismo y por tu título de padre —y tú sabes desde hace ya tiempo para cuál de nosotros dos es más sagrado este título—, que me escuches como si te hubieran despertado mis gritos y llantos nocturnos, hubieses acudido a mi demanda de ayuda y hubieses sorprendido en el vestíbulo de mi casa, a altas horas de la noche, a Demetrio acompañado de hombres armados. Lo que entonces diría a gritos asustado ante la presencia del peligro lo digo ahora, al día siguiente, como queja. Hermano, hace ya tiempo que las [8] relaciones en que vivimos no son las de quienes intercambian invitaciones a comer. Quieres ser rey a toda costa. A este deseo tuyo se opone mi edad, se opone el derecho de los pueblos, se opone la vieja tradición de Macedonia³⁴⁶, pero además se opone también la decisión de nuestro padre. Sólo puedes salvar estos impedimentos a costa de mi [9] vida. Lo tramas e intentas todo. Hasta ahora ha sido un obstáculo para tu parricidio mi vigilancia o mi buena estrella. Ayer, durante la purificación, en los ejercicios y en [10] el simulacro de combate, estuviste a punto de provocar una batalla a muerte, y si me libré de la muerte fue debido exclusivamente a que me dejé vencer junto con los míos. Después de un combate como enemigos, como si

fuera un [11] juego entre hermanos quisiste llevarme a una cena. ¿Crees, padre, que yo debería haber cenado entre mis convidados desarmados, cuando vinieron armados a mi casa a participar en el convite? ¿Crees que las espadas, de noche, no entrañaban ningún peligro para mí, al que estuvieron a punto de matar con los palos cuando tú estabas mirando? ¿Por qué vienes a estas horas de la noche, por qué vienes [12] como un enemigo a presencia de quien está irritado, por qué vienes con jóvenes armados de espadas? No me decidí a poner en tus manos mi persona como invitado, ¿y voy a recibirte como comensal cuando te presentas con hombres armados? Si hubiera estado abierta la puerta, en estos [13] momentos en que estás oyendo mis quejas estarías preparando mis funerales, padre. Yo no estoy actuando en modo alguno, como si fuese un acusador, de forma capciosa ni argumentando para sacar conclusiones de indicios dudosos. [14] ¿A qué fin, por otra parte? ¿Niega haber llegado a mi puerta muy acompañado, o que sus acompañantes iban provistos de armas? Haz venir a aquellos que yo te nombre. Los que han sido capaces de una cosa así, son capaces sin duda, de atreverse a todo, pero no tendrán la desfachatez [15] de negar. Si te los trajera después de haberlos sorprendido con armas a la entrada de mi casa, lo considerarías un hecho probado; considéralos, si confiesan, como si hubieran sido atrapados».

[10] «Ya puedes maldecir la ambición de reinar, y concitar a las furias vengadoras de los hermanos. Pero que tus maldiciones, padre, no sean ciegas; distingue entre el autor y la víctima de la traición; tómala con la cabeza culpable. [2] Que el que estaba dispuesto a matar a su hermano sea también el que se encuentre con la cólera de los dioses protectores de los padres; que el que estuvo a punto de perecer por el crimen de su hermano, encuentre refugio en la [3] clemencia y la justicia de su padre. ¿En qué otro sitio voy a refugiarme, en efecto, si no estoy seguro ni en la purificación ritual de tu ejército, ni en las maniobras militares, ni en casa, ni en un banquete, ni en la noche, concedida a los mortales para el descanso por la benefactora naturaleza? [4] Si voy invitado a casa de mi hermano, tengo que morir; si dejo que mi hermano cruce mi puerta para participar [5] en un convite, tengo que morir; ni yendo ni quedándome evito la emboscada. ¿Adonde

volverme? Sólo he venerado a los dioses y a ti, padre. No tengo a los romanos para acogerme a ellos: me quieren muerto porque me duelen las injusticias de que eres objeto, porque me indigna que te hayan sido arrebatadas tantas ciudades, tantos pueblos, y últimamente la zona costera de Tracia. Mientras tú y yo estemos vivos no tienen esperanza de que vaya a ser suya Macedonia. Si nos quitan de en medio a mí el atentado de [6] mi hermano y a ti la vejez —y eso si esperan hasta entonces—, saben que el rey y el reino de Macedonia serán suyos. Si los romanos te hubieran dejado algo fuera de Macedonia, lo consideraría como un refugio que me quedaba también a mí. Pero en los macedonios, se me dirá, [7] tienes protección suficiente. Ayer viste cómo me atacaban los soldados. ¿Qué les faltó aparte de las armas? Lo que no tuvieron durante el día lo tomaron por la noche los invitados de mi hermano. ¿Qué decir de una gran parte [8] de los notables, que han puesto todas sus expectativas de promoción y bienestar en los romanos y en quien goza de toda influencia entre los romanos? Y, por Hércules, no es sólo que le den a ése preferencia sobre mí, el hermano mayor, sino que poco falta para que lo antepongan a ti, su rey y padre. Él es, en efecto, quien tiene el mérito de [9] que el senado te levantara una sanción³⁴⁷, quien ahora te ampara frente a las armas romanas, quien considera justo que tu ancianidad esté obligada y en deuda con su juventud. De su parte están los romanos, y todas las ciudades liberadas, [10] y los macedonios disfrutan con la paz romana. Aparte de ti, padre, ¿qué esperanza o protección tengo yo en ningún sitio?»

«Cuál crees que es el significado de esa carta que te [11] ha enviado ahora Tito Quincio, en la que por una parte dice que has velado por tus intereses al enviar a Roma a Demetrio, y por otra te anima a que lo vuelvas a enviar con mayor número de embajadores y además con los más destacados? Para ése, Tito Quincio es ahora el mentor y [2] maestro en todo. Ha renegado de ti como padre y lo ha puesto a él en tu lugar. Allí se cocinaron anteriormente [3] todos los planes secretos. Lo que se busca son colaboradores para sus planes cuando te dice que mandes a más, y además principales, como ése. Los que salen de aquí hacia Roma sanos y sin malear,

convencidos de que tienen por rey a Filipo, vuelven de allí adocotrados y maleados por [4] los halagos de los romanos. Sólo Demetrio lo es todo para ellos, lo llaman ya rey cuando aún está vivo su padre. Y si muestro mi indignación por esta situación, inmediatamente tengo que oír, y no sólo de otros sino incluso de [5] ti, padre, la acusación de que ambiciono el trono. Por lo que a mí concierne, si la acusación es impersonal yo no me doy por aludido. ¿A quién quito su sitio, en efecto, para ponerme yo en su lugar? El único que está por encima de mí es mi padre, y ruego a los dioses que lo esté [6] mucho tiempo. Si sobrevivo —y así será si merezco que él mismo quiera que yo sobreviva—, recibiré el trono en [7] herencia si mi padre me lo confía. Ambiciona el trono, y realmente lo ambiciona de un modo criminal, el que se apresura a saltarse el orden de la edad, de la naturaleza, de la tradición macedónica, del derecho de los pueblos. ¿Que constituye un obstáculo el hermano mayor al que pertenece el trono por derecho y además por voluntad paterna? [8] Quítese de en medio: no será el primero que llega al trono por la vía de la muerte de su hermano. Un padre anciano y solo, estará más preocupado por su propio miedo que por vengar la muerte de su hijo. Los romanos se [9] alegrarán, aprobarán y defenderán lo ocurrido. Estas esperanzas son inciertas, padre, pero no carentes de fundamento. [10] Ésta es, en suma, la situación: puedes alejar de mí el peligro de muerte castigando a los que empuñaron la espada para matarme; si su acción criminal tiene éxito, tú no estarás en condiciones de vengar mi muerte.»

Discurso de Demetrio

Cuando terminó de hablar Perseo, los [12] presentes volvieron sus ojos hacia Demetrio suponiendo que replicaría de inmediato. Se produjo entonces un prolongado [2] silencio, siendo evidente para todos que no era capaz de hablar, que estaba bañado en lágrimas. Por fin la necesidad misma se impuso al dolor, cuando fue instado a hablar, y comenzó así: «Todos los medios [3] de defensa que antes tenían los acusados, padre, los ha utilizado ya mi acusador. Con sus lágrimas fingidas para hundir al adversario ha convertido en sospechas ante tus ojos mis lágrimas sinceras. Siendo él mismo el que, desde que [4] regresé de Roma, ha estado

conspirando día y noche en conciliábulos secretos con los suyos, se anticipa y me hace aparecer no ya como un conspirador sino incluso como un bandido consumado y un asesino. Te asusta con [5] su propio peligro para precipitar, precisamente a través de ti, la ruina de su hermano inocente. Dice que no hay refugio para él en ningún lugar del mundo, con el fin de que yo no tenga ni siquiera en ti la menor esperanza. Carga [6] sobre mí, que estoy cercado, aislado y sin recursos, el odio por el crédito de que gozo en el extranjero, que me perjudica más que me favorece. Y ¡qué dominio del arte acusatorio, uniendo los cargos por lo de anoche con una requisitoria contra el resto de mi vida, para hacer sospechoso [7] este incidente —cuyo alcance vas a conocer enseguida— a partir de otras circunstancias de mi vida, a la vez que para apuntalar, con este argumento falaz y amañado sobre lo ocurrido esta noche, las otras imputaciones infundadas relativas a mis expectativas, intenciones y proyectos! Al mismo tiempo buscó la forma de que su acusación pareciera [8] improvisada, nada preparada, puesto que sería la consecuencia del pánico y la súbita confusión de esta noche. [9] Pero, Perseo, si yo era un traidor a mi padre y a su reino, si había conspirado en connivencia con los romanos y con otros enemigos de mi padre, no debistes esperar a la comedia de esta noche, sino que debías haberme acusado ya [10] antes de traición; si tal acusación, independientemente de ésta de ahora, carecía de base y más que mi culpabilidad lo que iba a delatar era tu odio hacia mí, también hoy debiste pasarla por alto o dejarla para otra ocasión, [11] a fin de que se esclareciese en concreto si conspiré yo contra ti y tú contra mí, en una manifestación de odio inaudita [12] y sin precedentes. No obstante, en la medida en que me sea posible en esta súbita perturbación, separaré lo que tú confundiste y dejaré al descubierto el complot, tuyo o [13] mío, de esta noche. Pretende hacer creer que yo urdí la trama para matarlo, en un intento, obviamente, de que una vez eliminado mi hermano mayor, al que está destinado el trono de acuerdo con el derecho de los pueblos, con la tradición macedonia, y también, según afirma, con tu propia decisión, yo, el menor, ocupe el lugar de aquel al [14] que habría dado muerte. ¿A qué viene entonces esa segunda parte de su discurso en la que asegura

que yo hice la corte a los romanos y que la confianza en ellos me llevó [15] a tener esperanzas de reinar? Porque si yo creía que los romanos tenían tanta influencia como para imponer a Macedonia el rey que ellos quisieran, y si confiaba tanto en mi ascendiente entre ellos, ¿qué necesidad había de un parricidio? [16] ¿Tal vez para llevar una diadema manchada con la sangre del asesino de mi hermano? ¿Para convertirme en algo abominable y odioso precisamente ante aquellos a los que merezco crédito, si es que alguno tengo, conseguido con una honestidad auténtica o por lo menos supuesta? [17] A no ser que pienses que Tito Quincio, cuyos gestos y consejos me guían según ahora pretendes, me sugirió que matara a mi hermano, precisamente él que vive tan fraternalmente unido con el suyo. Perseo ha metido en el mismo [18] saco tanto el favor de los romanos como las estimaciones de los macedonios y el sentir común de casi todos los dioses y los hombres, todo lo cual lo ha llevado a creer que llevaría las de perder en una confrontación conmigo. Al mismo tiempo, como si yo fuese inferior en todos los [19] demás sentidos me acusa de haber recurrido al crimen como última oportunidad. ¿Quieres que se plantee el procedimiento [20] en estos términos: que se estime que tomó la decisión de eliminar a su hermano aquel de los dos que haya tenido miedo a que el otro pareciese más merecedor del trono?»

«Pero sigamos en detalle los pasos de la acusación, por [13] más que haya sido inventada. Me acusó de haber atentado contra él de muchas maneras, e hizo confluir en un mismo día todas las líneas de ataque. Quise matarlo a pleno día [2] después de la purificación, cuando hicimos las maniobras, y precisamente, válgannos los dioses, el día de la purificación; quise eliminarlo, con veneno, claro está, cuando lo invité a la cena; quise matarlo con el hierro cuando algunos me acompañaron al convite ciñendo espadas. Ves cuáles [3] son, realmente, los momentos elegidos para el parricidio: el de unas maniobras militares, el de un banquete, el de un festín. Además, ¿qué clase de fecha era? El día en que fue purificado el ejército, el día en que pasamos entre las dos partes de la víctima precedidos de las armas reales de todos cuantos reyes hubo en Macedonia en toda la historia, y cabalgamos en cabeza escoltándote una a cada lado, padre, y nos siguió el

ejército de los macedonios. En un día así, pues, lavado y purificado con el rito sagrado, [4] aun en el caso de que hubiera hecho algo que necesitase una expiación, precisamente cuando volvía los ojos a la víctima colocada a ambos lados de nuestro desfile, ocupaba mi mente con pensamientos de parricidios, venenos y espadas preparadas para el festín. ¿Con qué otros ritos iba a purificar después mi conciencia manchada con toda [5] clase de delitos? Pero una mente obcecada por el afán de acusar, al querer cubrirlo todo de sospechas, confunde unas [6] cosas con otras. Porque si pretendía yo eliminarte con veneno durante la cena, ¿había mayor sinrazón que provocar tu cólera cargando y combatiento encarnizadamente, para que tuvieses motivos para rehusar, como hiciste, la [7] invitación a cenar? Pues bien, y cuando te negaste, irritado, ¿debía yo poner los medios para calmarte, a fin de buscar otra oportunidad ya que había preparado el veneno, [8] o debía saltar, por así decir, de aquel plan a otro, para matarte con la espada, y precisamente el mismo día, con [9] la disculpa de un festín? Por otra parte, si yo creía que tú habías evitado cenar conmigo por miedo a la muerte, ¿cómo no imaginar que debido a ese mismo miedo evitarías también el festín?»

[14] «No es cosa de sonrojarse, padre, si en un día de fiesta, entre compañeros de mi edad, bebí algo más de la cuenta. [2] Me gustaría que tú mismo trataras de comprobar con qué alegría, con qué buen humor se celebró ayer el banquete en mi casa, excitados además por la satisfacción — poco encomiable tal vez— producida por el hecho de que en la competición con armas entre jóvenes, nuestro [3] bando no había quedado por debajo. Esta situación deplorable y el miedo han disipado fácilmente la resaca; de no ser por ello, nosotros, los conspiradores, estaríamos echados [4] durmiendo profundamente. Si hubiera tenido intención de asaltar tu casa y matar a su dueño después de tomarla, ¿no me habría privado del vino al menos por un día, no [5] habría hecho que se abstuviesen mis hombres? Y para que no sea yo el único que se defiende con demasiada ingenuidad, también él, mi nada malicioso y suspicaz hermano, dice: ‘Yo sólo sé una cosa, sólo una cosa alego: que vinieron con espadas a participar en el festín’. Si te preguntase [6] cómo conoces precisamente ese detalle, a la fuerza tendrías que admitir que o bien mi casa

estaba llena de espías tuyos, o bien aquéllos cogieron las armas tan abiertamente que todo el mundo lo vio. Y para que no pareciera que [7] él mismo había hecho alguna averiguación previa o que ahora hacía alguna alegación calumniosa como acusador, te instaba a que preguntases a aquellos que él te nombrase si habían portado armas, como si fuese un punto oscuro, con el objeto de que se los considerase convictos después de preguntarles tú algo que ellos mismos confiesan. ¿Por qué no pides que se les pregunte más bien si cogieron [8] la espada para matarte, y si era sabedor e instigador? Porque esto es lo que pretendes que se crea, no lo que aquéllos admiten y es de dominio público. Ellos dicen que cogieron las armas para protegerse. ¿Tuvieron o no motivo [9] para hacerlo? Ellos mismos darán cuenta de su comportamiento, no mezcles mi caso, que nada tiene que ver con ese hecho. O bien explica si teníamos pensado atacarte abiertamente o a escondidas. Si abiertamente, ¿por qué no íbamos [10] todos armados? ¿Por qué sólo tenían armas aquellos que maltrataron a tu espía? Si a escondidas, ¿cuáles eran los pasos del plan?, ¿cuando yo me hubiera despedido como [11] invitado, una vez finalizado el festín, se habrían quedado los cuatro para atacarte cuando estuvieras dormido? ¿Cómo habrían pasado desapercibidos si no eran de la casa, si eran de los míos, y además especialmente sospechosos porque poco antes habían intervenido en una reyerta? Por otra parte, ¿cómo pensaban escapar después de matarte? ¿Con cuatro espadas era posible tomar por asalto tu casa?»

[15] «¿Por qué no dejas a un lado esa historia sobre lo de anoche y te centras en lo que te duele y te consume de [2] envidia? ‘¿Por qué se alude alguna vez a tu acceso al trono³⁴⁸, Demetrio? ¿Por qué algunos te consideran más digno que a mí como sucesor de la fortuna de nuestro padre? ¿Por qué haces que mis expectativas sean inciertas y preocupantes, [3] cuando serían seguras si tú no existieras?’ Esto es lo que piensa Perseo, aunque no lo dice; esto hace de él un enemigo y un acusador; esto llena tu casa y tu [4] reino de acusaciones y de sospechas. En cuanto a mí, padre, es verdad que no debo esperar ahora el trono ni probablemente deba nunca entrar en rivalidades sobre él, porque soy el más pequeño y porque tú

quieres que yo pase a segundo plano en pro del mayor, pero también hay algo que no debí ni debo hacer: aparecer ante todos como indigno [5] de un padre como tú. Porque eso sería lo que conseguiría con mi mal comportamiento, no con la modestia de ceder el sitio a quien tiene a su favor la ley humana y divina. Me imputas mi relación con los romanos y conviertes en acusación lo que debería ser motivo de gloria. [6] Yo no pedí ser entregado a los romanos como rehén ni ser enviado a Roma como embajador. Cuando tú me enviaste no me negué a ir. En ambos casos me comporté de forma que no fuese un motivo de vergüenza ni para ti, ni para tu reino, ni para el pueblo de Macedonia. [7] Por consiguiente, padre, tú fuiste la causa de mi amistad con los romanos. Mientras sigan estando en paz contigo también se mantendrán mis buenas relaciones con ellos; si estalla la guerra, yo, que como rehén y como embajador fui útil a mi padre, seré igualmente un acérrimo enemigo para ellos. Tampoco pretendo hoy sacar ventaja de mi simpatía [8] entre los romanos: lo único que pido es que no me perjudique. No comenzó con la guerra ni está restringida a la guerra; yo fui garantía de paz, fui enviado como embajador para consolidar la paz; que ninguna de las dos misiones sea para mí motivo de gloria ni de acusación. Por mi parte, padre, si he cometido alguna acción desleal [9] hacia ti o alguna acción criminal contra mi hermano, no me sustraigo a ningún castigo; si soy inocente, pido que no me abrasen las llamas de la envidia en vista de que no pueden alcanzarme las de la acusación. No es hoy la [10] primera vez que me acusa mi hermano, pero hoy lo hace abiertamente por primera vez, sin que yo haya hecho contra él nada que lo justifique. Si nuestro padre estuviera furioso contra mí, tú, como hermano mayor, deberías interceder en favor del más pequeño, deberías obtener el perdón para mi corta edad, para mi error. Donde debería estar mi protección, está mi perdición. Se me hizo venir precipitadamente, [11] medio dormido, después de un banquete y de una fiesta, a defender mi causa en una acusación de parricidio. Sin asesores, sin abogados, me veo obligado a ejercer yo mismo mi defensa. Si se tratase de hablar en [12] favor de otro, me habría tomado mi tiempo para reflexionar y eleborar mi discurso, y eso que en tal caso sólo estaría en juego la reputación de mi talento. Sin saber por qué

se me había convocado, oí cómo me ordenabas, irritado, que me defendiera, y cómo mi hermano me acusaba. Él utilizó en contra de mí un discurso largamente preparado [13] y meditado con anterioridad; yo sólo tuve el tiempo que duró la acusación para enterarme de qué se trataba. En [14] ese espacio de una hora ¿debía escuchar al acusador o meditar la defensa? Atónito por lo repentino e inesperado del golpe, apenas pude entender de qué se me acusaba, [15] y todavía no sé muy bien cómo defenderme. ¿Qué esperanza me quedaría si no tuviera a mi padre como juez? Incluso en el caso de que mi hermano mayor estuviera por encima en el afecto de mi padre, ciertamente no debe estar [16] por delante en su piedad, siendo yo el acusado. Te suplico, pues, que me salves, por mí y por ti; él te pide que me quites la vida por su propia seguridad. ¿Cómo crees que me tratará cuando le hayas confiado el trono, cuando ya ahora considera justo que se le sacrifique mi vida?»

Ambigua absolución de Demetrio

[16] Cuando estaba pronunciando estas palabras, las lágrimas le entrecortaron el aliento y la voz al mismo tiempo. Filipo, después de hacer que se retiraran ambos, cambió impresiones con sus amigos durante [2] unos instantes y anunció que no emitiría un veredicto sobre el caso de uno y otro basándose en palabras ni en una sola hora de discusión, sino sobre la base de una indagación acerca de la vida y la conducta de ambos, y del examen de sus palabras y sus actos en cuestiones importantes [3] o no; y así quedó claro para todos que la acusación referente a la noche anterior había quedado refutada fácilmente, pero que las demasiado buenas relaciones de Demetrio con los romanos eran sospechosas. A grandes rasgos estas fueron las semillas, sembradas en vida de Filipo, de la guerra macedónica que se iba a librar contra Perseo.

Occidente: Liguria e Hispania

[4] Los dos cónsules partieron para Liguria, que entonces era la única provincia consular. Y como hicieron allí una campaña con éxito, se decretó un día de acción [5] de gracias. Aproximadamente dos mil lígures llegaron hasta el último confín de la provincia de la Galia, donde tenía Marcelo su

campamento, y pidieron que se aceptase su sumisión. Marcelo ordenó a los lígures que esperasen allí mismo y consultó por carta al senado. El senado encomendó a Marco Ogulnio la misión [6] de responder a Marcelo que más que al senado competía a los cónsules a cuyo cargo estaba la provincia decidir cuáles eran los intereses del Estado; que, en este caso, el senado sólo estaba de acuerdo en que se aceptase una rendición incondicional de los lígures, y le parecía procedente que se les quitasen las armas tras la rendición y se remitiese a los cónsules la cuestión sobre ellos.

Llegaron al mismo tiempo el pretor Publio Manlio a [7] la Hispania ulterior, provincia que le había correspondido también en su primera pretura, y el pretor Quinto Fulvio Flaco a la citerior, donde recibió el ejército de manos de Aulo Terencio, pues la ulterior había estado sin mando supremo debido a la muerte del procónsul Publio Sempronio. Los celtíberos atacaron a Fulvio Flaco cuando estaba [8] asediando una plaza hispana llamada Urbicna³⁴⁹. Se libraron entonces algunos duros combates, resultando muertos o heridos muchos soldados romanos. Venció Fulvio a base de tenacidad, porque no hubo fuerza capaz de arrancarlo del asedio; los celtíberos, tras el desgaste de los combates de resultado cambiante, se retiraron. Privada de apoyo [9] la ciudad fue tomada en cosa de pocos días y saqueada; el pretor dejó el botín a los soldados. Fulvio, tras la toma [10] de esta plaza, y Manlio, después de limitarse a reunir al ejército que se había dispersado, retiraron sus ejércitos a los cuarteles de invierno sin llevar a cabo ninguna operación reseñable. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos [11] en Hispania durante aquel verano. Terencio, que había llegado de aquella provincia, entró en Roma recibiendo la ovación. Se aportaron nueve mil trescientos veinte libras de plata, ochenta y dos libras de oro y sesenta y siete coronas de oro.

[17] Aquel mismo año los romanos hicieron de árbitros sobre el terreno en una disputa entre el pueblo cartaginés [2] y el rey Masinisa a propósito de un territorio que Gala, el padre de Masinisa, les había tomado a los cartagineses. Sifax había desalojado de allí a Gala, y posteriormente se lo había dado a los cartagineses como un detalle para congraciarse [3] con su

suegro Asdrúbal. Y aquel año Masinisa había echado a los cartagineses. La cuestión fue debatida en presencia de los romanos con tanto apasionamiento como cuando se enfrentaron con las armas en el campo de [4] batalla. Los cartagineses lo reclamaban alegando que había pertenecido a sus antepasados y después había vuelto de manos de Sífax a las suyas. Masinisa sostenía que él había recuperado el territorio perteneciente al reino de su padre y que era suyo en virtud del derecho de los pueblos; que él llevaba la ventaja del título y de la posesión efectiva; [5] lo único que temía en aquel contencioso era que le perjudicasen los escrúpulos de los romanos, preocupados por no dar la impresión de favorecer a un rey aliado y amigo frente a unos enemigos comunes a éste y a ellos. [6] Los comisarios no modificaron el derecho del ocupante y remitieron el caso a Roma, al senado, sin prejuzgarlo.

En Liguria, después, no se llevó a cabo operación alguna. Los lígures, que en un principio se habían retirado a las zonas boscosas alejadas, después disolvieron su ejército y se dispersaron aquí y allá por las aldeas y enclaves fortificados. [7] También los cónsules quisieron licenciar su ejército, y consultaron a los senadores sobre el particular. Éstos resolvieron que uno de los cónsules licenciase su ejército y acudiera a Roma para la elección de magistrados anuales, y que el otro invernase en Pisa con sus legiones. Corrían rumores de que los galos transalpinos estaban armando [8] a la juventud y no se sabía hacia qué región de Italia iba a expandirse esta multitud. Los cónsules decidieron de común acuerdo que marcharía Gneo Bebio a los comicios dado que aspiraba al consulado su hermano Marco Bebio.

Roma: elecciones, prodigios, epidemia

Se celebraron los comicios para la designación [18] de cónsules³⁵⁰, y resultaron elegidos Publio Cornelio Léntulo y Marco Bebio Tánfilo. A continuación fueron elegidos [2] pretores dos Fabios, Quinto Máximo y Quinto Buteón, y Tiberio Claudio Nerón, Quinto Petilio Espurino, Marco Pinario Rusca y Lucio Duronio. Cuando entraron en funciones, la suerte les asignó las provincias [3] como sigue: a los cónsules, Liguria; en cuanto a los pretores, a Quinto Petilio

la jurisdicción urbana, a Quinto Fabio Máximo la peregrina, a Quinto Fabio Buteón la Galia, Sicilia a Tiberio Claudio Nerón, Cerdeña a Marco Pinario y Apulia a Lucio Duronio, con el añadido de los [4] histros, porque los tarentinos y brindisinos mandaban aviso de que sus territorios costeros estaban infestados por las piraterías de naves de ultramar. En el mismo sentido se quejaban los masilienses con respecto a los navíos de los lígures. Después se hizo la asignación de tropas. A los cónsules, [5] cuatro legiones compuestas cada una de cinco mil doscientos romanos de infantería y trescientos de caballería y por quince mil aliados y latinos de a pie y ochocientos de a caballo. En las Hispanias les fue prorrogado el mando [6] a los antiguos pretores con los ejércitos que tenían, y les fue asignado un contingente complementario de tres mil ciudadanos romanos de a pie y doscientos de a caballo y seis mil infantes y trescientos jinetes aliados de derecho [7] latino. Tampoco se olvidó la adopción de medidas referentes a la marina. Los cónsules recibieron instrucciones de nombrar a tal fin duúnviros³⁵¹ por medio de los cuales se botarían veinte navíos tripulándolos con marinería de ciudadanos romanos que hubiesen sido antes esclavos, con la única condición de que fueran libres de nacimiento quienes [8] los mandasen. Los duúnviros se repartieron la zona costera que debían defender con diez navíos cada uno, constituyendo el promontorio de Minerva³⁵² el eje central de demarcación, por así decir; uno de ellos defendería la parte derecha, desde allí hasta Masilia, y el otro la izquierda hasta Bario³⁵³.

[19] Aquel año se observaron muchos prodigios de mal cariz en Roma o llegó noticia de ellos desde el exterior. [2] En la plaza de Vulcano y de la Concordia llovió sangre; también anunciaron los pontífices que se habían movido las lanzas³⁵⁴ y los lanuvinos que había derramado lágrimas [3] la estatua de Juno Sópita. Había una epidemia tan extendida en el campo así como en los centros de mercado y de reunión y en Roma, que Libitina³⁵⁵ casi no daba [4] abasto para los funerales. Llenos de inquietud por estos prodigios y calamidades, los senadores decidieron que los cónsules hiciesen sacrificios con víctimas adultas a los dioses que estimasen oportuno y, además, que los decénviros consultasen los Libros Sibilinos.

Por prescripción de los [5] decénaviros se decretó un día de rogativas en Roma ante todos los altares. También a propuesta suya el senado aprobó y los cónsules dispusieron mediante un edicto que se celebrasen en toda Italia tres días festivos de rogativas. Era tal la virulencia de la epidemia que, aunque se había [6] decidido a causa de la defección de los corsos y de la guerra desencadenada en Cerdeña por los ilienses³⁵⁶ reclutar entre los aliados de derecho latino ocho mil infantes y trescientos jinetes para que el pretor Marco Pinario los llevase con él a Cerdeña, los cónsules anunciaron que no se había [7] podido alcanzar dicha cifra, por la gran cantidad de muertos y enfermos que había en todas partes. Se dio orden [8] al pretor de tomar del procónsul Gneo Bebio, que invernaba en Pisa, los soldados que faltaban y cruzar desde allí a Cerdeña.

El pretor Lucio Duronio, al que había correspondido [9] en suerte la provincia de Apulia, fue encargado también de la investigación sobre las Bacanales, de las que habían aparecido indicios ya el año precedente, como brotes nuevos de los males anteriores, pero el pretor Lucio Pupio [10] se había limitado a poner en marcha la investigación, más que llevarla a una conclusión. Los senadores ordenaron al nuevo pretor que cortase el mal de raíz, no fuera a extenderse de nuevo y con mayor amplitud. También, por [11] iniciativa del senado, los cónsules presentaron al pueblo una proposición de ley sobre el fraude electoral³⁵⁷.

[20] Después presentaron ante el senado las embajadas, comenzado por las de los reyes Éumenes, Ariarate de Capadocia y Fárnace del Ponto. Y la única respuesta que se les dio fue que se enviaría una comisión para examinar [2] sus diferencias y tomar decisiones sobre ello. A continuación se hizo pasar a los delegados de los exiliados lacedemonios y de los aqueos, y se les dieron esperanzas a los exiliados de que el senado escribiría a los aqueos con vistas a su repatriación. Los aqueos hicieron un informe, que contó con la aprobación del senado, acerca de la recuperación de Mesene y de cómo se habían solucionado allí las [3] cosas. También, de parte de Filipo, rey de Macedonia, llegaron dos embajadores, Filocles y Apeles, enviados no porque hubiera alguna demanda que presentar al senado sino más bien para espiar y hacer

indagaciones acerca de las conversaciones que, según las insinuaciones de Perseo, había mantenido Demetrio con los romanos, especialmente con Tito Quincio, a propósito de la sucesión al trono en [4] detrimento de su hermano. El rey los había enviado creyendo que eran imparciales, no inclinados en favor de uno u otro, pero también éstos eran instrumentos y cómplices de la conspiración de Perseo contra su hermano.

Macedonia: subida al Hemo. Eliminación de Demetrio

[5] Demetrio, ignorante de todo excepto de la intención de su hermano que había salido a la luz recientemente, en principio no tenía ni muchas ni pocas esperanzas sobre la posibilidad de que su padre se reconciliara con él; después, su confianza en la actitud de su padre era cada día menor, pues veía que sólo tenía oídos [6] para su hermano. Por ello, poniendo cuidado en lo que decía y en lo que hacía, para no acentuar las sospechas de nadie, se abstenía especialmente de toda alusión y contacto con los romanos hasta el punto de no querer ni siquiera que le escribieran, porque se daba cuenta de que el ánimo de su padre se crispaba sobre todo con acusaciones de esa clase.

Filipo, con el doble propósito de evitar que la inactividad [21] enervara a los soldados y de alejar la sospecha de que planeaba algo referente a una guerra contra Roma, concentró las tropas en Estobos, en Peonia, y las condujo directamente hacia Médica. Le habían entrado ganas de subir [2] hasta la cima del monte Hemo³⁵⁸, porque había dado crédito a la opinión común de que desde allí se podía divisar a la vez el Ponto, el mar Adriático, el río Histro y los Alpes: el hecho de tener todo este panorama al alcance de la vista sería de gran importancia para sus planes sobre la guerra contra Roma. Preguntó a los que conocían bien [3] la región acerca de las posibilidades de subir al Hemo; todos coincidían en que no había una ruta practicable para un ejército, pero que para unos pocos y sin bagajes existía un acceso, sumamente difícil; entonces, para consolar a [4] su hijo más pequeño con una conversación afectuosa, pues había decidido no llevarlo consigo, comenzó por preguntarle si se debía persistir en la empresa o renunciar a ella, en vista de las dificultades que presentaba la marcha. Si a [5] pesar de todo seguía adelante,

no podía en semejantes circunstancias olvidar el caso de Antígono³⁵⁹, del cual se decía que cuando era zarandeado por un violento temporal y tenía consigo en la misma nave a todos los suyos, había advertido a sus hijos que recordasen ellos y transmitiesen a sus descendientes la enseñanza de que nadie debe exponerse al peligro al mismo tiempo que toda su familia en [6] situaciones arriesgadas. Por eso él, teniendo presente esta advertencia, no iba a exponer a sus dos hijos a la vez al azar de la aventura que tenían a la vista; y puesto que llevaba consigo al hijo mayor, reenviaría a Macedonia al más pequeño para asegurar el futuro y preservar el reino. [7] Demetrio era consciente de que se le relegaba para que no estuviera presente en el consejo cuando se deliberara, con el escenario a la vista, sobre cuáles eran las rutas que conducían más directamente al mar Adriático y a Italia, [8] y sobre la estrategia de la guerra. Pero era preciso no sólo obedecer sino mostrarse de acuerdo con su padre, para no [9] suscitar recelos si obedecía de mala gana. No obstante, para que no corriera peligro en su viaje a Macedonia, se dio orden a Didas, uno de los pretores reales que gobernaba Peonia, para que lo acompañara con una pequeña escolta. [10] También a éste, como a la mayor parte de los amigos de su padre, lo había incorporado Perseo a la conspiración para acabar con su hermano desde el momento en que comenzó a tener claro quién sería el heredero del trono, dada [11] la inclinación del ánimo de su padre en tal sentido. Por el momento se le recomendó que tratase de acercarse a él con todas las formas de la obsequiosidad en un trato de lo más íntimo para sonsacarle todos los secretos y descubrir sus más recónditos pensamientos. Parte así Demetrio con una escolta que representaba más peligro que si viajase solo.

[22] Filipo atravesó primero la Médica y luego los desiertos que se extienden entre la Médica y el Hemo, y por fin al séptimo día de marcha llegó a la base del monte. Se detuvo allí un día para elegir a los hombres que llevaría [2] consigo y al otro día reemprendió la marcha. Al principio, los remotes de más abajo presentaban una dificultad moderada. A medida que iban ganado altura se encontraban con parajes cada vez más boscosos y en su mayor parte impracticables. Llegaron luego a un paso tan oscuro que [3] apenas se podía

divisar el cielo a causa de la espesura de la arboleda y a las ramas que se entrecruzaban. Pero a [4] medida que se acercaban a las cumbres, la niebla, cosa infrecuente en las alturas, lo envolvía todo de tal forma que era tan difícil avanzar como si fuera de noche. Por fin, al tercer día, llegaron a la cima. Cuando descendieron [5] no comentaron nada que contradijese la creencia común, no porque hubieran podido divisar desde el mismo punto mares, montes y ríos de extremos opuestos, sino más bien, creo yo, para no exponerse a la burla por la inutilidad de la expedición. Todos se resintieron de las dificultades [6] de la marcha, y el rey más que nadie porque notaba más el peso de la edad. Después de ofrecer un sacrificio en los [7] dos altares consagrados allí a Júpiter y al Sol, descendió en dos días por donde había ascendido en tres, temiendo sobre todo las bajas temperaturas nocturnas, que a pesar de estar en el comienzo de la canícula³⁶⁰ eran parecidas a las del invierno. Tras los muchos quebrantos sufridos [8] durante aquellos días no encontró una situación mucho más halagüeña en el campamento, donde faltaba absolutamente de todo, como es lógico en una región rodeada de desiertos por todas partes. Se demoró, pues, sólo un día, para que [9] descansaran los que lo habían acompañado, y a continuación, en una marcha que parecía una huida, pasó a toda prisa al país de los denteletos. Eran aliados, pero debido [10] a la falta de provisiones los macedonios saquearon el territorio como si fuera enemigo; con su pillaje, en efecto, asolaron [11] primero los caseríos indiscriminadamente, y después incluso algunas aldeas, sintiéndose el rey muy avergonzado cuando oía los gritos de los aliados que invocaban en vano [12] a los dioses de las alianzas y su propio nombre. Se llevó de allí trigo y regresó a Médica, disponiéndose a atacar [13] una ciudad llamada Petra³⁶¹. Él estableció el campamento en el lado de acceso desde el llano, y a su hijo Perseo lo mandó con un pequeño destacamento a dar un rodeo para atacar la ciudad desde una posición más elevada. [14] Los moradores de la plaza, ante el peligro que amenazaba desde todas partes, entregaron rehenes y de momento se rindieron; pero luego que se retiró el ejército se desentendieron de los rehenes, abandonaron la ciudad y

corrieron a refugiarse en enclaves fortificados o en las montañas.

[15] Filippo, después de agotar a sus hombres con toda clase de trabajos sin resultado alguno, regresó a Macedonia, viéndose acentuadas sus sospechas contra su hijo debido al doble juego del pretor Didas.

[23] Éste, enviado en su compañía como se ha dicho antes, se ganó el ánimo cándido e incauto del joven, no sin razón irritado contra los suyos, a base de adulaciones y de fingirse a su vez indignado por su suerte, y ofreciéndole espontáneamente su colaboración para todo y prometiéndole lealtad [2] le arrancó sus secretos. Demetrio planeaba huir al lado de los romanos; para este propósito, aparecía con una ayuda ofrecida como un regalo de los dioses el pretor de Peonia, a través de cuya provincia tenía esperanzas de escapar sin [3] riesgos. Este plan fue puesto inmediatamente en conocimiento de su hermano, y por iniciativa de éste, delatado [4] ante su padre. Primero se le hizo llegar una carta cuando estaba sitiando Petra. En consecuencia, Herodoro, que era el principal de los amigos de Demetrio, fue puesto bajo custodia, y se dieron órdenes de vigilar discretamente a Demetrio. Estas circunstancias, sumadas a las demás, ensombrecieron [5] la llegada del rey a Macedonia. También le preocupaban las últimas acusaciones, pero pensaba que se debía esperar a los que había enviado a Roma a informarse de todo. Pasó varios meses desasosegado por estas preocupaciones, [6] y por fin llegaron los emisarios, que ya en Macedonia habían estado preparando el informe que harían a la vuelta de Roma. Aparte de los otros cargos, éstos entregaron [7] también al rey una carta apócrifa, sellada con el sello falsificado de Tito Quincio. En la carta se trataba [8] de disculpar al joven si, impulsado por sus aspiraciones al trono, había tenido algunos contactos con Quincio: ni el joven tenía intención de hacer nada en contra de ninguno de los suyos, ni Quincio era una persona de la que pudiera pensarse que estaría dispuesta a apoyar ningún plan desleal. Esta carta dio credibilidad a las acusaciones de Perseo. Por consiguiente, Herodoro fue sometido de inmediato [9] a una prolongada tortura y murió en el suplicio sin hacer ninguna revelación.

Perseo acusó de nuevo a su hermano ante su padre. [24] Aducía como argumento sus preparativos de huida a través de Peonia y el soborno de algunos hombres para que lo acompañaran en el viaje, y la acusación de mayor peso era la falsa carta de Tito Quincio. Sin embargo, no se hizo [2] pública ninguna sentencia especialmente grave contra él, optando más bien por darle muerte a traición, y esto no por consideración hacia él sino para evitar que su castigo desvelara los planes en contra de los romanos. Como el [3] rey tenía que viajar de Tesalónica a Demetriad, envió a Demetrio a Astreo³⁶², en Peonia, acompañado igualmente de Didas, y a Perseo lo envió a Anfípolis³⁶³ a hacerse [4] cargo de los rehenes de los tracios. Cuentan que dio instrucciones a Didas, cuando se despidió de él, acerca de [5] la muerte de su hijo. Didas organizó un sacrificio, real o ficticio, a cuya celebración fue invitado Demetrio, trasladándose de Astreo a Heraclea³⁶⁴. El veneno le fue suministrado [6] durante esta cena, según dicen. Nada más apurar la copa se dio cuenta, y poco después, al manifestarse los dolores, tras abandonar el banquete y retirarse a su habitación, se retorció lamentándose de la crueldad de su padre y denunciando el parricidio de su hermano y la perfidia [7] de Didas. Luego entraron un tal Tirsis de Estuberra y Alejandro de Berea³⁶⁵ y lo asfixiaron cubriéndole la cabeza [8] y la garganta con mantas. Así fue como se dio muerte al joven inocente, pues en su caso los enemigos ni siquiera se contentaron con una sola forma de asesinato.

Liguria: operaciones de Lucio Emilio Paulo

[25] Mientras se desarrollaban en Macedonia estos acontecimientos, Lucio Emilio Paulo, cuyo mando había sido prorrogado a la salida del consulado, entró con su ejército en el territorio de los lígures [2] ingaunos al comienzo de la primavera. En cuanto acampó en territorio enemigo se presentaron a él unos emisarios [3] enviados a espiar bajo el pretexto de pedir la paz. Paulo aseguró que no se negociaría la paz a no ser que se rindieran, y, sin oponerse a ello, decían, no obstante, que se precisaba tiempo para convencer a su poco civilizado pueblo. Al concedérseles una tregua de diez días para ese propósito, [4] solicitaban a continuación que los

soldados no fueran a recoger forraje ni leña más allá de los montes cercanos al campamento, que allí había tierras de cultivo pertenecientes a su territorio. Una vez conseguido esto, concentraron [5] todo su ejército precisamente detrás de aquellos montes de los que habían mantenido apartado al enemigo, y de pronto, en número muy elevado, lanzaron un ataque contra el campamento romano por todas las puertas simultáneamente. Atacaron durante todo el día con la mayor [6] violencia, de forma tal que los romanos no tuvieron tiempo ni siquiera para sacar las enseñas ni espacio para desplegar el frente de batalla. Apelotonados en las puertas, [7] defendían el campamento obstaculizando más que combatiendo. Cuando los enemigos se retiraron a la puesta del sol, envió dos jinetes al procónsul Gneo Bebio, a Pisa, con una carta, diciéndole que viniera en su ayuda cuanto antes, que estaba sitiado durante un período de tregua. Bebio había entregado su ejército al pretor Marco Pinario [8] que partía para Cerdeña, pero hizo saber, por carta, al senado, que Lucio Emilio estaba sitiado por los lígures, y también escribió a Marco Claudio Marcelo, cuya provincia [9] era la más cercana, diciéndole que, si lo tenía a bien, trasladase el ejército de la Galia a Liguria y liberase a Lucio Emilio del asedio. Esta ayuda iba a llegar demasiado [10] tarde. Los lígures se acercaron de nuevo al campamento al día siguiente. Emilio, aun a sabiendas de que vendrían y aunque habría podido sacar sus tropas a campo abierto, mantuvo a sus hombres en el interior de la empalizada para alargar la situación hasta el momento en que Bebio pudiese llegar desde Pisa con su ejército.

En Roma, la carta de Bebio provocó una gran conmoción, [26] acrecentada por el hecho de que pocos días más tarde, [2] Marcelo, que había llegado a Roma después de entregar su ejército a Fabio, hizo que se desvaneciera la esperanza de poder trasladar a Liguria el ejército que se encontraba en la Galia, porque se estaba en guerra con los histros que trataban de impedir la fundación de la colonia [3] de Aquilea: Fabio había marchado para allá y no podía [4] regresar de allí con la guerra en marcha. La única posibilidad de ayuda, e incluso ésta más tardía de lo que las circunstancias exigían, radicaba en que los cónsules se dieran prisa en marchar a la provincia. Los senadores, cada uno [5] por un lado, les decían a gritos

que lo hiciesen. Los cónsules afirmaban que sólo se irían una vez finalizado el reclutamiento, y que la causa de que éste se demorase no era [6] su falta de interés sino la virulencia de la epidemia. Sin embargo, ante la postura unánime del senado, no pudieron resistirse, y partieron con su uniforme militar señalando a los soldados que habían sido movilizados la fecha en que debían concentrarse en Pisa. Fueron autorizados para alistar sobre la marcha, por donde fueran pasando, [7] tropas improvisadas para llevarlas consigo. También a los pretores Quinto Petilio y Quinto Fabio se les dieron instrucciones, a Petilio para que alistase dos legiones de emergencia, de ciudadanos romanos, y para que tomase juramento militar a todos los menores de cincuenta años, y a Fabio para que exigiese a los aliados de derecho latino quince mil soldados de infantería y ochocientos de caballería. [8] Fueron elegidos duúnviro navales Gayo Matieno y Gayo Lucrecio; se les equiparon naves, y Matieno, cuya zona de mando se extendía hasta el Golfo Gálico, recibió orden de conducir su flota lo más rápidamente posible a la costa de Liguria por si podía ser de alguna utilidad a Lucio Emilio y a su ejército.

En vista de que no aparecía el menor asomo de ayuda [27] por ninguna parte, Emilio supuso que habían sido interceptados los jinetes, pensó que no se podía esperar más tiempo sin probar suerte por sus propios medios y antes de [2] que llegaran los enemigos, cuyo ataque era menos duro y decidido, alineó al ejército junto a las cuatro puertas con la intención de que, cuando se diera la señal, hicieran una salida repentina por todos los lados a la vez. A las cuatro [3] cohortes extraordinarias añadió dos más, puso al frente al legado Marco Valerio y dio la orden de que salieran por la puerta pretoria. Junto a la puerta principal derecha [4] formó a los *hastati* de la primera legión, colocó en la reserva a los *principes* de la misma legión; y confió el mando a los tribunos militares Marco Servilio y Lucio Sulpicio. La tercera legión fue formada frente a la puerta principal [5] izquierda, con la única diferencia de que los *principes* fueron [6] colocados los primeros, y los *hastati* en la reserva. Los tribunos militares Sexto Julio César y Lucio Aurelio Cota recibieron el mando de esta legión. El legado Quinto Fulvio [7] Flaco quedó situado frente a la puerta cuestoria con el ala derecha. Dos cohortes y

los triarios de las dos legiones recibieron orden de permanecer de guardia para proteger el campamento. El general recorrió personalmente todas [8] las puertas pronunciando arengas, y estimulaba la combatividad de los soldados con los argumentos que tenía a su alcance, bien fustigando la mala fe de los enemigos, [9] que después de solicitar la paz y concederse una tregua habían venido a atacar el campamento justamente durante el período de tregua, contraviniendo el derecho de las naciones, o bien haciendo hincapié en la vergüenza que suponía [10] el hecho de que un ejército romano estuviera sitiado por los lígures, unos salteadores más que enemigos propiamente tales. «Si salís de aquí gracias a la ayuda de otros [11] y no gracias a vuestro valor, ¿qué cara vais a poner cuando os encontréis cada uno de vosotros no digo yo con aquellos soldados que vencieron a Aníbal, a Filipo o a Antíoco, [12] los generales y reyes más grandes de nuestra época, sino con los que persiguieron sin tregua en más de una ocasión a estos mismos lígures que huían como un rebaño por desfiladeros [13] inaccesibles y los hicieron pedazos? Lo que no se atreverían a hacer los hispanos ni los galos, los macedonios o los cartagineses, lo hace el enemigo ligustino, al que antes rebuscábamos por desfiladeros apartados y nos costaba trabajo dar con él, escondido y camuflado: se arrima a la empalizada romana, y toma la iniciativa en el asedio [14] y el ataque.» A estas palabras sus hombres respondían gritando al unísono que no tenían culpa alguna unos soldados a los que nadie había dado la señal para lanzarse afuera; [15] que diera la orden, y se daría cuenta de que los romanos y los lígures eran los mismos de antes.

[28] Los lígures tenían dos campamentos a este lado de las montañas. Los primeros días al amanecer salían de allí todos [2] juntos, ordenados y en formación de combate. Ahora sólo empuñaban las armas después de saciarse de comida y bebida, y salían dispersos y desordenados, como quien tiene la certeza de que los enemigos no sacarán las enseñas [3] fuera de la empalizada. Cuando se acercaban en semejante desorden, los romanos salieron de repente contra ellos por todas las puertas a la vez, después de lanzar al unísono el grito de guerra cuantos se hallaban en el campamento, [4] incluidos los escuderos y los vivanderos. El movimiento cogió por sorpresa

a los lígures de tal forma que eran presa del desconcierto como si hubieran sido atrapados en una emboscada. Durante breves instantes hubo algo parecido [5] a un combate; lo que vino a continuación era una huida en desbandada y una masacre de los que escapaban en todas direcciones, al haberse dado a los jinetes la orden de montar a caballo y no dejar que nadie escapase. Fueron rechazados todos hasta el campamento huyendo en tropel, y después también se les quitó el campamento. Aquel día [6] fueron muertos más de quince mil lígures, y cayeron prisioneros dos mil trescientos. Tres días más tarde se sometió, previa entrega de rehenes, todo el pueblo de los lígures ingaunos. Se buscó a los pilotos y marineros que habían [7] tripulado los navíos piratas, y se los metió en prisión a todos. Por otra parte, el duúnviro Gayo Matieno capturó treinta y dos de dichos navios en la costa ligustina. Lucio [8] Aurelio Cota y Gayo Sulpicio Galo fueron enviados a Roma para informar de estas operaciones y al mismo tiempo para solicitar que se autorizase volver a Lucio Emilio, una vez cumplida su misión, y traer con él a sus soldados y licenciarlos. El senado accedió a ambas peticiones y decretó [9] un triduo de acción de gracias ante todos los altares, y en cuanto a los pretores, recibieron orden Petilio de licenciar las legiones urbanas y Fabio de suspender la leva de aliados y latinos. Asimismo, se encargó al pretor urbano [10] de escribir a los cónsules diciendo que el senado consideraba procedente licenciar cuanto antes a los soldados reclutados de forma transitoria en una situación de emergencia.

Roma: colonia, carestía, descubrimiento

Aquel año se fundó la colonia de Gravisca³⁶⁶ [29] en el territorio etrusco tomado tiempo atrás a los tarquinienses. Se asignaron [2] cinco yugadas a cada colono; fundaron la colonia los triúnviro Gayo Calpurnio Pisón, Publio Claudio Pulcro y Gayo Terencio Istra. Fue un año marcado por la sequía y la escasez de productos del campo. Según la tradición no llovió ni una sola vez en seis meses.

[3] En el mismo año, en un terreno del escriba Lucio Petilio al pie del Janículo, al cavar la tierra los cultivadores a mayor profundidad de lo habitual se encontraron dos arcas de piedra de unos ocho pies de largo por cuatro de [4] ancho,

cuyas tapas estaban sujetas con plomo. Las dos tenían inscripciones en caracteres latinos y griegos, según las cuales en una de ellas estaba sepultado Numa Pompilio, rey de los romanos, hijo de Pompón, y en otra se [5] contenían los libros de Numa Pompilio. Cuando el propietario abrió dichas arcas, siguiendo el consejo de sus amigos, aquélla en la que según la inscripción estaba sepultado el rey apareció vacía sin el menor vestigio de cuerpo humano o de cosa alguna, al haberse consumido todo a lo [6] largo de tantos años de descomposición. En la otra, atados con cuerdas enceradas, había dos envoltorios que contenían siete libros cada uno, no sólo intactos sino de aspecto bastante [7] nuevos. Siete, en latín, trataban sobre derecho de los pontífices, y siete, en griego, sobre la que pudo ser doctrina [8] filosófica de aquella época. Valerio Aciate añade que eran pitagóricos, confirmando así, con una falsedad verosímil, la creencia común según la cual Numa fue discípulo de [9] Pitágoras. Los libros fueron leídos primero por los amigos que se encontraban presentes en el descubrimiento; al poco, como comenzaban a ser conocidos al tener muchos lectores, el pretor urbano Quinto Petilio, deseoso de leer dichos [10] libros, se los pidió a Lucio Petilio, con el que además tenía una relación muy estrecha porque Quinto Petilio, siendo cuestor, lo había escogido como escriba miembro [11] de la decuria³⁶⁷. Tras una lectura sucinta se dio cuenta de que buena parte de su contenido era de carácter pernicioso para la religión, y dijo a Lucio Petilio que tenían intención de arrojarlos al fuego; que antes de hacerlo le permitía presentar un recurso si creía tener algún derecho o título para reclamarlos, y que podía hacerlo valer sin que ello implicase menoscabo de su amistad. El escriba acudió a los [12] tribunos de la plebe y los tribunos remitieron la cuestión al senado. El pretor aseguraba estar dispuesto a jurar que no era conveniente leer ni conservar aquellos libros. El senado [13] dictaminó que debía considerarse suficiente con que el pretor estuviese dispuesto a prestar juramento; los libros debían ser quemados cuanto antes en el comicio; como indemnización por ellos se le abonaría a su dueño la suma que estimaran razonable el pretor Quinto Petilio y la mayoría de los tribunos de la plebe. El escriba no aceptó la indemnización. Los libros fueron quemados en el

comicio [14] a la vista del pueblo con fuego prendido por los ministros de los sacrificios.

Hispania: batalla de Ebura. Toma de Contrebia

Durante aquel verano estalló una guerra [30] importante en la Hispania citerior. Los celtíberos habían armado unos treinta y cinco mil hombres, cifra que no se había alcanzado hasta entonces prácticamente nunca. Tenía el mando en aquella provincia Quinto Fulvio [2] Flaco; como había tenido noticia de que los celtíberos estaban armando a la juventud, había reunido a su vez todas las tropas auxiliares aliadas que era posible, pero en modo alguno igualaba numéricamente los efectivos del enemigo. Al principio de la primavera condujo el ejército [3] a Carpetania y emplazó el campamento junto a la plaza de Ebura³⁶⁸, colocando una pequeña guarnición en la ciudad. [4] Pocos días después, los celtíberos instalaron su campamento a un par de millas de allí, al pie de una colina. Cuando se percató de su presencia el pretor romano envió a su hermano Marco Fulvio con dos escuadrones de jinetes aliados a reconocer el terreno hasta el campamento enemigo, dándose orden de acercarse a la empalizada todo lo [5] posible para hacerse una idea de sus proporciones; debía abstenerse de combatir, y replegarse si veía salir a la caballería enemiga. Lo hizo tal como se lo había ordenado. Durante varios días fue éste el único movimiento que se hizo: los dos escuadrones se hacían ver y después retrocedían en cuanto salía del campamento al galope la caballería [6] enemiga. Por fin los celtíberos salieron del campamento con todas sus tropas de infantería y caballería al mismo tiempo e hicieron alto, formados en línea, aproximadamente [7] a medio camino entre los campamentos. El terreno era llano por completo y a propósito para la batalla. Allí permanecieron firmes los hispanos esperando a los enemigos. El romano contuvo a sus hombres dentro de la empalizada. Durante cuatro días seguidos, ellos mantuvieron sus tropas formadas en aquella misma posición, y los romanos, por [8] su parte, no hicieron movimiento alguno. Después, los celtíberos se quedaron tranquilos en su campamento ya que no se les daba la oportunidad de combatir; únicamente salían los jinetes hasta los puestos de avanzada para estar preparados en caso de

producirse algún movimiento por [9] parte del enemigo. Unos y otros salían a recoger forraje y leña detrás de su campamento sin molestarse mutuamente.

[31] Cuando el pretor romano estuvo suficientemente convencido de que tantos días de inactividad habría hecho que el enemigo no contara con que él tomase ninguna iniciativa, dio orden a Lucio Acilio de rodear, con el ala izquierda y seis mil auxiliares de la provincia, la colina que estaba a espaldas del enemigo, y luego, cuando oyera el grito de [2] guerra, caer sobre su campamento. Partieron por la noche, para evitar la posibilidad de ser vistos. Al despuntar el día [3] envió Flaco al prefecto de los aliados, Gayo Escribonio, hacia la empalizada enemiga con los jinetes extraordinarios del ala izquierda; al percatarse los celtíberos de que los [4] enemigos se acercaban más y en mayor número de lo habitual, toda su caballería se lanzó fuera del campamento a la vez que se daba también a la infantería la orden de salida. De [5] acuerdo con las órdenes recibidas, Escribonio, en cuanto oyó el retumbar de la caballería, volvió grupos tomando de nuevo la dirección del campamento. Con ello los [6] enemigos lo siguieron con mayor ímpetu. En cabeza iban los jinetes, y al poco se acercaba también el cuerpo de infantería, con el pleno convencimiento de que aquel día asaltarían el campamento. Estaban a no más de quinientos pasos de la empalizada. Por consiguiente, cuando Flaco estimó que estaban [7] bastante alejados de la protección del campamento, formó sus tropas en el interior de la empalizada y salió de repente por tres sitios a la vez lanzando el grito de guerra no sólo para estimular el espíritu combativo sino para hacerse oír por los que estaban en las colinas. No tardaron [8] en bajar a la carrera hacia el campamento, como se les había ordenado, donde había quedado un retén de no más de cinco mil hombres. Como el pánico hizo presa en éstos, [9] por lo pocos que eran ellos y lo muchos que eran los enemigos, así como por lo inesperado del ataque, el campamento fue tomado casi sin lucha. Una vez en su poder, Acilio le prendió fuego por el lado que mejor podía ser divisado por los combatientes.

Los celtíberos que iban los últimos en la formación fueron [32] los primeros en avistar las llamas; a continuación se

difundió por todo el ejército la noticia de que estaba perdido el campamento, que justamente entonces era pasto de [2] las llamas. Lo que hizo aumentar el pánico en ellos, hizo subir la moral en los romanos; ya les llegaba el grito de victoria de los suyos, ya se veía el campamento enemigo [3] en llamas. Los celtíberos tuvieron unos instantes de indecisión e incertidumbre; pero como no tenían dónde refugiarse si eran derrotados y toda su esperanza radicaba en el combate, reemprendieron la lucha de nuevo con renovado brío. [4] En el centro de sus líneas sufrían la dura presión de la legión quinta; dirigieron su ataque con más confianza contra el flanco izquierdo, donde veían que los romanos habían alineado a las tropas auxiliares provinciales de su misma [5] raza. El flanco izquierdo de los romanos estaba a punto de ser rechazado si la legión séptima no hubiera acudido. En el mismo momento, cuando más acalorado era el combate, llegaron de la ciudad de Ebury los que habían quedado de guarnición y se acercó Acilio por retarguardia. [6] Cogidos en medio los celtíberos sufrieron una matanza durante largo tiempo. Los supervivientes emprendieron una huida incontrolada en todas direcciones. Los jinetes, lanzados sobre ellos en dos grupos, causaron una gran carnicería. Cerca de tres mil enemigos fueron muertos aquel día, cuatro mil setecientos cayeron prisioneros con más de quinientos caballos, y se cogieron treinta y ocho enseñas militares. [7] La victoria fue importante, aunque no incruenta: cayeron de las dos legiones algo más de doscientos soldados romanos, ochocientos treinta aliados de derecho latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros. [8] El pretor llevó de vuelta al campamento su ejército victorioso, y Acilio recibió orden de permanecer en el campamento que había tomado. Al día siguiente se recogieron los despojos de los enemigos y, delante de la asamblea de los soldados, se recompensó a los que se habían distinguido por su valor.

Luego, una vez trasladados los heridos a la plaza de [33] Ebury, las legiones fueron conducidas a través de Carpetania hasta Contrebia³⁶⁹. Esta ciudad, al ser asediada, pidió [2] ayuda a los celtíberos; como éstos tardaban en llegar, no porque se demorasen ellos sino porque, cuando ya habían salido de sus lugares de residencia, se veían detenidos por los

caminos impracticables a causa de las lluvias incesantes y las crecidas de los ríos, la plaza se rindió al haber perdido la esperanza de ayuda por parte de sus compatriotas. También Flaco se vio obligado por las inclemencias [3] del tiempo a meter todo el ejército dentro de la ciudad. Cuando los celtíberos que habían salido del territorio³⁷⁰, [4] ignorantes de la rendición, cruzaron los ríos en cuanto amainaron las lluvias y llegaron a Contrebia, como no vieron ningún campamento fuera de las murallas pensaron que los enemigos se habían trasladado a otro sitio o se habían retirado y se acercaron a la ciudad desperdigados y sin tomar precauciones. Los romanos salieron contra ellos de [5] repente por dos puertas, los atacaron cuando estaban dispersos y los pusieron en fuga. La misma circunstancia que [6] les impidió resistir y entablar combate —el hecho de no marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las enseñas— fue la salvación para una gran parte por medio de la huida, pues una vez dispersados se diseminaron aquí [7] y allá por toda la llanura y en ninguna parte los pudo atrapar agrupados el enemigo. A pesar de todo fueron cerca de doce mil los muertos, y se capturaron más de cinco mil hombres, cuatrocientos caballos y sesenta y dos enseñas [8] militares. Los que, tras la huida, se dirigían dispersos a sus casas, contaron la rendición de Contrebia y su propia derrota a una segunda columna de celtíberos que venía, e hicieron que diera la vuelta. Inmediatamente se disgregaron todos en dirección a sus aldeas y poblados fortificados. [9] Flaco partió de Contrebia y llevó sus legiones a una expedición de saqueo por la Celtiberia tomando al asalto gran número de enclaves fortificados hasta que se sometió la mayor parte de los celtíberos.

[34] Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo aquel año en la Hispania citerior. En la ulterior, el pretor Manlio libró con éxito varios combates contra los lusitanos.

Roma: colonia de Aquilea y otras medidas

[2] Aquel mismo año fue fundada la colonia latina de Aquilea. Tres mil infantes recibieron cincuenta yugadas por cabeza, cien los centuriones y ciento cuarenta los [3] de caballería. Fue fundada por los triúnviros Publio Cornelio Escipión Nasica, Gayo Flaminio y [4] Lucio Manlio Acidino.

Se dedicaron dos templos aquel año, uno a Venus Ericina junto a la puerta Colina, que fue dedicado por el duúnviro Lucio Porcio Licino, hijo de Lucio, y había sido prometido con voto por el cónsul Lucio Porcio durante la guerra ligustina, y el otro a la Piedad [5] en la plaza de las hortalizas. El duúnviro Manio Acilio Glabrión dedicó este templo y erigió en él una estatua, la primera de todas las estatuas doradas³⁷¹ de Italia, a su [6] padre Glabrión. Era éste precisamente quien había prometido con voto dicho templo el día en que había librado combate decisivo contra el rey Antíoco en las Termópilas, y había adjudicado la construcción del mismo en virtud de un decreto del senado.

Por las mismas fechas en que fueron dedicados estos [7] templos celebró su triunfo el procónsul Lucio Emilio Paulo sobre los lígures ingaunos. Llevó en el desfile veinticinco [8] coronas de oro, pero aparte de esto no se portó oro ni plata en aquel triunfo. Se hizo desfilar delante del carro a un gran número de jefes lígures cautivos. Repartió entre los soldados trescientos ases por cabeza. Dio mayor realce [9] a su triunfo la petición de paz perpetua que hizo una embajada de los lígures, pues el pueblo lígur había decidido no empuñar las armas a no ser por mandato del pueblo romano. El pretor Quinto Fabio, por encargo del senado, [10] respondió a los lígures que no era nuevo en sus labios aquel discurso, pero que ellos mismos eran los más interesados en que hubiese un cambio en su actitud en consonancia con tal discurso; que se dirigiesen a los cónsules e hiciesen [11] lo que éstos les ordenasen; el senado sólo se fiaría de los cónsules para valorar si era sincera la actitud de paz de los lígures. Hubo paz en Liguria. En Córcega se combatió [12] contra los corsos; el pretor Marco Pinario dio muerte a unos dos mil en el campo de batalla. Esta derrota los forzó a entregar rehenes y cien mil libras de cera. De allí, [13] el ejército fue trasladado a Cerdeña y se libraron con éxito combates contra los ilienses, pueblo que ni siquiera en la actualidad está pacificado por completo. Aquel mismo año [14] se les devolvieron cien rehenes³⁷² a los cartagineses, y el pueblo romano les concedió la paz tanto en nombre propio como en el de Masinisa, que ocupaba con una guarnición el territorio objeto de controversia.

Elecciones, debates, epidemia, envenenamientos

[35] Los cónsules tuvieron tranquilidad en su provincia. Marco Bebio, llamado a Roma para los comicios, proclamó cónsules³⁷³ a Aulo Postumio Albino Lusco y [2] Gayo Calpurnio Pisón. A continuación fueron elegidos pretores Tiberio Sempronio Graco, Lucio Postumio Albino, Publio Cornelio Mámula, Tiberio Minucio Molículo, Aulo Hostilio Mancino y Gayo Menio. Todos ellos entraron en funciones el día quince de marzo.

[3] Al comienzo del año en que fueron cónsules Aulo Postumio Albino, y Gayo Calpurnio Pisón, el cónsul Aulo Postumio presentó ante el senado al legado Lucio Minucio y los dos tribunos militares Tito Menio y Lucio Terencio Masiliota, que habían llegado de la Hispania citerior enviados [4] por Quinto Fulvio Flaco. Éstos, después de informar de los dos combates victoriosos, la sumisión de Celtiberia y el cumplimiento de la misión asignada, y de que no había necesidad de enviar para aquel año la paga de costumbre [5] ni de hacer llegar trigo para el ejército, pidieron al senado en primer lugar que se tributaran honores a los dioses inmortales por las operaciones llevadas a cabo con éxito, [6] y en segundo lugar que se permitiera a Quinto Fulvio traer de la provincia, cuando la abandonara, el ejército con cuyos valiosos servicios habían contado tanto él mismo como muchos pretores antes que él; adoptar esta medida, aparte de ser algo debido era también casi una necesidad inexcusable; [7] los soldados, en efecto, estaban tan decididos que no parecía que fuese posible retenerlos por más tiempo en la provincia, y si no eran licenciados se marcharían de allí sin permiso, o, si alguien los retenía a toda costa, estallaría un motín de desastrosas consecuencias. El senado dispuso [8] que la provincia de los dos cónsules fuese Liguria. A continuación hicieron el sorteo los pretores, correspondiendo la pretura urbana a Aulo Hostilio, la peregrina a Tiberio Minucio, Sicilia a Publio Cornelio y Cerdeña a Gayo Menio. En cuanto a las Hispanias, a Lucio Postumio le [9] tocó en suerte la ulterior, y a Tiberio Sempronio la citerior. Como éste iba a suceder a Quinto Fulvio, queriendo [10] evitar que la provincia se quedara sin su ejército veterano, dijo: «Quiero que me digas, Lucio

Minucio, si, puesto que anuncias que la misión está cumplida, consideras que los celtíberos van a mantenerse siempre fieles, de suerte que se puede conservar aquella provincia sin ejército. Si no puedes [11] garantizarnos o asegurarnos nada con respecto a la lealtad de los bárbaros y piensas que en todo caso se debe mantener allí un ejército, ¿qué sugieres entonces al senado?, ¿enviar a Hispania tropas de complemento para que se licencie sólo a aquellos soldados que hayan cumplido el período de servicio, mezclando a los reclutas con los veteranos, o sacar de la provincia a las legiones veteranas [12] y reclutar y enviar tropas nuevas, a sabiendas de que el menosprecio hacia los bisoños puede animar a la sublevación incluso a los bárbaros más dóciles? Es más fácil conseguir [13] de palabra que de hecho la sumisión de una provincia belicosa y levantisca por naturaleza. Las ciudades que han pasado a nuestro dominio y control, al menos según lo que llega a mis oídos, son pocas, más que nada las que sentían la presión de la proximidad de los cuarteles de invierno; las más alejadas están en armas. Siendo ésta la situación, [14] yo desde de aquí os adelanto ya, padres conscriptos, que pienso servir los intereses del Estado con el ejército actual; si Flaco se trae consigo las legiones, yo elegiré para los cuarteles de invierno zonas pacificadas y no pondré a unos soldados novatos frente a un enemigo de lo más belicoso».

[36] En respuesta a las preguntas que se le habían formulado, el legado dijo que ni él ni nadie podía adivinar cuáles eran las intenciones de los celtíberos o cuáles iban a ser [2] en el futuro. No podía negar, por consiguiente, que era preferible enviar un ejército contra los bárbaros, que, aun estando pacificados, todavía no estaban del todo acostumbrados [3] a que se les dominara. Ahora bien, la cuestión de si se precisaba un ejército nuevo o uno veterano, correspondía decidirla a quien estuviera en condiciones de saber con qué iban a respetar la paz los celtíberos, y a quien, al mismo tiempo, se hubiese cerciorado previamente de que los soldados se estarían quietos si se los retenía más tiempo en [4] la provincia. Si había que deducir cuál era su actitud a partir de lo que hablaban entre ellos o de lo que daban a entender con sus gritos delante del general que los arengaba, abiertamente habían manifestado a voces que o volvían a Italia con su

general, o lo retenían con ellos en la [5] provincia. La discusión entre el pretor y el legado fue zanjada por una moción de los cónsules que consideraban conveniente proceder a la dotación de sus provincias antes de [6] tratar la cuestión del ejército del pretor. A los cónsules les fue asignado un ejército nuevo por completo: dos legiones romanas con su correspondiente caballería a cada uno de ellos, y el mismo contingente de siempre de aliados de derecho latino, quince mil hombres de infantería y ochocientos [7] de caballería. Con este ejército se les encomendó la misión de hacer la guerra a los lígures apuanos. Se prorrogó el mando a Publio Cornelio y Marco Bebio, con órdenes de permanecer en sus provincias hasta la llegada de los cónsules, y de regresar entonces a Roma después de [8] licenciar el ejército que tenían a sus órdenes. A continuación se trató la cuestión del ejército de Tiberio Sempronio. Se dispuso que los cónsules reclutaran para él una nueva legión, cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos jinetes, con un suplemento de mil infantes romanos y cincuenta jinetes, y que exigieran a los aliados de derecho latino [9] siete mil infantes y trescientos jinetes. Con este ejército se decidió que marchara Tiberio Sempronio a la Hispania citerior. Se autorizó a Quinto Fulvio a traer consigo, si [10] le parecía, a los soldados romanos o aliados que habían sido enviados a Hispania antes del consulado de Espurio Postumio y Quinto Marcio, y que, además, tras la incorporación del suplemento de tropas sobrepasaran en las dos legiones la cifra de diez mil cuatrocientos infantes y seiscientos jinetes y de doce mil aliados de derecho latino y seiscientos [11] jinetes; con los valientes servicios de éstos había contado Quinto Fulvio en las dos batallas contra los celtíberos. También [12] se decretaron acciones de gracias por los éxitos que habían obtenido. Los demás pretores fueron enviados también a sus provincias. A Quinto Fabio Buteón le fue prorrogado [13] el mando en la Galia. Se decidió que hubiera ocho legiones aquel año, aparte del ejército veterano que se encontraba en Liguria a la espera de su inminente licenciamiento. E incluso era difícil completar este contingente de tropas [14] a causa de una epidemia que por tercer año consecutivo asolaba tanto la ciudad de Roma como Italia.

Falleció el pretor Tiberio Minucio, y no mucho después [37] el cónsul Gayo Calpurnio y muchos otros varones notables de todos los estamentos sociales. Al final aquella calamidad comenzó a ser considerada como un prodigio. Se instó [2] al pontífice máximo Gayo Servilio a buscar los medios expiatorios de la cólera de los dioses, a los decérviros a consultar los Libros Sibilinos, y al cónsul a prometer con voto presentes a Apolo, Esculapio y la Salud y dedicarles estatuas [3] doradas, promesas y dedicaciones que hizo. Los decérviros prescribieron dos días de rogativas por el establecimiento de la salud en Roma y en todos los centros de mercado y de reunión; todos los mayores de doce años participaron en las rogativas tocados con coronas y llevando [4] en las manos ramos de laurel. Había calado en las mentes la sospecha de intervenciones humanas intencionadas, y en virtud de un decreto del senado se encomendó la investigación de los delitos de envenenamiento cometidos en Roma o en un radio de diez millas de la ciudad al pretor Gayo Claudio, que había sido elegido en sustitución de Tiberio Minucio³⁷⁴; los cometidos más allá del miliario diez serían investigados en los centros de mercado y de reunión por Gayo Menio antes de zarpar hacia Cerdeña. [5] Especialmente sospechosa era la muerte del cónsul. Se decía que lo había asesinado su mujer Cuarta Hostilia. [6] De todos modos, cuando el hijo de ésta, Quinto Fulvio Flaco, fue proclamado cónsul en sustitución de su padrastro, los rumores sobre la muerte de Pisón se intensificaron bastante. Además aparecían testigos dispuestos a declarar que después de ser proclamados cónsules Albino y Pisón tras unas elecciones en las que Flaco había sufrido un fracaso, su madre le había echado en cara que era ya la tercera vez que le había sido negado el consulado al que aspiraba, y había añadido que estuviese preparado para optar al cargo, que en el plazo de dos meses ella se encargaría [7] de que fuese cónsul. Entre muchos otros testimonios referentes a este caso surtió también su efecto este comentario, sobradamente comentado por lo que en realidad ocurrió, para que Hostilia fuera condenada³⁷⁵.

Al comienzo de aquella primavera, [8] mientras el reclutamiento retenía a los cónsules en Roma, la muerte de uno de ellos ocurrida a continuación de los comicios para elegir al cónsul que los sustituiría hicieron que todo se retrasase. Entretanto Publio Cornelio [9] y Marco Bebio, que no habían hecho nada digno de mención durante su consulado, penetraron con su ejército en el territorio de los lígures apuanos.

Los lígures, que no se esperaban una ofensiva hasta [38] la llegada de los cónsules a la provincia, cogidos por sorpresa, se entregaron en número cercano a los doce mil hombres. Tras una consulta por carta al senado, Cornelio y [2] Bebio decidieron hacerles bajar de las montañas al llano lejos de sus casas, sin esperanzas de retornar, pues estaban convencidos de que ésta era la única manera de poner fin a la guerra ligustina. El pueblo romano tenía en el Samnio [3] un territorio público que había pertenecido a los habitantes de Taurasia³⁷⁶. Queriendo trasladar allí a los lígures apuanos, hicieron pública una disposición para que los lígures apuanos bajaran de las montañas con sus hijos y sus mujeres llevándose todas sus pertenencias. Los lígures [4] suplicaron repetidamente por medio de delegados que no se los obligara a abandonar los penates, la tierra donde habían nacido y los sepulcros de sus mayores, y se comprometían a entregar armas y rehenes. En vista de que no [5] conseguían nada y no contaban con fuerzas para hacer la guerra, obedecieron la orden. Fueron trasladados, a expensas [6] del Estado, cerca de cuarenta mil hombres libres con sus mujeres e hijos. Se les entregaron ciento cincuenta mil monedas de plata para que adquiriesen con ellas lo [7] necesario para un nuevo asentamiento. La parcelación y el reparto de la tierra corrió a cargo de los mismos que habían hecho el traslado, Cornelio y Bebio. No obstante, a petición suya, el senado les asignó una comisión de cinco miembros para que procedieran siguiendo su asesoramiento. [8] Una vez resuelta la operación trajeron de vuelta a Roma el ejército veterano y el senado les concedió el triunfo. [9] Ellos fueron los primeros en obtener el triunfo sin haber llevado a cabo ninguna guerra. Delante del carro sólo desfilaron las víctimas del sacrificio, porque en su triunfo no había ni botín alguno

que transportar ni prisioneros a los que hacer desfilar ni nada que repartir entre los soldados.

Hispania

[39] Aquel mismo año, en Hispania, como su sucesor tardaba en llegar a la provincia, el procónsul Fulvio Flaco sacó el ejército de los cuarteles de invierno y se dedicó a devastar el territorio de la Celtiberia [2] ulterior, cuyos habitantes se habían rendido. Con esta medida, más que amedrentar a los bárbaros lo que hizo fue encrespar sus ánimos, y después de reunir tropas en secreto bloquearon el desfiladero de Manlio³⁷⁷, por donde sabían con certeza que iba a pasar el ejército romano. [3] Al partir Lucio Postumio Albino hacia la Hispania ulterior, su colega Graco le había encargado que hiciera saber a Quinto Fulvio que debía conducir el ejército a Tarragona, [4] que él quería licenciar allí a los veteranos, distribuir las tropas de complemento y organizar por completo el ejército. También le fue comunicada a Flaco la fecha de llegada [5] de su sucesor, y estaba próxima. La comunicación de esta noticia obligó a Flaco a retirar su ejército de Celtiberia a toda prisa, abandonado el plan que había puesto en marcha; los bárbaros, que no estaban al tanto de los motivos, pensaron que se había enterado de su defección y de que se habían armado en secreto, y le había entrado pánico, por lo que pusieron mayor ahínco en el bloqueo del desfiladero. Cuando la columna romana, al claraear el día, se internó [6] en el desfiladero, los enemigos, saliendo de los dos lados al mismo tiempo, se lanzaron de pronto sobre los romanos. Nada más percatarse de ello Flaco sosegó el primer [7] revuelo ordenando a través de los centuriones que se mantuvieran todos en sus puestos y aprestaran las armas, y después de reunir en un solo punto los bagajes y las [8] acémilas formó en orden de combate todas las tropas, en parte personalmente y en parte por medio de los legados y los tribunos militares, según exigían el momento y el lugar, sin el menor nerviosismo, recordando que se enfrentaban a unos enemigos que se habían rendido dos veces, en los que había ido a más la villanía y la perfidia, no [9] el valor y el coraje, que habían convertido un retorno a la patria sin relieve en algo brillante e histórico; iban a llevar a Roma, para el triunfo, las espadas bañadas con la

sangre de los enemigos muertos recientemente, y sus despojos chorreantes de sangre. Las circunstancias no le permitían [10] pronunciar arengas más largas: los enemigos se echaban encima, y en los puntos más alejados se combatía ya. A continuación se produjo el choque entre los frentes de combate.

La lucha era encarnizada en todos los sectores, pero [40] la suerte era diversa. Las legiones se batían magníficamente, y tampoco les iban a la zaga las dos alas. Pero los auxiliares extranjeros sufrían el acoso de quienes estaban armados como ellos pero los superaban como combatientes, [2] y no eran capaces de mantener su posición. Los celtíberos, cuando se dieron cuenta de que en una batalla regular y con las filas ordenadas eran inferiores a las legiones, [3] lanzaron una carga en formación de cuña, táctica de combate en las que su fuerza es tal que no hay posibilidad de resistirlos, sea cual sea el terreno al que los lleve su empuje. También en esta ocasión crearon desconcierto en las legiones, y a punto estuvo de producirse un corte en [4] el frente. Al percatarse de este desconcierto, Flaco cabalgó hacia los jinetes de las legiones y dijo: «Si no nos llega alguna ayuda de vosotros, este ejército estará acabado». Como gritaron desde todas partes por qué no decía qué quería que hiciesen, que cumplirían sus órdenes sin vacilar, [5] dijo: «Doblad los escuadrones los jinetes de las dos legiones y lanzad los caballos contra la cuña enemiga cuyo acoso están sufriendo los nuestros. Lo haréis con mayor ímpetu si lanzáis contra ellos los caballos sin riendas [6] como hicieron muchas veces los jinetes romanos, según dice [7] la tradición, con gran gloria por su parte». Obedecieron a lo que se les había dicho y después de quitar las bridas hicieron dos pasadas, ida y vuelta, causando grandes estragos entre los enemigos, rompiéndose todas las lanzas. [8] Disuelta la cuña en la que habían puesto toda su esperanza, los celtíberos eran presa del pánico, y desentendiéndose casi de la lucha miraban a su alrededor buscando un sitio [9] por donde huir. Los jinetes de las alas por su parte, al ver la acción tan memorable de la caballería romana, enardecidos también ellos por la valentía de los otros, sin que nadie diera la orden lanzaron sus caballos contra los enemigos [10] ya desordenados. Entonces sí que se dispersaron por completo los celtíberos huyendo en

desbandada, y el general romano, ante el espectáculo de los enemigos que huían, prometió con voto un templo a la Fortuna Ecuestre y unos juegos a Júpiter Óptimo Máximo. Los celtíberos, huyeron [11] dispersos por todo el desfiladero, fueron hechos pedazos. Se dice que aquel día fueron muertos diecisiete mil enemigos, y apresados vivos más de tres mil setecientos junto con setenta y siete enseñas militares y cerca de seiscientos caballos. El ejército victorioso permaneció aquel día en su [12] propio campamento. No fue una victoria sin bajas: murieron [13] cuatrocientos setenta y dos soldados romanos, mil diecinueve aliados y latinos, y junto con ellos tres mil soldados auxiliares. Renovada así su gloria anterior, el ejército victorioso fue conducido a Tarragona. A la llegada de Fulvio, [14] el pretor Tiberio Sempronio, que había llegado dos días antes, salió a su encuentro y lo felicitó por haber prestado un brillante servicio al Estado. Con la mayor armonía decidieron a cuáles soldados licenciaban y a cuáles retenían. Después Fulvio partió para Roma tras embarcar [15] a los soldados licenciados, y Sempronio marchó a Celtiberia al frente de las legiones.

Liguria

Los dos cónsules penetraron con sus [41] ejércitos en Liguria por extremos opuestos. Postumio, con las legiones primera [2] y tercera, bloqueó los montes Balista y Leto³⁷⁸, y ocupando con destacamentos los pasos angostos cortó el avituallamiento a los enemigos y los sometió por completo debido a su absoluta falta de recursos. Fulvio, partiendo de Pisa con las legiones segunda [3] y cuarta, atacó a los lígures apuanos que habitaban en las cercanías del río Macra, recibió la sumisión de un número cercano a los siete mil, y los embarcó y los trasladó a Nápoles bordeando la costa del mar Etrusco³⁷⁹. De allí [4] fueron enviados al Samnio, y se les asignaron tierras entre [5] sus compatriotas. Aulo Postumio cortó las vides y quemó los trigales de los lígures montanos hasta que, forzados por todas las calamidades de la guerra, se sometieron y [6] entregaron las armas. Luego, Postumio se fue con la flota a hacer un reconocimiento por las costas de los lígures ingaunos [7] e intemelios³⁸⁰. Antes de la incorporación de estos cónsules al ejército que estaba convocado en Pisa,

tenía [8] el mando Aulo Postumio. El hermano de Quinto Fulvio, Marco Fulvio Nobílior, que era tribuno militar de la segunda legión, durante sus meses de mando licenció a la legión después de hacer jurar a los centuriones que entregarían a los cuestores la paga para el tesoro público. [9] Cuando se enteró de esto Aulo en Placencia, pues dio la coincidencia de que se encontraba allí, salió con la caballería ligera en persecución de los que habían sido licenciados y llevó de vuelta a Pisa a los que pudo alcanzar, después de reprenderlos severamente, y puso en conocimiento del [10] cónsul el caso de los demás. Por iniciativa suya, se promulgó un senadoconsulto disponiendo que Marco Fulvio fuera relegado a Hispania más allá de Cartagena, y el cónsul le entregó una carta que debía ser remitida a Publio [11] Manlio a la Hispania ulterior. Los soldados recibieron orden de incorporarse de nuevo al servicio militar. Como castigo humillante, se decidió que aquella legión recibiría sólo la paga de seis meses para aquel año, y se dio orden al cónsul de poner en venta la persona y los bienes del soldado que no se reincorporase al ejército.

Roma

Aquel mismo año, Lucio Durnonio, que [42] había sido pretor el año precedente, regresó de Iliria a Brundisio con diez navíos. Luego, dejando las naves en el puerto, vino a Roma, y en su exposición de las operaciones llevadas a cabo allí hizo recaer claramente sobre Gencio, el rey de los ilirios, la responsabilidad de toda la piratería: los navíos que habían devastado las costas [2] del mar superior³⁸¹ eran todos de su reino; él había enviado embajadores para tratar esta cuestión, y no se les había dado posibilidad de reunirse con el rey. Embajadores [3] de Gencio habían llegado a Roma diciendo que en el momento en que los romanos habían ido a entrevistarse con el rey, se había dado la coincidencia de que éste se encontraba enfermo en la región más remota de su reino; Gencio demandaba del senado que no diese crédito a falsas [4] acusaciones lanzadas contra él por sus enemigos. Durnonio replicó añadiendo que se habían cometido desafueros en su reino contra muchos ciudadanos romanos y aliados de derecho latino, y que, según se decía, había ciudadanos

romanos retenidos a la fuerza en Corcira. Se acordó [5] que todos ellos fueran conducidos a Roma, que el pretor Gayo Claudio hiciese una investigación y que no se diera antes respuesta al rey Gencio o a sus embajadores.

Entre otros muchos con los que acabó la epidemia de [6] aquel año, fallecieron también varios sacerdotes. Murió el pontífice Lucio Valerio Flaco, y fue elegido Quinto Fabio Labeón para reemplazarlo. Y el triúnviro epulón³⁸² Publio [7] Manlio, que había regresado hacía poco de la Hispania ulterior; para ocupar su plaza fue elegido triúnviro, por cooptación, Quinto Fulvio, hijo de Marco, que llevaba [8] aún la pretexta³⁸³. Con motivo de la elección del sustituto para ocupar la plaza de Gneo Cornelio Dolabela como rey de los sacrificios³⁸⁴ hubo un enfrentamiento entre el pontífice máximo Gayo Servilio y el duúnviro naval Lucio Cornelio Dolabela, a quien el pontífice exigía, para consagrarlo, [9] que presentara la dimisión de su cargo. Al negarse a hacerlo el duúnviro, el pontífice le impuso una multa que fue objeto de debate ante el pueblo, dado que aquél apeló. [10] Ya habían sido llamadas a votar varias tribus y se pronunciaban en el sentido de que el duúnviro obedeciera al pontífice y se le condonara la sanción si dimitía de su cargo, cuando sobrevino una señal del cielo que indicaba un vicio de forma dejando sin efecto los comicios. Debido a ellos, los pontífices tuvieron escrúpulos religiosos para consagrar [11] a Dolabela. Consagraron a Publio Clelio Sículo, que había sido propuesto en segundo lugar. A finales del año falleció asimismo el pontífice máximo Gayo Servilio Gémino, que también había sido decénviro de los sacrificios. El colegio eligió por cooptación a Quinto Fulvio Flaco para ocupar [12] su lugar; después fue elegido pontífice máximo Marco Emilio Lépido, a pesar de haber presentado su candidatura muchos hombres ilustres, y para ocupar su puesto fue elegido decénviro de los sacrificios, por cooptación, Quinto [13] Marcio Filipo. También falleció el augur Espurio Postumio Albino; para reemplazarlo, los augures eligieron por cooptación a Publio Escipión, hijo del Africano. Aquel año los cumanos pidieron autorización que les fue concedida, para utilizar el latín como

lengua oficial³⁸⁵, y a los pregoneros se les concedió el derecho de hacer las ventas en latín.

El senado dio las gracias a los pisanos que ofrecían un [43] territorio en el que fundar una colonia latina; a tal efecto fueron elegidos triúnviros Quinto Fabio Buteón y Marco y Publio Popilio Lenate. Remitida por el pretor Gayo Menio, [2] al que había tocado en suerte la provincia de Cerdeña y además se había encargado que hiciera una investigación acerca de los envenenamientos ocurridos a más de diez millas de Roma, llegó una carta informando de que había [3] condenado ya a más de tres mil hombres, y que, debido a las denuncias, la investigación se ampliaba; que, o bien la abandonaba o bien renunciaba a su provincia.

Elecciones. Crudo invierno. Prodigios

Quinto Fulvio Flaco retornó de Hispania [4] a Roma lleno de prestigio por sus hazañas. Mientras permanecía fuera de la ciudad a la espera del triunfo fue elegido cónsul³⁸⁶ junto con Lucio Manlio Acidino, y pocos días después entró en triunfo en Roma acompañado [5] por los soldados que había traído consigo. Llevó en [6] el desfile ciento veinticuatro coronas de oro, además de treinta y una libras de oro, ***³⁸⁷ de plata sin labrar, y ciento setenta y tres mil monedas de plata acuñada en Osca³⁸⁸. A cuenta del botín dio cincuenta denarios a cada [7] soldado el doble a los centuriones y el triple a los jinetes, las mismas cantidades a los aliados de derecho latino, y doble paga a todos.

[44] Aquel año fue presentada por primera vez, por el tribuno de la plebe Lucio Vilio, una proposición de ley que establecía la edad con la que se podía optar a cada una de las magistraturas y ejercerlas. De ahí le vino el sobrenombre a los miembros de su familia, llamados Anales. [2] Después de muchos años se eligieron cuatro pretores de acuerdo con la ley Bebia, que establecía que cada dos años se eligieran cuatro. Fueron elegidos Gneo Cornelio Escipión, Gayo Valerio Levino, y Quinto y Publio Mucio Escévola, [3] hijos de Quinto. A los cónsules Quinto Fulvio y Lucio Manlio les fue asignada la misma provincia³⁸⁹ que a los del año anterior, con el mismo contingente de tropas [4] de infantería y caballería,

de ciudadanos y aliados. En las dos Hispanias se les prorrogó el mando a Tiberio Sempronio y Lucio Postumio con los mismos ejércitos que tenían, [5] y los cónsules recibieron orden de reclutar, como complemento, aproximadamente tres mil romanos de infantería y trescientos de caballería, y cinco mil aliados latinos de [6] infantería y cuatrocientos de caballería. A Publio Mucio Escévola le tocó en suerte la pretura urbana y la investigación de los envenenamientos cometidos en Roma o en un [7] radio de diez millas; la pretura peregrina correspondió a Gneo Cornelio Escipión, Sicilia a Quinto Mucio Escévola, y Cerdeña a Gayo Valerio Levino.

[8] El cónsul Quinto Fulvio declaró que antes de realizar ningún acto oficial quería liberarse y liberar al Estado de obligaciones religiosas cumpliendo las promesas votivas; [9] que el día de su último combate contra los celtíberos había prometido con voto la celebración de unos juegos en honor de Júpiter Óptimo Máximo y la construcción de un templo a la Fortuna Ecuestre; y que con ese objeto había reunido dinero aportado por los hispanos. Se aprobó la celebración [10] de los juegos y el nombramiento de duúnviro para adjudicar la construcción del templo. En cuanto al presupuesto, se estableció como tope para gastar en los juegos la suma que se había asignado a Fulvio Nobílior para la celebración de los juegos tras la guerra de Etolia; además, [11] para estos juegos, no recabaría, impondría o aceptaría contribución alguna ni haría nada que contraviniese el senadoconsulto referente a los juegos que había sido promulgado durante el consulado de Lucio Emilio y Gneo Bebio³⁹⁰. El senado había tomado aquella decisión por lo excesivo [12] de los gastos que se habían hecho con motivo de los juegos del edil Tiberio Sempronio, que había representado una pesada carga no sólo para Italia y los aliados de derecho latino sino incluso para las provincias de fuera de Italia.

El invierno de aquel año fue muy crudo a causa de [45] la nieve y de toda clase de inclemencias: había abrasado toda la vegetación que soporta mal las bajas temperaturas, y además fue bastante más largo que el de otros años. Y así, un súbito oscurecimiento del día y una tempestad [2] insoportable interrumpieron las Ferias Latinas en el monte Albano, y fueron

reinauguradas en virtud de un decreto de los pontífices. La misma tempestad derribó también varias [3] estatuas en el Capitolio y deterioró con sus rayos numerosas edificaciones: el templo de Júpiter en Tarracina, el templo Blanco y la Puerta Romana en Capua; en muchos sitios fueron abatidas las almenas de las murallas. Mientras ocurrían estos prodigios llegó también de Reate [4] la noticia de que había nacido un mulo de tres patas. [5] Instados a consultar los Libros a causa de estos fenómenos, los decéviros indicaron a qué dioses y con cuántas víctimas se celebrarían sacrificios, y prescribieron un día de [6] rogativas. A continuación se celebraron con gran fastuosidad durante diez días los juegos prometidos con voto por el cónsul Quinto Fulvio.

Después tuvieron lugar las elecciones de censores, resultaron elegidos el pontífice máximo Marco Emilio Lépido y Marco Fulvio Nobílior, el que había triunfado sobre [7] los etolios. Entre estos destacados personajes había una enemistad personal que se había manifestado a menudo en numerosos y violentos enfrentamientos tanto en el senado [8] como delante del pueblo. Finalizados los comicios, los censores, siguiendo la vieja tradición, tomaron asiento en las sillas curules en el Campo de Marte junto al altar de este dios. De pronto se presentaron allí los senadores principales con una comitiva de ciudadanos, y uno de ellos, Quinto Cecilio Metelo, tomó la palabra.

[46] «No hemos olvidado, censores, que hace poco el pueblo romano en su conjunto os ha confiado el gobierno de nuestras costumbres, y que somos nosotros los que debemos ser corregidos y dirigidos por vosotros, no vosotros [2] por nosotros. Es preciso señalar, sin embargo, lo que en vosotros desagrada a todos los hombres de bien, o que [3] en todo caso preferirían que se enmendase. Si nos fijamos en cada uno de vosotros por separado, Marco Emilio y Marco Fulvio, no contamos con nadie entre la ciudadanía a quien quisiéramos dar preferencia sobre vosotros en el [4] caso de que fuéramos llamados de nuevo a votar. Pero cuando nos fijamos en los dos juntos no podemos sustraernos al temor a que forméis una mala pareja, y más que constituir un bien para el Estado el hecho de que seáis muy del agrado de todos nosotros, sea un

inconveniente por el hecho de que no sois uno del agrado del otro. Desde hace muchos años mantenéis una enemistad feroz [5] y perjudicial para vosotros mismos, y existe el peligro de que a partir de hoy resulte más dañina para nosotros y para el Estado que para vosotros. Sobre las razones que [6] dan pie a nuestros temores me vienen a la mente muchas cosas que se podrían decir a no ser que atenazase vuestros corazones una rabia³⁹¹ implacable. Todos a una os pedimos [7] que hoy, y en este lugar consagrado, pongáis fin a estos rencores, y que nos permitáis unir también con la reconciliación a aquellos que el pueblo romano ha unido con sus votos; que con el mismo criterio y una misma voluntad [8] hagáis la lista del senado, reviséis el censo de los caballeros, hagáis el censo y cerréis el lustro; que deseéis [9] de verdad y de corazón que se hagan realidad las palabras que pronunciaréis en casi todas las plegarias, ‘que este acto tenga un resultado bueno y favorable para mi colega y para mí’, y hagáis que la gente se crea que también vosotros queréis lo que habéis pedido a los dioses. Tito Tacio [10] y Rómulo reinaron en armonía en una ciudad en la que habían librado una batalla campal, en pleno foro, como enemigos. No sólo las enemistades personales sino incluso las [11] guerras tienen su final; enemigos encarnizados pasan a ser, muy a menudo, aliados fieles, y a veces incluso conciudadanos. Tras la destrucción de Alba, los albanos fueron trasladados [12] a Roma; los latinos, los sabinos, recibieron el derecho de ciudadanía. Llegó a ser un proverbio, porque era una verdad, la opinión común de que deben ser inmortales las amistades, y mortales las enemistades.» Surgieron murmullos [13] de aprobación, después las voces de todos pidiendo lo mismo confundidas en una sola interrumpieron el discurso. [14] Luego, Emilio se quejó entre otras cosas de haber sido desbancado dos veces por Marco Fulvio cuando tenía seguro el consulado. Fulvio, por su parte, se quejaba de haber sido provocado permanentemente por el otro, y de la organización de una apuesta en descrédito suyo. No obstante, uno y otro daban a entender que, si el otro quería, se plegarían a la voluntad de tantos ciudadanos eminentes. [15] A instancias de todos los presentes se dieron la mano comprometiéndose a deponer definitivamente sus rencores. Después fueron acompañados hasta el Capitolio entre las enhorabuenas

generales. El senado aprobó y alabó calurosamente tanto el interés de los principales sobre la cuestión [16] como la flexibilidad de los censores. Luego, cuando éstos solicitaron la asignación de una suma de dinero para emplearla en obras públicas, se les asignó el producto de los impuestos de un año.

Hispania: toma de Alce por Graco. Derrota de los celtíberos

[47] Aquel mismo año, en Hispania, los protretores Lucio Postumio y Tiberio Sempronio decidieron de mutuo acuerdo que Albino marchase contra los vacceos a través de Lusitania, y que luego volviese a Celtiberia; si aquí estallaba una guerra más importante, [2] Graco estaría en la zona más lejana de Celtiberia. Éste tomó primero por asalto la ciudad de Munda atacando de noche y por sorpresa. Luego, después de recibir rehenes y establecer una guarnición, se dedicó a atacar los poblados fortificados y a quemar las cosechas hasta que llegó a otra ciudad muy bien fortificada que los celtíberos llaman [3] Cértima³⁹². Allí, cuando ya estaba aproximando las máquinas de asedio, se presentaron unos enviados de la plaza; sus palabras tuvieron la franqueza de los antiguos, sin tratar de ocultar que tenían intención de hacer la guerra si contaban con medios. Pidieron, pues, permiso para [4] ir al campamento de los celtíberos a buscar refuerzos; en caso de no conseguirlos, tomarían una decisión independientemente de éstos. Partieron con el permiso de Graco y a los pocos días trajeron con ellos a otros diez enviados. Era mediodía. Lo primero que pidieron al pretor fue [5] que diese la orden de que les diesen de beber. Apurada la primera copa pidieron otra, entre las carcajadas de los presentes por lo primitivo de su carácter y su absoluta ignorancia de cómo comportarse. A continuación el de más [6] edad dijo: «Nos ha enviado nuestro pueblo para averiguar qué es en definitiva lo que te da confianza para atacarnos». A esta pregunta respondió Graco que había venido con [7] la confianza puesta en un ejército excepcional; si querían comprobarlo por sí mismos para llevar a los suyos una información más segura, les daría esa oportunidad. Y manda [8] a los tribunos militares que transmitan la orden de que se equipen todas las tropas de infantería y caballería y maniobren con sus armas. Los enviados, despedidos al terminar esta demostración, disuadieron a los suyos de prestar ayuda a la

ciudad sitiada. Los habitantes de la plaza, [9] después de tener en balde fuegos encendidos en las torres durante la noche, que era la señal convenida, perdieron la única esperanza de ayuda y se rindieron. Se les exigieron [10] dos millones cuatrocientos mil sestercios y cuarenta de sus más nobles caballeros, no en calidad de rehenes, pues se les ordenó servir a las armas, pero sí de hecho para que sirvieran de garantía de su fidelidad.

[48] De allí marchó inmediatamente hacia la ciudad de Alce³⁹³, en la que se encontraba el campamento de los celtíberos [2] de donde habían llegado hacía poco emisarios. Después de provocarlos durante unos cuantos días a base de escaramuzas lanzando las tropas ligeras contra sus puestos de avanzada, iba trabando combates cada día más importantes para hacer salir a todos fuera de las fortificaciones. [3] Cuando notó que había conseguido en medida suficiente lo que pretendía, ordenó a los prefectos de las tropas auxiliares que después de entablar el combate, como si los desbordara la superioridad numérica, dieran la vuelta de repente y huyeran en desbandada en dirección al campamento, y él a su vez formó las tropas junto a todas las puertas [4] en el interior de la empalizada. No había transcurrido mucho tiempo cuando vio a sus hombres que volvían huyendo, según el plan previsto, y detrás a los bárbaros persiguiéndolos [5] en desorden. Precisamente para esta situación tenía formado a su ejército dentro de la empalizada. Por eso, después de esperar lo justo para dejar a los suyos libre la entrada a fin de que se refugiaran en el campamento, salió de pronto por todas las puertas a la vez tras lanzar [6] el grito de guerra. Los enemigos no aguantaron la inesperada carga. Los que habían venido a atacar el campamento ni siquiera fueron capaces de defender el suyo; inmediatamente, en efecto, fueron dispersados y puestos en fuga, en breve fueron rechazados hasta el interior de su empalizada, despavoridos, y por último fueron despojados del [7] campamento. Aquel día resultaron muertos nueve mil enemigos, apresados vivos trescientos veinte, y capturados ciento doce caballos y treinta y siete enseñas militares. En el ejército romano hubo ciento nueve bajas.

Tras esta batalla Graco marchó al frente de las legiones [49] a devastar Celtiberia. Y como en todas partes se lo

llevaba todo por delante y los pueblos aceptaban el yugo unos de buen grado y otros por miedo, en cosa de unos pocos días recibió la sumisión de ciento tres plazas y se hizo con un enorme botín. Luego dio la vuelta con su ejército [2] en dirección a Alce, su punto de partida, y comenzó el asedio a dicha plaza. Sus habitantes aguantaron el primer [3] asalto enemigo; después, como eran atacados no sólo con armas sino con obras de asedio, desesperando de poder defender la ciudad se refugiaron todos en la ciudadela; por último, también desde allí enviaron parlamentarios y [4] se entregaron ellos y todas sus posesiones a discreción de los romanos. Se cogió allí un gran botín. Cayeron en poder de los romanos muchos nobles cogidos prisioneros, entre ellos dos hijos y una hija de Turro. Era éste un régulo [5] de aquellos pueblos, el más poderoso con mucho de todos los hispanos. Al tener noticia del desastre de los suyos envió emisarios a pedir un salvoconducto para acudir al campamento a ver a Graco y después se presentó a él. Lo primero [6] que preguntó a Graco fue si se les permitía seguir vivo a él y a los suyos. El pretor contestó que viviría, y de nuevo preguntó si se le permitiría militar al lado de los romanos. Cuando Graco le hizo también esta concesión, [7] dijo: «Os seguiré a vosotros en contra de mis antiguos aliados, dado que ellos han tenido reparos en empuñar³⁹⁴ las armas para defenderme». Desde entonces siguió a los romanos y ayudó a la causa de Roma en muchas ocasiones con una valiosa y leal colaboración.

[50] Después de esto, la célebre y poderosa ciudad de Ergavica³⁹⁵, amedrentada por los desastres sufridos por otros [2] pueblos del contorno, abrió sus puertas a los romanos. Según algunos historiadores, la rendición de aquellas ciudades no fue sincera: en cuanto Graco retiraba sus legiones de una comarca, inmediatamente se reemprendían allí las hostilidades; y más tarde libró una dura batalla campal contra los celtíberos junto al monte Cauno³⁹⁶ desde la hora primera hasta la sexta, siendo muchos los caídos en ambos [3] bandos; además, los romanos no hicieron nada especial que diera pie a pensar que habían resultado vencedores, si se exceptúa el hecho de que al día siguiente provocaron a combate a los enemigos que se mantenían dentro de la empalizada, y durante

todo el día estuvieron recogiendo [4] despojos; al otro día se libró una nueva batalla, más reñida, y por fin entonces los celtíberos fueron derrotados con toda claridad y su campamento fue tomado y [5] saqueado. Habrían muerto aquel día veintidós mil enemigos, siendo apresados más de trescientos y aproximadamente el mismo número de caballos y setenta y dos enseñas militares. Con ello se habría resuelto definitivamente la guerra, y los celtíberos habrían respetado de verdad la paz, no con una lealtad fluctuante como anteriormente. [6] Según escriben, también durante el mismo verano Lucio Postumio combatió con éxito en dos ocasiones contra los vacceos en la Hispania ulterior, dio muerte a cerca de treinta y cinco mil enemigos y tomó por asalto su campamento. [7] Está más cercana a la verdad la versión de que llegó demasiado tarde a la provincia como para operar durante aquel verano³⁹⁷.

Roma: actuación de los censores

Los censores revisaron la lista del senado [51] manteniéndose fieles a su buen entendimiento. Fue elegido cabeza de lista el propio censor Marco Emilio Lépido, pontífice máximo; fueron tres los excluidos del senado; Lépido mantuvo a algunos que no habían sido incluidos por su colega. Las obras que construyeron [2] con el dinero que se les había asignado y que se habían repartido fueron las siguientes: Lépido, una canalización cerca de Tarracina, obra muy criticada porque allí había terrenos que le pertenecían y había cargado al erario público un gasto privado; construyó un teatro y un proscenio [3] junto al templo de Apolo; adjudicó los trabajos de pulimentado y enlucido del templo de Júpiter del Capitolio y de las columnas de alrededor, y retiró de entre estas columnas las estatuas que se veía que estaban mal colocadas, y quitó los escudos y las enseñas militares de todas clases que estaban colgadas allí. Marco Fulvio adjudicó más obras, [4] y de mayor utilidad: un embarcadero y los pilares de un puente sobre el Tíber —los censores Publio Escipión y Lucio Mumio adjudicaron algunos años más tarde³⁹⁸ la colocación de arcadas sobre dichos pilares—; una basílica detrás [5] de las nuevas tiendas de cambio y una plaza del pescado rodeada de puestos que vendió a particulares; un

pórtico [6] fuera de la puerta Trigémينا y otros detrás de los astilleros, junto al templo de Hércules, detrás del templo de la Esperanza, junto al Tíber y junto al templo de Apolo Médico. Tuvieron también fondos de utilización conjunta con lo [7] que adjudicaron colegiadamente un acueducto y la construcción de sus arcadas. A esta obra se opuso Marco Licinio Craso, no autorizando la construcción a través de una [8] finca de su propiedad. Los mismos censores crearon también muchos impuestos de aduana y otras tasas. Se ocuparon de devolver su carácter público y sagrado a muchos santuarios y recintos de los que se habían apropiado los [9] particulares, y los abrieron al público. Modificaron el sistema electoral, y reordenaron las tribus por distritos tomando como base la clase, la situación y la renta de las personas.

[52] Por otra parte, uno de los censores, Marco Emilio, solicitó del senado la asignación de fondos para unos juegos con motivo de la dedicación de los templos de Juno Reina y de Diana que había prometido con voto hacía ocho años [2] durante la guerra ligustina³⁹⁹. Se asignaron veinte mil ases. Hizo la dedicación de los templos citados, ambos en el [3] circo Flaminio, y ofreció unos juegos escénicos de tres días después de la dedicación del templo de Juno y de dos días después de la dedicación del de Diana, y unos juegos en [4] el circo de un día de duración en cada caso. Dedicó también él el templo de los lares del mar en el Campo de Marte. Lo había prometido con voto Lucio Emilio Regilo hacía once años⁴⁰⁰ durante el combate naval contra los prefectos [5] del rey Antíoco. Encima de los batientes de la puerta del templo se fijó una placa con este texto: «A Lucio Emilio, hijo de Marco Emilio, que partió a resolver una importante guerra para someter a los reyes, esta batalla le sirvió de base para concluir la paz... bajo sus auspicios, su mando, su buena estrella y su dirección, entre Éfeso, Samos y Quíos, ante los ojos del propio Antíoco, de todo [6] su ejército, de su caballería y sus elefantes, la hasta entonces invicta flota del rey Antíoco fue dispersada, aplastada y puesta en fuga, y allí fueron capturadas aquel día cuarenta y dos naves de guerra con toda su dotación. Después de librarse aquella batalla, el rey Antíoco y su reino... Por esta victoria prometió con voto un templo a los

lares del mar». Se fijó otra placa con el mismo texto sobre la puerta del templo de Júpiter en el Capitolio.

Liguria

Dos días después de que los censores [53] hicieran la revisión del senado marchó el cónsul Quinto Fulvio para Liguria, y atravesando con su ejército impracticables montes, valles⁴⁰¹ y desfiladeros, se enfrentó al enemigo en una batalla en toda regla, y aparte [2] de vencerlo en el campo de combate tomó además su campamento aquel mismo día. Fueron muertos tres mil doscientos enemigos, y se sometió toda aquella región de Liguria. El cónsul hizo que bajaran a las tierras del llano [3] los que se habían sometido y colocó destacamentos en los montes. Rápidamente ***⁴⁰² llegó también una carta a Roma procedente de la provincia. Con motivo de aquellas gestas se decretaron tres días de acción de gracias; los pretores [4] celebraron sacrificios con víctimas adultas durante la acción de gracias. El otro cónsul, Lucio Manlio, no llevó a cabo en Liguria ninguna acción digna de mención. Tres mil galos transalpinos que habían pasado a Italia sin [5] llevar a cabo ninguna agresión armada contra nadie pedían a los cónsules y al senado un territorio para establecerse pacíficamente bajo la autoridad del pueblo romano. [6] El senado dio orden de que salieran de Italia y que el cónsul Quinto Fulvio hiciera una investigación y tomara medidas contra quienes hubieran sido los cabecillas e instigadores del paso de los Alpes.

Macedonia: muerte de Filipo

[54] Aquel mismo año falleció Filipo, rey de Macedonia, agotado por la edad y el abatimiento consiguiente a la muerte de [2] su hijo. Estaba pasando el invierno en Demetriade atormentado por la añoranza de su hijo así como por los remordimientos de su propia crueldad. [3] Torturaba su ánimo la idea de que su otro hijo era ya rey tanto en su propia opinión como en la de los demás sin ninguna duda, que estaban puestos en él los ojos de todos y a él mismo lo habían abandonado en su vejez, mientras unos estaban a la espera de su muerte y otros [4] ni siquiera esperaban a que ésta llegase. Con ello iba en aumento su angustia, y con él la de Antígono,

hijo de Ececratis, que llevaba el nombre del Antígono⁴⁰³ tío suyo que había sido tutor de Filipo, hombre de regia majestad, famoso además por una célebre batalla contra el lacedemonio [5] Cleómenes. Los griegos lo llamaron el Tutor para distinguirlo [6] de los otros reyes por el sobrenombre. Antígono, el hijo de su hermano, era el único de los altos dignatarios de Filipo que se había mantenido íntegro, y esta lealtad había convertido en su peor enemigo a Perseo, que ya no [7] era precisamente un amigo. Consciente del grave peligro que representaría para él el hecho de que la sucesión al trono recayera en Perseo, en cuanto notó que el ánimo del rey vacilaba y que a veces suspiraba por la añoranza de su hijo, se mantenía a su lado escuchándolo y otras [8] veces sacando a colación algún comportamiento irreflexivo, uniéndose a menudo a las lamentaciones del rey. Y mientras que la verdad, como suele ocurrir, iba manifestándose a través de muchos detalles, él colaboraba con todos los medios para que todo saliera a la luz más aprisa. Los más sospechosos como instrumentos de la trama eran [9] Apeles y Filocles, que habían ido a Roma como embajadores y habían sido los portadores de la carta fatal para Demetrio que llevaba el nombre de Flaminio.

En palacio era un rumor general que la carta era apócrifa, [55] que había sido falsificada por un escriba y que el sello estaba manipulado. Pero se trataba más de una sospecha [2] que de un hecho probado, y casualmente entonces Xico se encontró con Antígono, y fue arrestado por éste y conducido a palacio. Antígono lo dejó todo en manos de los guardias y se adelantó a ver a Filipo. «Me parece [3] haber entendido a lo largo de numerosas conversaciones —dijo—, que significaría mucho para ti si pudieras saber toda la verdad con respecto a tus hijos, saber cuál de los dos fue víctima de la traición y las maquinaciones del otro. La única persona en el mundo que puede desatar el nudo [4] de esta intriga está en tu poder: Xico. Me encontré con él por casualidad y lo he traído al palacio; hazlo llamar.» Conducido a presencia del rey, en principio negaba, pero [5] con tan escasa convicción que resultaba evidente su disposición a declarar si se le metía un poco de miedo. No soportó la vista del torturador y los azotes, y reveló

punto por punto el complot de los embajadores y su propia colaboración. Inmediatamente se enviaron hombres para detener [6] a los embajadores y sorprendieron a Filocles, que estaba en el lugar. Apeles, que había sido enviado en persecución de un tal Quereas, pasó a Italia al recibir la noticia [7] de la delación de Xico. No ha circulado ninguna versión segura con respecto a Filocles: unos sostienen que al principio se empeñó en negar, pero cuando condujeron a Xico a su presencia no mantuvo su postura, según otros persistió en su negativa a pesar de ser sometido a tortura. [8] El dolor de Filipo se reavivó y redobló, y pensaba que su desgracia a cuenta de sus hijos se había agravado por el hecho de que el superviviente era el otro.

[56] Perseo fue informado de que todo había sido descubierto pero tenía demasiado poder como para considerar [2] necesario huir. Simplemente se cuidaba de mantenerse a distancia, en la idea de defenderse como de un incendio de las llamas de la cólera de Filipo mientras éste viviera. Filipo, perdida la esperanza de apoderarse de él para castigarlo, recurría a lo único que le quedaba, evitar que aparte de la impunidad disfrutase también del fruto de su delito. [3] Llamó pues a Antígono, al que debía reconocimiento por haber puesto al descubierto el parricidio y del cual pensaba, además, que sería un rey del que no tendrían los macedonios que avengonzarse o sentirse pesarosos en modo alguno, habida cuenta de la reciente gloria de su tío Antígono. [4] «Desde el momento en que he llegado a una situación, Antígono —dijo—, en que debo desear la orfandad que otros padres lamentan, tengo la intención de dejarte el reino que recibí de tu tío, conservado e incluso engrandecido [5] durante su valerosa y al mismo tiempo leal tutela. No tengo a nadie, aparte de ti, a quien considere digno de mi reino. Si no tuviera a nadie en absoluto, preferiría que el reino se perdiera y desapareciera antes de que constituyese para Perseo una recompensa por su criminal atentado. [6] Me parecerá que Demetrio ha vuelto de las profundidades y me ha sido devuelto si ocupando su puesto te dejo a ti, el único que derramaste lágrimas por la muerte de un inocente y por mi malhadada equivocación.» Después de [7] esta conversación no cesó de impulsarlo con toda clase de honores. Como Perseo se encontraba lejos, en Tracia, él

recorría las ciudades de Macedonia y recomendaba a Antígono a los principales, y si hubiera contado con una vida más larga, no cabe duda de que lo habría dejado en posesión del reino. Después de partir de Demetriad se había [8] demorado demasiado tiempo en Tesalónica. Cuando se trasladó de allí a Anfípolis se vio afectado por una grave enfermedad. Pero consta, no obstante, que su enfermedad [9] era más moral que física, y que, debido a las preocupaciones y al insomnio, perseguido incesantemente por el espectro y la sombra del hijo que había muerto sin tener culpa, llegó a su final profiriendo terribles maldiciones contra el otro. Con todo, Antígono habría podido ser promovido [10] al trono si hubiera estado a su lado o si se hubiera hecho pública de inmediato la muerte del rey. El médico Calígenes, [11] encargado de su tratamiento, en cuanto aparecieron los primeros síntomas de que no había nada que hacer, sin esperar a la muerte del rey envió mensajeros a Perseo, tal como se había acordado, utilizando caballos preparados de antemano, y hasta su llegada ocultó la muerte del rey a todos los que se encontraban fuera del palacio.

Expedición de los bastarnas

Perseo, pues, cogiendo a todos por sorpresa [57] desprevenidos e ignorantes, ocupó el trono que había conseguido con su crimen.

La muerte de Filipo sobrevino muy [2] oportunamente para retrasar la guerra y para reunir fuerzas a tal fin. Pocos días después, en efecto, el pueblo de los bastarnas, instigado desde hacía tiempo, dejó su asentamiento con un gran contingente de tropas de infantería y caballería y cruzó el Histro. Luego Antígono y Cotón [3] se adelantaron a informar al rey. Cotón era un noble bastarna y Antígono era uno de los dignatarios de la corte enviado como embajador en varias ocasiones en compañía del propio Cotón para poner a los bastarnas en movimiento. No lejos de Anfípolis les llegaron primero rumores y luego noticias seguras acerca de la muerte del rey. Esta circunstancia trastocó por completo el desarrollo de lo planeado. [4] Se había previsto, en efecto, que Filipo facilitaría a los bastarnas el paso sin problemas a través de Tracia y el avituallamiento. Para poder hacerlo se había

ganado con dádivas a los principales de la región, comprometiéndose personalmente a que los bastarnas harían una marcha [5] pacífica. Lo que pretendía era la aniquilación del pueblo de los dárdanos y el asentamiento de los bastarnas en el [6] territorio de éstos. Ello reportaría una doble ventaja: la eliminación de los dárdanos, pueblo desde siempre enemigo irreconciliable de Macedonia al acecho de circunstancias desfavorables para sus reyes, y la posibilidad de enviar a los bastarnas a saquear Italia dejando en Dardania a sus [7] mujeres e hijos. Existía una ruta hacia el mar Adriático, hacia Italia, a través del país de los escordiscos⁴⁰⁴, por otro camino no había modo de que pudiera pasar un ejército. Los escordiscos no pondrían dificultades al paso de los bastarnas, pues no eran muy diferentes su lengua y sus costumbres, e incluso se unirían a ellos cuando vieran que [8] iban a hacer botín en el más rico de los pueblos. A partir de ahí los planes quedaban a expensas de cualquier eventualidad: si los bastarnas eran exterminados por los romanos, quedaría en todo caso la compensación de la eliminación de los dárdanos, el botín que dejaran los bastarnas y la libre ocupación de Dardania; y si tenían éxito los bastarnas, [9] mientras los romanos estuvieran pendientes de la guerra contra ellos él reconquistaría lo que había perdido en Grecia. Éstos eran los planes que había hecho Filipo.

Al principio entraron en una marcha pacífica. Luego, [58] al partir Cótón y Antígono, y no mucho después al correr la noticia de la muerte de Filipo, ni los tracios se mostraban muy dispuestos a comerciar, ni los bastarnas podían contentarse con lo que compraban, ni era posible retenerlos en la columna sin que se desviaran del camino. En consecuencia, [2] se cometían abusos por una y otra parte, y al agravarse con el paso de los días dieron pábulo a la guerra. Finalmente, los tracios, como no podían hacer frente a la fuerza y el número de los enemigos, abandonaron los poblados del llano y se retiraron a un monte muy alto al que llaman Donuca⁴⁰⁵. Los bastarnas querían subir hasta [3] allí, y en el momento en que intentaban en vano acercarse a la cima del monte los sorprendió una tormenta como la que según cuentan acabó con los galos que saqueaban Delfos. En efecto, aparte de abatirse sobre ellos una

lluvia [4] torrencial y después una durísima granizada con gran estruendo celeste y truenos y relámpagos que deslumbraban, también brillaban los rayos por todas partes dando la impresión [5] de que buscaban los cuerpos, y caían fulminados tanto los soldados como los oficiales. Y así, mientras en [6] su precipitada huida a través de rocas escarpadas caían y rodaban sin saber cómo, aunque eran los tracios quienes se echaban sobre ellos en su desconcierto, los bastarnas decían que eran los dioses los responsables de su huida y que el cielo se desplomaba sobre sus cabezas. Dispersados [7] por la tempestad regresaron como después de un naufragio al campamento de donde habían partido, medio desarmados la mayoría, y comenzaron a deliberar qué harían. Surgieron entonces disensiones, pues unos eran partidarios de emprender el regreso y otros de penetrar en Dardania. [8] Unos treinta mil hombres, con Clondico al frente, llegaron al punto de destino; la multitud restante dio la vuelta por donde había venido dirigiéndose de nuevo hacia el norte [9]⁴⁰⁶. Tras apoderarse del trono, Perseo dio orden de matar a Antígono, y mientras consolidaba su posición envió embajadores a Roma para renovar el tratado de amistad de su padre y pedir que el senado le reconociera el título de rey. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos aquel año en Macedonia.

Roma: triunfo, elecciones, prodigios, juegos

[59] Uno de los cónsules, Quinto Fulvio, triunfó sobre los lígures; pero estaba claro que este triunfo le había sido concedido más por su popularidad que por la importancia de las empresas llevadas a [2] cabo. En el desfile llevó gran cantidad de armas tomadas al enemigo, pero absolutamente ningún dinero. No obstante, repartió entre los soldados trescientos ases por cabeza, [3] el doble a los centuriones y el triple a los jinetes. Lo más destacable de aquel triunfo fue la casual coincidencia de que desfiló el mismo día en que había desfilado el año [4] anterior después de ser pretor. Inmediatamente después del triunfo convocó los comicios en los que resultaron elegidos cónsules⁴⁰⁷ Marco Junio Bruto y Aulo Manlio Vulsón. [5] Luego, una tormenta interrumpió los comicios para la elección de pretores cuando habían sido elegidos tres. Al siguiente día, doce de marzo, fueron elegidos

los tres restantes: Marco Titinio Curvo, Tiberio Claudio Nerón y Tito Fonteyo Capitón. Los ediles curules Gneo Servilio Cepión [6] y Apio Claudio Centón recomenzaron los Juegos Romanos a causa de los prodigios que habían ocurrido. La tierra [7] tembló, en los templos públicos donde tenía lugar el lectisternio las cabezas de los dioses que estaban sobre los lechos se dieron la vuelta, y el plato con cubierto que estaba [8] colocado delante de Júpiter se cayó de la mesa. También se interpretó como un prodigio el hecho de que los ratones habían probado antes las aceitunas. Para expiar estos prodigios la única medida que se adoptó fue la reinauguración de los juegos.

-
- ³³¹ Del año 182.
- ³³² Labeón, el cónsul del año 183, cuyo mando será prorrogado.
- ³³³ Publio Sempronio Longo.
- ³³⁴ Marco Claudio Marcelo, el otro cónsul de 183.
- ³³⁵ *Parilia* o *Palilia*, fiesta en honor de Pales, diosa de los pastores, que se celebraba el 21 de abril.
- ³³⁶ Hoy Gaeta. Ciudad del Lacio, con puerto, próxima a Formias.
- ³³⁷ Varrón, pretor en Hispania en el año 184, cuyo mando había sido prorrogado.
- ³³⁸ Éumenes II y Fárnace I, rey del Ponto.
- ³³⁹ Así Polibio, al que se atiene Livio. Para Estrabón y Plinio, Emacia era el nombre antiguo de Macedonia. En cambio Tolomeo llama Emacia a una parte de Macedonia, la región situada al oeste del Axio, que viene a corresponder con Peonia.
- ³⁴⁰ Fundada por Eneas a su paso por Macedonia (cf. I 1, 4), según la leyenda. Situada al sur de Tesalónica.
- ³⁴¹ Habitaban en la margen izquierda del Danubio.
- ³⁴² Comenzaba el 23 de marzo con los ritos en honor del dios Xantos. Los mismos detalles sobre el sacrificio de la perra aparecen en Quinto Curcio (X 9, 12).
- ³⁴³ No cabe dilucidar si el término está tomado en su sentido institucional o en sentido privado.
- ³⁴⁴ La tradición contraponía el período de diarquía de Esparta con el declive iniciado cuando Cleómenes III hizo matar a Arquidamo.
- ³⁴⁵ Circulaba, entre otros, el rumor de que Perseo era hijo de una esclava.
- ³⁴⁶ En resumen, lo acostumbrado en las monarquías hereditarias: el sucesor en el trono era el primogénito varón.
- ³⁴⁷ Cf. XXXIX 47, 7 ss.
- ³⁴⁸ Manteniendo *regni* en el texto.
- ³⁴⁹ Nombre más probable, a tenor de los manuscritos, sería Uthicna. Aparte de Urbicna se han propuesto Urbicua y Urbicana. Estaría en Concud, en caso de ser la Urbiaca de los Itinerarios de Antonino.
- ³⁵⁰ Para el año 181.
- ³⁵¹ Los *duouiri nauales* que se elegían por vía extraordinaria para habilitar la flota (cf. IX 30, 4) y, en su caso, asumir el mando.
- ³⁵² Punta Campanella, frente a Capri, en la Campania. Debía su nombre a un templo de Minerva.
- ³⁵³ Bari.
- ³⁵⁴ Probablemente las doce *hastae Martis*.

- ³⁵⁵ La diosa de los funerales. En su bosque sagrado, en el Esquilino, se podía comprar todo lo que necesitaban los enterradores para su labor.
- ³⁵⁶ Vivían, con muy pocos recursos, en la zona montañosa de la isla.
- ³⁵⁷ La *Lex Cornelia Baebia de ambitu*.
- ³⁵⁸ Una de las cumbres balcánicas, en Tracia.
- ³⁵⁹ No hay otras referencias sobre esta anécdota que permitan saber de qué Antígono se trata.
- ³⁶⁰ En la segunda mitad de julio.
- ³⁶¹ Aunque no es posible precisar su emplazamiento, obviamente no es la Petra de XXXIX 26, 1, que estaba en Pieria.
- ³⁶² Entre el Estrimón y el Axio. ¿La actual Stromnitsu?
- ³⁶³ En la desembocadura del Estrimón, al este.
- ³⁶⁴ Puede ser la Heraclea llamada Síntica (en la orilla derecha del Estrimón), o la de Lincestide, llamada también Pelagonia (en el noroeste de Macedonia).
- ³⁶⁵ Población situada al suroeste de Pela a unas veinte millas.
- ³⁶⁶ Gravisca o Graviscas fue una colonia de ciudadanos romanos situada en la Vía Aurelia al suroeste de Cosa. Tenía gran importancia estratégica como base naval.
- ³⁶⁷ Corporación de escribas u otros funcionarios subalternos.
- ³⁶⁸ La que después sería Libora.
- ³⁶⁹ En las cercanías de Daroca, en el valle del Jiloca.
- ³⁷⁰ Mantenemos *a domo*.
- ³⁷¹ Era una estatua ecuestre. Anteriormente se habían erigido estatuas doradas pero sólo a los dioses.
- ³⁷² Parece haber alguna dificultad para conciliar este dato con XXX 37, 6 y XXXII 2, 3.
- ³⁷³ Para el año 180.
- ³⁷⁴ Gayo Claudio Pulcro. Augur desde el año 195, sería cónsul en el año 177 y censor en el año 169.
- ³⁷⁵ Condenada a muerte *sine prouocatione*.
- ³⁷⁶ Plaza del Samnio (en la actual provincia de Avellino) sometida por Roma en el año 298 según la inscripción del sarcófago de Lucio Escipión Barbato.
- ³⁷⁷ Puerto de Morata en el valle del Jalón, no lejos de Calatayud.
- ³⁷⁸ Sin identificar.
- ³⁷⁹ El Tirreno.
- ³⁸⁰ Vivían en la comarca en la que se encuentra la actual Vintimiglia, que precisamente deriva de ahí su nombre.
- ³⁸¹ El Adriático.

- ³⁸² Encargado de los banquetes rituales de Júpiter; el colegio fue instituido en el año 197 a. C.; cf. XXXIII 42, 1.
- ³⁸³ Señal, en este caso, de minoría de edad.
- ³⁸⁴ Debía ser patricio; puesto vitalicio incompatible con cualquier otro cargo; por encima de todos los sacerdotes menos del pontífice máximo. Cf. II 2, 1-2.
- ³⁸⁵ Habían adoptado la lengua de los oscos, tras su originaria etapa de influencia griega.
- ³⁸⁶ Para el año 179.
- ³⁸⁷ Falta el numeral.
- ³⁸⁸ Huesca. Es el conocido *argentum oscense*.
- ³⁸⁹ Liguria.
- ³⁹⁰ En el año 182 (XXXIX 56, 4).
- ³⁹¹ Seguimos la propuesta de Madvig, *furores*, en lugar de *fuertis*.
- ³⁹² Livio sitúa Munda y Cértima en Celtiberia. De ahí que Schulten emplace Munda en la comarca de Almazán, en el alto Duero, sin poder precisar la localización de Cértima. Pero los únicos topónimos conocidos con esos nombres estaban en la Bética (Munda, hoy Montilla; Cértima, hoy Cártama, en Málaga). La campaña de Graco pudo, pues, haberse extendido en esa dirección lejos de Celtiberia.
- ³⁹³ En las cercanías de Campo de Criptana (Ciudad Real).
- ³⁹⁴ Seguimos la propuesta textual de Haereus, *arma pro me piguit suscipere*.
- ³⁹⁵ En las proximidades de Saelices (Cuenca).
- ³⁹⁶ Podría ser el Moncayo.
- ³⁹⁷ Parece contradecirse con 39, 3.
- ³⁹⁸ Fueron censores en el año 142.
- ³⁹⁹ En el año 187, año de su consulado. Cf. XXXIX 2, 8 y 11.
- ⁴⁰⁰ En la batalla de Mioseno, en 190 (XXXVII 29-30).
- ⁴⁰¹ Seguimos la lectura *uallesque et*, en lugar de *Ballistae*.
- ⁴⁰² Seguimos la propuesta de Madvig, que supone una breve laguna en el texto.
- ⁴⁰³ Antígono Dosón, que reinó en Macedonia desde el año 229 hasta el 200.
- ⁴⁰⁴ Vivían a orillas del Danubio, y según la *Perioca* 63 eran de origen celta.
- ⁴⁰⁵ Sin identificar.
- ⁴⁰⁶ Traducimos siguiendo la propuesta textual *aquiloniam regionem*.
- ⁴⁰⁷ Para el año 178.

ÍNDICE GENERAL

NOTA TEXTUAL

LIBRO XXXVI

LIBRO XXXVII

LIBRO XXXVIII

LIBRO XXXIX

LIBRO XL

